

GASTÓN PÉREZ IZQUIERDO



ADOLFO ALSINA
Caudillo y Estadista

Editado por: Fundación Dr. Emilio J. Hardoy

ADOLFO ALSINA

CAUDILLO Y ESTADISTA

GASTON PÉREZ IZQUIERDO

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a numerosos amigos que con paciente tolerancia me aportaron datos para la confección de este libro. La mayoría de ellos consistieron en relatos de sucesos ocurridos en pueblos de la Provincia de Buenos Aires vinculados con la "guerra al malón" que resultaron de gran valor para reconstruir la epopeya de Alsina y el Ejército Argentino. Otros fueron relativos a explicaciones acerca de algunas etnias indígenas.

A varios debo gratitud por el generoso aporte de referencias e informes relativos al ilustre biografiado o indicaciones que me permitieron rectificar errores.

Algunos me asistieron con conocimiento y sugerencias relativas a la edición de esta obra.

Aunque es posible que incurra en omisiones lamentables, deseo testimoniar mi reconocimiento a:

Alfieri, Enrique; Alsina, Adolfo Eduardo; Álvarez Gelves, Juan Carlos; Álvarez, Hernán; Barbieri Arduín Darío; Bellina, Mario; de Aduriz, Joaquín; de Vega, Carlos; Díaz Cantera, Jorge; Guerrino, Antonio Alberto; Laceiras, Manuel; Mantegazza, Federico Augusto; Martínez, Carlos María; Parracho, Santiago; Pérez Izquierdo, Jaime; Porcel, Roberto Edelmiro; Rodríguez Varela, Alberto; Ruiz Moreno, Isidoro.

A todos ellos dedico estas páginas con sincero afecto.

Gastón Pérez Izquierdo

ÍNDICE

Agradecimientos

Una Sombra en el Desierto

Cap. 1 - Una Infancia Complicada

Cap. 2 - La Vuelta de los Emigrados

Cap. 3 - Comienza la Aventura

- 3.1 - La guardia Nacional

3.2 - El Golpe de los Indios

3.3 - Política y Elecciones

3.4 - Clubes y Logias

3.5 - Un Gato Blanco

3.6 - La Transformación Social

3.7 - El Progreso

3.8 - La Política Municipal

3.9 - Final de un Sueño

Cap. 4 - Un Hijo Cabal

Cap. 5 - Una Vida Apurada

Cap. 6 - Gobernador de Buenos Aires

Cap. 7 - Sarmiento - Alsina

Cap. 8 - Luces y Sombras

Cap. 9 - Revolución y Ministerio

Cap. 10 - Política y Conciliación

Cap. 11 - Guerra en el Desierto

Cap. 12 - En la Frontera

Cap. 13 - La Zanja

Cap. 14 - La Muerte

Una sombra en el Desierto

“¡Yo te conjuro, sombra última de Alsina!” Con el gesto y una sonrisa pícaro que apenas se dibujaba en la cara, el general Julio Argentino Roca murmuraba el exorcismo con un balbuceo inaudible.

Marchaba a la cabeza de la columna cabalgando un bayo manso, dócil a la rienda y el freno, de los que las divisiones del desierto emplean para el traslado, reservando los mejores caballos para el combate.

Había montado en él con la elasticidad de un resorte. El brinco gracias al cual este artillero subiera al recado -una mano aferrando las crines del animal y el ademán fulminante del cuerpo flexible como el acero- evocaba a los grandes jinetes que cabalaron al tope de sus formaciones. Gesto inconsciente, con frecuencia se acariciaba la pera rubia, poco más oscura que el pelo de la cabalgadura.

En ese otoño cálido la tropa se desplazaba con cachaza, como una oruga fina y sinuosa que se arrastra por el suelo en el corazón del desierto. El sol caía a plomo y entre los arenales se levantaban vahos oscilantes que formaban frecuentes espejismos.

Roca había comenzado la célebre Campaña del Desierto, para terminar con fronteras inseguras, maloneada constante, mujeres cautivas y ganado robado, como informaban los diarios de Buenos Aires. Era la hora de la civilización y a ese ministro joven le tocaba el honor de consagrarla.

Otra vez volvió a aparecer el rictus irónico en sus labios. Si él no fuera el general Roca hubiera jurado que vio un fantasma discurrir entre las dunas; plantado a veces en medio de los guadales, escondido otras entre los médanos voladores, montado a veces sobre un caballo espectral que marchaba flanqueando sus regimientos.

Pero él era Roca; nada menos que Roca, y la sonrisa socarrona que volvió a aparecer en sus labios acentuó el aire vulpino de los ojos. Sacudió la cabeza; había templado su espíritu en el rigor del combate y la vida sacrificada del milico de frontera.

¡Quién podía venirle ahora con fantasmas!

Llevaba los pies calzados con firmeza en los estribos y las riendas, blandas por la sobadura de muchas cabalgatas, daban dos vueltas alrededor de sus manos curtidas. Seguro en su montura, permitió que el caballo dirigiera sus pasos por instinto, mientras dejaba rodar los pensamientos en el sopor de la bruma. Recordó su pasado; aquellos libros que llevara del Colegio de Concepción lo ayudaron mucho en las interminables jornadas pasadas en el fuerte del Río V, cuando la vista se perdía en el horizonte reseco y ajeno.

Se dijo a sí mismo que no habría de ser él hombre capaz de dejarse impresionar por leyendas de fantasmas. Sabía de sobra que esos cuentos los tejían el ocio en las tertulias de mujeres y la superstición en el fogón de los paisanos.

“Una cosa era que crea en ellas un chino de infantería y otra el propio general”, pensó con orgullo.

Ningún aparecido habría de espiarlo a él desde las imperfecciones de la senda; ni burlarse, ni recordarle discrepancias del pasado. Ese maldito sol era el que Una sombra en el desierto formaba volutas entre el pastizal y la arena y hacía ver cosas que no existían, en lugar de las pajas bravas que abundaban en el paisaje virgen del desierto.

Pero aunque sólo viviera en sus pensamientos, esa sombra impresionante volvía a acosarlo con un susurro:

-Le dije, Roca, que no quedan indios en el desierto...

El general escupió con fuerza, como para quebrar ese recuerdo, que no era más que la repetición de una vieja disputa que había tenido años antes con su Ministro de la Guerra.

Estaba seguro de que, al igual que los remordimientos que a veces importunaban el alma, pronto debería quedar atrás y morir, como le ocurría a todos los sucesos que iban al arcón que guarda las cosas viejas del pasado. ¡Y vaya si él no era hombre del futuro! De la modernidad y el futuro, para decir mejor.

Era posible que no hubiera combates con los indios ¿y eso qué importaba? ¿Acaso él tenía que homologar títulos guerreros para certificar su autoridad militar? De repente se sobresaltó pensando en Humaitá, en las estacas paraguayas donde se clavaban hasta morir las cargas de la infantería argentina. Volvía a verse él mismo, muchacho de ánimo atrevido, salvado de milagro cuando ya caían encima bocanadas de paraguayos machete en mano para ultimar los infantes atrapados.

¿Qué buen soldado de esa guerra necesitaría después reivindicar coraje en la acción?

¿Y cuando lo hicieron jefe? Sólo Ñaembé hubiera bastado para darle fama, pero por si fuera poco estuvo Santa Rosa, concebida con una táctica tan artística que se hubiera impresionado el mismísimo manco Paz.

Después de recordar aquellos sucesos se sintió más seguro con sus pensamientos y palmeó con mano sólida el pescuezo del bayo.

Alentado por su repentina confianza, hizo correr sin freno los pensamientos:

“Por otra parte ¿quién dijo que la campaña del desierto es una expedición militar?”

Fue concebida con meticulosidad, como buen plan del ejército, pero yo la he imaginado de manera distinta, para convertirla en una gran empresa política.

Si todo sale bien, la soberanía argentina llegará a la Patagonia entera, se habrán de incorporar miles de leguas a la producción, los cristianos van a poder poblar este desierto... y si tengo suerte, es posible que también llegue la Presidencia de la Nación, como premio a este humilde soldado...” Se revolvió en el recado con maliciosa alegría, como anticipando su futuro. Le pareció que la sombra volvía a hablarle:

-Vea Roca, la indiada se terminó cuando hicimos la zanja. ¡Nunca después un malón grande! Usted hace política y está bien, pero no conquistará el desierto. Ya lo habíamos dominado nosotros después de Paragüil, cuando les quitamos con Levalle las aguadas al indio.

Roca no perdió la compostura y trató de serenarse de inmediato, poniendo orden en sus pensamientos: “¡Dios mío, no estaré empezando a sufrir las alucinaciones del desierto!”, se dijo con fastidio.

Cuando planificaba desde el despacho del ministerio la expedición, había leído todas las instrucciones militares y sanitarias. Sabía de sobra que los médicos atribuían a la soledad, la fuerza del sol, los nervios de las acechanzas, el frío, las escarchas, la pésima alimentación, las interminables cabalgatas nocturnas sobreponiéndose al sueño y la incertidumbre del destino, la batería de enfermedades que abrumaban al soldado del desierto sin distinción de rango. Por supuesto, en esa lista, donde las afecciones gastrointestinales y la disentería descollaban, la locura, que arrastró a tantos hombres al suicidio, ocupaba un lugar de honor.

Volvió a recobrar el ánimo de siempre: “Esto es sólo un espejismo”, pensó en silencio. Por otra parte, ya rendido ante la fantasía, admitió que si le hablaba un fantasma, entonces esa voz la escucharía solo él y ¡por Dios que se parecía mucho a la de su conciencia!

-Entonces no habrá problemas -se dijo entornando los ojos con oblicua travesura.

Como a aquella, sabría acallarla.

El fantasma parecía hablarle de nuevo:

-Vuelvo a preguntarle, Roca: ¿conoció alguna invasión importante después de la zanja? ¡Por favor! El desierto ya no es más terreno seguro para ellos. Y le voy a decir algo más: ¡algunos cristianos (hasta usted) dijeron que mi plan era defensivo!

Por cierto no lo dijo ningún indio, que mucho antes que algunos estrategas profesionales o aficionados, comprendieron de inmediato que el peligro se les venía encima.

Y además yo dije con claridad que la guerra era al desierto para conquistarlo, y no al indio para destruirlo; la tierra que se ganaba se ocupaba con fortines, caminos, hilos telegráficos, para que fuera explotada de inmediato por chacareros y estancieros.

No se podía malonear más a espaldas de la zanja. Además, no ignoro que la zanja de por sí, sola, no bastaba; por eso ordené a mis jefes que corrieran la línea de fortines al sur y al oeste y nos apoderamos ¡hasta del Carhué! Y sin las aguadas las tolderías no sobreviven, como tampoco sin ese inmenso lago salado donde hacían desinflamar las tabas a las reses, para intentar después el arreo a Chile. Por supuesto que la marcha al sur era un proyecto ambicioso, que anhelaba con fervor; pero para otra etapa, como la que en todo caso comienza ahora usted con su campaña.

Pero por Dios... no he bajado para pelearlo, Roca, sino para alentarlo. Les deseo suerte, a usted y a los soldados. Creo que usted será un gran estadista y me reconforta saber que está en nuestras filas. Tenemos estilos distintos, pero la misma idea de país. Dios quiera pueda llevarla a cabo. Ahora mismo me aparto de su senda y lo dejo seguir; el mérito de llegar a la Confluencia será suyo; sólo suyo. Y el premio también. Mi lugar está aquí, galopando en la memoria de quienes me recuerdan y no más allá de la zanja por la que empuñé la vida, hasta que el olvido entierre mi nombre más hondo que mis huesos, como presumo habrá de ocurrir. Adiós, Roca.

De pronto, la cara del general Roca tomó un aspecto reconcentrado y serio; se borró por un momento el relampagueo irónico de sus ojos y un ligero temblor hizo vibrar una de sus mejillas. Sentía como si hubiera hablado con una sombra, nada menos que él, hombre ligado a la razón y los hechos comprobados. Pero sentía como si desde un pliegue íntimo de su conciencia una voz le hubiera mandado un mensaje. Sin pensarlo dos veces, murmuró con los dientes apretados:

"¡Yo te conjuro, sombra última! Adiós, doctor Alsina..."

¿Quién fue en realidad aquel hombre que se llamó Adolfo Alsina?

Tal vez sea preciso romper las reglas de la biografía y comenzar por la muerte del personaje.

Tal grado de pasión sustentaba su carisma que hombres y mujeres provenientes de todos los sectores sociales admiraban el valor de Alsina, buscaban su protección, se entregaban en forma dócil a su magnetismo. Guerrino nos entrega una descripción antropológica de don Adolfo: alto y de anchas espaldas, robusto e imponente, daba una bella imagen de varón. "La cabeza orlada por una cabellera leonina precozmente plateada. La barba asiria ocultaba parte de su rostro, completado con nariz prominente y cejas caídas. Su voz estruendosa llenaba los ámbitos de cualquier auditorio; traducía un carácter recio que no se amedrentaba ante nada.

Antípoda de su padre, era expansivo conversador y fumador empedernido. La noche fue su mejor amiga y en ella delineó sus organigramas para llegar al poder y domeñar a los indios". Así lo veía Octavio Amadeo.

Era común que desde lejos se adivinara su estampa: le identificaban una galera de copa muy alta y el aroma a agua florida, señales inocultables de su presencia.

Amadeo agregó que "era gentil con las damas pero amante de la soltería; temía al compromiso familiar." Y en la juventud "atravesó sin contaminarse el sarampión romántico de su tiempo."

Una copla popular, quizá anticipo de las primeras letras maliciosas del tango arrabalero, lo aludía con mezcla de insolencia y arrogancia provocadoras:

"Me juego peyejo y nombre,

en el amor: por mi china.

Y en el voto por un hombre:

Que se yama Adolfo Alsina."

Cuando se conoció su muerte una multitud aturdida se abalanzó en tropel sobre la casa de la calle Potosí. Lo velaban en la misma cama en que recibió la muerte, situada en el costado de una habitación que sorprendería por lo austera.

Murió después de varios días de delirio y fiebre en cuyos interregnos recuperaba la lucidez y se entregaba con pasión a revisar mapas, despachos, ultimar planes, enviar

órdenes.

La más célebre de todas fue la girada al coronel Levalle la víspera de su muerte.

El ministro de la Guerra le indicaba el 28 de diciembre de 1877 al comandante del Fuerte General Belgrano en Carhué, que marchara con su división y las tropas que guarnecían Puán y Guaminí hacia las mismas tolдерías de Namuncurá.

Era una operación incisiva, una ofensiva de 70 leguas en el reducto mismo del indio, en la zona más preciada por éste. Ya Calfucurá había intuido que si los soldados le quitaban esa región, el imperio indígena estaría perdido. Próximo a su muerte, el amo del Imperio de Piedra le hizo jurar al hijo y sucesor que nunca se la dejaría arrebatar por el cristiano. Para colmo las lagunas saladas desentumecían el ganado robado y hacían posible que después se iniciara la larga marcha a Chile, a paso de arreo y sin el hostigamiento de los milicos patrios.

Pero ese 28 de diciembre no era día de los Santos Inocentes. No al menos para un ministro que no tiritaba ante la muerte que sabía inmediata y un comandante de fronteras que no conocía el miedo ante el peligro. Tampoco lo sería para los indios. Calfucurá, desde el más allá, tampoco podía torcer la curva descendente del destino indio.

Con el espíritu endurecido por las privaciones del fortín, las celadas del salvaje y la vida jugada en cada combate, nada podría turbar el temple de Levalle. Sin embargo es probable que en sus manos temblara el papel mientras leía la parte final del telegrama del ministro: "Es posible que junto a ésta le llegue a Ud. la noticia de mi muerte.

Sin embargo ni ella puede impedir el cumplimiento de la orden que le imparto."

¡El muerto seguía mandando!

El coronel Levalle llevó a cabo su misión con absoluto suceso. El telegrama quedó hecho un bollo en el puño crispado. Con los dientes apretados y los ojos nublados masculló:

-¡Los que somos amigos del ministro le debemos esta patriada a su memoria!

Se desplazó a campo traviesa, apartado de las rastrilladas y evitó el alerta de los indios bomberos. En los primeros días de enero de 1878 abatió al soberano de las pampas en la misma laguna de Chiloé y de inmediato cayó como un rayo sobre las tolдерías, cuyos moradores sólo atinaron a huir hacia las entrañas del desierto, abandonando objetos y ganado.

Tanto como para desmentir la leyenda insidiosa que le atribuía sólo espíritu

defensivo frente al salvaje, Alsina se despedía de este mundo ganando una inmensa superficie para la civilización y el progreso. Coronaba con ello la incorporación de varios miles de leguas que ya había logrado con la zanja y la línea de fortines y destruyó en forma terminante el poder ofensivo del indígena.

-.-

En los momentos previos a su muerte se había agolpado una muchedumbre ante la puerta de calle. Al interior entraban los más allegados, su secretario Sánchez y, por supuesto, los médicos que lo atendían, Arauz, González Catán; dicho sea de paso, los más afamados de Buenos Aires.

El público seguía con impaciencia los trascendidos médicos y crecía el descontento ante la falta de respuestas de la ciencia. Se había acercado también un grupo de médicos homeópatas, que con tino no interfería la tarea de los alópatas pero ofrecía en voz baja sus servicios cuando la medicina tradicional se entregara rendida. No hizo falta. Los médicos de cabecera dieron como imposible la cura y ellos mismos invitaron a los colegas a asumir el tratamiento. También fue en vano.

Alsina se moría y ya nada quedaba por hacer para detener la Providencia; el caudillo, el estadista, el gran conductor de hombres y de políticas le había entregado el alma a Dios. “La enfermedad lo venció -al decir de Ebelot- en ese momento decisivo en que, maduro y apaciguado por el éxito, un jefe de partido se convierte en jefe de Estado.”

El público se desesperó por darle el último saludo, quizás llevarle un pedido final, para que el caudillo los siguiera protegiendo desde la eternidad. Lloraban los hombres y las mujeres, que iban con los críos de la mano; se arrojaban sobre el cadáver para entregarle un beso, cortar con una tijerita un mechoncito de barba, dejarle la última caricia.

Estaban agolpados, en extraña unción para la época, grandes señores de alcurnia patricia; soldados viejos que pelearon junto a él en Cepeda y Pavón; adherentes de los clubes partidarios; hombres del arrabal, de bajo fondo y cuchillo; estancieros y bolicheros; hombres de la ley y marginales de la justicia; intelectuales universitarios y encargados de cuadreras; periodistas de renombre y patrones de reñideros. Calzaban botas, alpargatas, botín inglés, iban descalzos. Pronto hubo que tomar providencias porque el apretujamiento y las reliquias que se llevaban del cuerpo amenazaban con deteriorar el cadáver.

El Negro Gorosito avanzó hacia la cama mortuoria con los ojos llenos de lágrimas; él, un duro famoso, que hizo tallar la faca en cien peleas se sintió de pronto como un chico abandonado. Con humildad pidió permiso pero no hizo falta; nadie osó interferir su paso

dolido. El mulato era conocido como un leal servidor de Alsina, incondicional y protegido, limítrofe entre la ley y la prepotencia.

Nunca había confundido los propósitos del jefe, pero se sabía, en cambio, de su inclinación a todas las tentaciones del vicio: nunca estaría ausente de las cuadreras ni de los reñideros de gallos en los que asomaba con viril prestancia; de los bailes orilleros y los burdeles, en los que era mimado; de los peringundines y el comité, donde solía tirar la taba en noches de alegría.

Como correspondía a un hombre de su estilo, jamás logró guardar un peso ni formar familia regular; bien querido, tuvo muchos amoríos y algunos de ellos terminaron sacando chispas de los puñales.

Una parda enamorada le había regalado un pañuelo de seda colorado, como correspondía a la divisa que servía, y con hilos de oro y primor le bordó sus iniciales de guapo. Gorosito lucía el pañuelo que llevaba como un inseparable adorno, orgulloso por el lujo del atuendo y la causa del regalo.

Se acercó lloroso al cadáver de Alsina, desató del cuello el famoso pañuelo con lentitud, como quien se despoja de un bien valioso y lo dobló con parsimonia varias veces; después tomó con manos tiernas la cabeza del muerto ilustre y se lo colocó bajo la nuca: "Pa' que esté más cómodo, jefe. Es l'único de valor que tengo", dijo haciendo pucheros como una criatura.

Hubo otra muerte el día del sepelio de Alsina. En sus tiempos de jefe político, Adolfo visitó una fonda cuyo dueño, puntero suyo, no se encontraba en ese momento.

Era verano y Alsina, fiel a su costumbre, vestía el clásico levitón, bombachas de brin blanco, botas y la conocida galera de copa alta. Mientras esperaba al pulpero pidió una caña fuerte, que saboreaba indiferente acodado en el estaño. La vestimenta estrafalaria del caudillo llamó la atención de un joven que, con insolencia, se burló de la ropa y del maniquí. Sin inmutarse, Adolfo lo llamó con una seña, como si fuera a hacerle una confidencia al oído; el mozo se acercó receloso y tanto para advertir al interlocutor como para darse coraje, le mostró con aire seguro el cabo del cuchillo que llevaba en la cintura. Alsina persistió en su gesto sumiso y cuando el muchacho estuvo cerca le descargó una ruidosa bofetada que lo tiró por el suelo desmayado.

El bolichero llegó justo cuando el mozo se estaba reponiendo del trompis y de un golpe de vista se imaginó lo sucedido. De manera respetuosa se dirigió a Alsina:

-Doctor, ése es el hijo de don Galván, del pago del Tandil, hombre suyo y de gran lealtad -le dijo con circunspección. -Trae para usted una carta del padre -agregó.

-Alcancámela -dijo con tono amable Adolfo.

Leyó en voz alta la carta, en la que el padre le mandaba recomendado al hijo, “pa’ que lo bautice en algún entrevero, dotor.”

-Levantate nomás m'hijo, que ya estás bautizado -le dijo Alsina al mocetón en tono paternal. Lo tomó a su servicio como guardaespaldas y a partir de ese momento fue uno de los seguidores más fieles del caudillo.

El día del sepelio de Adolfo Alsina, Pedro Galván le escribió acongojado a su padre: “Perdóneme, viejo pero me voy pa' cuidarlo ande quiera que el dotor vaya” y, apoyando el cabo del facón en una de las columnas de la Recova de las Ánimas, se lo clavó en el corazón.

Hasta los adversarios debieron inclinarse ante el dolor incontenible del pueblo.

Junto a varios oradores, el Presidente de la Nación, Nicolás Avellaneda, y el general Mitre -su adversario eterno- despidieron su salma en el Cementerio de la Recoleta. El vencedor de Pavón no pudo sino emocionarse por la conmoción del público: “Este sí que era un hombre querido por el pueblo”, dijo.

La copla popular ya no tuvo letra pretenciosa y prepotente; era una muestra de dolor y silencio, que acompañaba el rasguído abrumado de la guitarra. Ahora el payador decía, reprimiendo el llanto:

*“En la calle Potosí,
entre las de Salta y Lima,
ha dejado de existir
el dotor Adolfo Alsina”.*

Capítulo I

Una infancia complicada

“No soy un hombre viejo. Todavía siento firmes mis músculos y las fuerzas del físico me siguen respondiendo. Pero debo confesar que percibo algunos achaques.

Cuando el barbero me acerca el espejo después de hacer su tarea, veo con un dejo de nostalgia que el pelo comienza a escasear y se ha vuelto gris, lo mismo que la barba, que siempre estimuló mi vanidad por su aspecto insolente.

Al salir de la tina de baño suelo mirarme en un espejo inclinado, cuya forma ovalada me permite recorrer con una ligera inspección todo el cuerpo. Allí también se nota el paso de los años; ha crecido mi cintura y aunque las espaldas y el tórax continúan manteniendo la robusta solidez de antaño, noto una ligera curvatura de los hombros que no se reconocía en mis años mozos.

Para qué voy a andar con engaños, en especial conmigo mismo. Ya no me resulta indiferente cabalgar y cuando viajo a los fortines, hasta la calesa que uso suele dejarme cansado. A veces siento un dolor agudo que me atraviesa la espalda; me obliga a morderme por dentro para no aparecer como un flojo. Otras siento algunos mareos y el estómago parece no resistir ningún alimento; con frecuencia tengo picos de fiebre, sin que nadie lo explique y menos aún los médicos, aunque los pobres tendrían que ser adivinos porque nunca les cuento la verdad de mis dolencias.

Prefiero atribuir mis achaques a los años, aunque conozco a viejos de verdad, que están más enteros que yo. Pero tal vez sea la vida desordenada de todo hombre soltero, las noches largas, sea por política o compañías femeninas, porque ambas cosas siempre me sedujeron y nunca tuve reticencia a la hora de encararlas.

Los rocíos interminables que pasé, durante esas noches de invierno en medio del

desierto, cuando la escarcha se formaba en el lomo de los caballos y la pampa se veía blanca al amanecer, cubierto por fuera con mi viejo poncho y calentado por dentro con un trago de ginebra.

Siempre me gustó acompañar a la tropa, comer de su mismo rancho, que era pobre e insalubre, y sentir las mismas privaciones. ¡Qué tortura cabalgar de noche! El soldado (yo mismo lo experimenté) se calzaba bien en los estribos y, abrumado por el sueño, se echaba alguna descabezadita, a veces tan prolongada como para que la cabalgadura se apartara del grueso de la formación. Era frecuente oír a lo lejos el grito desesperado de alguien extraviado en la negrura de la noche. Esas tensiones y sobresaltos eran una verdadera enfermedad para la tropa, porque al día siguiente no había descanso y, a lo mejor, encima, se presentaba un entrevero.

Nunca dejaré de tributar mi admiración por los guardianes de la frontera, sin jabón, alimentos, higiene y a veces ni ropa; soportando tanto el frío como el calor y pasando hambre a la espera de algún ataque del indio.

Algunos rocíos... tuvieron otras causas, no tan épicas.

Hace pocos meses pasé por Puán y me tomó una fiebre fuerte, de esas que dan convulsiones y se pasa del calor al frío de un instante a otro y sin saber cómo.

Suerte que estaba el teniente Valdéz -cuyo nombre no quiero olvidar- que había guardado un porroncito de alcohol que le dio su madre, con el que pudieron hacerme unas friegas en los tobillos; creo que si no hubiera sido por esa cura casera, de esa noche no pasaba.

A mi vuelta a Buenos Aires me hice el propósito de que no le faltaran a las guarniciones las provisiones más elementales de alcohol y quinina. Y de paso los vicios, porque los hombres en la soledad, en medio de las emboscadas y sorpresas del desierto, cuando los revolcones con las chuzas indias pueden hacerlos terminar con los huesos en el arrenal (si antes no los consume alguna de las enfermedades del desierto), no deben estar, además, privados de los entretenimientos más inocentes: el tabaco, la yerba y el azúcar para alegrar un poco el mate del fogón y matizar la inmensidad de la pampa.

Ahora tengo necesidad de contar mi vida y de paso dar testimonio de todos los trajines en que estuve envuelto, porque quizá nadie se interese mañana por señalar con verdad esta etapa de nuestra historia. En ella fuimos formando la Argentina como país, civilizándolo, fundando escuelas, organizando un gran partido, que sustenta la libertad y al mismo tiempo el realismo de los hombres del interior que se incorporaron con sus ideas y sentimientos.

Un partido que pudo unir la gloriosa Buenos Aires con sus provincias hermanas, redondeando la Nación Argentina. Se llama, por si alguna vez desaparece y la gente se olvida, Partido Autonomista Nacional, pero pronto fue identificado por sus iniciales, que por feliz coincidencia simboliza el alimento esencial, el que nunca debe faltar en la mesa del cristiano.

¿Cuál fue mi obra más importante? ¡Conquistar el desierto, naturalmente! Pero eso sí, el desierto, no los indios. Contra ellos nunca deseé la acción violenta. La guerra era contra el desierto, para civilizarlo y abrirlo para los hijos de la tierra y los inmigrantes de Europa, que tanto se necesitan para asegurar el progreso. Me ocupé de los indios, procurando instalarlos en tierras buenas, enganchar los hombres de lanza en las filas regulares del ejército; en una palabra: asimilarlos. Solo cuando la pertinacia no dejaba otra alternativa -por desgracia más veces de las que he deseado- los cargamos con la valentía que en todas partes se le reconoce al soldado argentino.”

-.-

Tal vez con esas palabras Alsina hubiera resumido su vida, durante esa etapa en la existencia de las personas en que el espíritu obliga a hacer un balance. Pero él era un hombre práctico, de acción, a quien no cautivaban los mensajes que no fueran obligatorios y menos aún los balances sentimentales.

Fue un gran caudillo -urbano, como se diría ahora- pero a la vez un gran civilizador: se sabe poco de todo lo que hizo por la educación mientras fue gobernador.

En cambio nadie duda en reconocer que fue un político genuino de Buenos Aires, impregnado de porteñismo; un exponente paradigmático de la provincia orgullosa, al que por obra del patriotismo, que dio dimensión nacional a sus actos, fue elevado a las mayores dignidades del país.

Pero, ¿quién fue Adolfo Alsina? Nació un 14 de enero de 1829; Mitre entonces tenía 8 años y Sarmiento era un muchachón de 18, que ya había recibido algunas bofetadas del poder. No habían nacido aún Avellaneda ni Roca; Pellegrini ni Alem, que pertenecieron a una generación posterior de la que salieron muchos seguidores suyos.

En ese momento el general Rondeau era gobernador de la Banda Oriental del Uruguay y un irlandés estaba al frente de Buenos Aires: el almirante Guillermo Brown, gobernador delegado del general Lavalle, que había salido en campaña militar al interior de la provincia.

Un mes y un día antes que naciera Alsina, Dorrego había sido fusilado en Navarro; casi un vaticinio de la violencia que se abatiría más tarde sobre el país. Ese año, por primera vez las defunciones superaron a los nacimientos y se registraron 3000 muertos más que el anterior, sin que se tuviera noticias de alguna epidemia.

Las ejecuciones y venganzas se iban a convertir en rutina.

Mientras en Buenos Aires los hechos se sucedían como para preparar con la llegada de Rosas una larga siesta institucional, el mundo se estaba modernizando.

El uso de los relojes se popularizaba con la fabricación de aparatos pequeños, de uso individual. Al estar al alcance de un número cada vez mayor de personas, comenzó a imponerse el rigor de los horarios: como consecuencia de la puntualidad, la velocidad pasó a formar parte de la vida corriente.

En Inglaterra una diligencia recorría hasta 240 kilómetros en un día con caballos de posta y pronto se advirtió con preocupación que la rapidez de los cascos tenía límites infranqueables. Pensaron entonces en la autopropulsión y la energía se convirtió en un dios que deslumbraba a los humanos.

Dirigieron la mirada al vapor, y las máquinas que había puesto en marcha Watt medio siglo antes para extraer agua, comenzaron a imaginarse corriendo por caminos de hierro. En el mes de julio del año que nació Alsina, el diseñador Gurney viajó desde Bath a Londres manejando su propia máquina a vapor por rutas comunes.

Ese mismo año China conoció al poderoso Forbes, el primer buque de vapor de la Armada Real británica, cuyos cañones forzaron los ríos del Imperio Celeste, empresa a la que no se hubiera aventurado ninguna embarcación de vela.

Dicho sea de paso, Cutty Sark -el histórico clipper del té- epigrama del poderío imperial del Reino Unido en el comercio mundial, estaría condenado antes de nacer a arriar velas y encaminarse al ostracismo de los museos. De nada valdrían sus legendarios desafíos a las olas y las tempestades, a las iras de a bordo y los motines, al rugido de los tifones y la ferocidad de los piratas para llevar té de la China y Ceilán para que lo bebieran con displicencia los elegantes personajes de Londres. De todos modos, su orgulloso velamen sería reemplazado al cabo de poco tiempo por las menos románticas chimeneas que lucirían buques carboneros, encargados de transportar las manufacturas inglesas con la misma bandera y mayor ganancia.

Dos años antes del nacimiento de Alsina se habían inventado en Inglaterra las cajas de fósforos. "Fósforos Lucifer" se llamaron, y a fe que el nombre elegido era toda una evocación a los fuegos eternos.

Esta invención sencilla y práctica trajo notables beneficios para la vida corriente, en especial la doméstica. La gente disfrutó con alegría infantil cuando la tuvo en sus manos por primera vez. El sexo débil fue, quizá, el más beneficiado, porque las amas de casa pudieron encender lámparas y hogares con rapidez y sin trastornos al nacer el día.

Pero también provocó innovaciones sociales: favoreció las reacciones violentas de los sectores que se sentían relegados en sus aspiraciones y rango. El labriego que yugaba junto al caballo tirando del arado podía llevar una cajita en el bolsillo y con una insignificante fricción incendiar un galpón o una parva del patrón, símbolos de su postergación. Los incendios comenzaron a ser moneda corriente en Inglaterra, la nación que personificaba mejor la Revolución Industrial, el cambio de las costumbres, la aparición de un mundo nuevo, sin vuelta al pasado.

A la Argentina de entonces llegaban noticias apagadas de reivindicaciones brutales en las fábricas por el cambio de vida en las ciudades. Representaban un fenómeno nunca visto antes y ni siquiera imaginado en las inmensidades del desierto que Alsina conocería como la palma de su mano, o en la vida aldeana de Buenos Aires, la más veleidosa de las ciudades de la Confederación.

La Revolución de Francia, a la que con tanto empeño combatió Burke, había terminado, pero los ecos que la guillotina y el terror provocaron en la mente de las personas convulsiones profundas y abrieron una brecha en la nave que ya no podrían reparar los marineros tradicionales.

Ironías de la vida: William Wordsworth, el poeta que quizá cantara con más énfasis a esa Revolución, se convirtió en uno de los nostálgicos más fervorosos del pasado. Cuando el ferrocarril ingresó al terruño en que vivía, el espanto se apoderó de su espíritu y sus composiciones. No estaba en condiciones de admitir que esas ideas, capaces de abrir los cerebros a creaciones tan temerarias y aptas para provocar el estremecimiento de sus contemporáneos treinta años antes por el solo hecho de imaginarlas, eran las que habían despejado el camino a las invenciones más audaces.

A todo esto, mientras el vértigo se apoderaba de una parte del mundo, nuestro país marchaba en la dirección contraria.

Rosas había obtenido el cuestionado mérito de frenar el tiempo y dominar por el miedo o el fanatismo: Bolivia había quedado apaciguada; el Paraguay detenido en sus fronteras; las provincias sometidas a su dictado.

Nueve décimas partes del país quedaron fuera del alcance de la administración ordinaria. Los correos regulares comenzaron a perderse y pronto cesó toda expresión

normal de su existencia. Los ríos estaban cerrados a la navegación mercante de todas las banderas y el comercio que estimulaba y atraía el progreso por esas vías era inexistente. El aislamiento, las consignas erráticas y la falta de un plan de gobierno caracterizaron ese tiempo de inmovilidad: cada provincia cobraba el tránsito por su suelo. Las travesías al interior debían hacerse con la protección de las armas porque en las sendas no había autoridad reconocida; los indios se acercaban con impunidad al suburbio de las ciudades.

Calfucurá -quien sería algo así como la contracara de Alsina- cruzó la cordillera (es posible que con un guiño favorable de don Juan Manuel) con sus lanzas chilenas y se instaló en la pampa. Hacia 1835 era reconocido cacique principal por los príncipes del desierto y ponía en marcha el largo reinado de la Casa de Piedra. Ese mismo año una emboscada en Barranca Yaco terminaba con la vida del Tigre de los Llanos y el general Rosas daba inicio a su segundo mandato como gobernador de Buenos Aires. Adolfo tenía seis años.

El destino quiso entrelazar los caminos de Calfucurá y Alsina. Este vivió empeñado en extender la civilización, mientras el cacique chileno se empeñaba en mantener la quietud del desierto, la libertad predatoria de la raza, los confines sin mojones ni alambrados.

Uno se asomó con pasión a la velocidad del progreso; su oponente estaba ansioso por detenerlo. Cegado por su obstinación, trataba de frenar la fatalidad de lo inexorable, como el hombre que piensa detener la lava del volcán con una escoba.

¿Hubiera podido convivir Calfucurá con la civilización y el progreso? Es difícil que eso pudiera ocurrir; el pasado de un hombre tiene a veces tentáculos tan viscosos y trituradores que solamente un héroe puede sustraerse a su estrujamiento.

Pero hasta encontrarse en las riberas opuestas de la frontera, cada uno debía recorrer su propio sendero y disfrutar de los elixires de la vida tanto como padecer el acíbar de la frustración.

-.-

Alsina nació en una casa donde la política era moneda corriente. Era hijo del doctor Valentín Alsina, unitario consagrado. Su madre, Antonia Maza, en cambio, era retoño de una de las familias más rosistas de Buenos Aires.

Su abuelo paterno fue don Juan de Alsina, piloto y agrimensor español, arribado a estas tierras para deslindar las fronteras del virreinato. Se enamoró de una criolla y de Buenos Aires, a pesar de ser entonces una aldea chata y pobre, y murió defendiéndola con valentía durante la primera invasión de los ingleses. Quizá de aquellos genes heredó el

nieto la pasión por esa ciudad y el coraje para defender el pago.

Contra todas las versiones que le atribuyen origen catalán -su apellido lo es don Juan era un gallego sin vueltas de hoja, nacido en Corcubión y bautizado en el Arzobispado de Santiago de Compostela.

En rigor de verdad, don Juan de Alsina se radicó en el Río de la Plata en su segundo viaje a estas tierras; sus padres -los bisabuelos de Adolfo, don Juan y doña Francisca Gasse habían establecido en Corrientes al promediar el siglo XVIII y, quizá respondiendo inconcientemente a un reclamo de los ancestros catalanes, mandaron al adolescente Juan a estudiar navegación a la Academia de Náutica de Arenys del Mar, cerca de Barcelona.

Con los estudios terminados, don Juan regresó a Buenos Aires años después, en 1781, e integró con dos personalidades notables de la Colonia -Cerviño y Azarala comisión demarcadora de límites en orden a los títulos que lo consagraban piloto y agrimensor. En realidad no fue sólo eso: como hombre de pensamiento se convirtió en asiduo concurrente a las tertulias ilustradas de la ciudad, que lo reconocían por sus dotes intelectuales. Había hecho imprimir unas tablas “con la hora de salir y poner el sol corregidas y aumentadas con varias notas con la diferencia del tiempo para que puedan servir en todo el Virreynato.”

Apenas algo más de diez años estuvo casado con doña María Pastora Ruano, mujer algo más joven que él, quien a la muerte del esposo durante las invasiones inglesas interrumpió su viudez para casar con Diego Sosa, hombre que nunca tuvo una buena relación con sus hijastros, Juan José y Valentín Alsina.

El abuelo materno era muy conocido: el doctor Manuel Vicente Maza, presidente de la Legislatura rosista y él mismo gobernador provisorio que preparó el camino para la segunda y larga gobernación de Rosas. El tío era el coronel Ramón Maza, un oficial de gran prestigio en el ejército federal.

Sin embargo, como una burla del destino, los parientes rosistas tendrían menos fortuna que la rama unitaria. Los dos Maza conocieron el cuchillo de la mazorca: Ramón, fusilado por organizar una conspiración por la que murió en silencio, sin delatar a uno solo de los conjurados; don Manuel, asesinado en su propio despacho por unos esbirros apenas se descubrió la existencia del famoso complot.

Como si a la tragedia le faltara un acto, la madre se suicidó: incapaz de soportar el dolor de los crímenes de su hijo y de su esposo, más el exilio de su hija y su nieto, entregó su vida a Dios.

El padre de Adolfo era un abogado de prestigio. Enemigo declarado del régimen de

Rosas, tuvo no obstante mejor suerte que los parientes embanderados en la divisa punzó. El doctor Valentín Alsina fue hecho prisionero en la provincia de Entre Ríos cuando trataba de establecer un encuentro en Corrientes con Ferré, que era primo suyo, para organizar una acción contra el Restaurador.

Echagüe cumplió órdenes de Rosas y lo trasladó detenido con grillos a la goleta Sarandí (otra versión que corrió después diría que fue al pontón Cacique), surta en el Río de la Plata, donde quedó encarcelado.

La fuga al Uruguay, país en el que recalaba la mayoría de los unitarios emigrados de Rosas, tuvo ribetes de aventura. Se dijo y repitió con frecuencia que su familia pudo sobornar al carcelero para que facilitara el escape a bordo de un bote a remos. Mirado con los ojos de esta época, la perspectiva era impresionante; debían atravesar en la oscuridad de la noche el río a merced de la incertidumbre, las posibles traiciones, la acechanza de la correntada y la niebla.

Lo del soborno no fue cierto. Otra interpretación que circuló, también falsa y que tuvo origen en fuentes federales, se inclinó por una tesis conspirativa: sugería que el abuelo Maza, por ese entonces íntimo de don Juan Manuel, habría influido para que un lanchón de la marina de guerra lo recogiera y el oficial a cargo de la custodia no exigiera una orden escrita del gobernador. La verosimilitud de esta versión se funda en el hecho de que Rosas no castigó a nadie por la fuga, pero para esa tolerancia del dictador existieron otras razones.

Se suele recordar una anécdota de esa noche interminable para la familia Alsina.

La madre salió a una hora avanzada para eludir encuentros incómodos y abordar, lejos de miradas indiscretas o delatorias, la embarcación que liberaría a su esposo. Pero una mujer solitaria, en el Buenos Aires de entonces, no era una visión frecuente, aun cuando la señora no caminara sola; cubierto por el capote llevaba oculto al pequeño Adolfo, que sólo tenía siete años.

A pesar de las previsiones, frente a la quinta de Guido fueron vistos por dos trasnochados, que a pesar del vino, de inmediato divisaron al muchacho cubierto por el manto:

-¡Pero mirá, che, qué marido joven lleva la vieja!

La procacidad del imbécil enfureció al chico; tomó una piedra del suelo para responder a la provocación, ciego de rabia e impotencia, pero su madre detuvo el brazo ya extendido y musitó con voz sorda:

-¿Qué vas a hacer? ¿No ves que peligra la vida de tu padre, a quien trato de salvar?

No existe crónica que hable de la infancia de Alsina que no recoja esta anécdota que, por otra parte, el propio Adolfo contó infinidad de veces.

De hecho, esa fue la primera entrega de una historia que concluyó el día de su muerte, porque toda la existencia del caudillo parece estar ligada a sucesos que reclamaban arrojo físico, indiferencia ante el peligro y continuas muestras de coraje.

Casi en secreto, era consciente que su destino lo llamaba a asumir la vida del soldado: a valorar la importancia de la fuerza física, la resistencia a la fatiga y la ágil destreza de los miembros para desempeñar su futura actividad de caudillo. De hecho desplegó la reciedumbre de sus condiciones con naturalidad, aunque la admiración con que se hablaba de él lleva a pensar que poseía aptitudes extraordinarias, ya que la mayoría de esos atributos formaban parte del bagaje corriente que cada hombre debía arrastrar consigo a la vida política.

Si bien no existió el mentado soborno, los hechos ocurrieron de forma tal que la realidad se intercaló con las versiones y mucho de lo que se dijo y conjeturó no fue de mala fe.

Después del episodio con los borrachos, madre e hijo entraron en una taberna sórdida, a fin de ultimar detalles de la expedición. Los acompañaba mister Richard Haines, un ciudadano inglés que había sido comisionado por el capitán de la Sarandí para escoltarlos y cuidar de ellos en los momentos perturbadores de la negociación con los lancheros. Y se sabe que un inglés siempre era respetado, aun por los sujetos de avería.

La goleta que oficiaba de cárcel estaba al mando del mayor Sinclair, destino que éste alcanzó después del relevo de dos comandantes anteriores. Parece ser que Rosas sospechaba que se intentaría liberar al detenido, cuyo cautiverio era fundamental para el régimen y para su prestigio personal.

Las cosas dieron vuelta de tal forma que mientras Rosas buscaba la máxima seguridad, el carcelero fue puesto por intercesión de José María Roxas, a pedido de Pueyrredón, uno de los presos mismos. Por cierto, este encadenamiento de favores estimuló los comentarios de sobornos o acomodos, pero esa versión no hace justicia a la verdad ni al prestigio de Sinclair, militar correcto que, a riesgo de su reputación y destino, fue leal a sus amigos.

De lo que pasó esa noche, una parte habrá quedado grabada a fuego en la memoria de Alsina y otra porción quedó impresa entre las emociones familiares que recordaría años después la tertulia hogareña reeditando las zozobras vividas.

Cuando se perpetró la fuga, el río estaba más agitado que de costumbre, según dijeran los remeros. Los cuatro marineros bogaron con prisa rumbo a la goleta como si sintieran ya sobre la nuca el aliento de la mazorca, dejando cada vez más lejos las pocas luces de Buenos Aires, que se iban perdiendo en la noche.

Doña Antonia se había propuesto no mirar para atrás y mantenía los ojos clavados en la negrura infinita que embestía la proa, mientras apretaba al hijo con fuerza debajo del mantón.

La partida de la casa paterna fue conmovedora; el abuelo le dio a la hija un beso en la frente y abrazó al nieto con fuerza; a los dos les entregó su bendición que impartió desgarrado por dentro, como si adivinara la fatalidad del futuro.

Después, con un gesto tierno que trató de enmascarar con rudeza, colocó a doña Antonia una gorra militar en la cabeza, tanto para protegerla del frío y el viento como para preservarla de algunas miradas inquisidoras. Doña Antonia hizo un esfuerzo titánico para desprenderse; tal vez ambos imaginaban en ese momento que nunca volverían a verse. Pero la hija no pensaba que no tendría el consuelo de devolverle a su padre el beso antes de sepultarlo, ni que tan siquiera se le permitiría derramar lágrimas sobre los despojos de su hermano y de su madre.

Más que ese río inmenso, el odio de los enfrentamientos la obligaría a estar separada en forma definitiva de todas las evocaciones felices de su pasado; de las risas infantiles, las ilusiones románticas de la adolescencia, los afectos y los recuerdos.

Doña Antonia habría de dejar varados en Buenos Aires y perdidos para siempre los jirones deshechos de su vida anterior.

A pesar de tener el espíritu agitado por la fuerza de tantas emociones, trataba de mantenerse serena en esa travesía interminable, en la que sólo el jadeo de los marineros y el golpe de los remos contra las olas le recordaba que no estaban enterrados en la oscuridad de una tumba.

Por precaución, Sinclair había sacado de cubierta los soldados de la guardia. Con la pericia de los buenos baqueanos que piloteaban el río, los remeros acercaron en silencio el lanchón a estribor de la goleta, cuya silueta contorneaba como un buque fantasma contra la bruma y la espuma.

De la borda descendió en mudo una escala de sogas, que fue afirmada con naturalidad por cuatro brazos robustos para neutralizar el movimiento de las ondas y evitar el golpe de la lancha contra el pontón. Valentín Alsina y Pueyrredón estaban preparados en la cubierta; desde que los subieran a la goleta les habían quitado los grillos,

suponiéndose con lógica que la fuga era imposible en medio del agua.

Los esposos se abrazaron en silencio. Conscientes de su obligación y también del peligro en que se encontraban envueltos por la fuga que habían contribuido a consumir, los marineros alejaban con ritmo despiadado el lanchón en dirección a la costa uruguaya.

Ya más repuesto, don Valentín preguntó con ansiedad por el hijo, a quien no alcanzaba a divisar en el reducido espacio de la embarcación. La madre le llevó la mano hacia su costado y le hizo palpar un bulto que respondió con un bufido de felicidad: el muchacho no podía contener la alegría de entrever al padre desde el escondite improvisado bajo el capote con que su mamá trataba de protegerlo del frío. Eran las 10 de la noche del 5 de septiembre de 1835.

Ávido por verlo y tocarlo, el padre corrió el abrigo y tomó la cabeza del niño con las dos manos, inclinándose sobre ella; después lo apretó contra su cuerpo y lloró en silencio dando lugar a una imagen poco frecuente. Por la cabeza confundida del flamante exiliado pasaba un pensamiento opresivo: ¡qué precio debía pagarse para sostener las ideas!

Sabía el matrimonio que cuando llegaran a la Banda Oriental debían empezar media vida nueva, con incógnitas, peligros e incertidumbres. Pero sólo media. La otra mitad quedaba anclada en Buenos Aires, esperando por la vuelta, con la herida abierta, si es que había vuelta.

-.-

Vinieron después el exilio, la pobreza, la adaptación a la nueva vida de emigrados en Montevideo. La ebullición incesante de los espíritus, las reuniones, las malas noticias -más frecuentes que las buenas- y el rencor.

Mientras en 1835 el poder de Rosas empujaba a muchos compatriotas al exilio, el mundo seguía dando vueltas, ajeno a las vicisitudes de esta tierra. Ese mismo año Adolphe Sax inventaba en Norteamérica el saxofón, que hasta nuestros días continúa siendo un instrumento insoslayable del jazz. En el mismo país, George Gallup creaba el Instituto de Opinión, fuente de las perentorias estadísticas que nos atiborran con encuestas en cada elección, y en Italia una parturienta alumbraba a alguien que transformaría la medicina aplicada a la interpretación de los criminales: Cesare Lombroso.

¿Cómo era la vida de un niño en el exilio? Extraña confrontación entre la jocundidad irresponsable de la infancia y el oído atento a los murmullos de los mayores, el carácter crispado por las tensiones y la fiebre interminable de la conspiración.

Los juegos se alternaban con los vuelcos del corazón, producidos por la cara de los padres: en algunos momentos encendida por la ilusión; por instantes taciturna, cuando las informaciones, día tras día, un mes después de otro, durante años interminables, derrumbaban las esperanzas tejidas más por el deseo que por la realidad.

Como quiera que esta es una biografía de Adolfo Alsina y no de su padre, éste en forma necesaria debe figurar siempre en ella porque su indisoluble influencia lo exige. No tendría sentido recordar la militancia unitaria de don Valentín, ni su apego incondicional al rigor científico que emana del derecho, ni las sucesivas frustraciones en el gobierno de la provincia, sino en cuanto la pintura de esos detalles sirve para identificar con ellos al hijo biografiado.

Al año de estar en Montevideo la familia debió sufrir un nuevo desgarramiento. Don Valentín tuvo que exilarse otra vez, en esta ocasión del país que los había acogido.

Obligado por las amenazas políticas se refugió en Santa Catalina, desde donde mantuvo una constante correspondencia con la esposa, intentando planificar la incertidumbre del porvenir. Aunque mantenía el espíritu de lucha, lo golpeaba la lejanía de su familia, las estrecheces económicas que sufrían, la perspectiva de trasladarlos a un lugar donde hasta la lengua era extraña.

En una de sus cartas le comentó a la esposa que su primo desde Corrientes lo invitaba a establecerse en esa provincia y ejercer la profesión de abogado, apartado de las vicisitudes y sobresaltos de la vida combativa que llevaba. La perspectiva de dejar la política lo hacía vacilar: se bifurcaban los caminos; por un lado la comodidad de una vida holgada, sin apremios y por la otra el misterioso, incierto mundo de la aventura.

Prevaleció el ciego, denodado ánimo de perseverar en la pelea, declinó no sin cierta elegancia el ofrecimiento del pariente y al año siguiente volvió a Montevideo, donde pudo revalidar el diploma de abogado y ejercer algo de su profesión.

A propósito de la abogacía; cuando salió de Buenos Aires su bufete tenía prestigio y los casos importantes se sumaban a los rutinarios que permitían a los Alsina llevar un pasar digno. Tal vez, más que la militancia en el partido unitario, fue un tema profesional el que le llevó a ganarse las iras de don Juan Manuel, cuando se negó a defenderlo en un juicio de imprenta que tramitaron contra éste.

Según se recuerda, uno de los casos más sonados que atendió su escritorio fue el patrocinio de don Luis Vernet en la causa de la Islas Malvinas, un tema que además de la trascendencia nacional que interesaba al cliente dejar a salvo, tenía para él una importante consecuencia patrimonial. Como ocurrió con las restantes carpetas de su estudio, cuando

debió exilarse el trámite quedó en manos de su hermano Juan José, que le mandaba un informe detallado de las causas en curso y los quejosos relatos sobre los honorarios impagos, con cuyo cobro Alsina contaba para sostener a su familia en Montevideo.

Pero de todas las causas en trámite, la que con más vivo color le interesaba era una vinculada con los gananciales de su madre, doña María Pastora Ruano. Como había enviudado joven y quedado con críos pequeños, a la muerte de don Juan de Alsina, como ya ha sido dicho, casó en segundas nupcias con el recordado Diego Sosa.

A la muerte de Pastora, éste pretendió hacerse con los bienes que por transmisión hereditaria correspondían a los hijos y no al segundo esposo. Como es lógico apreciar, el tema era económico, pero todavía mucho más era el valor sentimental, y tanto don Valentín como el tío Juan José ponían en su atención el más encendido interés.

Sosa se defendía encarnizadamente, y el trámite se entorpecía y demoraba con impugnaciones, apelaciones y nulidades y, al decir de los Alsina, las frecuentes chicanas que interponía. El exilio lo tomó a don Valentín en medio del juicio, que debió continuar el hermano hasta su terminación.

Por último salió la sentencia definitiva y ambos dieron rienda suelta a tantas emociones contenidas; el tío incluso pudo dar escape a su vena de poeta frustrado -eran muy frecuentes sus incursiones líricas- y se permitió consentir la resolución de Cámara con unas estrofas de sentida puerilidad que presentó en el Tribunal:

*“Al fin sucumbió el malvado
al fin triunfó la justicia
confundiendo la malicia
de un usurpador osado.”*

Juan José se había entregado en las justas celebraciones con amigos y allegados que participaron de la alegría contenida. De más está decir que sólo faltaron los parientes de Montevideo, impedidos de todo, hasta de poder compartir la inocencia de un brindis.

Como es fácil de intuir, las necesidades económicas no constituían un mal pequeño; doña Antonia había sido criada en una familia tradicional, que acostumbraba a preparar a sus hijas para guiar un hogar, conocer la administración de una casa, pero no para ejecutar esas tareas con mano propia. Las labores manuales para las que estaban preparadas las muchachas de “familia decente” sólo consistían en el bordado esmerado, el cultivo de alguna faceta de arte y, a lo sumo, alguna práctica de sanidad. Las necesidades económicas la obligaron a cumplir tareas domésticas que asumió con digna naturalidad.

Adolfo creció en esa colonia argentina que sentía devoción por la cultura, editaba diarios, trataba de levantar ejércitos y tenía sueños; muchos de ellos sin otro sustento que la fantasía. La realidad era distinta y, por cierto, bastante amarga: Montevideo llegó a estar sitiado por Oribe. Que era más o menos como tener cerca del cuello el brazo largo de Rosas.

Valentín Alsina había sucedido a Florencio Varela en la redacción de El Comercio del Plata, órgano activo de la resistencia; aquél había sido asesinado de una puñalada en el corazón; fusilado antes “en efigie” en el campamento de Oribe, el asesinato fue en realidad una “muerte anunciada”.

Cuando Oribe empezó el asedio faltaba un mes y medio para que Adolfo Alsina cumpliera 13 años; si todavía era chico para ir a las trincheras como era su deseo, no lo era tanto como para ser indiferente al rigor de las amenazas y el peligro que merodeaba su casa. Tampoco fue impasible a la mística que el general Paz había transmitido a los sitiados, porque el espíritu de resistencia había prendido en toda la sociedad amenazada.

Años después tendría oportunidad Alsina de admirar de cerca al célebre manco, cuando al regreso a Buenos Aires fuera designado escribiente de la comisión que debía conducir Paz al interior de la Argentina.

Pero aún faltaba mucho para el 3 de febrero de 1852. Mientras tanto era necesario trabajar para ayudar a la casa y contribuir como fuera para sostener la ciudad sitiada. Adolfo se empleó en una barraca desempeñando tareas manuales; debía examinar los cueros, clasificarlos y pesarlos. El dueño tenía buen ojo para calificar a las personas y era tolerante y magnánimo. Como si pudiera adivinar el futuro y penetrar en los sueños e ilusiones del muchacho, le permitía hacer un respiro en el trabajo y sacar de entre los cueros malolientes los libros que usaba en la carrera. Gracias a esa condescendencia pudo estudiar y trabajar, lo que no era un beneficio desdeñable para la familia.

En tanto Oribe descargaba saña contra Montevideo y Calfucurá consumaba el dominio de la pampa; Augusto Comte publicaba el Curso de Filosofía Positiva, que le costaría la cátedra en el Politécnico de París, pero le haría ocupar un lugar decisivo en el pensamiento del porvenir. Intelectuales y futuros estadistas argentinos se enrolaron con pasión en esa línea.

Escasos años antes, Malthus había asombrado al mundo con una advertencia apocalíptica: la población crecía en forma geométrica, mientras los alimentos lo hacían de modo aritmético. El hambre y las atrocidades se cernían en el horizonte, según su pronóstico tremendo.

En rigor de verdad, era cierto que la población europea aumentaba de manera explosiva. Poetas e intelectuales se sobresaltaban pensando en el futuro y emitían lúgubres profecías contra “las tenebrosas y satánicas fábricas”, que prometían envenenar la sociedad. Pero el mundo no era construido por ellos ni por Malthus. Ingenieros, banqueros y financistas eran los verdaderos artífices de ese universo deslumbrante que se abría a los ojos modernos y se reportaba a los altares del dios progreso.

Tanto como para justificar la alarma, en el Viejo Continente la tierra era escasa, los salarios bajos y el empleo inseguro. Si bien era verdad que los hombres habían estado siempre en movimiento, como peregrinos o guerreros, para comerciar o cazar, el auge demográfico dramatizaba la movilidad. Debían proporcionarse ropa y alimentos a tantos nuevos “invasores” que la presión sobre los medios de subsistencia se hizo más patente que nunca. Se acentuó la emigración y las tierras abiertas y vírgenes de América pasaron a ser una Meca.

El Atlántico quedó convertido en un puente, que llevaba esperanza y oportunidades a quienes consiguieran cruzarlo. Como si se sumara a la pomposa afirmación de Shelley (“los poetas son los legisladores olvidados del universo”), Walt Whitman cantaba estos versos: “a través de las profundidades atlánticas los latidos americanos llegan a Europa y los latidos de Europa retornan puntualmente.”

El intercambio entre los dos continentes parecía justificar a los historiadores que señalaban la existencia de una “civilización atlántica” en formación. ¿Qué hacían los Calfucurá con sus lanzas bárbaras, los Tripailao con sus doce esposas en ese escenario?

El desierto, con su referencia ineludible al atraso y la destrucción, era una caricatura patética del mundo que se estaba construyendo. La oposición al salvajismo no era una caprichosa decisión de unos pocos egoístas aprovechados sino la visión natural a que llevaban la razón y el progreso, la civilización y la cultura. ¿Era razonable que los toldos del desierto se interpusieran a las necesidades crecientes de la civilización? ¿No era acaso lógico que América se abriera a las urgencias de la población que emigraba?

En tanto el cambio, la transformación, la fe en el progreso, corrían por el Viejo Mundo y se anotaban en la competencia pensadores y estadistas, filósofos y banqueros, mercaderes y científicos, las provincias del Plata padecían algo peor que la misma dictadura rosista: se perpetuaban en el vacío de una Constitución que les diera certeza jurídica y un credo al cual asirse. Los desafíos de la modernidad eran ajenos al rencor de las divisas.

Por si faltara algo para acentuar el contraste, las tribus del desierto imponían la violencia de los saqueos, la vida nómada, la obtención de alimentos por la caza o el robo.

Como si se tratara de un espejo invertido, las lagunas inmensas, los confines sin cercos ni sembrados, las huellas de viejas rastrilladas, representaban una constelación ajena y extraña al mundo moderno.

Los indígenas oteando el horizonte desde el lomo del caballo eran una postal del pasado y anticipo de su tragedia, inmovible al método de los hechos y formulación de leyes comprobadas, con que la filosofía habría de ser absorbida por la ciencia, según Comte.

Por ese entonces, Adolfo Alsina ingresaba en la adolescencia y como tantos jóvenes herederos del pensamiento unitario, tenía noción de ese mundo en ebullición.

Los emigrados viajaban a Europa o mantenían contacto con aquella por medio de negociaciones políticas, lecturas, cartas. Conocían la revolución industrial, el imperio del carbón, la concentración urbana y el penoso pero ineludible paso del hogar a la fábrica.

Sabían de la existencia del buque de vapor, que produjo la modificación de las distancias, cambió las formas de vida e inflamó la imaginación. Después habría de influir de manera decisiva en el transporte y comercialización de los alimentos.

Irónicos contrastes: mientras en la Argentina la escasez de recursos, la precariedad de medios y el azote primitivo del salvaje eran moneda corriente, Julio Verne, el padre de la novela científica, publicaba *De la Tierra a la Luna*, todo un emblema de los retos (aun los imposibles) que preparaba la imaginación para deslumbrar al público.

A los ojos de la generación a la que pertenecía Adolfo, se bifurcaban dos caminos, opuestos e irreconciliables. Uno de ellos era la apertura a ese universo de desafíos que representaba el progreso, (científico, filosófico, cultural, técnico, moral) cuyo motor estaba en Europa. Al otro lo constituía el atraso, que dominaba la realidad de nuestro país. Ambas expresiones eran antitéticas y pronto serían enemigas; una desesperada por sostenerse, la otra obsesionada por desplazarla. La lucha entre las dos iba a ser encarnizada y su resolución no estaría exenta de dolor. Eran el indio, el matrero y el desierto por un lado y la civilización y la ley por el otro; o la civilización y la barbarie, como la llamara Sarmiento.

Por edad y temperamento no le correspondió a Adolfo estar al frente de esa cruzada transformadora que hizo pie en la educación y cuyo abanderado resultó ser nada menos que Sarmiento, 18 años mayor que él, forjado en la fragua contradictoria del genio y la locura. Tampoco en la supresión del caudillismo, tarea que fue reservada a Mitre.

Para Alsina quedó el problema del indio. Es cierto que también se involucró con los otros temas; no fue ajeno a la supresión del caudillismo, aunque a él mismo le atribuyeran después personificar un tipo original: el caudillo urbano. Y por supuesto, le apasionó la

educación popular, que arremetió sin desmayos cuando fue gobernador.

Pero su nombre quedó ligado para siempre con el desierto: los fortines, el rémington, el hilo telegráfico, el sable, las chuzas y sobre todo la zanja; las travesías interminables recorriendo guarniciones, la colonización de la pampa, la absorción del indio, sin odiarlo ni temerlo. Esa misión llenó su vida entera de caudillo y estadista.

Pero todo eso vendría después; por entonces, Adolfo Alsina era apenas un muchacho impaciente, poseído por la fiebre de volver a Buenos Aires, de la que su memoria guardaba un recuerdo lejano y extraño. Su familia estaba excitada; los emigrados también y era urgente despedirse de ese hotel forzado que fue la hospitalaria Montevideo.

El general Urquiza había derrotado a Rosas en Caseros. Era la hora de volver a casa.

Capítulo II

La vuelta de los emigrados

De la época fascinante del retorno Alsina conservó en la memoria un recuerdo nítido. Volver a Buenos Aires después de tantos años; días y noches de tristezas, sobresaltos, amenazas, ilusiones, angustias. Las familias ya no eran las mismas; habían muerto hermanos, padres, algunas economías domésticas estaban destruidas. Las cosas que quedaron ya no conservarían su mismo colorido porque la pátina del tiempo había dejado su marca.

Se sabía que, en cambio, otros aspectos no habían sido modificados; el progreso no había sentado sus reales en esta margen del río y era posible imaginar los mismos olores, el griterío alegre de las lavanderas, los voceros de los mismos productos que se vendían desde los carros, las serenatas y las tertulias.

Los desperdicios se continuaban arrojando a la calle, salvo en las casonas con tres patios, en el último de los cuales se quemaban después de varios días en el fondo de un pozo cavado con ese fin.

La colonia argentina estaba excitada y se sucedían reuniones, preparativos, conciliábulos más o menos secretos; y siempre presente el reparto del poder, disimulado pero latente en las conversaciones confidenciales.

Adolfo tenía entonces 23 años y pudo seguir de cerca los acontecimientos por su cercanía con el padre y porque ya tenía establecidas conexiones con muchos compatriotas. De ese tiempo datan los recuerdos más firmes sobre los personajes que habrían de gravitar durante años en las pujas políticas que lo tuvieron inmerso.

Cegados por la euforia del regreso no repararon en el tiempo perdido. Los años transcurrieron con el sueño de derrocar a Rosas y recién ahora pudieron comprobar y admirarse -Alsina y sus contemporáneos- de la distancia que separaba su país del resto del mundo civilizado y lo empeñoso que debía ser el camino a transitar para acercarse a aquél, algo que el frenesí de la conspiración no les permitió reparar. Pero lo percibieron y

pusieron manos a la obra.

Trazar un paralelo entre nuestra tierra y las distintas naciones avanzadas era inevitable: en Buenos Aires, Rosas fue derrotado y despojado de todos sus poderes el 3 de febrero de 1852. Para esa misma época en Estados Unidos y Europa las invenciones notables que se habían perfeccionado a fines del siglo XVIII y principios del XIX, habían producido cambios espasmódicos, signados por una ola de gran aceleración, a la que seguía una de depresión. Pero a partir de 1850, a diferencia de lo que ocurría en nuestra tierra, las instituciones estaban reconstruidas y estabilizadas.

Aquellos estados ya tenían decidido su destino y, compenetrados del progreso, habían resuelto convertirse en los nuevos mecenas de la ciencia y la técnica. Una mirada objetiva permitía descubrir que los pueblos beneficiados con los cambios en la producción, el transporte y el comercio habían mejorado de manera sustancial su nivel de vida. Inglaterra y Alemania, por ejemplo, adoptaron el sistema de cercado de las parcelas laborables, decisión simple, pero que produjo consecuencias impresionantes.

Durante el mismo período en que Rosas gobernaba Buenos Aires y la inercia se abatía sobre el país, se cercaron alrededor de 250.000 granjas en Inglaterra y 16 millones de acres en Prusia. Para esa misma época, los europeos ya habían advertido la conveniencia de mantener fértiles los campos a través de un eficiente sistema de drenajes y la utilización intensiva de fertilizantes, palabras que en la Argentina eran ignotas.

La agronomía se había convertido en una profesión corriente, y las universidades de Europa incorporaban esa carrera a sus planes de estudio; los desagües permitían al suelo secarse antes de la primavera, lo que hacía posible la arada y la siembra sin que el agua arrastrara los abonos. Los pantanos comenzaron a perder la condición de tierras estériles. Como si se tratara de una paradoja, nuestra pampa era virgen y las tierras fértiles que dominaba el indio se llamaban "el desierto", ironía para enmascarar las extensiones que después habrían de constituir la riqueza inmensa del país.

Mientras las guerras civiles, las ejecuciones en masa y el odio de las facciones formaban parte del paisaje político de Sudamérica, Europa importaba guano del Perú y nitratos de Chile, al par que sus investigadores descubrían "nuevos y mejorados abonos artificiales".

En 1852, un año después que Urquiza lanzara la célebre proclama y se formara el "Ejército Grande", se descubrieron enormes depósitos de sales potásicas en Alsacia que sirvieron para nutrir una extendida cantidad de tierras pobres, en especial en Alemania.

Es verdad que para todas estas actividades se necesitaba mucho dinero, pero el

negocio era bueno y la plata aparecía, prestada por los gobiernos, las compañías que hacían los trabajos o, como en Alemania, con bonos respaldados por las mismas propiedades de sus miembros, un método embrionario de cooperación. Comenzaba a imponerse el sistema capitalista.

En esos mismos tiempos los norteamericanos introducían una original modificación a las nociones aceptadas de la industria: la creación de aparatos. Movidos quizá por la escasez de mano de obra especializada, fabricaron novedosos ingenios destinados a transformar determinada parte de un revólver, de una cerradura, o del marco de una puerta. En 1853, los británicos se admiraban (y desconfiaban) de sus colegas americanos por “su afán de recurrir a la maquinaria dondequiera pueda ser aplicada”.

A una sociedad como la rioplatense, que hacia 1850 (cuando Adolfo Alsina frisaba los 20 años) mataba reses para obtener el cebo con que fabricar velas, podría parecerle fantasmagórico que la ciencia eléctrica estuviera asentada sobre bases firmes y al lenguaje específico se hubieran incorporado neologismos tales como “potencial”, “capacidad dieléctrica”, “resistencia”. Por desgracia nuestra tierra estaba en las antípodas del progreso universal.

A la caída de Rosas, mientras en Europa trascendía el nombre de Faraday y el telégrafo eléctrico se convertía en una realidad al servicio de los ferrocarriles primero y a disposición de todo el mundo enseguida, el color del cintillo que ceñía el chambergo del general Urquiza había monopolizado el universo cultural y político de Buenos Aires, provocando una discusión tan apasionada como inútil, según vemos hoy.

Enfrascados en un debate fútil no se apreciaba la importancia que habría de tener “el hilo” al punto que Alsina llegó a reconocer, en cierto momento, que si hubiera tenido que optar entre la célebre zanja y el telégrafo, habría elegido a este último.

Mientras en Buenos Aires se peleaba por una trivialidad, en Europa existía ya conciencia general acerca de la necesidad de formular una nueva teoría de la energía. Se abría paso la termodinámica, nacida apenas antes de 1850 (aunque fue aprovechada unos años más tarde, cuando la delicadeza de los experimentos requeridos lo hizo posible) y que de inmediato se impuso sin apelaciones. La física parecía presidir el destino final de la creación.

Sin embargo uno de los campos más beneficiados por la inventiva, aunque no el de más fama, fue la cirugía, apoyada en los avances de la química orgánica.

Morían soldados en los campos de batalla no tanto por la acción destructiva de la metralla y las lanzas, sino por falta adecuada de atención médica y la ausencia de

elementos para combatir las infecciones.

La medicina del desierto, en tiempos de Adolfo Alsina, conmovía por el empirismo elemental que la presidía. Al lado de los esfuerzos precarios pero científicos que se llevaban a cabo por parte de los escasos médicos, se alzaban los remedios caseros y el curanderismo, el unto sin sal, los purgantes y las friegas con ceniza de "jume", ricas en carbonato de soda, para compensar la falta de jabón. Al lado de la disentería y las fiebres pútridas, se alzaba una montaña de padecimientos dermatológicos que enfermaban la piel de los soldados.

El instinto (y una cuota adicional aportada por los manosantas) llevó a los soldados del desierto a utilizar el estómago del ñandú pulverizado como un elemento de apoyo a la digestión (sin saber, por supuesto, de la existencia de la pepsina entre sus componentes, por ejemplo).

Por fortuna, los peores horrores de la actividad quirúrgica desaparecieron con la introducción del éter como anestésico. Si bien la necesidad de operar -casi siempre con urgencia- había desarrollado de manera notable la habilidad de los cirujanos, todavía se calculaba, hacia la mitad del siglo XIX, en un cincuenta por ciento la mortalidad producida en las operaciones, en gran parte debido a las condiciones sépticas.

Lo cierto era que nuestra sociedad de entonces debía convivir con el dramatismo de algunas paradojas: cuando Lister implantó el sistema antiséptico en Glasgow mediante el empleo de ácido fénico y la medicina celebraba el ascenso a la cúspide, en nuestro suelo Calfulcurá alcanzaba el cenit del poder, sentado en el trono que había levantado en medio de las tolderías pampas y en los fortines del desierto los soldados morían más por las pestes que por las lanzas mapuches.

En tanto en Buenos Aires solo un loco como Sarmiento podía obsesionarse con la educación, el debate sobre el tema era encarnizado en Europa.

Nadie dudaba allí de la necesidad de expandir la enseñanza a todos los niveles sociales y la obligación de ilustrar a los niños se había convertido en una causa que no aceptaba controversias. Es cierto que Alsina no fue el paradigma de la educación, pero mientras ejerció la gobernación de Buenos Aires (cuatro años antes de ser elegido Sarmiento presidente), le dio a ese tema la importancia que ya se advertía en el mundo, lo cual constituyó un acto casi revolucionario.

Pero más allá de estas digresiones, los exilados volvieron a una ciudad que gracias a la nostalgia de los relatos no les era desconocida, aún para los jóvenes como Alsina. Es que Buenos Aires, aún distante de esas muestras abismales de la ciencia y la inventiva, les era

propia; era la cuna de la patria, arrogante y mítica como una abstracción.

Se respiraba un aire de alivio, como la persona a quien acababan de quitarle una mordaza y aspira el aire con voluptuosidad. Muchas familias se ocuparon en forma rápida de acercarse con solicitud a los repatriados, le testimoniaron simpatía, les ofrecieron su casa. Volvieron algunas tertulias felices, “como antes”, según se decía entonces. Si bien los partidarios de Rosas guardaban una prudente distancia, comenzaron los “rosines” a adecuarse a la nueva realidad y a establecer relaciones con los vencedores; Buenos Aires comenzaba a ser de los porteños.

A propósito de vencedores, dos eran los que reclamaban la propiedad de la victoria. Uno se atribuía los méritos del soldado; era el legítimo triunfador en la batalla: el general Urquiza.

El otro era más difuso y sus pergaminos no se colgaban de la pared a raíz de un suceso. Invocaba la acumulación de muchas batallas contra el infortunio, ahora derrotado con la recuperación de la ciudad histórica. Era el viejo partido unitario de Buenos Aires, que se sentía con derechos inalienables; dolorido pero no resignado.

Y no era para menos: otro soldado que no eran Lavalle ni Paz, los símbolos gloriosos del porteñismo unitario, había conducido las fuerzas de la liberación. Esta dicotomía pronto produciría enfrentamientos encarnizados en el que los Alsina habrían de encarnar el espíritu de los exilados.

Por el momento el sector unitario del destierro pudo respirar tranquilo: Valentín Alsina fue designado Ministro de Gobierno del flamante gobernador (Vicente López) y el general Escalada, un militar digno, ocupó el Ministerio de la Guerra. Gorostiaga fue ungido Ministro de Hacienda y Peña en las relaciones exteriores.

No figuraba en lugares preponderantes Mitre. Como un actor, ansioso por ser llamado al escenario, aguardaba impaciente el momento en que el telón se corriera para representar el papel para el cual se sentía destinado. Pero por entonces solo era un artista de reparto; inquieto entre las bambalinas, pero relegado.

Peña era discípulo y colega en los hábitos sacerdotales de Agüero, tenía similares reconocimientos en la aplicación de la inteligencia y aunque disponía de una cultura de igual envergadura, no ostentaba la severa sobrestimación de aquél y que tanto molestara a muchos. En seguida de su designación, incluyó a Adolfo en la lista de los colaboradores con responsabilidades; no lo situó en la primera fila, ni tampoco aquel tenía pergaminos para reclamarla, pero no pudo quejarse de la jerarquía confiada.

En gran parte la nominación provenía del hecho de que era el hijo del doctor Valentín

Alsina, pero es de suponer también que en la elección pesara la relación que se estableciera entre el ministro y su colaborador en el Uruguay, cuando el muchacho fuera su alumno. El maestro no olvidaría una relación filosófica que aquél había compuesto con notable suceso en una ceremonia de promoción y que despertó grandes elogios por parte de un auditorio de categoría.

También es verdad que el propio Adolfo deseaba restar importancia a la relación filial y trataba de convencerse de que los escasos méritos que hasta entonces tenía acumulados habían sido la causa de esa designación. Como suele suceder en cierta etapa de la vida y sin que ello significara una pérdida del amor filial que se mantenía incólume, Adolfo comenzó a tener algunos enfrentamientos con el padre.

El distanciamiento fue un acto casi inevitable de rebeldía juvenil, que probó hasta que punto deseaba afirmar su propia existencia cortando el vínculo personal con el padre. En cierta ocasión, un Borges anciano fue interrogado acerca de sus juveniles condenas a Lugones; "... no ha habido poeta como Lugones" , contestó el Borges maduro; "si lo criticábamos era porque ese era el único modo que concebíamos de afirmar nuestra propia independencia artística, porque de lo contrario tendríamos que haber aceptado la sumisión a su talento." A pesar de ello y quizá por esa misma causa, el amor y la comunión de ideas que lo ligaba con el padre permanecieron incólumes.

Pero en fin; cualquiera hubiera sido el motivo del distanciamiento, lo cierto es que Adolfo Alsina se encontró de pronto en lo que para él era el corazón del poder. Las personalidades que conocía y trataba en función de ser visitantes de su casa, pasaron a formar parte de una colección distinta, observada por un hombre joven a través de un cristal diferente.

Importantes personajes de Buenos Aires iban a entrevistar al ministro; éste solía comentarle algunas de las conversaciones mantenidas con los asistentes y en su cabeza bullían las ideas del partido de los emigrados, en correspondencia con la información clasificada pero magra que manejaba.

Dicho con absoluto respeto por la verdad, la función no hizo al joven Alsina apegado a la canonjía, ni se enamoró del asiento o del sueldo, que no era malo. Después de ser despedido continuó con el mismo empeño político; tozudo y pertinaz, para entonces convertido en la actividad esencial de su vida y pronto la única vocación.

Los diarios, después de la prolongada mordaza rosista, habían reaparecido con toda energía y algunos -erradicada la censura- hacían del buen nombre ajeno el ingrediente propicio para un festín. Las plumas volaban muchas veces empuñadas por periodistas de cuño, intelectuales de vuelo, autores de gran nivel; otras recogidas por la inspiración del

editor, expresada con más oportunismo que convicción.

Adolfo también escribía a gusto y un artículo que llevaba su firma molestó a Urquiza y terminó costándole el cargo. Pero el carácter de Alsina, que ya denotaba ser levantisco cuando lo provocaban, valorizó la ofensa más allá de la intención del que la hiciera: para Urquiza solo fue un apercibimiento destinado a escarmentar a un muchachón revoltoso; para aquel una ofensa irreparable.

Alsina hijo no hacía menos que trasuntar el espíritu de los desterrados; no es difícil reconstruir el pensamiento íntimo de aquellos: apenas habían salido de una dictadura y cuando empezaban a disfrutar de la libertad, otro caudillo venía a apoderarse de su provincia. En ese sentido el despedido no estaba solo y muchos adversarios de Urquiza trataron de agrandar la herida en lugar de poner paños fríos.

Pero en realidad Urquiza, con actitudes antipáticas como la de desfilas con el cintillo punzó en la galera, se ganaba la inquina de los porteños liberales. La tensión culminó cuando el gabinete, encabezado por Alsina padre renunció, anticipando que Buenos Aires no participaría de la reunión de San Nicolás que se había convocado.

Como era de prever, el acuerdo alcanzado en esa ciudad cayó muy mal en Buenos Aires. Fue el final de una etapa. La provincia histórica retomó el protagonismo y, a pesar del distanciamiento, Adolfo Alsina compartió con el padre la idea de que el pueblo de la provincia no soportaba más los ultrajes de que se sentía objeto. La revolución contra Urquiza estaba en marcha y Valentín Alsina era el jefe civil del pronunciamiento.

El 11 de septiembre de 1852, don Valentín se dirigió con varios amigos al Fuerte, símbolo del poder y el mando y formalizó el pronunciamiento: Buenos Aires quedaba libre de Urquiza y separada de la Confederación. Estévez Seguí hizo sonar las campanas del Cabildo, anuncio rampante del estallido revolucionario.

El ardor del momento, las pasiones que inflamaban los espíritus, la juventud de algunos protagonistas, en particular Adolfo Alsina, quitó objetividad al juicio de los revolucionarios y les hizo olvidar que el general Urquiza, con todas las debilidades y defectos que pudieran señalarse de él, fue una prueba viva de patriotismo y entrega a la República. Tampoco pareció reconocerse entonces -el tiempo lo demostraría sin apelaciones- los valiosos servicios que dio a la causa de la unidad nacional, sin cuyo concurso esta hubiera tenido que recorrer un camino más espinoso. Adolfo Alsina primero; Sarmiento y Mitre después, habrían de admitir con el paso de los años la grandeza del jefe entrerriano y lamentar el vacío que dejó su asesinato.

Pero en ese momento el sentimiento de Adolfo Alsina era otro. Como nunca fue

hombre de enmascarar sus actos, ni tergiversar su conducta mediante trucos teatrales para alterar la apariencia, con los años se arrepintió en público de alguno de ellos. Sin duda el que más atormentó su conciencia fue la decisión que recayó en su persona de ultimar a Urquiza, pensando que el regicidio sería un servicio al país, que bien merecía la vida del caudillo entrerriano y su propio sacrificio personal.

Como para ponerle un broche de oro al pronunciamiento revolucionario, el 18 se celebró un banquete magnífico en el teatro Coliseo, que estaba situado en Reconquista y Cangallo. Alsina padre y Lorenzo Torres, que estaban distanciados y no se dirigían la palabra, se confundieron en un abrazo a pedido del público.

“El abrazo del Coliseo” lo titularon al día siguiente los diarios y en verdad que el gesto significó la unión del jefe unitario con el referente principal del rosismo. ¿Anticipo del autonomismo que encarnaría Adolfo Alsina después? Es posible; la cruzada que encabezó Adolfo con su oposición a la federalización de Buenos Aires significó también para familias enteras que habían expresado su simpatía por Rosas el reintegro definitivo a un proyecto de poder.

Si estamos a lo dicho por Enrique Sánchez, uno de los biógrafos más cercanos que tuvo, Adolfo Alsina habría sido el nervio de la revolución de septiembre.

Pero es posible que la amistad íntima, el afecto, la admiración, hayan jugado en el autor una partida de excesivo celo. Parece muy probable que los acontecimientos hubieran sido observados más con el cristal de aumento que sirve para apoyar el entusiasmo que por los datos objetivos de la realidad. Adolfo era demasiado joven entonces para asumir un papel protagónico determinante, sobre todo en tiempos en que la mayoría de los actores provenían de un largo exilio y el destierro les había conferido una pátina de bronce a su militancia. Es obvio que su notable fogosidad no le permitió mantenerse al margen, pero su papel fue el de un activista secundario; intenso, vital, pero sujeto a la acción de los verdaderos jefes a cuya preeminencia estaba subordinado, entre otras razones por una de carácter filial: su padre era el verdadero cerebro del pronunciamiento.

A fines de octubre la Sala de Representantes dio otro paso en dirección a una autonomía total. Se debía elegir el gobernador propietario, porque Pinto era provisorio. Adolfo Alsina viviría una emoción silenciosa pero enorme cuando conoció la decisión de la Legislatura: la elección de gobernador había recaído en su padre.

Y en realidad no era para menos. Hacía apenas unos meses estaba toda la familia en Montevideo exilada, a una distancia infinita del poder, despojada de toda consideración política e incluso social; pendientes de la coalición que una vez más se levantaba contra

Rosas. ¡Tanto habían cambiado las cosas! Ahora su padre era el gobernador de la provincia por la que fuera a la cárcel dos veces. ¿Quién dice que la política no da revancha?

Por desgracia no pudo darse a ninguna efusividad; ni siquiera presenciar ese momento histórico. Desde el 16 se habían puesto en marcha con el general Paz para cumplir la misión que la Provincia había encomendado a éste: dirigirse al interior para convencer a las restantes provincias de la decisión de Buenos Aires e impedir el envío de diputados a Santa Fe. El doctor Carlos Tejedor integraba la comisión como secretario de Paz y Adolfo era el escribiente. Cuando la Sala eligió a su padre, estaban en San Nicolás desde donde el general mantenía correspondencia con Crespo en Santa Fe y Guzmán en Córdoba para que habilitaran el paso de la comitiva.

Paz, que era pesimista por naturaleza, cuando se enteró del alzamiento de Lagos -que comandaba la unidad con asiento en Luján- resolvió delegar el mando en el coronel Laprida y retornar con su comitiva a Buenos Aires; la misión había terminado casi sin empezar y la segunda empresa política en la que Adolfo estuvo involucrado, también terminaba mal.

El 6 de diciembre, Lagos ya estaba en las inmediaciones de Buenos Aires sin que ninguna resistencia se levantara a su paso. Privado de todo soporte, Valentín Alsina presentó la renuncia a la Legislatura; su gobierno había durado apenas 36 días; la revolución del 11 de septiembre menos de tres meses.

La defección de quienes rodeaban al gobernador saliente; la falta de apoyos en los momentos culminantes; el vacío de los amigos que habían exacerbado hasta unos días antes los actos de don Valentín calaron hondo en los sentimientos del hijo y marcaron su futuro político. Adolfo nunca olvidaría (ni perdonaría) lo que le hicieron al padre y su línea futura no dejó de estar marcada por esa amargura familiar.

Cuando la comisión Paz llegó a la ciudad el espectáculo era impresionante; no parecía el pago que unos días atrás los había despedido casi en medio de la apoteosis.

Sin embargo, pasada la primera impresión, la ciudad recuperó el orden interno y se preparó para la defensa. Torres desplegó una actividad encomiable y se comenzaron a cavar trincheras que formaron un perímetro defensivo que iba desde la Plaza de la Concepción hasta la esquina del Molino y desde allí, por Callao hasta la Recoleta.

Mitre recordaría estas barricadas que resultaron invulnerables y constituyeron todo un símbolo político en la misma tumba de Adolfo Alsina, cuando despidió sus restos en nombre del Ejército Argentino.

Adolfo Alsina se enroló sin titubeos como soldado raso en el cuerpo de Guardias

Nacionales; lo hizo en la primera compañía que mandaba don Plácido Obligado. Los sargentos mayores eran antiguos camaradas suyos, muchachos pertenecientes a las familias más tradicionales de la ciudad: Enrique O'Gorman, Mariano Varela, Ángel Plaza Montero. Como simples soldados cabalgaban con Alsina Estanislao del Campo, Ricardo Lavalle, Federico Miró, Florencio Garrigós.

Fueron destinados a cubrir la cabecera del costado derecho de la línea de defensa, situada en el bajo de la barranca del Retiro, sector que estaba a órdenes del coronel Conesa; la juventud porteña ponía el pecho sin escamoteos para defender su ciudad.

El general Pinto, siempre funcional cuando las circunstancias lo exigían, había sido elegido de nuevo Gobernador por la misma Legislatura que había uncido un mes antes a don Valentín. El joven Alsina no podría menos que ver con irritación esos gestos que para su juicio llevaban el estigma de la traición.

La rebelión de Lagos había cambiado la vida de la familia Alsina; la efímera comisión al lado del general Paz había concluido para Adolfo. Pero no volvió a casa: el muchacho se había incorporado a la milicia.

El momento no le era grato por cierto; mozo impulsivo, debía cerrar los puños de indignación e impotencia y apretar los dientes. En verdad no era para menos; a don Valentín lo consideraban culpable de los males que se abalanzaron sobre la provincia por los actos de gobierno que impulsó, los que, en todo caso, habían sido compartidos cuando no estimulados por casi todos.

Un conflicto de sentimientos lo golpeaba; sin vacilar estaba dispuesto a pelear y dar la vida por su ciudad; pero hacerlo por las ideas y la provincia era una cosa; por quienes habían actuado como desertores frente a su padre era otra distinta.

Para colmo, defender a una era proteger a los otros; Adolfo apretó los dientes y aprendió que el duro oficio de la política, tal como se lo practicaba entonces, imponía asumir los deberes sin esperar regalos a cambio. En esas primeras escaramuzas se templó su espíritu hasta hacerlo encarnar la figura por la que pasó a la posteridad: popular sin caer en la demagogia, arrebatador y terminante sin rebajarse a dar concesiones al facilismo.

Tiempo después, las escaramuzas que se sucedían a diario dejaron de interferir la vida activa de la ciudad, que poco a poco se fue acostumbrando a la blandura del sitio por tierra y la inoperancia de los que bloqueaban el río.

Buenos Aires comenzó a recobrar su ritmo habitual: ese año la colectividad hispana fundó el Club Español y con el impulso que llevaba, inauguró el Hospital; los ingleses ya

habían instalado el suyo en el emplazamiento que todavía conserva, pero varios años antes: en 1844.

Apenas dos años después de este acontecimiento nacieron Edmundo de Amicis, cuyo libro “Corazón” ocupó la lectura de varias generaciones de jovencitos; Westinghouse, ligado de manera permanente a los aparatos eléctricos que cambiaron la rutina de los hogares. Pero de la importancia que tendrían estos alumbramientos aún nadie tenía idea; sitiados y sitiadores es posible que ignoraran inclusive que apenas cuatro años antes (en 1848) Marx y Engels habían publicado el “Manifiesto Comunista”, del que surgiera una doctrina que tuvo al mundo en ascuas más de un siglo.

Hasta es probable que muy pocos hubieran leído una novela (porque aquellas primeras ediciones fueron impresas en inglés) que todavía hoy conmueve a los lectores: “Moby Dick”, la inolvidable ballena blanca de Melville. En cambio es posible que “La Dama de las Camelias” que el mismo año salió de la imprenta en francés, hubiera ocupado los sentimientos románticos de algunas muchachas porteñas de buena formación.

Al final Lagos y Urquiza se retiraron a Santa Fe y el sitio fue levantado. Buenos Aires estaba como el 11 de septiembre, pero con el gobierno y la opinión pública carentes de la mística de entonces; todo había cambiado en un tiempo breve.

Fue por esa época que Adolfo Alsina ingresó a la logia Juan-Juan. Se le había puesto ese nombre en homenaje a los dos grandes protagonistas de la revolución comunera de España en el siglo XVI, que fueron ejecutados en plena lucha: Juan Bravo y Juan de Padilla. Estaba organizada sobre la estructura de una logia masónica, aunque no pertenecía a ninguna de sus ramas.

Si bien en principio formaban parte de ella hombres jóvenes -Adolfo tenía 23 años- la integraban también algunos porteños que ya habían ganado blasones en su vida. Eran miembros el general Hornos, el doctor Elizalde, Adriano Rossi, Manuel Argerich, Juan Chassaing, los Murga, Julio Crámer, Isidoro Acevedo, Juan Vivot, los Miró, los Aramburu, Federico Urioste, Estévez Seguí, Ignacio Correa, Hurtado, el coronel Rivas, Ricardo O’Gorman.

Pensaban que Urquiza encarnaba una segunda tiranía y su figura sintetizaba todas las amenazas; de una forma prolija y metódica, su persona fue demonizada. Ese pensamiento alcanzó los puntos culminantes cuando en una reunión plenaria se votó su muerte.

La decisión fue tomada una noche fría, en la casa de uno de los miembros de la logia cuyo nombre Alsina siempre se negó a recordar. Era frecuente que las reuniones se llevaran a cabo en casa de Hue, que en ese tiempo vivía en la calle Piedad (hoy Bartolomé

Mitre) entre Esmeralda y Maipú, pero algunas de ellas solían celebrarse en el domicilio de otro cualquiera de los miembros, observando el mítico enigma de los confabulados, que suelen ver espías y fantasmas en todas las direcciones.

La que tuvo lugar la noche del complot fue mantenida en secreto y, como casi todos los actos decisivos de la logia, jamás fue revelado por ningún integrante.

Los conjurados fueron llegando de a uno, de manera sigilosa, como suele actuarse en esas cofradías secretas. Sentados alrededor de una larga mesa casi en silencio, alumbrados por la llama de algunos candiles que proyectaban sombras temblorosas sobre las caras, dio comienzo la reunión.

Se cambiaron algunas palabras y echaron las barajas de la suerte. La responsabilidad del regicidio recayó en el general Hornos, Adriano Rossi y Adolfo Alsina. Apretó éste la carta con emoción y sin temores; había llegado la hora de probar el temple del alma y el coraje personal para defender la causa.

Estaba dispuesto: como escribiera Avellaneda años después al ungirlo Ministro: “el hombre y la tarea se han encontrado”. Incólume en su deber, las olas de cualquier otro acontecimiento rompían a los pies de la torre a la que había subido sin que nadie lo obligara y sin permitir que alguien lo bajara.

Se ha alegado en disculpa de Alsina la edad que tenía entonces; y es verdad, la juventud suele hacer que las cosas sólo se observen en dos colores y los juicios se conciben como sentencias categóricas, sin matices ni atenuantes. Pero la equivocación nunca tuvo excusas en el mismo Adolfo, que a pesar de no haber perpetrado ese crimen espantoso arrastró consigo la culpa de haberlo admitido y querido.

Sin embargo, hombre de ley, tallado en madera noble, guardó el mismo mutismo cuando otra logia, enemiga suya, confió a la mano de un esbirro cobarde el asesinato del mismo Alsina.

Hornos, en cambio, era un militar profesional y valiente. Formado en la escuela clásica, no concebía la muerte más que a través del combate franco, con el sable o la metralla. Sintió repugnancia por el crimen. Por otra parte ya era un hombre formado por la vida y entendía que la acción, además de ser intrínsecamente cruel, habría de producir en el espíritu de quienes participaban del plan tortuosos remordimientos con los años, si llegaban a alcanzarlos. Impuso al general Paz de los pormenores y junto a él se entrevistó con el padre de Adolfo en forma confidencial, para ponerlo al tanto del proyecto.

Don Valentín empleó todos los recursos necesarios para disuadir al hijo, a pesar de que en ese momento estaban distanciados: desde un consejo sereno que el muchacho

desdeñó, hasta el ejercicio de la autoridad paterna que tenía sobre el mismo. La intervención del padre fue decisiva: Adolfo Alsina a regañadientes desistió del crimen.

Por fortuna el plan, que debía ejecutarse en un viaje a Buenos Aires de Urquiza, se diluyó. Pero dicho a favor de la verdad y para señalar la caballerosidad varonil de Alsina, a pesar de las acusaciones que entonces se deslizaron contra su persona apenas trascendido el proyecto, nunca salió en su propia defensa ni permitió que otros lo hicieran. Cumplió en silencio el juramento que había dado y jamás reveló que posición tomó cada uno en la confabulación ni de que forma votó cada asistente.

El contenido espantoso de esa reunión era una muestra del ánimo que prevalecía en la ciudad, cuyos sentimientos dominaban los personales de los complotados, atenazados por los dientes de las situaciones y los acontecimientos.

Así vivía Buenos Aires esos momentos dramáticos. Como en la Europa vibrante del laicismo nacionalista, de la que fue prototipo Giuseppe Mazzini, la proliferación de sectas secretas y el regicidio fueron recursos habituales y salvo algunas de esas cofradías, que en dosis homeopáticas dejaron traslucir su identidad y ciertos actos, la mayoría permaneció en secreto y no dejó señales probatorias de su nombre o existencia.

Fue durante ese sitio de Buenos Aires que comenzaron a perfilarse los dos partidos que se disputarían la renovación de la siguiente Legislatura. Uno estaba formado por el elemento de origen unitario, fiel a las consignas liberales que se habían levantado contra Rosas. El principal inspirador de ese grupo, que integraban nada menos que Sarmiento, de la Riestra, Vélez, Mitre, Hornos, Obligado, era Valentín Alsina. Como es obvio señalar, desde un primer momento Adolfo estuvo enrolado sin vueltas en este sector, que por otra parte lo integraba el grupo más conservador e intransigente del sector liberal.

Como lo componían numerosos oficiales de Guardias Nacionales y del ejército de línea que se manifestaban en forma pacífica pero ruidosa por las calles, sus adversarios recurrieron a un mote rápido y burlesco: los bautizaron pandilleros.

Algunas voces sitúan el punto de partida de Adolfo Alsina como dirigente político de arrastre en las elecciones de 1857; otras en las de 1855. Aunque el caudillo en general no tiene un certificado de nacimiento en la militancia que recuerde su hora y fecha con la exactitud de una escritura pública, lo cierto es que ya en ambas elecciones Adolfo Alsina era un caudillo sin discusión que desde lo alto del mangrullo, prisionero de un deber, escrutaba el horizonte.

Por su parte, los liberales advirtieron que sus adversarios, donde recalaban los federales afines a Urquiza y muchos viejos rosines, tenían por costumbre celebrar sus

reuniones con opíparas comilonas y asados succulentos, rociados con abundante tinto. Como el vino copioso que dispensaban a sus reuniones no tenía por fin recordar la sangre del Redentor ni los mensajes del Evangelio, tanto cuanto homenajear a Baco y al más pedestre sentimiento de jarana, el apelativo les cayó justo: chupandinos.

Capítulo III

Comienza la aventura

La vuelta a Buenos Aires había traído otras consecuencias para el joven Alsina, que por supuesto fueron más allá de su temprana vocación por la política y el recorrido por los vericuetos que conducen al poder.

Como todo hombre que empezaba a transitar los años mozos, sintió la picazón del amor y los berretines que impulsan al corazón no le fueron extraños. No le fue fácil -si es que alguien pudo calificar con facilismo esa etapa de la vida- entablar una relación duradera y el apego a la soledad al final resultó decisivo en el rumbo de su vida y tal vez en su soltería perpetua, atravesando indemne “el sarampión romántico de su tiempo” como diría con lírico estilo Octavio Amadeo.

Adolfo Alsina se puso de novio cuando apenas había pasado los 24 años de edad con una mujer buena y afectuosa, algo mayor que él, circunstancia que por sí sola no hubiera desatado objeciones en la sociedad de entonces. Pero por desgracia no se trataba de una heredera, ni pertenecía a una familia patricia. La prosapia de los antecedentes familiares no había dejado un surco permanente en su genealogía y esa circunstancia, sumada a otras que se agregaron, convirtió la relación sentimental en un camino sin destino.

Adolfo, hombre de coraje reconocido y carácter indoblegable, no hubiera sentido escrúpulos en seguir adelante con la relación entablada, pero al final la muchacha, en un gesto de sacrificio loable pero difícil de aceptar por el varón, puso fin al romance.

Alsina frecuentaba la casa de esta criolla de rasgos finos, ojos negros, simpática y querendona. La mujer despertaba en Adolfo latidos simultáneos de pasión y ternura; se sentía bien a su lado y un sentimiento protector hacía que la tratara con dignidad y respeto. En rigor siempre fue ésta una característica natural de Alsina hacia el sexo opuesto: caballero, cumplido, respetuoso, como cuadraba a un hombre bien formado de la época.

Nunca ocultó los sentimientos que lo impulsaban a estar cerca de esa mujer y tanto sus amigos como la familia conocían la existencia de Sofía, a la que consideraban, aún sin tratarla, como correspondía al respeto que infundía el novio.

Es cierto que Adolfo tuvo varias embestidas sociales, porque para la época la severidad en los juicios sobre las personas que no pertenecían a la clase “decente” (como se usaba decir entonces) solía ser despiadada, pero la personalidad de Alsina era vigorosa no solo en los desafíos personales. Nadie osaba enfrentarlo levantando querellas contra la relación establecida y el hombre cubría sus sentimientos hacia ella con una capa tan protectora como la que usaba para defenderse del frío. Todo ello sin dejar de mencionar que la rigidez social, hábito tradicional de Buenos Aires, había comenzado a cambiar para los mozos atrevidos y rebeldes de la “revolución del once”.

3.1 - LA GUARDIA NACIONAL

En este aspecto la invasión de Lagos obró como la chispa que provocaba el disparo del fusil; el sitio a Buenos Aires había concluido de manera satisfactoria para la Provincia y, matizando las obligaciones que arrastraban la política, el periodismo y la flamante tarea militar, Alsina llevaba adelante una apurada vida social. En realidad todos estos aspectos estaban ligados, porque la pertenencia a la Guardia Nacional daba una credencial en la política y hacía que la vida de relación transcurriera entre felices movimientos.

No había mozo que no sentara reales en las filas de la Guardia, si es que se preciaba bien. Más aún; no formar parte de esa milicia era un deshonor, una disminución frente a la consideración general y por supuesto un revés para las pretensiones galanas (ni que hablar de las políticas) de cualquier joven. En la Buenos Aires aldeana y chismosa (al decir de López), una muchacha no habría de conceder el regalo de sus miradas, ni menos el de sus caricias, si el pretendiente no era un hombre de la Guardia Nacional.

Como una epidemia, se derramaba sobre la ciudad una contagiosa furia que llevaba al público a participar de la obsesión por ser soldado de la Guardia. La Tribuna, el influente periódico porteño, no escatimaba burlas para quienes rehusaran el servicio activo de la milicia; abogados, escribanos, estudiantes, profesores, comerciantes, periodistas, caían por igual con idéntico desprecio bajo la pluma punzante del cronista si hubieran osado prestar sus servicios en la clase pasiva de la Guardia para correr menos riesgos físicos.

En general los diarios no escatimaban elogios para los miembros de la Guardia y no

eludían divulgar los nombres propios: Adolfo Alsina, Tomás de Anchorena, Cazón, eran presentados a la opinión del público como titanes y ejemplo de bravura y desinterés. Este barniz estelar aseguraba a los mencionados no solo la idolatría de las jovencitas cuyo favor ganaban sin resistencias, sino que encontraban allanado el camino de la acción política, en cuyo ruedo ingresaban recién.

Con el sexo débil era una carta de triunfo: para una dama distinguida de la sociedad porteña un mozo era un vil cobarde o un valiente cruzado según estuviera enrolado o no en la Guardia Nacional: "... el que no sea Guardia Nacional será considerado egoísta y cobarde y se rechazarán sus halagos y cariños como venenosos.

En cambio, se acuerda amor sin límites a los patriotas Guardias Nacionales". Este exornado apotegma que publicaba un diario de la época (La Tribuna) no era sino un síntoma, redundante y sonoro, del torneo barroco con que se lanzaban sentencias a todos los vientos de la rosa.

No hay dudas que el paso por la Guardia Nacional marcó para siempre a Adolfo Alsina y le otorgó el carácter popular que lo hiciera caudillo, jefe de partido, gobernante y protagonista principal de la lucha contra el desierto. Como todos los jóvenes que habrían de configurar una nueva estirpe política, de la que él resultó nervio y motor, empezó su tránsito con la Revolución del Once y culminó con el Sitio de Lagos. Hombre consustanciado y leal con la Guardia, durante ese tiempo fue notable su esfuerzo por dignificar y humanizar el servicio militar que se prestaba en ella. Se sucedieron numerosas proclamas suyas reclamando que se remunerara con equidad a los jefes, oficiales y tropa, no solo para evitar las renunciaciones o desertiones que pudieran debilitarla sino por el principio superior de hacerles justicia.

3.2 - EL GOLPE DE LOS INDIOS

Esta posición, proclive a comprender y consustanciarse con las fuerzas militares quedó evidenciada en la discusión de 1855, referida al modo de enfrentar a los indios, tema que encrespó a todos los estamentos de la provincia. Llama la atención hoy, en momentos en que la sociedad se encuentra en estado de decepción e indiferencia, la pasión participativa del público en aquellos tiempos heroicos. No solo se discutía con arrebatos en los recintos oficiales, como la Legislatura o el gabinete y en las reuniones de notables; los diarios tomaban partido, arrastraban a sus lectores a favor de la causa que sostenían y el debate se prolongaba de manera acalorada en los clubes, las confiterías, los negocios de moda y los boliches del arrabal.

Es que la Provincia había quedado muy golpeada después de la derrota de los dos Mitre (Bartolomé y Emilio) en la campaña contra el salvaje, que concluyó con la pérdida por parte del ejército porteño del parque y la caballada en Sierra Chica a manos de los indígenas que guiaba el célebre Painé.

Tras el fracaso de los Mitre, no eran pocos los que temían nuevos descalabros militares que terminaran por mellar el prestigio de las fuerzas de la Provincia y preferían entonces abandonar la idea de marchar contra los toldos. (Hasta el propio Mitre llegó a vaticinar que la tarea de vencer al indio en su guarida sería una empresa imposible).

El joven Adolfo, tal vez anticipando su destino de conquistador del desierto, pensaba distinto: propuso formar una poderosa expedición, bien equipada, confiando de manera renovada en el valor de los jefes y soldados. Las prédicas vehementes y el tono vibrante de Adolfo colocaba a los gobernantes de Buenos Aires y sobre todo a los hombres mayores que tenían responsabilidades de mando, en la posición incómoda del general cauteloso que se ve comprometido contra su voluntad por un joven y arrogante oficial de caballería que desprecia el valor de la vida.

Quienes trataron con ligereza a Alsina y presentaron la imagen de un hombre empecinado en defender la frontera del desierto, en levantar un muro contra el malón, pero con miedo (o interés) suficientes como para no avanzar hacia los reductos del indio, deberían tener presente que ya por ese entonces el futuro gobernador creía en la “gran expedición” con equipo ligero y convirtiendo a los soldados en chacareros.

Y además junto a ello, la sanción de una ley de colonización e inmigración para las costas patagónicas.

3.3 - POLÍTICA Y ELECCIONES

No era extraño después de todo, que esta mística militar, respecto de la Confederación y del desierto, se transportara a la acción política y el Club electoral (lo que después sería el famoso comité) tomara el mismo nombre de la fuerza armada.

El hecho de que la denominación “Guardia Nacional” fuera adoptado por el “partido” desató las iras de muchos sectores y un medio que estaba cercano al gobierno y los combatía (El Orden), no escatimó críticas, sosteniendo que “[Guardia Nacional] era una denominación para la guerra y no para la política”, apreciación que fue repelida con igual énfasis por La Tribuna.

Todos estos sucesos precedían las elecciones que estaban próximas. Ya Adolfo era un caudillo electoral importante y su concurso fundamental para la pandilla.

Como se dijera, el hombre había comenzado su carrera política enrolándose, después del Sitio de Buenos Aires, en el Club de Guardias Nacionales que presidía José Barros Pazos; las dos secretarías del Club la desempeñaban el mismo Adolfo y José María Gutiérrez. La entidad era un reducto extremo de unitarios y la intransigencia campeaba en sus principios: consagración de la tradición unitaria, condena de quienes hubieran colaborado con la tiranía. Aunque la redacción de las bases saliera de su pluma, se insistía en que la inspiración paterna había dado pie al texto.

Que a este grupo político, ardoroso y militante, consustanciado con la camaradería del cuartel, convertido después en un ruidoso y compacto núcleo de adherentes, le adosaran el mote de pandilleros, cuando tomara nombradía por la francachela de su expresión, no habría de provocar sorpresas.

Sarmiento -con la natural exuberancia que lo dominaba- no ocultó su admiración y proponía que esa “juventud dorada” estuviera no sólo inmersa en las vicisitudes de la política activa sino a la cabeza de la misma fuerza armada: “...unos doscientos muchachos muy almibarados que hay en Buenos Aires, que consumen muchos guantes de cabritilla y mucha agua de colonia, pero que se endurecieron en el Sitio...” El genial sanjuanino los describía con la agudeza que logran los que miran el mundo con ojos ávidos, capaces de buscar debajo del agua: nada de jóvenes de buenas maneras, capaces de combinar en forma acertada una extraordinaria aptitud para los razonamientos a priori con una devoción apasionada por la Ópera Bouffe.

Sarmiento reclamaba muchachos como el hijo de Valentín Alsina, endurecidos por la lucha, sin perder por ello el estilo y la compostura que distinguía al “niño bien”.

A pesar de la extraordinaria popularidad de este sector, no debería suponerse por ello que dominaba en exclusiva el escenario. El gobierno de Pastor Obligado también tenía un gran sustento y las fuerzas electorales de ambos grupos estaban equilibradas. Obligado, en un alarde de “muñeca”, habría de armar una estructura electoral interesante, destinada a aprovechar al máximo los votos con que contaba y el aparato que se logra con el poder: estimuló los “Clubes Parroquiales” que le permitían tener en cada una de las doce parroquias en que se dividía la ciudad, una rápida advertencia del estado de ánimo de los pobladores y la posibilidad de organizar una respuesta veloz y efectiva.

3.4 - CLUBES Y LOGIAS

En esa ciudad en la que se respiraba política y cada reunión de personas daba lugar a un debate apasionado, los clubes sociales cumplieron un papel descollante.

El Club del Progreso por ejemplo -la entidad con mayor consideración del momento- congregaba en sus tertulias a los caballeros más distinguidos e importantes de la ciudad. Por la noche había partidas de cartas y en sus elegantes salones la juventud porteña se daba cita para saborear algunas copas mientras se comentaban las novedades del día.

Amueblado con sobriedad, en ese tiempo el lujo o el poder adquisitivo sobre el cual reposaba el brillo de una familia o institución se asentaba sobre datos apenas diferenciados: los ingredientes que componían el puchero, el material de una jarra o la cantidad de brazos de que estaba dotado un candelero, a los que sin duda debía agregarse la calidad de los componentes empleados para construir la finca o el mobiliario con que estaba ornamentada. En el salón comedor del Club se almorzaba y comía, en general respetando la tradición criolla, que a su vez había heredado de la española, con algunas innovaciones que habían producido los discípulos de Mr. Ramón, especie de chef inspirador de una verdadera escuela culinaria porteña.

Por supuesto, la segunda mitad del siglo XIX empezaba a recibir los aportes de la inmigración, que introducía, entre otras, sus costumbres alimenticias y a su vez los viajeros porteños traían el recuerdo de algunos platos franceses muy apreciados por el paladar exigente. En el Club era frecuente que las comidas empezaran con una sopa muy sustanciosa, que tenía el agregado de huevos batidos o espinacas, la que se aderezaba con alguna salsa de elaboración inglesa. Era común el puchero, con una gran cantidad de ingredientes que se ofrecían al consumidor en abundancia.

Como opción o plato siguiente no faltaban las buenas frituras: de chorizos, morcillas, trozos de carne, acompañado todo por algunas verduras u hortalizas de las quintas más próximas. Tampoco solían faltar las papas hervidas, muchas veces en puré, y el postre lo constituían con frecuencia dulce de membrillo o mazamorra con leche y mucha azúcar. Por la noche, después de la comida se jugaba cartas, se mantenían pláticas, saboreando siempre algún buen licor.

Adolfo no perdía nunca esos encuentros y muchos de los amigos con cuyo afecto disfrutaba reclamaban su presencia para recargar el entusiasmo cuando éste escaseaba. Después de esa grata conversación, Alsina solía irse solo -muchas veces a pie- hasta la casa de Sofía a la espera de una grata acogida.

Sin embargo la ciudad no solo prometía alegrías y vida cordial; la pasión política ardía

en forma permanente y empezaron a proliferar organizaciones secretas, al estilo de las que existían en Europa y eran difundidas por las noticias que llegaban del Viejo Continente.

En cierto sentido estas logias constituían ya una rémora, porque su existencia estaba ligada a la noción del secreto y la conspiración. En la medida que se incrementaba la lucha política bajo formas embrionarias de democracia, aquellas iban perdiendo sentido. Era lógico: la disputa política hacía nacer el sentimiento opositor y se sabe que es de la esencia del antagonismo democrático los reproches y la propaganda, las arengas y las confrontaciones, las críticas y los discursos, la publicidad y las reconveniones, antítesis todas ellas del misterio que rodea a las sectas ocultas.

Pero así ha sucedido siempre en nuestro país; cuando Europa comienza a considerar anticuadas ciertas conductas y en consecuencia a apartarse de ellas, acá todavía conservan la frescura que les da la moda.

Sobre ese tema mucho se ha dicho acerca de la famosa logia Juan-Juan y poco trascendieron otras de signo político inverso. Si Alsina pagó el costo de haber asumido la obligación regicida en su secta, los integrantes de otras, que habían elegido como blanco del crimen al propio Adolfo, guardaron silencio y a la sombra del secreto ocultaron las culpas y las consecuencias.

3.5 - UN GATO BLANCO

Una noche la tenida en el Club duró más de lo acostumbrado. El momento, por otra parte, no era propicio para abandonar los salones bien templados y acogedores del Club de Progreso, inaugurado hacía poco tiempo: llovía en forma torrencial y el cielo estaba cargado de relámpagos que no eran precisamente anuncio del cese de aquella. Nadie hacía ademán de tener apuro, pero en un momento dado Adolfo se puso de pie y con una gran sonrisa saludó a todos los presentes para despedirse.

De manera infructuosa esperó un coche de plaza; a pesar de la hora y de que muchos cocheros aguardaban el momento de la salida del Club para hacer un viaje provechoso antes de desenganchar los caballos, esa noche el tiempo había sido más perentorio que las propinas y los carruajes habían desaparecido. Con la impaciencia del que tiene una meta apetecible, no esperó de manera excesiva; a los pocos minutos se caló hasta los ojos la galera, le dio un buen revuelo a la capa y se entregó a la suerte de la calle.

Tenía que caminar desde el Club una buena cantidad de cuadras con agua y barro entre las piedras desperejas para llegar hasta la casa de Sofía, que vivía en inmediaciones

de la Plaza Lorea, barrio por entonces solitario y sombrío, al decir de Luís V. Varela. Pero para un muchacho de esa edad, impulsado por las caricias esperadas, ni la distancia ni el tiempo eran una obstrucción insalvable. Indiferente a los truenos y los relámpagos, Adolfo Alsina caminó a paso firme y alegre hacia la casa de Sofía, esperando el calor de un fuego encendido para sumarlo al que le estaba ardiendo el pecho. Hacía poco habían dado las doce y aunque las campanadas lo sobresaltaron por lo avanzado de la hora, sabía que de todos modos Sofía lo estaría esperando.

Adolfo avanzaba tratando de sortear charcos a la luz opaca de los faroles de aceite que proyectaban una claridad mortecina y tintineante, que apenas delataba las imperfecciones de la acera. Al llegar a la esquina que formaba Potosí con San José se percató que un bulto oscuro se acercaba por la misma vereda en actitud sospechosa.

La sombra se guareció en un zaguán procurando ocultarse y Alsina en un primer instante pensó en un salteador, que trataba de emboscar a su víctima.

Sin embargo, acostumbrado a las acechanzas y peligros, un pensamiento íntimo le disuadió: él era demasiado corpulento y de paso firme como para que el sujeto pensara que el asalto sería provechoso. La lógica sugería que lo más probable fuera que el emboscado, a la primera alerta reaccionara con violencia y un asaltante lo menos que desea es un cuerpo a cuerpo con armas blancas o recibir algún balazo de su posible víctima.

Alsina no era hombre de escaparle al peligro y lejos de sentir aprensión por la emboscada, un aire de agradable aventura lo invadió, sobre todo cuando supuso que el inminente ataque podría tener inspiración política. Pasó con tranquilidad el bastón que guardaba el estoque a la mano izquierda e introdujo la derecha en el bolsillo, empuñando el revólver cuyo percutor alzó con cuidado sobre el fulminante.

Acostumbraba a valerse de un A. Uberti & Co. calibre 36, de munición redonda, avant carga con pólvora negra, un arma muy segura y precisa para la época; tenía el inconveniente de que la munición debía fabricarla el propio interesado, pero eso era una molestia pequeña en comparación con la efectividad del disparo. Se lo había regalado a su padre en Montevideo un garibaldino que se vanagloriaba, con jocosidad peninsular, de poseer un arma similar a la que empuñara David Copperfield en sus aventuras por la llanura norteamericana. Adolfo la tenía incorporada a su atuendo, como la chalina de vicuña, el estoque o la galera.

Como era valiente y el coraje crecía con el riesgo -no hay memoria de que alguna vez hubiera retrocedido para evitarlo- avanzó con determinación hacia el bulto, que apretaba su silueta contra el pórtico, con la inútil pretensión de esconder la emboscada. Su posible

víctima ya lo había descubierto.

De pronto, Alsina detuvo sus pasos. En forma borrosa, fragmentada, acababa de escuchar por encima del fragor de la tormenta, gemidos agonizantes, proferidos en forma inarticulada, como de quien ya no tiene fuerzas suficientes para pedir socorro. Un pensamiento acudió con la rapidez del rayo ¿y si no se tratara de un atentado a su persona? ¿Y si el sujeto oculto ya había descargado el puñal contra otra víctima?

Abandonó toda precaución y el sentido caritativo, del que tantas pruebas diera a lo largo de la vida, prevaleció sobre su propio instinto de conservación.

Descuidó la guardia y marchó con decisión hacia el rincón oscuro del que provenían los lamentos, atravesando la calle en cuya acera se guarecía el bulto negro.

Pensaba auxiliar al herido y después ocuparse de su misma seguridad y por supuesto, dar cuenta del aparente criminal. Sin embargo, al llegar al punto del que partían los sollozos una ola de rubor le cubrió la cara y una sonrisa asomó sin pedir permiso: los quejidos de dolor provenían de un gato blanco, que tenía la pata quebrada.

Por un instante estuvo a punto de continuar su marcha, pero no pudo hacerlo con abandono del maltrecho felino. Lo tomó en sus brazos, lo cubrió con el pañuelo de cuello que acostumbraba usar en invierno y continuó el camino: -He sido tu Providencia. Justo es que te lleve para que la pobre Sofía te cure -dijo con una sonrisa.

Levantó la vista tratando de ubicar de nuevo la silueta escondida, pero el intento resultó infructuoso. El sereno acababa de doblar la esquina y el bulto negro, descubierto y en inferioridad de número, no aceptó correr el riesgo y se precipitó hacia las calles centrales.

Al día siguiente la logia Juan-Juan tenía las pruebas de que en la noche anterior un esbirro debía asesinar al doctor Alsina. El bulto negro era el criminal contratado. El coraje legendario.... y un gato blanco, habían salvado la vida de Adolfo Alsina.

3.6 - LA TRANSFORMACION SOCIAL

Pero el amor de Alsina por Sofía habría de encuadrarse también en una realidad política que superaba el marco sentimental y avanzaba hacia formas más profundas de comportamiento social.

Para esa sociedad en ebullición, que acababa de presenciar la llegada de la

electricidad para experimentarla en el uso telegráfico, no era de extrañar que los jóvenes progresistas de la Guardia Nacional, los pandilleros, fueran atraídos por las manifestaciones más ardientes de transformación científica e igualdad social que comenzaron a mostrarse en ese momento.

Hasta el estilo de convivencia y el sentimiento de amistad insinuaban un cambio sustancial. La camaradería en los cuerpos armados había recreado una relación más familiar, casi confidencial, entre hombres pertenecientes a estratos sociales diferentes, algo inédito hasta ese momento que produjo interesantes consecuencias políticas.

Es verdad que el Club del Progreso era todo un símbolo de la aristocracia y el refinamiento que caracterizaban a una clase que se cultivaba bajo inspiración de formas europeas, incorporándolas al lenguaje, a los giros costumbristas, a la indumentaria.

Pero los muchachos que frecuentaban sus salones con porte elegante también recorrían los bailes de las orillas y los lugares non sanctos del arrabal, que por entonces era un espacio geográfico y no económico, como tiempo después lo advirtiera Borges con notable exactitud. El viaje al bajo fondo, al ámbito del cuchillero y el compadre, del burdel y el refugio de gallos, era algo más que una aventura juvenil o un alarde de bravura que culminaba cuando se le soplabla la dama a un guapo.

Constituía una manera visible de romper los formalismos, el encasillamiento de clase o la imposición del abolengo: era también el modo de mostrar la marca de la irreverencia. Curiosa síntesis de “linaje y multitud”, algo que con el apretado concepto que solo logra la métrica, recién después de varias décadas el poeta Francisco García Jiménez lograría reducir con el tango “Viva la Patria”.

Era, por otra parte, una forma empírica de exhibir el predominio de la inteligencia, el imperio del pensamiento: “...la lucha del fusil acabó con el Sitio [de Lagos a Buenos Aires]... la lucha de las ideas empieza con la paz” decía La Tribuna, con palabras escritas bajo inspiración de Héctor Varela.

La Guardia Nacional había unido en una similar mística a ricos y pobres, aristócratas y humildes, blancos y pardos. No es de extrañar, pues, que una sincera indignación se apoderara de los pandilleros cuando un diario publicara una carta de Urquiza a Lagos, que expresaba con naturalidad lo que en ese tiempo era común: “Los pardos y menenos que le envío deben ser puestos en el Uruguay por cuenta y gasto de Buenos Aires...”

¿Qué clase de Libertador era ese Urquiza? ¿Y ese desdén por creer que es un derecho suyo esclavizar los habitantes libres de Buenos Aires? La discriminación era algo repugnante, un resabio odioso de un pasado que parecía que algunos se empeñaban en

mantener.

Sin embargo, la irritación ante la posibilidad de que Buenos Aires fuera arrollada por la Confederación era algo común a conservadores y progresistas, aunque estos últimos vivían con el espontáneo rechazo a cualquier forma de diferenciación, aún a través de gestos menores y de escasa relevancia.

Se empeñaron, por ejemplo, en modificar los estatutos del Club del Progreso para liberalizarlos a su paladar: las damas podrían ir a sus bailes ataviadas como quisieran, sin imposiciones dictadas por la etiqueta o el recato tradicional, prejuicios que podrían restringir su libertad o su gusto.

“¡Estos anarquistas barulleros!”, diría de ellos El Orden.

Alsina se empeñaba en resaltar que el espíritu progresista no estaba ajeno y distante del sentimiento conservador genuino, que pugnaba por defender el contenido profundo y no las formas exteriores, a veces muestra sintética y artificial de pacata hipocresía. Estos jóvenes se proclamaban católicos sinceros (y lo eran) pero renegaban y se burlaban de los formalistas “que van a Misa todos los domingos, oyen sermones y hacen blanquear las torres de las Iglesias”; de los que “a las doce van corriendo a comer el puchero para que no se enfríe, y a las dos de la tarde duermen la siesta o después de comer rezan el bendito...”

En la base de la controversia estaba la diferente interpretación que hacían del mundo moderno respecto de la sociedad tradicional; la seducción que ejercía el positivismo de Augusto Comte y la fe ciega en el dominio de la ciencia. La admiración por la superioridad intelectual, el adelanto moral y material, el avance científico, la transformación que proponían el arte o la industria; el culto hacia los hombres que representaban algo grande (léase Sarmiento o Vélez Sársfield) cuyo concurso “podría llevar al país a la cumbre de la civilización que buscamos...”

De pronto, la sociedad porteña había tomado parte (tal vez sin saberlo) de la porfía que separara la aristocracia inglesa de la francesa, antes de la famosa Revolución. Aquella había bendecido la industria y su nobleza se volcó sin reservas al capitalismo y las fábricas, a la aceptación de las técnicas modernas y la aplicación de la ciencia pura a estas últimas en provecho de la producción; también a su consecuencia inmediata: la ganancia de dinero.

En eso no fueron diferentes los aristócratas de los burgueses y ya el doctor Samuel Johnson -uno de los hombres cuyo pensamiento más influyó en el contorno ideológico y emprendedor de Gran Bretaña y sin duda en Bentham- había anticipado que “es difícil que un hombre esté realizando algo más importante que ganar dinero”.

La aristocracia de Francia, al revés, consideró indigno que un caballero obtuviera recursos que no provinieran de la renta de sus tierras y el divorcio con la burguesía llevó sus cabezas al cadalso.

Aún sin percibir su adscripción a una de las líneas de esta dicotomía, en Buenos Aires, Peña llamaba “advenedizos” a quienes se valían de los adelantos que la inteligencia dotaba el arte humano y los progresistas clamaban por “la incorporación de todos los que trajeran vida y movimiento, [pertenecientes] a todas las nacionalidades del mundo”. La inmigración, por la que tanto pontificara Alberdi, era palanca decisiva de la civilización a la que un desierto bárbaro se oponía.

Abanderado y emblema de esta generación joven ¿cómo no habría de encarnar después Alsina la obsesión por terminar con las fronteras inseguras, el malón, los robos y el secuestro de cautivas?

3.7 - EL PROGRESO

Porque, en ese medio, dos cosas son dignas de retener: Adolfo Alsina habría de ser un símbolo de su generación y ello explicaría su obsesión por el desierto, que debía liberarse para la producción y los inmigrantes. Si a esa circunstancia se le sumaba el carisma de que estaba dotado, el arrojo que se le conocía y la posesión de una palabra cautivante en la tribuna, que volcaba con voz tonante al auditorio, se daban las condiciones objetivas para hacer de él un caudillo. El primero que arrobaba con su porte las masas postergadas del suburbio, y en curiosa coincidencia, atraía también a la juventud contemporánea, intelectual, culta, distinguida y ruidosa.

No era de extrañar que ese hombre, que practicaba la verdad, decía y hacía lo mismo que pensaba y sentía repugnancia por la adulación demagógica, se convirtiera en un caudillo diferente del clásico conductor provinciano que era más gaucho que sus paisanos y más soldado que sus jinetes. Alsina había creado un tipo nuevo: era el caudillo urbano.

No debía sorprender -y hasta parecía lógico- que ese muchacho sintiera amor por una mujer sencilla, sin relevancia social, sin apellido ilustre, pero que había sabido ganar sus sentimientos con la misma naturalidad con que la causa por la que peleaba había logrado su adhesión sin reservas.

¿Cómo fue posible que esa generación, progresista, intelectualizada, intransigente, acabara por incorporar lo más rancio del rosismo a sus filas? ¿Cómo fue posible que Adolfo Alsina, prototipo del exiliado, cuya casa paterna en Montevideo había sido centro

de la conspiración unitaria se convirtiera en caudillo de los porteños más federales? Y sobre todo, ¿cómo éstos reconocieron en ese muchacho de cepa unitaria al caudillo que los condujera, erigido en jefe de partido y conductor de las masas, hasta la casa de gobierno?

Lo que ocurrió debe buscar explicación en la idea del progreso, que nutría el espíritu de estos jóvenes. El progreso reclamaba, por encima de las pasiones menores y los sentimientos de rencor, el olvido de los viejos odios: “Para nosotros son progresistas todos aquellos, emigrados o no emigrados, unitarios o federales, viejos o jóvenes que miran el elemento extranjero como una necesidad para el adelanto del país; que respetan la inteligencia y el saber y no hacen de la pobreza un crimen...”, se expresaría Alsina en La Tribuna.

Pero ironías del destino; ese movimiento juvenil, que estigmatizaba el culto por la personalidad -quizá el último resabio del rosismo- y enarbolaba los principios, habría de dar carta de nacimiento al primer caudillo genuino de Buenos Aires: Adolfo Alsina. “No debemos sostener hombres sino ideas; de otro modo nada habremos adelantado en el camino que nos ha abierto la Revolución” [se refiere a la del Once de Septiembre], decía el mismo Alsina. Otra vez surgen, detrás de la candidez juvenil, las expectativas desmedidas que depositaban en la “nueva era”, que habría de llegar de la mano de la ciencia y la modernidad, a la que cerraban el paso los hombres mayores que gobernaban la Provincia. La fe en las ideas y el repudio hacia el individualismo desembocarían [¿quién dijo que la política no es paradójica?], sin embargo, en la creación de un caudillo.

En cuanto una biografía conlleva ante todo el propósito de sumergirse en las perplejidades psicológicas de un personaje, Adolfo entrega una cuota interesante de su personalidad para el análisis. Se ha sabido de él que era un hombre pensante, cuya relación doctoral al recibirse en las aulas universitarias de la lejana Montevideo, dejó muy satisfecho a Peña, su maestro, y sorprendidos a quienes lo escucharon, por el vuelo filosófico de la exposición. Sin embargo ha sido reconocido en la crónica histórica por la fortaleza de su físico, por el valor personal y el arrojo que lo pintaron de cuerpo entero; por su oratoria y su voz imponente y no por el refinamiento y cultivo de la inteligencia.

Esta aparente contradicción del individuo -el intelectual y el hombre de acción- tiene una explicación en el carácter conservador y pragmático que tenía Adolfo. Sin dejar de hacer volar la imaginación y las ideas hacia razonamientos abstractos, cuando debía pensar en las soluciones prácticas para enfrentar problemas reales no dudaba y se inclinaba por la ejecución de actos y pensamientos fundados en el arte de lo posible y lo conveniente. Entre la ideología y la praxis, en Alsina sobresalió la acción.

3.8 - LA POLÍTICA MUNICIPAL

Para Adolfo, el progreso y el cambio no debían hacerse con injusticia y mucho menos con la especulación pura, absteniéndose de considerar el hombre de carne y huesos, que era el destinatario final de toda actividad política. Por eso no puede extrañar que haya bajado la vista para elegir uno de los caminos capaces de llevar a cabo la transformación del país, y que lo hiciera en un peldaño modesto: la política comunal; depositando su confianza en la valía de los municipios. En realidad, para ser honestos, era aún mayor la desconfianza que le provocaban los omnímodos jueces de paz, capaces de amañar una elección o disponer de la honra o el patrimonio de ciudadanos sin fuerzas suficientes para defenderse (como cantara en doloridas estrofas su amigo y correligionario José Hernández por boca del inmortal personaje de su oda). La impunidad de los jueces de paz y las sospechosas adjudicaciones de tierras que hacían (tema que provocaba justos alborotos) iban juntas y se sostenía que la arbitrariedad con que se llevaban a cabo algunas de ellas contaba con la complicidad de estos jueces, depositarios de un poder pretoriano que usaban a voluntad.

En correspondencia con esta visión, Alsina propiciaba algo que parecía surgido de los manuales revolucionarios de la Francia de Dantón: la elección de los Jueces de Paz por el voto de los ciudadanos. “Si los pobladores de la campaña hubieran tenido municipios y la actividad en beneficio de sus respectivas comunas fuera eficiente, las arbitrariedades quedarían reducidas por la movilización de aquellos”, decía con ilusión sincera.

La aplicación del régimen municipal a toda la campaña constituía una ilusión para Adolfo a la que se abrazaba como a una quimera y elevaba a una categoría emblemática; a él atribuía además de la justicia, la prosperidad pública y creía que si ésta aún no había derramado abundancia sobre todos los pobladores, no era por ineficiencia del sistema municipal sino por la timidez e imperfecciones con que el mismo había sido implementado hasta ese momento. No obstante provenir del más genuino pensamiento unitario, sostenía - ironías de la vida - que la institución municipal debía ser esencialmente autónoma y chocaba con quienes querían reducirla a “meros agentes de la administración central”.

La batalla seguía sin tregua y los argumentos de Alsina ya delineaban las razones por las cuales llegó a ser un caudillo popular, seguido y admirado por los sectores más humildes: “¿por qué los jueces de paz debían ser elegidos por el sufragio popular?”, se preguntaba. “Porque el paisano conocía a los posibles candidatos mejor que nadie por estar en contacto con ellos, y esa circunstancia tenía que estimular el interés de todos por

el engrandecimiento del pago a través de la participación en la selección”, se contestaba.

El ademán popular, la ausencia de reparos respecto a la presencia de las masas, que lejos de fastidiarle lo embriagaban, la devoción por los mitines y las grandes manifestaciones del público, se traducía en todos los gestos del caudillo. Desde la defensa del derecho de las barras a presenciar y permanecer en el recinto durante las tenidas parlamentarias, hasta las grandes concentraciones, preludio de la nueva era que esos jóvenes intentaban construir.

Por otra parte, Alsina hacía profesión de fe del sistema representativo: las interpelaciones a los ministros eran días de gozo; los síntomas de debate y acción parlamentaria excitaban su carácter; todo lo que sirviera para romper la quietud y la calma era bienvenido. Lo puso en situación exultante la interpelación al Ministro de la Guerra, que poco deseaba explicar sobre el fracaso de la expedición a los indios y la derrota humillante que estos le impusieran. (Mitre saldría bien parado del descalabro admitiendo que se había invertido la proporción tradicional: era causa de orguorgullo militar proclamar que se necesitaban tres indios para vencer un soldado; en esa ocasión los soldados triplicaban el número de indígenas y fueron puestos en retirada, con pérdida de parque y caballada).

Era, como bien había dicho El Orden, el “barullo” que Alsina y su gente metían y que habría de servir para contagiar a los indecisos y empujar al pueblo a interesarse por la cosa pública.

La reacción del gobierno contribuyó con sus errores a dar más argumentos al fermento popular. El Fiscal de Estado, Andrés Ferrera propuso la disolución de los Clubes Parroquiales, que con acertada astucia el mismo gobierno había instituido tiempo atrás para tener una visión directa de cada una de las parroquias de la ciudad.

Pero Ferrera iba más allá todavía: además de disolver los Clubes, en respuesta al voto popular y el sufragio de los peones, que propiciaban Alsina y sus amigos, propuso la limitación del sufragio, que debía quedar reducido en forma exclusiva a los propietarios. Imaginaba el Fiscal (se supone que con anuencia del gobernador) que con estos frenos se detendrían las reuniones públicas y el desorden “anarquista” de los jóvenes Guardias Nacionales.

En rigor de verdad, tampoco se debería ser demasiado cruel al juzgar la propuesta; Gran Bretaña practicaba ese sistema, que lejos de constituir una rémora reaccionaria, implicó en ese caso un avance frente a las formas más elitistas que le precedieron.

Pero hay dos maneras de instituir la “democracia de propietarios”: una cosa era

ascender del sistema de voto aristocrático que tenía la nobleza terrateniente de Inglaterra sumando a los burgueses propietarios (que era un avance) y otra descender del sufragio general a una democracia a la que solo tendrían llegada los ciudadanos que fueran propietarios. El proyecto fue un retroceso.

Dio derecho a que La Tribuna expresara la opinión de Alsina, que era la de toda esa juventud rebelde: “Adoptar las teorías del señor Ferrera sería acordar al dinero la facultad de matar la inteligencia....” El gobierno servía en bandeja de oro el plato que hacía relamer a los jóvenes. Al final el oficialismo logró dominar los clubes parroquiales y los jóvenes se aprestaron a la lucha electoral a través de centros independientes que pretendieron romper el monopolio gubernamental.

3.9 - FINAL DEL SUEÑO

Pero sucesos ajenos a este debate que sobrevinieron trastocaron la situación.

Se repotenciaron los conflictos con el resto del país; Urquiza dejó de ser un tema distante, de debate académico y la Confederación pasó a convertirse en amenaza. La lucha entre conservadores y progresistas, entre el sector que gobernaba y el de la generación de Alsina perdió volumen frente al unísono sentimiento porteño, ahora si -hacia 1856- amenazado por las fuerzas federales que habían revocado los pactos del 24 de diciembre de 1854 y el 8 de enero de 1855.

Eran los prolegómenos de Cepeda. La pasión que había dominado la polémica entre conservadores y progresistas perdió espacio y el debate entre dos mundos, uno teórico, ideal, romántico, juvenil y otro práctico y sustancial, cedió su espacio ante la presencia inminente del jefe entrerriano.

De pronto todos recordaron la existencia de Urquiza y las opiniones se polarizaron en torno a la posición que debía adoptarse frente a la Confederación, pasando a segundo plano los enfrentamientos del día anterior. Con independencia del sector del cual provinieran, algunos pensaron que ante la presencia y poder de Urquiza se debía transar y aceptar su liderazgo nacional; otros eligieron la intransigencia.

La anterior división, que consumiera ardor y entrega a los protagonistas, desapareció como por arte de encanto y los hombres de una y otra posición política tomaron asientos nuevos, con prescindencia de su pasado inmediato. Como tocados por una varita mágica, conservadores y progresistas, viejos y nuevos, pasaron a formar un pretérito sepultado con

urgencia por necesidades imperativas del momento.

Reaparecía el recuerdo de Rosas y con una visión estrecha o emocional se lo asoció con Urquiza. El ex hombre fuerte de Buenos Aires fue enjuiciado en forma severa a mediados de 1856, quizá no tanto para demoler a Rosas, cuya figura pertenecía a un pasado sin retorno, sino para agredir a Urquiza, cercano y temible.

Para Buenos Aires fue una forma de afirmar su identidad y mostrarse independiente frente a Urquiza. El juicio tuvo una gran repercusión y volvió a poner sobre el tapete la sangrienta relación entre unitarios y federales, que los manifiestos juveniles -ahora abandonados y en desuso- habían cerrado. La Provincia moderna, cuya juventud repudiaba el inmovilismo y la rutina, dio un vuelco de campana y pasó a polemizar por el pasado, tal vez porque a lo que en realidad le temía era al presente y en especial al futuro que éste preparaba.

La Guardia Nacional, como bastión político y motor de una “nueva era” ya no tuvo razón de ser; se dispersó y limitó su campo de acción a los territorios de Marte; los orgullosos servidores que habían defendido la ciudad durante el Sitio se separaron entre sí y tomaron diversos caminos políticos. De pronto dejó de tener sentido fantasear con esa gran expresión popular que había despertado el fervor de toda una generación; sus integrantes, disgregados, se fueron sumando a otros partidos nuevos, cuyas propuestas eran una mutación del sueño dorado de esa juventud idealista.

Ya no se debatió más sobre la transformación imaginada al comienzo del camino; la ilusión juvenil se diluyó de golpe y de ella solo quedó la nostalgia del recuerdo, que era borroso y lejano, como un sueño hermoso que se olvida al despertar.

Quienes encarnaran una corriente de ideas revolucionarias por lo novedosas y audaces, comenzaron a discutir entre sí temas baladíes, que poco antes no hubieran ocupado su tiempo ni sus inquietudes, poniendo de manifiesto el repentino intercambio de posiciones y alianzas. Alsina polemizó con Nicolás Calvo sobre el papel que cumplió en el Sitio de Buenos Aires Ángel Plaza Montero, quien se hiciera opositor a Adolfo y a su padre. José María Gutiérrez, los Varela, Esteban García, reconocidos inspiradores del “Gran Club”, formaron el “Partido de la Libertad” y se unieron nada menos que con Irineo Portela, Jorge Atucha y Sáenz Valiente; todos votaron por don Valentín para gobernador. En forma paradójica, Tomás de Anchorena y Daniel Cazón prototipos de la nueva especie política que se situara al lado de Adolfo Alsina, lo hicieron por Juan B. Peña en contra de su padre. En medio de la disputa con Adolfo, también lo hizo Nicolás Calvo, de cuyos labios otrora saliera “hay más sagacidad y mejor criterio en esa juventud porteña de que se compone la Guardia Nacional que en el cerebro vacío de esa colección de inteligencias

momias...” Hizo una furibunda cabriola y se paseó del brazo de sus antiguos adversarios: Félix Frías, José M. Estrada, Juan B. Peña.

Ese bloque romántico y apasionado, que prometía una verdadera transformación idealista estalló en pedazos, como un anticipo simbólico del estrago que causarían los cañones de Cepeda en las filas militares de la provincia. Habría que esperar casi una década hasta que el mismo Adolfo Alsina levantara la bandera del autonomismo. Volvieron entonces con él, al sostener el estandarte de la provincia indómita, las inquietudes juveniles por medio de la extensión de la democracia, el repudio al inmovilismo y la lucha contra la corrupción. También habría de volver la preocupación por la campaña, la provincia profunda, la reivindicación de la Guardia, la marcha hacia el interior del desierto y la obsesión por la frontera. Era la vuelta de Buenos Aires, de su orgullo y su misión; de su puerto y su cultura; de su pasado y de su banco. Era, además, el primer paso hacia la formación de una gran fuerza política, destinada a dejar su marca en el país: el Partido Autonomista.

Capítulo IV

Un hijo cabal

Es preciso volver atrás para que se comprenda mejor el medio en el cual Adolfo Alsina delineó su perfil definitivo de hombre público.

Se había sancionado la Constitución de 1854 con un texto de notable jerarquía, uno de cuyos puntos centrales fue la naturaleza política de la provincia. La mayoría se inclinaba por asignarle carácter de estado soberano; Mitre con denuedo se batió en la posición contraria y Adolfo Alsina participó -con algunos matices- de este último criterio. Por fortuna se impuso una transacción: la provincia era “un estado soberano dentro de la Nación Argentina, que es preexistente”, se escribió con firmeza.

Corría el año 1854; mientras Buenos Aires se daba una Constitución y debatía acerca de su futuro, el mundo asistía perplejo a grandes acontecimientos. Por caso, Rusia daba inicio a la guerra de Crimea, de la que participaron además, el Imperio Otomano, Francia y Gran Bretaña; sus consecuencias políticas modificaron la balanza del poder mundial. En Estados Unidos nacía quien sería fundador de Kodak: George Eastman y en Italia el futuro Papa Benedicto XV. En nuestro país lo hacían hombres que habrían de trasponer los umbrales del olvido: Estanislao Zeballos y Florentino Ameghino. Más allá de Urquiza y Alsina, de Mitre y Lagos, el agua seguía corriendo debajo de los puentes.

Vinieron después los comicios de 1855 (en que triunfaron los chupandinos) y los de 1857, en que se impusieron los pandilleros. Estos últimos fueron reñidos y en medio de las anecdóticas referencias al fraude y la violencia que acompañaron la emisión de los votos, la Asamblea Legislativa por segunda vez depositó los atributos del mando en el doctor Valentín Alsina, consagrado por ley del 3 de mayo gobernador y Capitán General de Buenos Aires.

La descripción de ese tipo de elecciones, imperfectas, violentas, irregulares, en las

que tallara Adolfo Alsina y de las que a la postre resultara casi un icono, no dejan de tener un resabio nostálgico. Estaban sin duda provocadas por el arrebató de los protagonistas, todos ellos imbuidos con sinceridad de su misión, como si fueran cruzados. Entonces no figuraban en los partidos los profesionales de la marginalidad, los violentos de profesión, los matones a sueldo, aunque no faltaban compadres que eran leales ejecutores de "trabajos" encomendados por sus caudillos a quienes seguían con lealtad casi religiosa y obtenían a cambio protección y respaldo, mientras no se salieran de madre, como le ocurrió al famoso Juan Moreira.

Las elecciones de 1857 tuvieron el epicentro del desorden en el atrio de la Iglesia de la Merced, que fuera ocupada por los chupandinos. Un testigo de la época describió los sucesos varios años después con el colorido que el tiempo suele dar a esos hechos, al despojarlos del calor y la pasión del momento y emplear el recurso casi poético de repartir entre ambos bandos iguales responsabilidades. Decía que el partido que se había apoderado de las mesas no omitió recurso alguno para ganar: votaron a su favor los vivos y los muertos y hasta se rechazó el voto de los caballeros más distinguidos con el pretexto de que sus domicilios eran falsos o no podían justificar su personería, lo cual en aquellos tiempos en que las diferencias sociales pesaban equivalía a una provocación. En cambio, un hombre de color emitió su papeleta bajo el nombre de un eminente y conocido ciudadano (lo cual constituía una bravata ostensible), al mismo tiempo que se entretenía a otros con pretextos baladíes hasta que llegara la hora de clausurar el comicio.

Unos días antes, La Tribuna había lanzado una noticia apropiada para hacer subir la temperatura. Decía que por casualidad, al tomar un coche de plaza el doctor Mariano Varela había encontrado en su interior las planillas meticulosamente escritas con el resultado de la elección anticipada, en cuyos registros habían votado toda clase de ciudadanos, aún los habitantes de los cementerios.

Nada hubiera sorprendido a los protagonistas porque el hecho en sí no era sino una mancha más que podía atribuirse a cualquiera de los tigres, si la nota no agregara, tanto como para desatar la tormenta, que la compulsión de la letra con que fue confeccionada la falsa planilla ¡perteneía al doctor Carlos Tejedor!

Por supuesto, no hay noticias de que se hubiera realizado ninguna pericia para ratificar la especie y conociéndose la personalidad severa y legalista del personaje es probable que la acusación fuera un infundio destinado a irritarlo, pero el dato sirvió para enardecer los ánimos y predisponerlos más aún para la pelea.

Esas elecciones se planificaban a conciencia con antelación apropiada. Como todo buen caballero sabía montar bien, no había señorito que no dispusiera de un buen caballo

para el día del comicio. Y si no lo tenía ni había sido tan previsor como para hacerlo traer del campo en forma anticipada, lo alquilaba en cualquiera de las caballerizas de renombre de ese entonces: Colins, Cabral, Malcolm o Saavedra. El caballo era fundamental para el rápido aviso a las restantes parroquias y en muchos casos el medio para pedir refuerzos cuando se era superado por el adversario, ocasión en que el traslado de los partidarios de una parroquia a otra se hacía con cualquier clase de vehículo. También para los niños de la primera sociedad, que capitaneaban a sus partidarios haciéndolos recorrer (y votar) en la mayor parte de las iglesias, era una forma de ostentar poderío y presencia, mientras lucían el pingo bien enjaezado, con las pilchas domingueras más vistosas. Había en esos desplantados alardes una cuota de ostentación personal, una muestra arrogante de desprecio por el peligro; era, también, un medio de presumir ante el sexo opuesto.

Por supuesto las víctimas de todas estas alternativas no eran inexpertos imberbes; la indignación de los vencidos se traducía en lo que era de práctica entonces: atacar las mesas para arrebatarse las papeletas y confeccionar planillas nuevas.

Nada de esto sorprendía a los vencedores, que ya habían introducido en la Iglesia elementos afines para repeler la segura agresión, que se materializaba en una lluvia de prosaicos cascotes, ya que eran pocos los que cargaban armas de fuego portátiles; los revólveres eran aún muy imperfectos y solo disponían de ellos las personas ricas. Como las armas blancas solo podían emplearse a la hora del entrevero cuerpo a cuerpo, el cascote, primitivo y vulgar, era el arma predilecta de todos los contendientes. Por fortuna la mayoría de los heridos solo registraron cortes y contusiones más o menos importantes y los frascos de Pronto Alivio y Oppo del Do, los más apreciados del momento, corrieron con generosa profusión.

Padeció sí severos daños la pobre iglesia, pero el cura párroco fue resarcido en forma conveniente con una generosa limosna que propiciaron las damas de mayor distinción. Encabezaron la colecta doña Juana Tejedor de Obligado, mortificada por los daños que se atribuían a sus nietos Pastor y Manuel, y Misia Pepa Callejas, cuya casa en Reconquista y Corrientes había servido de centro asistencial a los heridos.

Pocos días antes de esos comicios del 57, el "Club Independencia", cuartel general del sector chupandino, llevó a cabo su acto proselitista principal en el Teatro de la Victoria. La sala estaba repleta de un público enardecido, a quien los oradores fogoneaban a placer; pero tanto como para alardear de coraje varonil, cuanto para desmerecer el orden del adversario, un grupo numeroso de pandilleros irrumpió en la escena. Se produjo entonces un gran tumulto sobre todo cuando estos, provenientes del cuartel general de su agrupación que se centralizaba en el "Club Libertad", irrumpieron en vivas a Alsina y Mitre y denuestos para los adversarios.

Por ese tiempo, Adolfo Alsina vivía en la casa de la calle Lima, entre Potosí (hoy en memoria suya lleva su nombre) y Moreno y a la salida del teatro las escaramuzas siguieron por la calle. Como suele ocurrir cuando hay disturbios, la mayor parte del público salió disparado en todas las direcciones tratando de ponerse a salvo y don Adolfo se asomó a la vereda al escuchar el bullicio.

Con sorpresa advirtió que un fiel amigo suyo, miembro del “Club Libertad”, caía herido ante su vista y el Changador Gómez, uno de los hombres de pelea más famosos del “Club Independencia” estaba pronto para ultimarle en el suelo. Alsina no dudó y haciendo gala del coraje que le era reconocido se abalanzó sobre el Changador evitando la muerte inminente del amigo. Gómez se repuso del envión recibido y trató de enfrentar al doctor Alsina con una pistola de las llamadas entonces “de bala de onza”, pero éste ya había tomado de entre las manos del amigo herido un estoque que llevaba consigo.

Sea porque al Changador lo sorprendió el coraje de Alsina, sea porque éste impuso su fama de guapo o aquél temió perder la ocasión del tiro disponible y a cambio recibir la estocada, lo cierto es que no atinó a tirar del gatillo y comenzó a retroceder.

Así marcharon durante dos cuerdas y media: Alsina avanzando estoque en mano, gritando y desafiando al oponente y Gómez retrocediendo, conservando la distancia con la amenaza de la pistola, hasta el Teatro de la Victoria. En las inmediaciones del lugar todavía existía una muchedumbre apiñada, que comentaba con lógica excitación los sucesos pasados a raíz de la irrupción de los pandilleros y trataba de organizarse en manifestación. Gómez aprovechó el tumulto para perderse en la multitud y escapar del furioso Alsina.

Recién en ese momento don Adolfo se apercibió que estaba en mangas de camisa y con la cabeza descubierta. “Me dio una vergüenza bárbara” diría más tarde Alsina, “pero por suerte estaba frente a la casa de los Plaza Montero” donde se recogió para que le prestaran un saco y un sombrero con que volver a su casa.

Tiempo después recordaría el suceso con serena modestia: “dos cosas son las que tengo presentes; el haberme encontrado en aquel estado de arrebató y la actitud pacífica y respetuosa que guardaron los manifestantes, los que no me dijeron una palabra.”

Las elecciones no impidieron que acontecimientos de carácter social se desarrollaran con independencia de las confrontaciones y querellas, las imputaciones y las rencillas que trae tras de sí la política de los partidos. Por caso, don Valentín desde el cargo de gobernador vio partir de plaza Lavalle “La Porteña” en su viaje inaugural a Floresta. El trayecto insumió ¡35 minutos!

Ese mismo año, en el solar que hoy ocupa el Banco de la Nación Argentina, el

gobernador asistió a la primera función del flamante Teatro Colón, emplazado en ese predio. Y mientras el público porteño se deleitaba con las representaciones líricas del nuevo teatro, Baudelaire publicaba en Francia “Las Flores del Mal” y arrobaba con la languidez del romanticismo, pero escandalizaba a la clase dirigente. Menos espiritual, pero más positivo para el mundo real, Pasteur descubría la participación de los microorganismos en el proceso de fermentación, abriendo el camino para el descubrimiento posterior de la célebre vacuna.

Extrovertido, fiel amigo, noble, Alsina llevó una vida repleta de anécdotas que sirvieron para pintar su carácter, altivo y de pocas pulgas. Cuando las fuerzas de Buenos Aires se preparaban para enfrentar a las nacionales en los campos de Cepeda, la juventud porteña se ofreció voluntaria para concurrir a la batalla. Y Alsina, con antecedentes respetables ganados en el Sitio de Buenos Aires, se presentó para ocupar un puesto de soldado en el cuerpo de Guardias Nacionales.

En ese tiempo, es decir hacia 1858, el coronel Martín Arenas, un antiguo soldado que había servido a las órdenes del Almirante Brown en Pocitos y Juncal; que había acompañado la campaña de Lavalle en el año 40 y peleado como subordinado del General Paz, contaba entre los oficiales de confianza de Mitre. Gozaba de suficiente autoridad como para intimar con el comandante al extremo de proponerle hombres para cargos de mando y responsabilidad. En ese momento había renunciado el comandante Ramón María Muñoz al mando del primer batallón del 4° Regimiento del ejército de Buenos Aires y se imponía su reemplazo forzoso; Arenas recomendó al doctor Adolfo Alsina y el gobierno dispuso de inmediato su nombramiento.

Las fuerzas de Buenos Aires estaban acampadas en la barranca de Cariaga, a unas tres leguas del arroyo Cepeda, donde pocos días más tarde los dos ejércitos se irían a las manos. El coronel Paunero, en ese momento jefe del Estado Mayor de Mitre, había dispuesto que una pequeña partida de 150 hombres de caballería se instalara en la quinta de Espíndola, situada a una considerable distancia, para observar los desplazamientos del ejército enemigo e informar las alternativas que se percibieran.

Poco después, Paunero ordenó a una compañía de infantería que tomara posiciones junto a la caballería para reforzarla mientras este cuerpo ejerciera las funciones de bombero.

Como Paunero acostumbrara visitar las carpas de sus subordinados, en parte para infundirles confianza, en parte para inspeccionar el orden de cada batallón, concurrió una mañana a la que ocupaba el doctor Alsina. Éste, acostumbrado a los entreveros políticos, a las conversaciones francas y a veces indisciplinadas de los contertulios, entre mate y mate

se permitió reflexionar con familiaridad ante el superior: -Coronel, no me parece prudente que se mande diariamente una compañía de infantería, dos leguas a la vanguardia del campamento. ¿No cree usted coronel que ésta puede ser batida y desecha completamente por el enemigo? Por otra parte, las fuerzas de caballería en observación son las que pueden enviar aviso y replegarse cuando las circunstancias lo exijan, mientras que esa compañía de infantería debería retirarse a pie, para ser sacrificada por el enemigo.

-Vea Alsina -le respondió Paunero con impaciencia -las fuerzas están bien donde las he colocado; estamos en el ejército y los militares son máquinas de obedecer y no de hacer observaciones.

Alsina guardó silencio, pero la respuesta le cayó como una bofetada; hubiera esperado que el superior le diera una contestación más elocuente, incluso cortés, capaz de refutar sus dudas. Hasta habría sido lógico que por tener un bagaje mayor de conocimientos militares pudiera rebatir sus argumentos y le explicara lo que para él constituía un error derritiendo sus observaciones. En cambio la actitud de Paunero le pareció necia; era la soberbia propia de quien no tiene respuestas capaces y solo sabe echar mano al recurso de las jinetas en el hombro.

Permaneció en silencio, picado y con cara de fastidio, al punto que el mismo Paunero trató de romper la tensión que se había creado. Para desviar el tema, dijo: -Dígame Alsina, ¿a qué atribuye que aún no haya pasado la escuadra de Urquiza?

-No lo sé señor. Soy un militar y por lo tanto una máquina de obedecer. Las máquinas no observan.

Poco después Paunero se retiró de la carpa en silencio.

Como se sabe, el ejército de Buenos Aires fue arrasado en Cepeda por el general Urquiza; eso ocurrió en octubre de 1859.

Mitre, que mandaba las tropas porteñas, había dispuesto una formación en líneas oblicuas, última expresión de las escuelas tácticas europeas, incorporadas al conocimiento de este jefe militar como una perla del más moderno arte de la guerra (con una táctica parecida, fruto del conocimiento innovador que tenía, San Martín derrotó en Maipú una fuerza que lo doblaba en número).

Con esa concepción, que tendría que haber servido para sorprender a Urquiza (y de hecho lo logró), desplegó Mitre las posiciones de su ejército y ordenó a la caballería avanzar primero para retirarse en orden después, atrayendo hacia el centro del fuego porteño las tropas federales, que acudirían en su persecución.

Pero la orden no contempló lo que habría de pasar a continuación: la retirada, que debía verificarse al tranco, fue considerada por los soldados de Buenos Aires como una huida y la caballería se desbandó en estampida, a pesar de los esfuerzos inmensos de sus jefes por contenerla. Y como quedó demostrado esa noche, si no hubiera sido por la valentía y pericia del coronel Emilio Conesa y la temeraria autoridad del general Hornos, que consiguieron reagruparla y ordenarla, se habría perdido por completo.

Al inicio de la batalla, la caballería puesta al mando de Conesa (que era infante) debía quedar protegida por los batallones de infantería 3 de línea, el 1 del regimiento 4º al mando de Adolfo Alsina y el 4 del regimiento 3º, ambos de los Guardias Nacionales. Primero Conesa y después Mitre, ordenaron a la infantería abrir fuego en forma escalonada, como habían sido desplegados en el campo de acuerdo a la táctica concebida por el comandante en jefe.

La intervención de Alsina se produjo con violencia y sin pausas, bajo el fuego de los cañones federales que comenzaron a diezmar el batallón a su mando (Una curiosidad; en la artillería urquicista tuvo su bautismo de fuego, sirviendo esas baterías, un muchacho que después habría de alcanzar las palmas del generalato y la primera magistratura del país: Julio Argentino Roca).

Arma en mano, desgredado, la chaqueta rota, cubierto de barro y sangre, Alsina se multiplicó con exasperación en forma personal entre sus hombres; empuñaba el fusil de un soldado caído, calaba la bayoneta y cargaba con ella en los momentos finales de la acción, cuando de manera desesperada los batallones Morales y Rivero trataban de ganar posiciones con fuegos oblicuos. Pero el sacrificio de estos soldados fue vano; la suerte había sido echada cuando se desbandó la caballería y Urquiza quedó dueño del campo. Vana fue también la vida entregada por tantos hombres de Buenos Aires que cayeron tratando de cortar las filas de la confederación. También estéril fue el intento de Adolfo Alsina por pretender el asalto a las baterías federales; le imploró a Mitre permiso para emprender ese esfuerzo desesperado, que sin duda hubiera servido para inmolarse él con todo el batallón, pero el comandante en jefe con juicioso tino se lo denegó.

Alsina se expuso mucho más allá del deber, al punto que los mismos jefes enemigos divisaban su inconfundible figura batiéndose en medio de sus soldados, con temeridad que llamaba a la muerte. “Busqué a Adolfo después de la batalla entre los cadáveres -diría tiempo más tarde su amigo Ángel Plaza Montero, uno de los jefes del ejército urquicista- porque no concebía que pudiera estar vivo después de verlo durante la acción.”

El general Mitre, la misma noche de la derrota, mientras encolumnaba los restos de su ejército para replegarse a San Nicolás primero y a Buenos Aires después, elevó el parte

de batalla a las autoridades de la provincia. Recomendaba por su bizarría al coronel Conesa y a los comandantes de Guardias Nacionales Alsina, Rivero y Morales. La dignidad de Adolfo quedaba salvada, pero todavía no había sentido el puñal de la ingratitud como habría de padecerlo pocos días después, cuando el destino le jugara una pasada más dura todavía que la misma Cepeda.

Ocurrió que la suerte de la guerra había sido letal para Buenos Aires y el general Urquiza quedaba a la vista de la ciudad una vez más. De manera febril, los dirigentes porteños iniciaron negociaciones con vistas a evitar el ingreso de las tropas federales y a esos fines se mostraron dispuestos a no escatimar entregas con tal de salvar la ropa y, como después de la rebelión de Lagos, el chivo expiatorio sería el Gobernador. Otra vez Valentín Alsina.

Una comisión de la Cámara de Diputados de Buenos Aires se le apersonó exigiéndole que, “en nombre del patriotismo y de la causa, dejase el puesto de Gobernador para complacer a Urquiza, condición que éste ponía para hacer la paz”. El 8 de noviembre de 1859, por segunda vez, el doctor Valentín Alsina era obligado a renunciar para calmar al oponente.

Mientras a fines de 1859 en Buenos Aires cundía la decepción y la alarma por la presencia victoriosa de las fuerzas de Urquiza, y un importante sector que respondía a Valentín Alsina se sentía traicionado, la vida en nuestro país y en el mundo continuaba dando pasos que se correspondían con la movilidad eterna de los átomos.

En Alemania había nacido Rudolf Diesel, quien habría de inventar el motor que universalmente lleva su nombre, asociado de manera indisoluble al tipo de mecánica con que fue concebido y el combustible empleado. Como contrapartida autóctona, en Buenos Aires nacía Gabino Ezeiza, sinónimo del payador a la criolla. El gobierno confederal creaba ese año la mensajería oficial, imprimiéndose las primeras estampillas.

Se designó Administrador de Correos al escribano Gervasio Posadas, hombre solemne, a quien algunos pícaros solían provocar con inocente humor en rebuscados escritos llamándolo “escribano Gervasio Correos, Director General de Posadas”.

No todo eran bromas; apareció el episodio inicial de una peste que habría de horrorizar a la ciudad años después: la fiebre amarilla, que esa vez se cobró 400 vidas.

Es fácil imaginar el estado de ánimo de Adolfo al regresar de Cepeda, donde se había empleado a fondo, con esta nueva traición al padre. Había entregado todo por la provincia y sus propios amigos abandonaban a don Valentín para (supuestamente) calmar al vencedor. ¿Dónde quedaba la lealtad en cuyo nombre se emprenden acciones levantadas

y se establecen los vínculos perdurables de la política y hasta se juega la vida en una guerra?

Para colmo, la noticia se hacía circular de manera cambiada por medio de la prensa. Los diarios daban cuenta de la renuncia de don Valentín como si se tratara de una defección, un acto de cobardía, cometido por alguien que no se siente capaz de asumir las consecuencias de una derrota.

Un artículo sin firma, aparecido en “La Tribuna”, colmó el vaso. Temperamental, Adolfo atribuyó la especie a su amigo Mariano Varela, que solía ser redactor de ese diario y sin pensarlo dos veces le escribió con rencor: “... faltando a la verdad, que parecía ser tu divisa, dices que 'el doctor Alsina, apercibiéndose de que la opinión pública no le acompañaba ya con sus simpatías, había elevado su renuncia a la Asamblea’”. Y agregaba “como a ti mismo te consta, todo es falso”.

Pero Varela no había defecionado; no era el autor del artículo que motivara el enojo de Alsina y, al revés, pensaba igual que su amigo, lo que así le hizo saber en respuesta inmediata. Varela agregaba: “Por lo demás, los juicios sobre los sucesos de antes de ayer tú los conoces y porque creo que en estos momentos no debe haber desunión entre los defensores de Buenos Aires, es que dejo la parte que tenía en la redacción de La Tribuna”. Los actos de cada uno de los amigos quedó evidenciado en este episodio: la indignación de Adolfo, susceptible y furioso y la lealtad de Varela, capaz del renunciamiento silencioso para no asociarse a una mentira ni dividir las fuerzas de la provincia.

Era evidente que Adolfo estaba encrespado y dispuesto a pelearse con todos porque no se señalara la verdad: que su padre había renunciado porque quienes debían sostenerlo le soltaron la mano; al contrario, le pidieron la cabeza para servírsela a Urquiza. Como si fuera poco haber sacrificado al hombre para ceder a las exigencias del enemigo, también se pretendía presentarlo a los ojos del pueblo como un gobernante débil, que en forma espontánea se confesaba impotente para dominar el peligro y conjurar una situación difícil. El padre había resuelto sellar los labios para no crear fraccionamientos en el frente provincial, pero el hijo no se sentía obligado al mismo gesto y hablaba por lo que su padre callaba: “aunque algunos se complazcan en presentarlo como desertor del puesto en el momento del conflicto, él no alzaré la voz, temeroso de que ella produzca la menor división en nuestras filas”, decía Adolfo con rabia y amargura.

El alma de Adolfo Alsina bullía en medio de sentimientos opuestos que se enfrentaban con similar ardor: Adolfo Alsina político y Adolfo Alsina hijo tenían posiciones encontradas; aquel comprendía que la estrategia del partido porteñista exigía el silencio para no desmejorar más aún la posición de la provincia; éste sufría por el agravio al padre

y la impotencia de tener que rumiar en silencio el disgusto.

Si la relación con Mitre había sido tensa después de lo de Lagos, ahora el distanciamiento sería aún mayor. Casi podría decirse que a partir de Cepeda los caminos de ambos se separaron para siempre; la estrella de Mitre se encaminaba con decisión al apogeo y el destino comenzaba a mostrarle que lo tenía por un hijo predilecto.

En su tránsito a las alturas, el patricio no podía imaginar que ese mozo, dolorido y rencoroso, habría de encarnar a poco su cara opuesta y convertirse en el caudillo adorado por el pueblo, que le disputara con éxito el poder en la provincia y cuya fortaleza electoral hiciera sucumbir la mayoría de sus planes.

Por su condición de porteño habría de servir a las órdenes de Mitre con patriotismo y sería años después un leal soldado en Pavón; pero las aguas del Rubicón ya habían sido sobrepasadas y el cruce del río era definitivo.

Después de la renuncia forzada de don Valentín, muchos alsinistas mostraron un disgusto similar al de Adolfo; corría la voz de que, fiel al estilo que les valió el mote de pandilleros, numerosos soldados habrían de salir desde el campamento para recorrer la ciudad provocando disturbios y viviendo al ex gobernador. Si eso sucedía de nada hubiera valido el sacrificio de Valentín Alsina y su silencio obligado; las fuerzas de la provincia aparecerían divididas a los ojos del vencedor de Cepeda y el poder negociador habría de caer en picada. Es verdad que habría una reparación moral o al menos los autores obtendrían el goce sensual de la venganza, pero como ésta, tendría un efecto efímero, incapaz de reparar el agravio sufrido. Por más ruido que se hiciera no resultaba posible restituir a don Valentín en el cargo. Sin alcanzar los niveles morales de la sentencia de Tertuliano: “Si quieres ser feliz por un instante, véngate; si quieres ser feliz para siempre, perdona”, el bullicio de la revancha no era aconsejable.

Los responsables de la destitución de Alsina se inquietaron con los rumores que circulaban cada vez con más insistencia y le llevaron las cuitas a Mitre, que se alarmó. Sin embargo recordó de inmediato que todavía era el comandante en jefe de las fuerzas porteñas y que su mando estaba más firme que nunca a pesar de la derrota.

Lo mandó llamar a su subordinado Adolfo, que era quien comandaba el batallón sospechoso, y el hombre que se suponía detrás de la maniobra tumultuosa.

El batallón de Alsina acampaba en la quinta de del Pino y Mitre había situado su cuartel general en la Iglesia de la Piedad. Con buen ánimo, el cura párroco había cedido sus habitaciones para que se instalara en ellas el comandante y aunque la fe que practicaba era universal y por lo tanto aplicable a ambos bandos, el presbítero no podía escindir su

ministerio sagrado del corazoncito lugareño.

Hasta los aposentos parroquiales se trasladó Alsina, con la sola compañía del ordenanza que le había entregado la citación y de inmediato fue conducido a presencia de Mitre. El general comenzó la inquisitoria ante su subordinado reconociendo la felonía de la Legislatura.

-Comandante, lo he mandado llamar para decirle que he sabido que esta noche debe salir de su cuerpo una serenata o manifestación para protestar estruendosamente contra el acto indigno que han cometido ayer las Cámaras. Teniendo como tenemos un enemigo victorioso al frente, el patriotismo nos prescribe conservarnos unidos, con la vista fija en él y nada más -dijo Mitre.

Alsina contestó sin titubeos:

-Mi general; sé los deberes que tengo como jefe y los muy especiales que me impone el apellido que llevo. Creo como usted que la situación nos exige sacrificios de todo género. Por lo que hace a la manifestación que debe tener lugar, le garanto que no tomará parte de ella un solo soldado del batallón que mando.

La repuesta, emocionada pero firme del comandante Alsina conmovió a Mitre que respondió:

-Así les acabo de decir a mis amigos, los Elizalde, que me avergüenzo de llevar charreteras dadas por ellos y que la mancha de indigna cobardía que se han echado encima, sacrificando al miedo la ley y los principios, no se la borrarán jamás.

Alsina repetiría esta conversación un tiempo más tarde, cuando respondiera la carta que Bartolomé Mitre, presidente de la República y comandante en jefe de los ejércitos aliados en la Guerra del Paraguay, despachara desde el campamento de Tuyú Cué (el llamado testamento político de Mitre) para fulminar la candidatura a Presidente de don Adolfo y prohiar la de Elizalde:

-“¿Quién diría esa noche, señor Presidente, en que calificó de cobarde a Elizalde, que años después sería su Ministro de Relaciones Exteriores y lo presentaría a los ojos de la República como el candidato para sucederle en mejores condiciones morales...?” -dijo en aquella respuesta.

Las alternativas de este diálogo muestran a un Alsina encuadrado en la disciplina militar, que obedece pero no cree. Nunca dejó de considerar a Mitre responsable del sacrificio de su padre y en la respuesta a la famosa carta de Tuyú Cué lo sugiere.

Al menos cuando recuerda a Mitre con sorna “que tenía los ojos húmedos de la

emoción y las lágrimas”, insospechadas en un hombre cuyo temperamento “rara vez le permite la manifestación externa de los hondos sentimientos del alma”. Y acto seguido, remata la sospecha con una frase cargada de ironía: “quienes lo conozcan podrán juzgar hasta qué punto se hallaba Ud. poseído de indignación y de dolor”.

El 11 de noviembre de 1859, con la activa participación del dictador del Paraguay Francisco Solano López que actuó como mediador, se firmaba el armisticio entre Buenos Aires y la Confederación, que habría de conocerse con el nombre de Pacto de San José de Flores. La provincia se incorporaba a la Nación y conforme lo propuesto por el mismo Estado separatista, una convención ad-hoc que sería convocada de inmediato debería resolver sobre las reformas propuestas por Buenos Aires a la Constitución de 1853. (Es cierto que también conservó algunos privilegios que Urquiza no tuvo inconveniente en respetar; entre otros, la jurisdicción provincial sobre el Banco de la Provincia). Conforme a lo establecido en el Pacto, Adolfo Alsina fue elegido convencional.

Hasta ese momento se había destacado como periodista y en la guerra había dado muestras de un coraje que superaba al deber. Ahora tenía la ocasión de mostrarse como tribuno, no en la barricada ni en los mitines, donde campeaba su figura inconfundible, sino en la elaborada construcción de conceptos enjundiosos. El marco era propicio, porque los más distinguidos hombres públicos de Buenos Aires tenían una banca merecida y Alsina no desentonó.

Su intervención fue decisiva cuando se trató el artículo 6° de la Carta Magna, que confería facultades al Gobierno Nacional para intervenir en las Provincias a fin de garantizar la forma republicana de gobierno o cuando se tratase de invasiones.

Alsina aducía que la redacción original era ambigua, pues aludía en forma genérica a “invasiones”, sin especificar su procedencia (bien pudiera ser que una provincia invadiera otra), lo que podría resultar lesivo para el orden republicano. Esa interpretación prevaleció y la opinión de Alsina quedó plasmada en el texto definitivo de la Constitución, que refiere “... para garantir la forma republicana de gobierno, o repeler invasiones exteriores...”

Casi al finalizar las sesiones (era el 7 de mayo y la Convención concluyó el 11), tuvo oportunidad de mostrarle los dientes a Mitre.

Éste había sido elegido gobernador de Buenos Aires y llevó a Sarmiento y Elizalde como ministros. La reacción de Adolfo no se hizo esperar y propuso a la Asamblea que se cancelara el mandato pleno de los tres por razones fundamentales de moral política, permitiéndoles concurrir a las sesiones “con voz pero sin voto”, lo que equivalía a una destitución. Era solo una chicana provocadora, apenas el pinchazo del tábano que molesta pero no mata, ya que a la Convención solo le quedaban tres días para concluir. Además era

una moción que de antemano sabía destinada al fracaso, ya que Mitre disponía de un gran poder en base al cual y a su innegable prestigio había sido elegido gobernador y tanto Sarmiento como Elizalde gozaban de indiscutible mérito. Sin embargo la intención de Adolfo no tuvo matices: dejó sentado que habría de darle pelea en toda ocasión. La moción fue rechazada, pero la rivalidad, mantenida con discreción, no pudo disimularse más.

Mitre frunció el ceño; había sido elegido gobernador sin medias tintas, pero ese mozo, corpulento y barbudo, no le iba a dar tregua; de ahora en más debía tenerlo en cuenta sin desmerecimiento ni subestimación.

Como consecuencia de su intervención en la Convención Provincial, que fue ponderada, se lo eligió diputado para concurrir a la Convención Nacional, encargada, a su vez, de reexaminar las modificaciones que había sancionado la de la Provincia de Buenos Aires.

Cuando éstas fueron aceptadas correspondió enviar los representantes de la Provincia al Parlamento Nacional; Alsina fue electo diputado nacional por Buenos Aires al Congreso de Paraná. La verdad era que, como si se cumpliera un vaticinio inexorable, los jóvenes que prestaban servicios en la Guardia Nacional se veían coronados por el suceso político; desde Cepeda, en todas las elecciones legislativas que se llevaron a cabo fue elegido Adolfo Alsina.

En esta última también, pero nunca se incorporó, ni lo hicieron los demás diputados que con él fueron favorecidos por las elecciones de ese año: la Nación impugnó sus diplomas aduciendo que habían sido elegidos conforme a las leyes de la Provincia en lugar de hacerlo de acuerdo a las nacionales.

Otra vez el choque; otra vez el campo de batalla para dirimir las cuestiones entre la Confederación y Buenos Aires. Quedaba demostrado que San José de Flores fue apenas un hito en la eterna divergencia entre la Nación y la Provincia rebelde; solo había sido un armisticio, apenas un interregno, sujeto a la volatilidad que revisten los acuerdos pergeñados con la ingeniería de un tratado circunstancial.

Otra vez tendrían que enfrentarse ambas con las armas para decidir la unidad del país; el telón de la historia comenzaba a correrse para develar el rol que le cabría en la escena a Adolfo Alsina.

Capítulo V

Una vida apurada

Cuando la Nación rechazó los diputados de Buenos Aires, sobrevino el choque final: la batalla de Pavón, en 1861.

Mucho se ha escrito sobre el verdadero resultado de ese enfrentamiento, que para algunos tuvo un final inverso al aceptado por la historia y los hechos políticos que se sucedieron. Cualquiera fuere la inclinación del analista, el juicio que merezca la batalla es ajeno al desarrollo de los sucesos que aquí se relatan.

Cuenta, en cambio, lo que ocurriera con posterioridad a la conflagración, cuando ya Mitre fuera consagrado vencedor y el general Urquiza emprendiera el regreso a Entre Ríos.

Adolfo Alsina, un oficial joven y subalterno sintió después de la batalla que se le escatimaba toda participación en la victoria y más aún: se desdeñaba su mérito.

Si ser soldado de la Guardia Nacional era un blasón que nadie quería perder, no aparecer salpicado por la violencia del combate para el hombre era una mancha desdorosa que no quería aceptar por lo injusta. Y sin embargo, el informe oficial de la batalla lo excluía.

Como ocurre después de cualquier hecho de armas, el comandante debe enviar un parte a las autoridades a las cuales responde (aún cuando en Pavón Mitre fuera gobernador y al mismo tiempo comandante en jefe de la fuerza militar).

Así lo hizo y mencionó el mérito de los jefes que se habían desempeñado durante la batalla en los cuerpos activos del ejército de Buenos Aires. No lo nombró en consecuencia a Alsina, cuyo batallón había operado en la reserva, a pesar de los reiterados pedidos que el comandante le hiciera a Mitre para que le asignara funciones ofensivas.

Por supuesto, esta posición no implicó que el contingente a su mando se mantuviera

fuera del combate; no solo intervino en él sino que además desplegó una actividad intensa y temeraria, como era habitual en este hombre. Que el parte lo excluyera fue una afrenta no solo para Alsina jefe militar, sino también para Alsina hombre político, porque podía levantar la sospecha de que su intervención había sido tibia o su desempeño personal pobre o temeroso.

¿Omitirlo fue un gesto deliberado de Mitre? ¿Se trató de una decisión calculada, tendiente a erosionar el prestigio creciente de Alsina? ¿O solo fue un acto inocente, accidental, involuntario? No existe una respuesta documentada y por lo tanto el juicio queda librado a la interpretación de cada exegeta. La lógica sugiere que si Mitre ya estaba en la cima de la gloria era difícil que bajara sus ojos para detenerse en un subordinado lejano pensando limitar su futuro. Pero por otra parte, siempre fue un político nato, que por instinto sabía ver debajo del agua y anticipar las eventualidades, adivinar las reacciones del público y prever el porvenir y la oposición de Adolfo en la Convención debía haberle picado.

Para el caso no deben importar tanto la intención o el pensamiento íntimo como las consecuencias objetivas y el efecto que la decisión produjo en el interesado.

Como era de imaginar conociendo al personaje, Adolfo no consintió el menosprecio y con una nota concebida en términos respetuosos pero duros, pidió a Mitre el pase a retiro.

Como se sentía en poder de la verdad, no vaciló en recordar con precisión todo lo ocurrido en la batalla y en consecuencia, a la nota no le faltó el recuerdo pormenorizado de todas las alternativas. Era la carta de un subordinado al superior, concebida en los estrictos términos que dicta la disciplina castrense, pero era a su vez la esquila de un político de ley, que sabe que en algún momento el texto puede adquirir el peso que se les atribuye a los documentos de prueba. “Los hombres que toman las armas sin más móvil que las convicciones, que no son atraídos por las recompensas militares... para los que no es castigo sino premio verse colocado donde la muerte diezma, el fuego es más vivo, donde hay posibilidad, Señor, de tomar a la bayoneta cañones y banderas”, decía con sincero ardor.

La extensa presentación remataba con fuerza: “... no puedo ni debo continuar haciendo parte de un ejército ante el cual aparezco cubierto de ignominia y para poder regresar a Buenos Aires con la cabeza erguida, solo me queda el recurso de pedir a VE me sea acordada la separación absoluta del ejército de la Provincia...”

Mitre rechazó la petición escribiendo la resolución que así lo disponía al pie del mismo documento. Revisado el texto con objetividad un siglo y medio después se percibe una sutil intención de Mitre de “ningunear” (para usar un término político de actualidad)

al subordinado y desestimar el reclamo reconociendo méritos al ofendido, pero colocándolo en la misma bolsa que a los demás, con lo cual la individualidad de Alsina se minimizaba.

La jugada de Mitre fue impecable, como correspondía a un hombre de su envergadura; no impuso el rigor de los galones retándolo, con lo cual hubiera demostrado mezquindad, pero tampoco se entretuvo demasiado con el subordinado herido. Sin descender de las alturas -de hecho en el intercambio de cartas se advierte que se dirige a Alsina desde los picos andinos- trata de conciliar y hasta puede apreciarse un gesto componedor, pero siempre situándolo en pie de igualdad con otros, como una forma de neutralizar la arrogancia del subalterno y -porqué no- achatar sus pretensiones políticas.

Como Alsina insistiera con una breve nota en el pedido de retiro, lo convocó en forma personal a su presencia para darle explicaciones y zanjar el episodio. La verdad es que tampoco Mitre deseaba quedar ante la opinión del público como un jefe cargado de envidia o un hombre rencoroso, que menospreciaba la actuación de un oficial suyo para esmerilar su figura y quitarle posibilidades de confrontación.

Sabía que se trataba de una persona con notable futuro, que no estaba situado entre sus partidarios y sobre todo que la ciudadanía tampoco lo veía como mitrista. Por otra parte Alsina era hombre de reconocido valor y suponer que el pueblo pudiera pensar que era un cobarde (como Adolfo argumentaba) hubiera significado obrar muy a la ligera; si lo dejaba ir así nomás, sin empeñarse en retenerlo, es probable que el tiro le saliera, como suele decirse, por la culata.

No obstante, y a pesar de los términos cordiales con que se expresara en forma verbal, el comandante en jefe no quiso dejar sin documentar la respuesta y le rechazó por segunda vez la solicitud con una extensa carta personal, concebida en cuidadosos términos políticos. En rigor de verdad, también Mitre escribía pensando en el futuro.

Había llegado ese momento especial de la vida, en que todo se alinea a favor de una persona y de su estrella: vencedor en Pavón, la nación se inclinaba y le encomendaba la presidencia. A su llegada a Buenos Aires, una nube de moscardones se le había echado encima para festejarlo y la adulación había soltado las cintas de largada.

Los enemigos (y aquellos que habían perdido la oportunidad de allanársele antes), empezaban a husmear una brisa impregnada de olor ferino. Era la hora de Mitre.

Lo cierto es que con las explicaciones verbales (que deben haber sido más confidenciales y amistosas que las escritas) y el segundo rechazo, el tema no dio para más. Ahora sí, si el que insistiera en el retiro hubiera sido Alsina, su posición habría sido

antipática por lo exagerada.

En el intercambio de notas se habían enfrentado dos políticos de vuelo: uno pichón y el otro maduro y cada cual sabía donde podía apretarle el zapato a él mismo y al otro y cuándo era el momento de parar. Adolfo se dio por satisfecho con la respuesta y la cuestión quedó agotada.

Como si pudieran emplearse las mismas palabras de Urquiza (valga la ironía), en el caso no hubo "ni vencedores ni vencidos". El camino quedó preparado para que se corriera el telón del futuro y Alsina y Mitre iniciaran el recorrido que los condujera al cumplimiento de sus respectivos destinos.

La batalla de Pavón selló la unidad nacional, la reorganización del país bajo la preeminencia de Buenos Aires y el ascenso de Mitre; también provocó, apenas un par de años después, consecuencias cismáticas en la Provincia victoriosa.

De hecho, el general vencedor en Pavón quedó a cargo de la gestión nacional, porque todas las provincias delegaron en su persona el ejercicio de las facultades inherentes al Poder Ejecutivo Nacional. Se convirtió de ese modo Mitre en el primer presidente de facto de la República Argentina, hasta que un tiempo después fuera elegido de acuerdo al procedimiento previsto en la Constitución, instalándose como el primer presidente del país reorganizado.

Como no podía ser de otro modo, Buenos Aires lo autorizó -queda dicho que Mitre era gobernador en ejercicio, además de comandante de su ejército- por medio de una expresa decisión de la Legislatura. En función de ello, con carácter prioritario, debía instalarse el Congreso Nacional, para lo cual se hacía necesario que Buenos Aires enviara sus representantes, dado que hasta ese momento la Confederación funcionaba separada de ella. Se llamó a elecciones para cubrir esos mandatos y Adolfo Alsina fue elegido diputado nacional, incorporándose en la sesión del 4 de mayo de 1862. Tenía 33 años de edad.

La diferente concepción acerca del papel que debía desempeñar la Provincia hizo que el partido liberal, la fuerza que aglutinara los emigrados más eminentes, se dividiera y se formaran dos nuevas corrientes. Recibieron el nombre de autonomistas y nacionalistas es decir alsinistas y mitristas. O, como tal vez mejor los definiera la opinión pública y el periodismo antes de las elecciones de 1864, crudos y cocidos, denominación que tuvo origen en el diario La Nación Argentina, que consideró "crudos", por insuficiente conocimiento de las necesidades de gobierno a los autonomistas.

La réplica no se hizo esperar en La Tribuna, que recogió el guante y usó el antónimo

para bautizar a sus adversarios: “cocidos”.

Ese año en Buenos Aires, que ya comenzaba a sentir los efectos de la inmigración, se fundó la Sociedad Suiza y abrió sus puertas el Hospital Italiano, en su primitivo emplazamiento de Caseros y Bolívar. En los Estados Unidos ocurrió uno de los acontecimientos más trascendentes de su vida institucional: el Presidente Lincoln declaró abolida la esclavitud, paso inicial para garantizar la igualdad de los hombres, pero argumento suficiente como para que se desatara la famosa guerra civil entre el Norte y el Sur. Ese mismo año nacieron cuatro celebridades: Henry Ford, Emilio Salgari y Gabriel D'Annunzio en el exterior y en La Rioja uno de los intelectuales más notables de la Argentina, que estuvo inmerso en las vicisitudes políticas de su tiempo: Joaquín V. González. Sarmiento asumió la gobernación de San Juan. Con el ataque paraguayo a Corrientes se inició la cruenta “Guerra de la Triple Alianza” contra el Paraguay, conflagración que cegara tantas vidas.

En medio de esta excitación generalizada debería juzgarse el paso de Alsina por el Congreso: en el recinto nacional demostró ser, pese a la tentación arrebataadora del momento, un orador medido, estudioso de las materias que debía enfrentar y profundo en el análisis de los temas a los que se encontraban sometidas las cuestiones que iban a tratarse, sin traicionar por eso su temperamento desbordante.

Pero aunque intervino en varios debates, pronunció pocos discursos; no fue un parlamentario con dotes simultáneas de orador y estadista, como sería después un Pellegrini, ni un retórico elocuente y predicador, como habría de ser reconocido más tarde Aristóbulo Del Valle, ambos discípulos y partidarios suyos.

No obstante tuvo intervenciones lucidas y demostró siempre que antes había estudiado con rigor el tema sobre el cual opinaba. Una pieza especial de ilustración y oratoria la propició la elección del diputado Camelino, elegido por la provincia de Corrientes.

Camelino había sido votado cuando solo contaba con veintiún meses de residencia en Corrientes, mientras la Constitución Nacional, entre otras condiciones, exigía dos años. La Cámara insistía en sostener su diploma y Marcelino Ugarte -nada menos- había asumido la tarea de defenderlo en el recinto. Alsina habló en tono reposado, pero se opuso con tenacidad al ingreso del diputado electo, apoyado en la claridad del texto del artículo 40 de la Carta Fundamental. “Si se permitiera que sin residencia suficiente alguien representara a cierta provincia, a partir de allí se desnaturalizaría el sentido federal de la Constitución y cualquiera podría ser representante de un Estado aunque su domicilio fuere otro” dijo sin vacilar.

Al final el tema se dilucidó sin mengua para ninguna de las posiciones; la tesis de Alsina no fue rechazada, pero Camelino demostró que había notificado su residencia en Corrientes al Jefe de Policía con más de 24 meses de anticipación y que debió regresar a Buenos Aires para mudar a toda su familia, tarea que le demandó algunos meses (el procedimiento de avisar a la Jefatura cuando se fijaba domicilio era válido, en un tiempo en que no existían los registros, anotados en un documento de identidad nacional). Si se contaba su fecha de residencia a partir de la notificación que había cursado a la Policía, el plazo estaba cumplido: más de dos años, con lo cual el texto de la Constitución quedaba respetado, el razonamiento de Alsina a resguardo y el diploma de Camelino aceptado.

Ya se había establecido una relación estrecha entre el público y Alsina, precursora del romance que lo convirtió en caudillo. Como ocurría siempre que exponía, la barra seguía su disertación con gesto absorto; Alsina concluyó con palabras que también serían proféticas: “No se si profesando estas ideas llegaré a colocarme para algunos en el terreno del ridículo. Si tal sucede, no por eso dejaré de estar tranquilo, porque tengo la conciencia de que estoy en el terreno de la Constitución. Cuando creo estar en él, arrostro sin inquietarme hasta el ridículo”. El público ovacionó al orador.

En tiempos como los actuales, en los que resulta frecuente conocer que legisladores pertenecientes a bloques opuestos suelen negociar sin rubores posiciones encontradas, sobrevolando entonces la impresión de existir un *quid pro quod*, parece de ciencia ficción que los diputados de entonces cumplieran a rajatabla con la misión que le encomendaran sus votantes. El oficialista era leal, y nada haría cambiar la consecuencia de su conducta; el opositor lo era sin treguas ni especulaciones, cualquiera fuera la suerte de su posición y la adversidad que lo azotara. El cambio de bandera era algo imposible, porque la sanción moral que entonces se abatía sobre el tráfuga era lapidaria.

Era difícil que la tentación hiciera nido en una banca y un legislador se atreviera a dar un salto de felino para cambiar de bandera; la veleidad de las conductas ligeras era algo repugnante. Alsina era opositor; no empecinado o arbitrario, pero cuando el gobierno nacional impulsaba una medida, sabía de antemano que ella debía pasar el filtro de los diputados adversarios y que el futuro caudillo autonomista resistiría a pie firme la embestida.

Algo así pasó cuando Elizalde -era Ministro de Relaciones Exteriores- acordó someter al arbitraje de un tercer país un reclamo indemnizatorio que Gran Bretaña planteaba para que se compensara a súbditos suyos que no habían podido desembarcar sus mercaderías en Buenos Aires porque el navío inglés había tocado el puerto de Montevideo durante el gobierno de Rosas.

El ministro ya había firmado el protocolo con el embajador inglés y daba por descontado que la decisión sería aceptada sin obstáculos por el Congreso. Alsina lo analizó con minuciosa erudición, pero después recurrió a la ironía primero y a la admonición después.

Al principio fue irónico: “el Ministro y el miembro informante tienen confianza en que la proposición será sometida a un gobierno amigo, cuyo laudo nos sería favorable. Pero es de suponer que el negociador inglés, si propuso el arbitraje, es porque también él tiene confianza en el resultado del juicio arbitral; de otro modo no habría sido tan cándido para proponerlo. De manera que la prudencia, por lo menos, nos aconseja ponernos en la posición contraria”.

Fue también recriminatorio después: “El Ministro tendrá sus compromisos con el embajador inglés, pero nosotros los tenemos con algo que vale más que el embajador inglés: la Constitución de la República”.

Las interpelaciones a Elizalde se prolongaron durante diversas sesiones; parecía un anuncio anticipado de la rivalidad que enfrentaría a ambos políticos en 1868, cuando se tratara la sucesión presidencial de Mitre. Pero en realidad era éste y no Elizalde el verdadero blanco de los dardos de Adolfo, que no perdía oportunidad seria para hostigarlo.

Así pasó, por ejemplo, cuando Mitre se ausentó a Ranchos, invitado a presenciar una cuadrera entre dos caballos cuyos propietarios venían protagonizando un épico desafío. O cuando el Presidente se trasladó a Rosario con los Ministros del Ejecutivo para cortar la cinta inaugural del ferrocarril que corría hasta Córdoba.

Proponía con determinación Alsina que el Congreso censurara a Mitre por incumplimiento de la Constitución Nacional.

-¿No establecía ésta que para ausentarse de la Capital debía obtener el consentimiento del Congreso? ¿Y qué cambiaba si era para ver arrancar una locomotora o largar un par de pingos?

Muchas veces Adolfo se batía solo contra la Cámara y sin achicarse jamás, como era de esperar a juzgar por su fama. Las interrupciones no lo ofuscaban ni lo atemorizaban; al contrario, retornaba con más energía. En el caso de la reprobación a Mitre, por ejemplo, un diputado por Córdoba con un noble propósito pacificador intentó terminar con el tema por un atajo peligroso: “la cosa era tan ínfima -dijo con inocencia- que no merecía ni los honores de la discusión”.

Fue como si echara nafta para apagar el fuego.

-¡Se promueve la cuestión de si la Constitución ha sido infringida u olvidada y no se le quiere acordar ni los honores de la discusión! ¡Qué respeto a los principios!, contestó Adolfo a los gritos.

El pobre diputado tragó saliva y maldijo el momento en que se le ocurrió obrar como samaritano, pero las palabras ya estaban dichas y Alsina no permitió que se evaporaran. Sabía que al final la Cámara no habría de hacer lugar a su planteo, pero mientras tanto dejaba constancia de su respeto irrestricto a la Constitución y le hacía saber a Mitre que mientras él fuera diputado las cosas no pasarían con facilidad por el Parlamento.

Como era tarea ímproba hacerlo callar o conformarlo a la ligera, algunos diputados optaron por discutir el fondo de la cuestión. Sostuvieron que si la Cámara quisiera condenar un acto del Presidente debería efectuar su acusación formal, es decir, intentar el juicio político. Sabían que el tema no daba para un enfoque de esa envergadura y pretendieron acorralar a Alsina proponiendo debatir una moción exagerada, cuya sola proposición le quitaría seriedad al impulsor.

Pero Alsina no puso el cuello en el lazo y rechazó la tesis con energía “¿acaso no pueden existir conductas que merezcan críticas sin que configuren una acusación como cabeza de un juicio político?”, rebatió con furia El derecho de aprobar los actos del Poder Ejecutivo conlleva el de desaprobarnos, sostuvo en tono sentencioso.

Cuando se advirtió que la jugada del juicio político no prosperaba, los partidarios del Presidente comenzaron a explorar otros caminos. Ahora era un diputado por Corrientes el que ensayaba un argumento para destruir la tesis inconcusa que acababa de sostener Adolfo: “...lo que dice el señor diputado [por Alsina] se parece a este principio: 'el que tiene derecho de regalar a otro 100 pesos tiene el derecho de quitar a otro 100 pesos'...”

Pero ya el caudillo en ciernes se había plantado con firmeza frente a todos los diputados y destruyó casi con burla el ataque, porque “lamenta que el diputado por Corrientes cuya inteligencia clara reconoce” haya tenido que recurrir a argumentos ridículos y absurdos para combatir la minuta de censura que había propiciado.

Sin perjuicio de que estas intervenciones fueron muy destacadas, donde su vuelo fue notable y quedó proyectado con carácter definitivo el papel de jefe de partido, fue al tratarse la cuestión Capital de la República. Esa fue la ocasión en que su discurso y su actuación fueron memorables y pronunció la disertación más importante de su vida. El tema se desarrolló como se señala a continuación.

De acuerdo a lo que prescribía el artículo 3° de la Constitución Nacional, que había reformado la Provincia en fecha reciente, debía designarse la Capital de la Nación

Argentina. Los diputados que respondían al general Mitre prepararon un proyecto de ley por el cual se federalizaba toda la provincia, no solo la Ciudad de Buenos Aires. Era evidente que los diputados que habían elaborado este proyecto de ley cumplían las directivas de Mitre, y propiciaban una norma a su medida.

En voz baja, como si se tratara de una verdad que no podría sostenerse en una controversia que requiriera pruebas materiales, los adversarios del general daban otra explicación al proyecto: Mitre se había encontrado -decían- con que desde que estaba al frente del gobierno nacional tenía en sus manos la primera magistratura del país, pero en la realidad disponía de menos medios de los que manejara como Gobernador de Buenos Aires.

El presupuesto de ésta era de recursos mejores y más abundantes y el ejército estaba mejor equipado, con armamento más moderno y, partiendo de la disciplina monolítica de que gozaba, era más compacto. ¿Qué había ganado con el ascenso?

Por supuesto la presidencia de la República, que no era poco y en la carrera de los honores equivalía a alcanzar la cúspide. Pero la realidad era mucho más flaca que los pergaminos alcanzados y la anemia hacía sentir nostalgia por esa provincia suculenta sobre la cual el cuerno de la abundancia derramaba en forma permanente sus primicias sin limitaciones. Buenos Aires era como el pariente rico: Proserpina desparramaba bendiciones en forma de beneficios portuarios y Ceres mostraba su generosidad inmensa por medio de cosechas y ganados.

'No, la Presidencia del país no debía impedirle disfrutar del poderío de la Provincia cuya gobernación dejaba y que le respondía con fidelidad y admiración, teniéndolo por uno de sus hijos predilectos. Por otra parte, ¿para qué desesperar si la solución estaba al alcance de la mano? ¡Había que federalizar toda la provincia!

Manejándola como jefe natural, con la transferencia legal de todos los poderes delegados, nadie podría escandalizarse porque en sus manos se concentraran los atributos nacionales y los de la provincia próspera. ¡Ésa era la solución!', sostenían quienes decían adivinar el pensamiento de Mitre.

Por otra parte -agregaban- no era cosa tampoco de regalar nada a nadie y dejarle a un futuro sucesor presidencial esta panacea: la federalización debía hacer se por un plazo determinado; no demasiado largo; solo cinco años, hasta que culminara su función como presidente de la Nación.

Al expirar su mandato presidencial bastaba con que Mitre se hiciera elegir de nuevo gobernador, lo que no era difícil teniendo sin cortapisas las riendas de la provincia

federalizada, administrada por un procónsul suyo y siendo como era el hijo predilecto. “¡Ya vería el futuro presidente!” “¡Tendría que recalar en Buenos Aires para poder ejercer el mandato sin tropiezos!”

Hasta era previsible que viniera con la mano extendida y la palma hacia arriba, como suelen hacer lo buenos mendigos que imploran en la puerta de las Iglesias.

Por de pronto tendría que compartir su gestión con el Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, cargo que sin dudas él ocuparía, porque además de las razones dadas había conducido el ejército a la victoria en Pavón, restituido el orgullo a la ciudad humillada en Cepeda y por si fuera poco, transformado a la Provincia en el árbitro del país. ¡Y que ni soñara el futuro Presidente con intervenir Buenos Aires! Ahí estarían los diputados suyos, formando escuadra para impedir el atropello'.

De inmediato, los legisladores que le eran afectos y que constituían una amplia masa elaboraron el proyecto que se sometió a consideración de la Cámara.

La mayoría estaba asegurada; con los mitristas de Buenos Aires y los provincianos que se sumaban, unos porque intuían con sagacidad hacia dónde iba la corriente y otros por el simple hecho de ver sometida a Buenos Aires. Con esa nube de legisladores alcanzaba para hacer triunfar el proyecto. El 20 de agosto de ese año 1862, la moción fue aprobada por una mayoría considerable.

Alsina pronunció, al tratarse el tema, un discurso memorable por lo sustancioso y vibrante; el mejor que se recuerda de él, que conmovió a la barra, inflamó el orgullo de los veteranos de Cepeda y Pavón, sacudió a la antigua juventud dorada y lo catapultó como jefe indiscutido del partido opositor a Mitre.

¿Cuál fue el eje del discurso de Alsina? Tuvo un núcleo contundente: interpretó que la federalización de toda la Provincia, tal como proponía el proyecto, hería de muerte la Constitución recién jurada, pues vulneraba el principio de las autonomías provinciales, base y esencia del régimen republicano-federal que ella consagraba.

Demostró además una sólida versación jurídica cuando recurrió al derecho comparado y trajo al debate en apoyo de su posición la legislación norteamericana: "si nuestra Constitución se había inspirado en la del Norte, era lógico que su doctrina abonara también el uso que se hiciera en estas tierras de la Carta Magna".

Alsina había encontrado que en el artículo de la Constitución de los Estados Unidos donde se aludía al distrito que habría de ser asiento de las autoridades nacionales se prescribía la cesión para ese fin de hasta diez millas cuadradas.

¡Diez millas cuadradas! ¡De dónde sacaban los autores del proyecto la cesión de toda una provincia! Era obvio que en esa limitación norteamericana debía verse la prohibición tácita y expresa de la federalización de todo un Estado. ¡Qué invento era ése de nacionalizar toda una Provincia!

Pero el caudillo siguió machacando. No sólo recordó las glorias pasadas de Buenos Aires, con lo que conmovió la sensibilidad emocional del auditorio; hurgó en el artículo 104 de la Constitución argentina recordando que las Provincias conservaban todo el poder que no habían delegado de manera explícita en el Estado Nacional. Y a ello sumó el contenido del artículo 33, cuya letra aclaraba que la enumeración de ciertos derechos y garantías no debía interpretarse como la negación de otros derechos y garantías que pudieran no estar enumerados en la Carta Fundamental, pero emanaban del principio de soberanía del pueblo.

Adolfo hizo una pausa y con ojos inflamados miró en forma ardiente a la barra. Sin dejar de mirarla, casi le gritó: “¡El proyecto no sólo usurpa la autonomía provincial; también avasalla los derechos de la ciudadanía!”

El público que contenía el aliento estalló en una ovación cuando el orador cerró la pausa con la contundencia de esa frase. Ahora la que gritaba era la multitud: “¡ése es el hombre!” El “ecce homo” del Evangelio se había corporizado en la política doméstica y la muchedumbre encontraba un conductor. La voz de trueno, el desplante insolente, la barba cargada de indolencia, eran la postal de un caudillo.

Parafraseando la expresión que con generosa rúbrica volcaría años después Avellaneda “el hombre y la tarea” se habían encontrado.

Más aún; el hombre y el pueblo de la provincia se habían juntado de una manera que no conocía antecedentes: Rosas basó su arrastre en la demagogia y el terror; Mitre se apoyó en los salones, en el ejército y en las mentalidades de pro.

Sólo Alsina conseguía encolumnar los elementos heterogéneos que componen una sociedad detrás de una causa y siguiendo al hombre como consecuencia, no como inicio.

Continuaba el orador sosteniendo argumentos difíciles de refutar; decía por ejemplo que además, las provincias argentinas constituían categorías históricas que habían sido enriquecidas por el paso del tiempo al hacerlas protagonistas de sucesos que conformaron el devenir de la Nación Argentina ¿era lícito sacrificarlas, borrando su existencia? La barra volvía a delirar.

Es verdad que la letra de la Constitución no lo prohibía, como señalaban sus impulsores; “¡pero el espíritu sí y de manera incontrovertible!” clamaba Alsina con voz que

sonaba como un cañonazo.

Sostenía que no podía decretarse la extinción del gobierno de una provincia porque si lo hacía, el Congreso se arrogaba facultades que no tenía y usurpaba los legítimos poderes del pueblo. ¡Ningún Estado provincial podía ser forzado a renunciar a su autonomía y entregarla a las autoridades nacionales, como pretendía el proyecto! El público no paraba de aplaudir y ovacionarlo; los diputados que constituían la mayoría estaban en silencio; el proyecto podría triunfar en la Cámara por la prepotencia del número, pero el pueblo no lo acompañaba. No al menos esa parte del pueblo “vocinglero y tumultuoso”, como pensaban los partidarios de Mitre para conformarse con la adjetivación peyorativa.

En realidad, Adolfo Alsina se apoyaba en la teoría de Hamilton y el ilustre constitucionalista norteamericano, cercano colaborador de Washington, le arrimaba en abundancia letra para el discurso. “Los Estados Provinciales son absolutamente necesarios al sistema y su existencia forma un principio cardinal...” “...no puede estar nunca en el interés o deseo de la Legislatura Nacional la destrucción de los gobiernos de los Estados...” “... la destrucción de los Estados producirá súbitamente un suicidio político”, decía en distintos párrafos el autor de “El Federalista”. Y en especial decía Hamilton algo que servía para hacer coronar el discurso de Alsina: “...jamás los Estados podrán perder sus poderes sin que antes se hayan arrebatado las libertades todas del pueblo americano. Ambos tienen que marchar juntos: deben sostenerse o sucumbir bajo un destino común”.

Al orador tampoco le faltaron argumentos que eran propios de su carácter campechano y arrollador. Decía Adolfo, entre otras cosas, que él había escuchado durante mucho tiempo argumentos que sostenían la existencia de crímenes, atribuidos al gobierno nacional, a raíz de la atmósfera que se respiraba en Paraná (donde había funcionado la Capital mientras estuvo vigente la Confederación), “como si los delitos no fueran obra de los hombres y en cambio provinieran de aquella ciudad, envenenada por la respiración del aire que producen las emanaciones de la tierra”, y redondeaba la afirmación con gesto rotundo. La multitud aplaudía y reía.

Diputado y barra se iban consustanciando en forma recíproca, como si las ovaciones de ésta alimentaran la palabra de aquel, que dejaba por momentos a los constitucionalistas norteamericanos y se refugiaba en las figuras más directas y caras a la sensibilidad del público, como correspondía al estilo de un gran caudillo: “Decían algunos que era preciso que los diputados vinieran [de Paraná] a Buenos Aires, para cepillarse con el roce de los porteños”, expresaba con burlona ironía entre las carcajadas de la barra.

Con hábil plasticidad pasaba de una cita de doctrina extranjera o el empleo de una

frase en latín a una referencia popular y doméstica: “otros en el Senado -recordaba murmuraban que era preciso que el Gobierno se estableciera en Buenos Aires para evitar que los Ministros del Gobierno Nacional salieran a la calle en mangas de camisa y en chancletas a tomar mate como ellos mismos lo habían presenciado”. La hilaridad rebalsaba en el público.

Después retomaba el hilo con directa brutalidad: “Buenos Aires rechaza la federalización porque comprende el significado de la palabra y porque el suicidio no tiene ni antecedentes ni ejemplos en la vida de los pueblos”.

Por último, Alsina acometía con arrebato para enfrentar el más sutil de los argumentos lanzados por los partidarios de la federalización: el artículo 13 de la Constitución Nacional. El joven caudillo sostenía que esa norma prescribía que no se pudiera erigir una provincia en el territorio de otra ni de varias formarse una sola, sin el consentimiento de las Legislaturas de las provincias interesadas. Pero -exclamaba- en todos los casos, el asentimiento de las provincias debía ser previo, porque si el Congreso se expidiera en forma anticipada estaría prejuzgando sobre la voluntad de aquellas y el poder nacional acometiendo y violando la soberanía de los Estados.

Además agregaba otra razón lapidaria: aún en la hipótesis de que las provincias involucradas confirieran su consentimiento (y aún sosteniendo que no fuera obligatorio que el mismo se expresara con anterioridad a la decisión del Congreso) esa previsión era aplicable para la formación de una nueva provincia, o la ampliación de una existente: nunca para ser transferida su jurisdicción al gobierno nacional.

En cierto sentido y más allá de la justicia de la causa que defendía, no faltaba razón constitucional a Alsina. De acuerdo a lo prescripto en el artículo 13, la iniciativa de cesión de un territorio para ser agregado a otro debía partir de las Legislaturas provinciales; el Congreso tenía que dar su consentimiento con posterioridad. En cambio, el artículo 3 confería (y confiere) la iniciativa al Congreso y el asentimiento a las Legislaturas, lo cual resultaba ser contradictorio. El orador sostenía que esa circunstancia invalidaba el amparo del artículo 13 invocado por los sostenedores de la federalización.

Pero a esta altura de su exposición, el público, en el que predominaba de manera inmensa el elemento afín a Alsina, estaba arrobado y poco dispuesto al rigor del análisis jurídico. El orador remató la arenga con una apelación a los sentimientos de la barra que colmaba las bandejas del viejo Congreso, usando palabras que hoy parecen rescatadas de una novela rosa: “Si me fuera dado optar entre la unión de Buenos Aires a otras provincias y la federalización, lo declaro con franqueza, optaría por lo primero porque deja algo a Buenos Aires, mientras que la federalización todo le quita, todo le arrebata. Sobre todo yo

prefiero para Buenos Aires la paternidad amorosa del padre natural aunque pobre, a la tutela legal de un tutor, tal vez cruel e interesado”.

Pero la suerte estaba echada y el Congreso de antemano sabía cual habría de ser el resultado: ganaría el proyecto de federalización. Pero una mayoría impopular suele provocar el sabor del acto autoritario; se parece mucho al ejercicio prepotente de la fuerza, que se vale de si misma y no de la persuasión y el convencimiento.

Conseguir que una mayoría de legisladores impusiera su superioridad en los cómputos, pero cayera abucheada en el recinto y abrumada por el griterío de los palcos, podía significar una verdadera ruptura entre el mitrismo y el pueblo.

Usar el poder del número en forma avasalladora equivalía a un abuso.

No obstante la victoria “a lo Pirro”, que había logrado el gobierno en el Congreso, al intento todavía le faltaba saltar otro obstáculo para que la federalización tomara forma definitiva: aún debía ser sancionada la aceptación por la Provincia, tarea que competía a la Legislatura de Buenos Aires, cuyos representantes esperaban el envío afilando el cuchillo.

Para cuando llegó la nota del Congreso Nacional, los ánimos estaban caldeados en la Provincia; ya se hablaba otra vez de usurpación de los derechos genuinos de Buenos Aires y otra vez el sentimiento localista se sentía tocado en su orgullo.

Poco importaba que en esta ocasión el amo de la Nación fuera un hombre de Buenos Aires; igual la palabra “despojo” comenzó a fluir por todos los labios y con ese ambiente Alsina encabezó el movimiento político que lo tuvo por abanderado y se propuso defender a ultranza la autonomía provincial.

Como se sabe, la fuerza política a cuya sombra se generó el movimiento de resistencia al intento federal tomó su nombre de la bandera que enarbolaba: se llamó Partido Autonomista. Fue conocido por todos como el partido de Alsina; la expresión más genuina y la síntesis entre el puerto y el campo; el sentimiento porteño y el colorido de la campaña; de los hombres del suburbio y los estancieros; del compadre de a pie y del hombre de a caballo; de estudiantes y bolicheros; de militares y paisanos; de viejos rosistas y antiguos unitarios, de intelectuales y patrones de garitos, de la aristocracia y la burguesía, de la burocracia y el comercio.

Era el clamor de todos los sectores que formaban una provincia; del “populismo oligárquico” como diría en el siglo siguiente una tendenciosa literatura superficial y culturosa, tan resentida como pseudo intelectual. Fue en cambio el grito que recogió con profunda simpleza rítmica mucho después, la cifra de un poeta popular: suma de “linaje y multitud”, como diría García Jiménez en el famoso tango que estrenara Gardel.

A pesar de que el partido tomó el nombre de la causa que defendía, siempre fue muy difícil escindir la agrupación política de la figura del hombre, efigie carismática, como fue Alsina. En coincidencia con lo que se ha dicho, señalaba Emilio J. Hardoy que “Alsina fue un caudillo popular, adorado por los orilleros y compadritos de la ciudad y por los gauchos de las dilatadas campañas. Representó todo lo contrario de un señorón o un afrancesado rivadaviano, de un doctrinario o de un ideólogo.

Su oratoria era simple y directa y comunicaba su fuerza y energía a las muchedumbres que arrebatava con su apostura gigantesca y su voz de trueno”.

Como un solo hombre, la Legislatura de Buenos Aires repudió el proyecto e hizo retroceder el intento hasta revertir en forma categórica los sueños mitristas.

Félix Frías en el Senado fue el vocero reflexivo y seguro de la prédica alsinista y -casi como un anticipo del destino- Carlos Tejedor el encargado de aniquilarlo en la Cámara de Diputados. Tejedor ya alcanzaba por esa época la dimensión de jurista implacable, de hombre severo, expositor de convicciones irreductibles. Su discurso fue una exposición maciza, sin agujeros, que no solo rechazó la federalización sino que convirtió sin piedad en huéspedes de la ciudad a las autoridades nacionales.

El mitrismo había jugado con fuego: ahora no solo se rechazaba la absorción del territorio de Buenos Aires sino que se le daba al gobierno nacional un permiso provisorio para estacionarse en la ciudad, pero muy sujeto a restricciones y reservas.

Tejedor, cuyas facciones solo lograban ablandarse con la melodía de las buenas óperas que se representaban en la ciudad, había endurecido el gesto más que nunca al desarrollar en forma metódica la batería jurídica en que apoyó su discurso.

El 24 de septiembre, día del aniversario de la batalla de Tucumán, Tejedor recalaba que Buenos Aires ni siquiera sería una capital provisoria. “Capital -decía- importa jurisdicción sin limitación alguna” y en las bases del permiso -la ley de compromiso se habían establecido muchas reservas, reconociéndole solo el carácter de una jurisdicción restringida. La Nación sólo era “huésped” de la Provincia en la Ciudad de Buenos Aires; ocuparía sólo las oficinas y despachos que aquella le prestara.

Ahora el temor se situó en el otro campo. ¿Y si este préstamo provisorio, este inquilinato forzado, derivaba en una crisis gubernamental? ¿Dónde quedarían Pavón y las promesas de unidad nacional, que a su término lanzara Buenos Aires por boca del general Mitre? Como por arte de magia, el proyecto “todo” se había transformado en el proyecto “nada”; el gobierno nacional quedaba con las manos vacías; más vacías aún que antes de intentar obtenerlo todo.

Pero Alsina trajo tranquilidad en medio de la alarma: prevalecerían los criterios que dicta el patriotismo y ese sentimiento inspiraría los procedimientos para dirigir el país. La ley de compromiso sancionada el 7 de octubre hizo predominar la confianza en los intereses más elevados, quedaron allanados los escollos y se abrieron los cauces para que pudiera plasmarse una política efectiva de unidad nacional y pacificación. Para lograrla Alsina debió jugarse entero a favor de la avenencia y demostrar a los cuatro vientos que ese hombre, corpulento y barbudo, que no temía a la muerte en la guerra ni a la adversidad en la política, podía asumir obligaciones en la paz en nombre de sus seguidores. El discurso que pronunció el día 3 de octubre lo pinta cuerpo entero: “La calumnia o el fanatismo nos han hecho aparecer como enemigos de la unión, demoledores del edificio... En eso hay una grave injusticia, porque ese edificio no es obra de los sostenedores del proyecto de federalización sino de todo el pueblo y también de los que hemos tenido el patriotismo de ceder en nuestras convicciones para que menos dificultades encuentre la construcción de ese edificio”.

Claro está, Adolfo Alsina, cuya dimensión ya había alcanzado los escalones más altos, se convirtió de hecho en la garantía de esa ley y el árbitro de la pacificación y la tolerancia. Mientras su figura gravitara con patriótico desinterés, el gobierno nacional no sufriría padecimiento alguno. Así quedó demostrado, al menos, cuando desde la gobernación de Buenos Aires ayudara a Mitre, presidente de la Nación y jefe militar de los ejércitos aliados en la sangrienta guerra del Paraguay.

Pero Alsina murió en diciembre de 1877; poco más de un año después, cuando aún los diarios argentinos no trataban el tema, el encargado de negocios de Gran Bretaña, con notable “intuición”, anticipaba en una carta a Lord Salisbury que se avecinaba un gran enfrentamiento armado entre la Provincia y la Nación. Y el 20 de junio de 1880 se llevó a cabo el choque final entre las fuerzas de Buenos Aires cuyo gobernador era nada menos que Carlos Tejedor (¡vaya premonición!) y el gobierno nacional, que ejercía Avellaneda.

Pero claro, el garante del compromiso, el árbitro de la pacificación, ya no estaba con su arrastre incontrovertible; el caudillo de Buenos Aires había muerto un año y medio antes. Ironías que arroja la historia: vencido Tejedor, la provincia confirió poderes supremos e ilimitados a Mitre “para hacer la paz o la guerra” al gobierno nacional. Se firmó la paz; ésta fue definitiva y la Revolución de 1880, el hito más sangriento de nuestras luchas civiles, cerró el período de residencia provisoria del gobierno de la Nación en la Ciudad de Buenos Aires, que se convirtió en su capital para siempre.

Pero ya para 1880 había terminado la aventura que iniciara el proyecto de federalización de toda la provincia; la ley “de compromiso”, también.

¿Tanto se había equivocado Mitre al pretender federalizar Buenos Aires? Tampoco sería justo cargarle las tintas de este fracaso atribuyéndole solo el deseo de acumular poder. Recién la Nación comenzaba a adquirir las formas de un Estado moderno y los jefes de provincia que lograban la primera magistratura no se animaban a quedar con las espaldas vacías, como le había ocurrido a Rivadavia en 1826.

También Urquiza durante su presidencia había federalizado Entre Ríos; la administración de su territorio no salió de sus manos: no era cosa que apareciera algún caudillito dispuesto a moverle el piso de su provincia cuando él se ocupaba de los intereses de toda la República.

El general Mitre había asumido la responsabilidad enorme de presidir una Argentina unida por primera vez y se sabe que el arte de gobernar es el despliegue de acciones tomadas en abstracto y por lo tanto muchas veces frías e inhumanas, como los números de un cálculo matemático. Sin embargo, las matemáticas son la antítesis de la política, sujeta ésta a las controversias y las rencillas, a la personalidad de los protagonistas y las circunstancias que rodean los hechos. Juegan también la pasión y el enojo, el rencor y los afectos, la verdad y las ideas. Es probable que haber desestimado este conjunto de emociones tan humanas como válidas hubiera sido el principal error del Presidente Mitre.

Para cuando desapareciera la ley de compromiso y el proyecto de federalización fuera un recuerdo lejano, el Partido Autonomista ya no sería más la expresión solitaria de Buenos Aires; el mismo Alsina lo había subordinado a los intereses generales del país durante las combinaciones electorales con Sarmiento y Avellaneda: ahora era el Partido Autonomista Nacional, la fuerza que durante décadas gobernó la Argentina y la llevó a los lugares más elevados, que la distinguieran en el mundo como un portento de merecida admiración. Era el legendario PAN, el partido cuya sigla evocaba, al decir de algunos, el alimento que piden todos los hijos en la infancia, cuando sus madres les enseñan los rezos para que el Señor Todopoderoso los provea cada día de él.

Capítulo VI

Gobernador de Buenos Aires

Pese a que era vigoroso y corpulento, Adolfo Alsina no gozaba de una salud que fuera equiparable al físico. Había recibido algunas advertencias, avisos que emite el cuerpo para reclamar cuidado, pero en general cayeron en saco roto.

Una incipiente insuficiencia renal podría haber sido tratada antes, aunque con los limitados elementos de ese entonces. Con dificultad podría haber sido neutralizada o reducida; los métodos era naturales y empíricos: aire puro, aguas termales, tranquilidad. Si el organismo, por medio de sus defensas ordinarias optaba por salvarse, en buena hora; no existían los trasplantes ni la diálisis. Pero el hombre sentía el respaldo de la fuerza con que la naturaleza lo había dotado, se consideraba capaz para llevar a cabo cuanta empresa se propusiera, aún las más exigentes, y transformó la salud en un banco, sobre el cual pensó girar cheques sin limitación de fondos. Como le suele suceder a todo el mundo, como la cuenta no es inagotable, el cuerpo terminó pagando con intereses de usura, porque la ejecución llegó antes del acuerdo con los acreedores.

Tiempo después de asumir el mandato de diputado, Alsina comenzó a sentir afectados los riñones con más intensidad, lo que se traducía en inflamación o colección de líquidos en párpados y partes inferiores del cuerpo. Se le hinchaban los tobillos y pies, tenía dificultades para orinar y le sobrevenían esporádicas febrículas. Los facultativos cuya consulta realizaba con habitualidad le recomendaban preparados en base a recetas magistrales, como era de práctica en esa época, y que encargaba en la antigua Farmacia del Águila, situada en la actual Corrientes y Maipú. Alsina solía enviar a algún dependiente suyo a retirarlos, aún cuando no era extraño que él mismo concurriera en persona y mantuviera una charla con alguno de los iniciados en la carrera del protomedicato, que hacían sus primeros pasos en esa botica.

Entre 1864 y 1865 ya no podía seguir desdeñando el mal y debió tomar en serio la

enfermedad.

Como era de práctica por aquel entonces, se imponía viajar a Europa, que constituía la supuesta meca de todas las curas. Cosa curiosa, cuando todo el mundo viajaba a París él lo hizo a Portugal. Es probable que en la elección de Portugal hubiera prevalecido el criterio elemental con que la medicina afrontaba ese mal: reposo, sol, tranquilidad, buena alimentación, agua pura y de manantial, todos elementos que estaban más al alcance de un paciente en una región apropiada como el reino lusitano que en las naciones del norte de Europa, donde al avance de la medicina se contraponían las temperaturas destempladas y el clima riguroso. Esta también es la opinión de Guerrino y Alsina, que estudiaron desde el punto de vista médico la afección del caudillo.

Es posible que, en términos que son los empleados por la medicina moderna, el cuadro por el cual se le aconsejó el tratamiento especializado haya sido una presunta glomerulonefritis, cuya sintomatología coincide con las que, crónicas de época, señalan que se percibían en Alsina: fiebre intensa, cefaleas, trastornos gástricos.

Hasta el mismo secretario privado de Adolfo, Enrique Sánchez, ligado al caudillo no solo por la relación laboral sino por una afectuosa y leal amistad, sitúa en esa enfermedad la causa de su muerte. "Atacado por primera vez a principios de 1865 por la enfermedad que lo llevó a la tumba, pedía licencia al Congreso para ir a Europa, saliendo de Buenos Aires a fines de ese año".

Sin embargo, aunque la literatura específica situara en esta enfermedad la causa de la muerte de Adolfo, un médico que además es tataranieta de Juan José Alsina y lleva el mismo nombre del caudillo, ha puesto en duda esta afirmación sobre las causas de la muerte, a partir de un minucioso estudio sobre los últimos días del prócer. Nos detendremos en su oportunidad en esa conclusión.

Pero sea por liberarse de las tensiones, por el descanso obligado o la fortuna en el tratamiento emprendido, lo cierto es que Alsina regresó de Portugal en buena forma.

¿Curado? Bueno, respecto de este punto Alsina hacía un gesto de desdén con la mano y apartaba la pregunta. La incógnita se mantenía, pero salvo la palidez de su cara y la transpiración fría, que eran una constante de su vida, nada hacía suponer que debajo de la contextura robusta del personaje pudiera acechar una afección grave.

La figura arrolladora volvía a aparecer por los clubes partidarios y los salones; también por los peringundines y bailongos, las fondas y los boiliches, donde su presencia era inconfundible: físico opulento, aire dominante, galera de copa alta, pantalón de brin blanco, pelo apenas ordenado, barba insolente y grandes dosis de agua florida.

Por otra parte existe una tendencia natural en el ser humano a rechazar las hipótesis perversas y es frecuente que prefiera no pensar o teorizar desechando lo que no desea que ocurra. El autonomismo estaba en la plenitud de su ascenso; había ganado las elecciones legislativas y ahora debía ir por el gobierno de la Provincia.

Adolfo Alsina era el indicado por todos; ese hombre no podía estar enfermo; el público siempre desecha una hipótesis trágica: todo el mundo teme al desamparo.

Bajo esa premisa y con la tropa alineada para llegar al poder, Alsina se preparó para la gobernación de Buenos Aires. En realidad, faltaba que los autonomistas decidieran proclamarlo, porque el paso siguiente debería ser de mero trámite: al gobernador lo elegía la Asamblea Legislativa y en el recinto se descontaba una mayoría cómoda.

Habría que hacer justicia en este aspecto al gobernador en ejercicio, Mariano Saavedra. En rigor de verdad este hombre ecuánime no solo se destacó por la objetividad de que dio pruebas en el manejo electoral (no interpuso ninguna influencia oficial a pesar de ser un reconocido mitrista) sino que en modo alguno obstaculizó el triunfo opositor. Por si fuera poco, fue progresista y honesto en la administración de la cosa pública.

Es probable que si otro hubiera sido el gobernador, Alsina no se hubiera animado a viajar a Portugal para su cura. Celoso vigilante de las campañas electorales, no hubiera quedado tranquilo con un gobernante manipulador, como los que tantas veces se han visto. En vísperas del cambio de gobernador, el autonomismo estaba más alerta que nunca porque suponía que los cocidos, que gobernaban en el orden nacional y provincial, tratarían de conservar el dominio de la provincia contra todos los pronósticos.

Se había filtrado -era difícil que pudiera mantenerse en secreto dada la cantidad de personas involucradas- una carta con carácter de circular que el Juez de Paz de San Isidro, don José B. Haedo había enviado el 9 de febrero de 1864 a todos los alcaldes y comisarios de su jurisdicción, referida a las elecciones que se llevarían a cabo el día 14. Leída hoy, casi un siglo y medio después, no deja de resultar nostálgica y risueña, por no decir incauta, pero en los apasionados momentos en que fue librada sirvió para que los crudos hicieran un escándalo.

“Les ordeno a ustedes -decía Haedo- venir a la cabeza de sus vecinos sin falta alguna y estar en este Juzgado a las 8 de la mañana. El soldado portador le entregará a cada uno de ustedes un paquetito conteniendo la lista de los Diputados que este Juzgado recomienda muchísimo. Al entregarla pueden ustedes hacerles una señal para que no las confundan con las contrarias y todas las contrarias que les entreguen, procuren ustedes que las rompan”.

La lectura de esta carta hoy no puede menos que mover a risa, pero la detectó La Tribuna, que era alsinista, y en su edición del día 12 de febrero la publicó poniendo el grito en el cielo y denunciando el fraude electoral que en gran escala estaban preparando los cocidos. Sin contar con que ellos tampoco eran monaguillos y tendrían iguales agallas y mañas como para realizar jugadas similares si tenían ocasión.

Como suele pasar siempre, al partido que está próximo al triunfo todos los movimientos le salen bien y a los rivales es frecuente que le fracasen. De hecho Adolfo Alsina había dado un paso importante para rodear de coherencia sus proposiciones: la comisión directiva del Club Libertad -el Comité Central del autonomismo, por decirlo en términos actuales- había sido integrado por una mayoritaria representación del interior.

Esta medida tuvo amplia repercusión: la capital pasó a contar con 12 delegados y el interior 14. La jugada no fue vana, ya que la campaña había estado de hecho apartada de las luchas políticas anteriores por exclusión. De un plumazo el alsinismo convirtió al mitrismo casi en una expresión capitalina, ganó para sí las simpatías del interior y formalizó un nuevo avance para la obtención del poder. Le tocó sostener esta marcha ascendente al doctor Quintana (quien poco antes había tenido una intervención en el Senado favorable al nacionalismo), a quien ya se le reconocía como un abogado sólido y elocuente, precursor de la figura sobresaliente de la política nacional que llegara a ser con los años.

La innovación tuvo el brillo y la rapidez del relámpago: en pocos días el Club Libertad, la organización partidaria de los crudos, tenía filiales no solo en la Ciudad de Buenos Aires sino en la mayoría de los partidos de la Provincia. El autonomismo pasó a ser sinónimo de Buenos Aires; del campo y la ciudad; de las barriadas del arrabal y de los paisanos de la campaña.

La importancia de las elecciones del 14 de febrero era decisiva, porque de esa elección de diputados y la de provinciales que se llevaría a cabo el mes siguiente habría de salir la composición de las cámaras, definitorias de la elección del gobernador.

Como en forma sucesiva se impuso el alsinismo en ambas elecciones, no quedaban dudas de que ese sector obtendría la gobernación de la provincia, pero subsistía la incógnita acerca de la persona a elegir.

Es cierto que todo hacía descontar que Adolfo Alsina sería el gobernador electo, pero aún podría disputarle alguien el liderazgo en las propias filas y aunque no era probable que obtuviera tanto consenso como para aspirar a un triunfo, podría dividir las aguas en beneficio del partido nacionalista.

De hecho ocurrió lo que es fácil imaginar. El mitrismo, invocando los deberes que imponía el patriotismo, comenzó a operar con desesperación sobre los autonomistas propiciando una combinación electoral que evitara la confrontación a rajatabla y el precio político que ella demandaría. A todas luces era evidente que lo que trataba era de sembrar una cuña dentro de las filas autonomistas, apelando a la codicia de que están dotadas algunas personas para hacerlas saltar el cerco (de hecho era difícil que alguien se prestara a eso) y se salieran del alsinismo para acordar con los mitristas. La estrategia era perfecta: o un gobernador débil, producto de la transacción o la división de los adversarios y quizá la derrota del autonomismo.

Se efectuaron varias reuniones buscando un acuerdo de las que participaron Mariano Acosta encabezando a los autonomistas y varios referentes sucesivos para representar al nacionalismo. Pero no se llegó a ningún arreglo y el propio Mitre presionó sobre el gobernador Saavedra para que hiciera un intento final. Razones no faltaban para proponer un acuerdo: la Nación estaba en un momento culminante de la guerra con el Paraguay y una lucha electoral despiadada daría pie a pésimas conjeturas. No se mencionaba otra razón, que en cambio se susurraba a sotovoce: se temía que Alsina convirtiera el triunfo en vendetta y para golpear a Mitre, provocara una nueva secesión de la provincia.

Como es de suponer, el forcejeo produjo efectos y en algún sentido la estrategia pareció dar resultados en cuanto a dividir el autonomismo: los crudos se separaron en moderados o acuerdistas e intransigentes. El torbellino que siguió arrastró tanto a un intransigente como D' Amico, que era director de El Nacional, como a Mariano Acosta, más conciliador aunque de total confianza de Alsina: ambos renunciaron a sus cargos (D' Amico era diputado, además de periodista).

Inflada por estas intrigas cobró volumen la persona de Carlos Tejedor, que llegó a considerarse sostenido por fuerzas suficientes como para medirlas con el propio Adolfo; un núcleo considerable de adherentes se había reunido a su alrededor.

Las trenzas tejidas por el mitrismo parecían dar frutos.

Pero todo ello no alcanzó a menguar el peso de Alsina; es posible que en el bando de los cocidos se hubiera deslizado un error, movidos por la impaciencia: advirtiendo las desavenencias que se traslucían en las filas rivales, acometieron a fondo y con aire suficiente trataron de convertirse en intérpretes de aquellas. Como siempre sucede en política, a nadie le gusta que el adversario aproveche las discordancias para bajarle la calificación.

Algo así ocurrió, ya que desde La Nación Argentina, diario vocero de Mitre, se puso

énfasis en decir que el doctor Tejedor venía efectuando “trabajos” electorales para lograr el concurso de los moderados del autonomismo, descubriendo con imprudencia la noticia de que contaba con el apoyo de los diputados Kier, Cárdenas y Medrano. La información era verídica, pero ninguno de los diputados quería aparecer como responsable de la pugna y protestaron de inmediato su lealtad a Alsina.

Como ocurre con frecuencia, la intromisión excesiva del mitrismo produjo efectos contrarios a los buscados y solo sirvió para que el autonomismo estrechara filas dándole argumentos en bandeja para que se galvanizara. El Nacional, con la pluma de D'Amico (que no se caracterizaba por ser un diplomático), contestó con altura y sorprendente prudencia, llevando tranquilidad a las filas propias: "el partido autonomista está integrado por hombres de juicio independiente, unidos para triunfar por los principios y cualquiera de sus miembros puede ser candidato....". Y tanto como para no aventurar un pronóstico definitivo agregaba que los diputados tendrían libertad de acción para, "inspirados en los intereses del país, buscar a la persona que mejor responda a la opinión pública".

Estas alternativas se ventilaban entre febrero y marzo, es decir antes de los comicios, y el círculo cercano al gobernador Saavedra continuaba operando en inteligencia con Cárdenas para influir en la decisión del autonomismo. Por supuesto, todos estaban ajenos a un acontecimiento que habría de ocurrir en ese mismo momento aunque muy lejos y causaría una profunda y perdurable impresión en el mundo entero: el asesinato del presidente Abraham Lincoln, ocurrida en el palco desde el que presenciaba una función teatral.

El que no perdió nunca el rumbo fue el propio Saavedra, que se mantuvo neutral y no volcó el poder oficial en la forma que requerían sus más allegados.

A todo esto Adolfo Alsina se mantenía sereno y distante de las especulaciones; como buen caudillo tenía confianza en sus fuerzas y en el apoyo de los vastos sectores de la provincia que le eran fieles; intuía que las elecciones próximas le darían suficiente respaldo y fue así. En realidad sabía que cuando bajara a la palestra se acabarían las vacilaciones y el partido quedaría encolumnado; todo ocurrió como había pensado.

Frente a aspirantes que eran la expresión acabada de la ciudad de Buenos Aires, Alsina se convertía en un dirigente que sumaba el arrastre de los barrios suburbanos y el de la campaña; en su figura se encolumnaban los sectores más tradicionales de la ciudad y el campo, que por primera vez probaba todo su peso electoral. Después de las elecciones no quedaron dudas: Alsina sería gobernador; el primer gobernador autonomista.

La decisión de la Asamblea Legislativa habría de ser un mero trámite; Tejedor, Gainza, Acosta, Obligado, habían quedado en el camino. El Nacional y La Tribuna abandonaron la

cautela y afirmaron sin titubeos la futura consagración de Alsina. Hasta comenzaron a aparecer los pronósticos y trascendidos, que algún medio se atrevió a arriesgar, invocando como fuente la propia Cámara: Alsina 20 votos, de la Riestra 15, Fernández Blanco 12.

Esta última postulación constituyó el postrer esfuerzo del mitrismo por desmontar la candidatura de Alsina. Como es frecuente, aparecen en momentos así los nombres moderados, figuras dignas y sin tachas, cuya sola mención disipa las críticas pero son incapaces de despertar convulsiones de apoyo y adhesión.

La provincia venía de una no lejana experiencia en la figura del doctor Vicente López y Planes, incapaz de provocar resistencias del mismo modo que tampoco despertaba pasiones; la nominación de Fernández Blanco revestía ese espíritu y se inscribía en ese mismo perfil. Pero el tiempo era otro y prevaleció en cambio una ponderación inversa; se sostuvo sin ambages que se necesitaba lo contrario: ardor, un gobernante febril, capaz de provocar delirio desde la función que ejerciera. Se precisaba de alguien con energía, que mandara y fuera obedecido; Fernández Blanco era todo lo contrario: una vez más, Alsina era el hombre.

Se sucedieron reuniones en casa de Esteves Seguí, en la Legislatura abundaron los cabildeos; los aspirantes a gobernador fueron en forma espontánea retirando sus postulaciones. La de Fernández Blanco fue abandonada sin remordimientos, cayó como había surgido y la candidatura de Alsina quedó consagrada en forma dócil, por unanimidad. Las maniobras del mitrismo para bajarla, aunque bien planeadas, no habían surtido efecto; el autonomismo cerraba filas detrás de su caudillo.

Se cruzaron los últimos fuegos entre los diarios pero sin caer en la mordacidad ni en los golpes bajos; la lucha periodística había tomado un tono levantado, sin agresiones ni mezquindades. Hubo un último estertor cuando El Nacional – quedó al descubierto que D´Amico era el inventor de Fernández Blanco - se refirió a la candidatura de Alsina sosteniendo que el diario no propiciaría a ninguno de ambos candidatos.

Esta sorpresiva decisión (es sabido que en política cuando se hace una comparación y se igualan dos figuras de distinto peso, lo que en realidad se busca es bajar a la de mayor volumen) despertó la tentación de La Nación Argentina, que vio la posibilidad de reabrir la puja. Pero no pasó de ser un fuego fatuo.

La travesura de El Nacional fue reconvenida por sus propios suscriptores y arrepentido, D´Amico se rectificó (nadie se quema por gusto) publicando un artículo que hacía el panegírico de Adolfo Alsina. El tema había terminado.

El 2 de mayo de 1866 la elección del gobernador fue un mero trámite, desprovisto de

emoción e incógnitas. La Asamblea General de la Provincia, que integraban 16 senadores y 37 diputados produjo fumata en la primera votación: Alsina gobernador con 32 votos y el coronel Julián Martínez, candidato del mitrismo, 18. Carecieron de significación los nombres de Fernández Blanco - 2 votos - y Norberto de la Riestra que obtuvo el mero valor simbólico de un solo voto.

La candidatura de Martínez, que era Ministro de Guerra de la Nación, fue un acto de servicio de ese valiente militar; asumió las responsabilidades propias del desafío en momentos en que la derrota electoral era segura. Más aún; la suerte ya estaba echada y pocos querían asumir el costo de ser vencidos; nadie suponía que pudiera alcanzar el número de votos que logró y con un desempeño electoral digno concitó más adhesiones que las vaticinadas.

Es probable que influyera en el caudal obtenido el dato alegórico de ser un exponente de la guerra con el Paraguay. Detrás de los votos había un mensaje cifrado: la provincia tomaba distancia del presidente de la República, pero el compromiso de la Argentina era uno solo y por encima de las diferencias de partido estaba la Nación misma, que empezaba a empantanarse en los esteros y selvas del frente de batalla. No habría de ser Buenos Aires quien desertara en la hora de la prueba; los votos sorpresivos del coronel Julián Martínez así parecían certificarlo.

El día 3 asumió Alsina y pronunció una pieza oratoria que constituyó el enunciado de su plan de gobierno.

La lectura actual de ese mensaje, despojado el analista de las pasiones del momento, permite sacar la primera conclusión indubitada: el flamante gobernador quería estrechar la tropa. Proclamó que su bandera sería autonomía de la provincia, tranquilizando a sus partidarios con el anuncio de que iba a gobernar con el partido que lo había llevado al poder, y proclamó sin medias tintas que la bandera de la autonomía sería mantenida en lo alto hasta que se despejara en forma total la pretensión de federalizar Buenos Aires (o sea cuando Mitre dejara de ser presidente).

Sólo cuando aquella se viera libre de amenazas y nubes oscuras en el horizonte se pasaría a la segunda etapa: la de gobernar con todos los hombres que pudieran aportar inteligencia y honradez a la función pública.

Del mismo modo, desde el día que asumió, Alsina llevó tranquilidad al ejército que peleaba en el Paraguay: la Provincia no sólo no sabotearía las tareas de la Nación sino que le daría su más amplio apoyo a la causa nacional. Si Mitre temía que pudiera faltarle respaldo en el campo de operaciones, Alsina desmentía toda suspicacia y llevaba tranquilidad absoluta al gobierno central; los enfrentamientos políticos que los hombres

tuvieran en la Provincia, no habrían de hacer sangrar a la nación. Rawson, Ministro del Interior, no habría de ser avaro en la respuesta y con palabras cargadas de sentimiento hizo mérito del patriotismo del nuevo gobernador: el mensaje había llegado a destino.

En verdad el discurso con que asumió constituyó un efectivo programa de gobierno, que apoyó sobre tres patas: fronteras, tierras públicas y Banco de la Provincia. Si en el primer punto el gobernador consiguió echar las bases para la gran labor que desempeñaría diez años después como Ministro de la Guerra, las otras dos fueron materias cuyos resultados se vieron en más breve tiempo.

Ambas formaban parte de las banderas que había levantado siempre, cuando combatía contra la inmoralidad, el aprovechamiento y los acomodos que se hacían más notorios en esos dos campos: las adjudicaciones de tierras y el uso de los recursos del Banco, que era el instrumento financiero de la Provincia.

“El hombre y la tarea se han encontrado” diría con elegante acierto años después el Presidente Avellaneda refiriéndose a Adolfo como Ministro de la Guerra; ahora el caudillo se había encontrado con la tarea por la que había despertado esperanza e ilusión en las muchedumbres y constituía todo un compromiso de honradez.

No obstante ser el mismo Alsina un hombre joven, que aún no había cumplido los 40 años, se rodeó para dar forma a su plataforma de dos personas más jóvenes aún que él: Nicolás Avellaneda y Mariano Varela, el primero su brazo ejecutor en el Ministerio de Gobierno y el segundo el ariete con que contaba para impulsar una política económica de librecambio eficiente y moralizadora. Por caso, ambos vinculados, por nombre y sangre, a lo más genuino del pasado unitario.

¿Y la educación? Por ese tiempo dependía del Ministerio de Gobierno y Avellaneda desarrolló con eficiencia las instrucciones que le hacía llegar el gobernador, con tanto éxito que a su tiempo habría de pensar en él Sarmiento para incorporarlo como Ministro de Instrucción Pública de su gobierno.

Las ideas de Alsina para dar curso al propósito que perseguía la Constitución Nacional -asegurar la educación popular- se trasuntaron en dos medidas sencillas pero categóricas, cuya naturaleza bien podría reconocerse como propias de la época actual. Ellas eran la transferencia de funciones escolares a los municipios -entre otros el de recaudar y administrar los recursos para aplicarlos a la construcción de edificios y proveer su mantenimiento- y la obtención de fondos por parte del gobierno central para derivar en forma exclusiva a esa materia, cuidando que ese dinero no se distrajera en otras necesidades del gobierno.

Esta última medida no era una decisión descolgada, porque se sabe que muchas sumas, que podría haber afectado Buenos Aires a la educación, eran absorbidas por la creciente demanda del ejército en operaciones en el Paraguay. Pero si esos medios escaseaban, el gobierno de Alsina se había propuesto estrujar la imaginación para compensar el faltante: el gobernador echó mano a la confianza que la población tenía en el futuro y en especial en la campaña del desierto, que era su obsesión.

Aunque penetrar en los santuarios del indio era todavía una utopía y la amenaza de los malones sacudía sin piedad las poblaciones más cercanas a los confines, era previsible que en algún momento la Nación tuviera la fuerza suficiente como para hacer de las tolderías y el imperio indígena una región segura y provechosa.

En función de ello, el gobernador ofreció en venta los territorios situados en el exterior de la frontera: lo que se llamaba “tierra afuera” (expresión que duró mucho tiempo en el vocabulario popular, y se continuó utilizando aún después de recuperado el desierto y desaparecida la frontera con las tribus) para destinar a la educación el dinero obtenido.

Y si bien Alsina no pasó a la historia como educador -esa imagen correspondió con justicia a Sarmiento y Avellaneda- su tarea no desentonó con las consignas que se levantaban en las naciones adelantadas. Fiel a las convicciones progresistas que había enarbolado en su juventud, vio en la educación el instrumento que podía dividir las aguas entre las naciones desarrolladas y las que eran meros satélites.

Contó, además con hombres de extraordinaria talla: de la Peña, Estrada, Gutiérrez.

En eso, las noticias que había aprovechado Sarmiento no cayeron en saco roto; el gran sanjuanino había observado en su viaje a Europa -y con más precisión en su gira por el norte de África- que existían regiones a la cuales llegaban los destellos del progreso: ferrocarriles, técnicas exactas para extraer minerales, maquinarias precisas para contrarrestar la fatiga humana en las labores que demandaban esfuerzo físico.

Pero Sarmiento había visto debajo del agua: todas esas tareas eran practicadas por hombres traídos de las metrópolis, instruidos, capaces de hacer lo que no podían los nativos por falta de formación ¿De qué valdrían pronto en la Argentina esos mayores baqueanos, que adivinaban el tiempo con solo ver el crepúsculo u observar la forma de recogerse los pájaros en sus nidos? ¿De qué servirían esos suboficiales intrépidos, capaces de cargar con la lanza en ristre o el sable revoleado sobre la cabeza? Pronto aquellos serían reemplazados por los que fueran capaces de leer un manómetro o interpretar el manual de instrucciones de una locomotora y estos por quienes supieran matemáticas como para desentrañar la parábola de los proyectiles o el arco de caída de una munición en el vacío.

Para que estas tareas las cumplieran los hijos del país y no hubiera que importar gringos educados en Norteamérica o Europa había que mandarlos a la escuela, educarlos, hacer de ellos hombres instruidos, adecuados a los avances del progreso.

La enseñanza era un motor imprescindible para el desarrollo económico... y también social y moral, sostenía Alsina.

Salvo Chivilcoy y Luján que habían obtenido manifiestos beneficios por el ferrocarril, los restantes partidos -70- recibieron el dinero del gobierno central; la Provincia hizo funcionar ese año 56 escuelas y la Sociedad de Beneficencia, que contaba con aportes provenientes del socorro privado y el apoyo oficial, sostuvo 48.

Para proyectos especiales, que se desarrollaron en 14 partidos, el erario provincial alargó más de un millón de pesos fuertes.

La empresa no fue nada fácil porque dispersión y aislamiento en la campaña eran el primer obstáculo que debía atender un plan de instrucción, pero esa circunstancia no lo achicó a Alsina. A pesar de ese contrapeso real, la tarea educativa tuvo una dimensión ciclópea y la batalla contra el analfabetismo y la ignorancia comenzó a ser ganada. Pronto se vieron los frutos y con la acción de Avellaneda y Sarmiento, al cabo de algunos años la Argentina pudo enorgullecerse de ser uno de los países más instruidos del mundo.

Ahora bien; Alsina sabía que todo esto costaba plata; ¿podía un Estado con sus finanzas postradas atender la educación y la seguridad, además de las otras obligaciones de un buen gobierno? Para que todas las ideas que conformaban el programa de acción pudieran atenderse era necesario que la economía estuviera saneada y el desorden monetario aventado.

Para la cartera de Economía, Adolfo echó mano de un apellido ligado por vínculos estrechos a su familia: Varela. Descendiente de aquél que precediera a su padre en El Comercio del Plata, fuera fusilado en efígie por el ejército de Oribe y asesinado por un esbirro de una puñalada en Montevideo, Mariano Varela era depositario de una sólida cultura y una buena formación disciplinaria; a su talento y buen juicio confió Alsina el manejo de la economía provincial.

Se impone una digresión: sabido es que la ciencia económica responde a reglas universales, las que a su vez penden de las leyes naturales que no pueden ser desafiadas con impunidad, sin pagar las consecuencias. Sin embargo, la economía no por ello pierde su carácter subjetivo y lo que produce buenos resultados con un gobernante determinado puede fracasar con otro, que no acierta a entonar con modulación adecuada las expectativas de la percepción popular. Para fortuna de Buenos Aires, Alsina contaba con

dos requisitos: tenía ideas claras que le permitían confiar en el objetivo elegido y un liderazgo que despertaba confianza en el pueblo.

La melodía llegaba con buena entonación al oído del público.

Bajo esas condiciones inestimables se puso en marcha una política económica provechosa. Una de las primeras medidas, quizá la que tuvo la trascendencia de una insignia, fue la relacionada con las tierras públicas. Desde mucho tiempo atrás esta materia había sido abordada con cierta displicencia, consecuencia probable del escaso valor que se le atribuía a aquellas.

Los españoles, por ejemplo, deslumbrados ante ese monumental *res nullius*, atinaron a considerar las inmensas extensiones de América como si fueran una continuación del océano, algo sin dueño, del que cualquiera podría apropiarse si tuviera aptitud para conservarlas. Comenzó así una etapa que consideró a la tierra como objeto gratuito, susceptible de ser donada por la Corona a alguien en pago de servicios o como un simple estímulo para la aventura de colonizar.

Como es de imaginar, nació de ese modo una industria perversa, que estimuló la corrupción y las tentaciones deshonestas, que se mantuvo idéntica en los primeros años de vida independiente. Pero ese régimen gratuito y permisivo fue reemplazado por el arriendo, hasta que Rivadavia instaló la enfiteusis, inteligente medio de superar la estagnación de los períodos anteriores. Pese a esta saludable intención, las tierras públicas adjudicadas a particulares estuvieron siempre en el ojo de la tormenta y la suspicacia no permitía apartar su concesión de la sospecha siempre presente de peculado.

Por supuesto, muchas de las medidas abusivas eran consumadas por beneficiarios inescrupulosos, que utilizaban los propósitos saludables de las leyes con fines puramente especulativos. También es claro que el gobierno no era ajeno a estas maniobras y se conocieron varios intentos oficiales por desbaratar esas prácticas que en general consistían en ocupar y explotar las tierras en forma inicial, tanto como para cumplir con la ley y abandonarlas después, para desentenderse de su suerte y jugar a la especulación, contando con venderlas a mucho mejor precio más adelante.

En la opinión del público flotaba la sensación de que en todo el trámite existía una espesa red de negociados; Alsina había levantado la bandera de su condena y la erradicación de las malas prácticas constituía una de las bases de su plan de gobierno.

Había, además, una razón económica muy importante para el gobernador de Buenos Aires. Las rentas de aduana eran la primera fuente de recursos (y casi la exclusiva) que permitía atender todas las obligaciones de la administración provincial, desde el

sostenimiento de su ejército hasta el pago de los sueldos de los empleados públicos. Pero esos recursos habían pasado a manos de la Nación y era urgente recomponer con nuevos impuestos el presupuesto de la Provincia. Ello obedecía al hecho de que había vencido el término establecido en el artículo 8° del Pacto de San José de Flores según el cual desde la incorporación de Buenos Aires a la Confederación el Gobierno Nacional garantizaría el presupuesto de la provincia por un plazo de cinco años. Es que si la Aduana pasaba a manos nacionales, era justo que estas le aseguraran los recursos necesarios para atender los gastos, por un período durante el cual buscaría Buenos Aires los medios necesarios para reemplazar aquellos.

Alsina propuso a las Cámaras el examen de las leyes impositivas, a los efectos de reemplazar con fondos genuinos los ingresos de la Aduana y los de la garantía nacional. Se revisaron los montos de la contribución directa, el impuesto de sellos y las tasas a los saladeros y graserías, que no habían sido incrementados desde mucho tiempo atrás. Por supuesto, el peso del impuesto cayó sobre el sector que se había mantenido más alejado de la especulación, como eran agricultores y ganaderos, pero estos comprendieron que se les reclamaba un sacrificio extraordinario y no sacaron el cuerpo.

Para colmo de males la producción rural se encontraba en plena crisis y los estancieros -los destinatarios más cercanos para hacerles pagar los platos rotos- tenían sus arcas exhaustas. Pero no eran la sequía o las lluvias excesivas las culpables.

Los Estados Unidos acababan de imponer un impuesto proteccionista al ingreso de lana sucia (el 95% de la exportación argentina se efectuaba en esas condiciones) y el país se quedó sin mercado para colocar nada menos que el 33% de su producción lanera.

Quedaba la plaza europea, es cierto, en la que Bélgica figuraba como el mejor cliente, pero por algo los norteamericanos habían decidido proteger a sus productores: en el mundo había exceso de lana y el año 1866 había cerrado con un excedente del 45% y se vaticinaba un exceso del 60 para 1867.

Ante ese panorama impositivo tan poco alentador, las tierras públicas volvían a ser materia de interés casi excluyente y Alsina y Varela apuntaron con decisión en ese rumbo. Dando muestras de un propósito conservador, poco dispuesto a las mutaciones irracionales y temerarias, se partió de las normas que había sancionado la administración de Mariano Saavedra, que daba prioridad de compra a los arrendatarios o subarrendatarios. Esas leyes fijaban un precio diferente para las “suertes de estancias” según estuvieran situadas “dentro o fuera de la línea del Salado” (es decir, “tierra adentro” o “tierra afuera”) con excepción de los campos ubicados en Pergamino, Salto, Rojas, Junín, Bragado y 25 de Mayo, cuya excelencia justificaba un precio similar al que debía pagarse

por aquellas situadas hacia el interior del río y además protegidas por las comandancias militares.

Preocupados por fijar reglas objetivas y exentas de sospecha, Alsina y su ministro dividieron las tierras fiscales de la Provincia en tres secciones. La primera (la de “tierra adentro”) observaba una línea que partía desde el Quequén Grande, seguía por las sierras del Tandil, y llegaba hasta el arroyo Tapalquén. El rumbo torcía allí hacia Fortín Esperanza (hoy General Alvear) y el Fuerte Cruz de Guerra (25 de Mayo en la actualidad) y desde ese punto se extendía por toda la línea de fortines que guarecían Bragado, Fuerte Federación (Junín) y terminaba en las puntas del Arroyo del Medio, el confín septentrional de la Provincia.

La segunda abarcaba el territorio contiguo al anterior pero situado al exterior del mismo, que ya había sido objeto de colonización por particulares y protegido por las fuerzas de fortines que cubrían esa área, expuesta pero comunicada con la civilización.

La tercera abarcaba las comarcas situadas “tierra afuera”, donde los caciques remoloneaban placer en sus aduares y el desierto se componía de extensiones interminables, “aquellas donde ni el hombre ni las leyes habían tomado asiento todavía” según expresara en forma poética Nicolás Avellaneda.

Ha sido frecuente escuchar la afirmación gratuita de que la conquista del desierto en la Argentina se llevó a cabo en forma inversa a la norteamericana. Esa reflexión, repetida en forma automática y mecánica, sostiene que en nuestro país fue el ejército quien se encargó de la ocupación de los espacios dominados por el indio y en el país del norte al revés, fueron los colonos a los que con posterioridad apoyaron las fuerzas militares.

Por supuesto, esta manifestación tan ligera, reiterada hasta el cansancio, no consulta la realidad. Avellaneda, cuya profunda versación en la materia lo convirtiera en uno de los creadores del régimen de distribución de la tierra fiscal, expuso el pensamiento del gobierno en una obra enjundiosa, titulada “Estudios sobre las leyes de tierras públicas”. Las ideas que en efecto se aplicaron fueron las que quedaron estampadas en esa obra. Ese libro se apoyaba en la legislación de Estados Unidos y el pensamiento que resume su texto fue aceptado como el más acreditado sobre la materia. El gobierno sostenía que el colono debía sustituir al Estado en el dominio del suelo y después de analizar las instituciones aplicadas en el pasado: donaciones, enfiteusis, arrendamientos, se inclinó por la venta. La venta, porque solo ella aseguraba la propiedad privada, garantizaba la incorporación de la tierra a la existencia del hombre, lo arraigaba al suelo, afianzaba la población y consolidaba la Nación.

La propiedad rural en manos privadas fue el propósito fundamental del gobierno de

Alsina y la legislación norteamericana la fuente inspiradora, la que -dicho sea de paso- también informó las bases de la legislación de Francia en Argelia y de Gran Bretaña en Australia.

No existió en la Argentina del siglo XIX una subordinación de las fuerzas armadas a los intereses de los particulares. Como en los Estados Unidos, pero con el tinte y las modalidades de nuestro suelo: el clarín con sonido diferente y el milico con uniforme distinto; el cañón más pesado y fijo y el caballito criollo; el fortín, semejante al rancho, y la retreta, única en su colorido, solo actuaron en forma interconectada en apoyo y socorro de los pobladores que se aventuraban en esas distancias inmensas y frágiles de la frontera.

Más aún: siempre sostuvo Alsina que sería ocioso realizar campañas militares exitosas, si el terreno ganado no era ocupado por el colono; tanto él como José Hernández -epígono del gaucho y la campaña- sostenían la visión figurativa del soldado con una azada.

Pero las tierras públicas no fueron el único tema que preocupó a la administración de Alsina ni éste se consideró satisfecho con los avances que efectuara en ese campo. El Banco de la Provincia había sido blanco de numerosas acusaciones en el pasado y era imprescindible devolverle el prestigio de que gozara, recuperarlo como pieza fundamental de la economía y restituirle su función de árbitro de la moneda.

Demostrando el componente psicológico que existe en la economía, sólo con la autoridad y la inteligencia, (a esos símbolos recurriría Pellegrini después de la crisis de 1890 para fundar el Banco de la Nación Argentina) se repuso la confianza del público, dato siempre esencial para que el sistema bancario funcione, como comprobó la Argentina durante más de un siglo.

Producidas las medidas de gobierno que se han relatado en forma sintética, de inmediato el Banco comenzó a expandirse y al cabo de poco tiempo no solo recuperó su papel de organismo de fomento, sino que gracias a su poderío crediticio la Provincia pudo superar la difícil situación financiera que produjo la peste, que obligó a cerrar mataderos y saladeros y por supuesto terminó con la exportación.

Tanto fue el progreso del Banco y la ayuda que volcó hacia los comerciantes y productores que pronto su capital se vio fortalecido al punto de recuperar el rol de auxilio financiero de la Nación. A fines de 1866 (en tanto John Green finalizaba el tendido del primer cable que unía Buenos Aires con Montevideo), el Banco de la Provincia alcanzaba a ayudar al gobierno nacional con 2.000.000 de pesos fuertes, que elevó a 4.000.000 en 1867 y continuó ese apoyo hasta el fin de la guerra con el Paraguay.

Cuando el gobernador Alsina prometiera acompañar el esfuerzo del general Mitre y respaldar al ejército de la Nación en la guerra en que estaba comprometido, no emitió una señal vacía: detrás de las palabras estuvo la obligación efectiva que se tradujo en hombres y dinero, enviados sin interrupciones al frente paraguayo. Tal vez Mitre olvidara unos años más tarde esta lealtad de la Provincia y de Adolfo Alsina en particular, al extender el testamento político desde el campamento de Tuyú Cué.

Ajeno al futuro, tapado por el telón que impedía ver el proscenio que se levantaría años después en su perjuicio, Alsina podría decir con satisfacción en el mensaje de 1868, que fue el último como gobernador: “En medio de la escasez de numerario que hoy se siente, como en todas las crisis por las que ha pasado Buenos Aires, puede decirse que el Banco ha sido la tabla de salvación para el comercio y para todas las clases de la sociedad amenazadas por la usura”.

Por cierto, tal como expresaba el optimismo del mensaje, Buenos Aires empezaba a mostrar el perfil que la convertiría, años después, en una ciudad deslumbrante.

Apenas dos años antes se habían fundado la Sociedad Rural y el Colegio de Escribanos; se inauguraba el Club Francés y en Esmeralda y Juncal abría sus puertas una cervecería cuya marca habría de alcanzar fama: la que dirigía el alemán Emilio Bieckert.

La guerra del Paraguay tampoco alcanzó a frenar la vida porteña; en Rivadavia y Callao se había instalado la Confitería del Molino y apareció Fausto, la obra del poeta y político argentino que había traducido al español su apellido belga: no se lo conoció como Estanislao van de Velde sino con el criollísimo patronímico de del Campo que por una feliz coincidencia hacía armonía con el estilo literario que cultivaba.

Mientras Alsina pronunciaba el mensaje, los conservadores desplazaban a los liberales del gobierno de Gran Bretaña y designaban Primer Ministro a quien habría de ser uno de los estadistas más notables del Imperio: Benjamín Disraeli. Como si se tratara de una compensación, que transporta los acontecimientos hacia el equilibrio, un año antes Marx había publicado *El Capital* y Alfred Nobel inventado la dinamita.

En el desierto de nuestra pampa, no todas eran pálidas. El cacique Biguá se animó a desafiar a los toldos vecinos y se declaró súbdito del gobierno argentino, jurando la bandera patria. Se habían producido también algunos sucesos simpáticos: se fundó un club original bajo inspiración de los ingleses, patrocinador de un deporte que por lo extraño (veintidós hombres corriendo a una pelotita, se decía) parecía una curiosidad condenada al fracaso: el fútbol.

Ese año la palabra vago fue definida por la ley en el Estatuto Rural que redactara el

doctor Valentín Alsina: “el que carece de domicilio fijo, no tiene trabajo conocido y ejerce la mendicidad sin tener impedimento físico o mental”.

Un año antes del mensaje que nos ocupa, el coronel Álvaro Barros había fundado Olavarría. Ese mismo año de 1868 se construyó el primer camino asfaltado que se llamó “macadam” y llegaba hasta Flores. En cambio, muy lejos de aquí, se daban las últimas paladas para terminar una de las grandes obras que habría de estremecer de orgullo la inteligencia humana; pero cuando se la inauguró ya Buenos Aires estaba gobernada por Emilio Castro y Adolfo Alsina era vicepresidente de la Nación: el Canal de Suez.

Sin embargo, esta situación holgada y feliz que existía al término del mandato no era la que se presentó a los gobernantes al asumir el mando. La verdad es que cuando Adolfo alcanzó la gobernación (1866) el circulante había desaparecido del Banco (así lo consigna Varela en la Memoria del ministerio); los depositantes retiraban sus ahorros para comprar oro y el precio de éste variaba entre el fijado en forma oficial y el que estaba disponible para el público. Mientras los escribanos de la Provincia fundaban su Colegio Profesional y elegían a José Victoriano Cabral como Presidente, el mercado negro se hacía sentir como una prolongada plaga de langostas.

El círculo era vicioso y Alsina se apresuró a cortarlo; Varela sostuvo ante la Legislatura el proyecto de creación de la Oficina de Cambios como apéndice del Banco, donde se canjearía oro por papel y papel por oro. Los críticos fueron unánimes en admirar la medida, que se apoyó, como es lógico, en el notable predicamento del gobernador.

“Desde que se instaló, la Oficina -dice un estudioso del tema- gozó de la confianza y el favor del público”. Particulares y empresarios fueron de inmediato, entregaron el oro que habían atesorado y se llevaron, ufanos, el papel respaldado por el metálico, que gozaba de inmenso prestigio. De la noche a la mañana comenzó a fluir el billete en las transacciones y los negociantes lo prefirieron al oro mismo, porque lo consideraban una moneda respaldada y a diferencia de aquél, lo encontraban más cómodo y manejable. Para el público se disiparon las dudas: consideró que la seguridad del billete era absoluta pues cada peso papel puesto en circulación tenía en caja su correspondiente equivalencia en oro y asumió la contundencia de su valor como un hecho de imposible traición.

Al cumplir Alsina el primer año de gobierno, se publicaba en Inglaterra un libro que habría de conmover la infancia de muchas generaciones. Surgió de la pluma de un matemático que cultivó la investigación del álgebra y la trigonometría: Charles Lutwidge Dodgson, que se hizo famoso con el seudónimo Lewis Carroll.

Lejos de ejercitar las ciencias exactas y promover el culto del cálculo y el análisis escrupuloso de las cifras abstractas, escribió “Alicia en el País de las Maravillas”.

Pero no era la lectura de “Alicia en el País de las Maravillas” lo que tenía contento a Alsina; tenía motivos para sentirse feliz con las operaciones cambiarias que él había estimulado: la Oficina de Cambios -fuente de inspiración después para otra versión dichosa, la Caja de Conversión- había superado las metas trazadas con el mayor optimismo sin ningún soporte especial, como hubiera sido un crédito externo.

La conversión era ya un hecho consumado y la estabilidad monetaria un dato incuestionable gracias al público (y la seguridad que inspiraban las autoridades) que en forma espontánea había llevado el metálico que atesoraba para cambiarlo por papel. ¿Quién dice que la economía no es subjetiva y la confianza en los gobernantes no cuenta? El éxito fue tan notable que el gobierno no precisó recurrir a la ley de 1864 que preveía rescatar el papel desprestigiado mediante la venta de las tierras públicas o del Ferrocarril Oeste.

Éste no se vendió durante la gestión de Adolfo, que se negó con énfasis a desprenderse de él y los recursos obtenidos por las tierras públicas que se vendieron se destinaron a cumplir los fines específicos que ya se han relatado, no para el soporte financiero de las arcas provinciales. Ni un solo peso acudió en auxilio de la Oficina de Cambios (sólo recibió el aporte inicial de dos millones de pesos) que por su parte estabilizó la moneda, acrecentó el circulante y bajó en forma drástica el precio del interés. Fue sólo el apoyo del público, que con fe en su gobernador confió a la integridad de su conducta los ahorros y su futuro.

Adolfo Alsina podía sentirse realizado y con la misión cumplida si no fuera que las fronteras inseguras, vulnerables al malón y el saqueo, le avisaban en forma permanente que la tarea no estaba terminada.

No completó el mandato de gobernador de Buenos Aires; otras responsabilidades que el país le encomendara lo habían convocado. Renunció a la gobernación y Emilio Castro, que presidía el Senado, terminó el período de gobierno que aún le restaba por cumplir. Había sido electo vicepresidente de Sarmiento, con más votos aún que el mismo sanjuanino.

Capítulo VII

Sarmiento - Alsina

1) Tuyú-Cué: un testamento vengativo

Los caminos de Bartolomé Mitre y Adolfo Alsina tomaron caminos opuestos.

Ambos eran jefes de partido y el entusiasmo político que desataron con motivo de las elecciones de 1868 tuvo consecuencias duraderas, como ya ha sido dicho.

Estas elecciones tenían, por otra parte, connotaciones particulares.

Los anteriores presidentes habían sido elegidos como una derivación de circunstancias especiales: Urquiza lo fue a consecuencia de la victoria de Caseros; Derqui como resultado de la "imposición" de Urquiza y Mitre fue encumbrado después del éxito militar en Pavón.

La sucesión de Mitre sería la primera en que se pusiera a prueba el sistema electoral del que surgirían candidatos elegidos por la exclusiva voluntad de los electores y sin condicionamientos previos. Los favorecidos lo serían por el reconocimiento expreso del poder electoral mayoritario de las provincias, incluida la de Buenos Aires.

Sin dudas, uno de los hechos que produjo consecuencias más perdurables y revistió contornos más virulentos en esos comicios fue la carta que el general Mitre envió a Gutiérrez desde el frente paraguayo, lo que dio en llamarse "el testamento de Tuyú-Cué".

Habían aparecido varios candidatos; como suele ocurrir casi siempre, los primeros fueron una derivación de las aspiraciones de los hombres que formaban en el partido liberal gobernante: Elizalde, Rawson, Sarmiento.

De inmediato apareció una candidatura independiente, de alguien que encarnaba la

oposición al presidente en su mismo distrito: Adolfo Alsina. También surgió otro opositor, que llegaba con las simpatías del interior y los electores del litoral: el general Urquiza.

En esas circunstancias José María Gutiérrez, uno de los principales redactores de La Nación Argentina publicó un artículo acerca del futuro comicio y expresó su apoyo a Rufino de Elizalde; era común que los diarios tomaran partido sin ambages por los candidatos y las posiciones en pugna. Como deseara la conformidad de Mitre (o porque sabía que la obtendría), le envió el ejemplar del diario al campamento de Tuyú Cué donde estaba estacionado el general con el grueso del ejército.

La carta y el artículo de Gutiérrez fueron contestados con una larga respuesta que dio en llamarse “el testamento político de Mitre”. En ese “testamento político” el presidente calificaba las candidaturas de Urquiza como “reaccionaria” (con seguridad interpretando que implicaba una vuelta atrás de Pavón) y la de Adolfo Alsina como “de contrabando”. Una lectura objetiva del texto de la carta pone en evidencia que Mitre no dejó de definirse como ha sido señalado con reiteración. Por el contrario, abundó en definiciones y puntualizó sus discrepancias, pero eso sí: garantizó en todo momento su prescindencia (como en efecto hizo), sin perjuicio de exhibir las preferencias que abrigaba.

La carta -como es de suponer- fue dada a publicidad, con las lógicas consecuencias: revuelo y confrontaciones.

Urquiza optó por guardar silencio y no responder; Adolfo no pudo ocultar su justa indignación y le contestó con una respuesta elevada pero dura y sin miramientos.

En realidad, Mitre estaba efectuando un “pase de facturas” (para emplear un término actual), poniendo en evidencia la rivalidad que sostenía con Adolfo. Éste, en el mensaje a las cámaras del año 1868, no había tenido piedad con Mitre, reprochándole las intervenciones federales: “...la política tantas veces desacertada del Gobierno Nacional y en particular las intervenciones, son otras de las causas que han venido elaborando la situación en que nos vemos. Si los constituyentes hubiesen sospechado el uso que se haría de la facultad de intervenir no lo habrían consignado en la Carta Fundamental porque una atribución conferida para garantizar la estabilidad de los gobiernos locales la vemos convertida hoy en máquinas para destruir soberanías”. (Se refería a las célebres intervenciones ocurridas durante la presidencia del general Mitre, cuyos comisionados fueron los famosos “procónsules”, llamados así porque eran militares nacidos en el Uruguay).

Tal vez lo que más molestó al Presidente fue el tono paternal y perdonavidas que contenía el mensaje: “...en cuanto a mí, considero que todo sacrificio, no siendo el honor, es pequeño, si puede conducirnos a salir de la situación insoportable en que vivimos”.

Quizá fue la suma de varias cosas; el pasado de los hombres tiene recovecos insondables, rencores estibados con buena memoria, amarguras guardadas a la espera de una ocasión para endulzarlas con el jarabe de la revancha. Adolfo no debía olvidar que los amigos de Mitre habían servido la cabeza de su padre en bandeja de plata a Urquiza después de Cepeda. Tampoco Mitre dejaría de recordar que ese mozo había hecho estrellar sus planes de federalización de Buenos Aires y que esa cruzada lo había erigido en cabeza de partido y gobernador de la Provincia.

Enrique Sánchez nos ha dejado una impresión cercana de los hechos. Dice -y es absolutamente lógico- que su jefe no pudo guardar silencio ante la carta de Mitre como hizo el general Urquiza, entre otras razones porque la calificación empleada para uno y otro fue distinta. Mientras al caudillo entrerriano lo llamó “reaccionario”, adjetivo que tiene una estricta connotación política, al porteño lo hirió con un ataque personal: “candidatura de contrabando”.

El “testamento político” vio la luz el 10 de diciembre de 1867 en las columnas del diario La Nación Argentina y Mitre, desde el cuartel en que acampaba el ejército argentino, dio a la carta el alcance que él conocía de antemano, pues “una indicación mía, por indirecta que fuere, heriría de muerte a cualquier candidato y esa muerte sería merecida, porque sería una iniciativa insolente a la faz del pueblo”, había dicho.

Mitre no sólo apoyaba a Elizalde -lo que puede leerse con claridad al contemplar en forma objetiva el documento- sino que anatematizaba sin contemplaciones a Alsina.

Decía la carta en forma textual: “Fuera de esas condiciones supremas, las ventajas están a favor de las candidaturas reaccionarias de Urquiza o Alberdi o de las candidaturas de contrabando como la de Adolfo Alsina, pues todos ellos representan la liga inmoral de poderes electorales usurpados por los gobiernos locales...” Y rechazando toda interpretación conciliadora, la carta expresaba más adelante: “Para que no quede ninguna duda del modo como yo entiendo esto, agregaré que en mi programa, que toma como puntos de partida hombres como Elizalde, Sarmiento, Rawson, etc. no está excluido ni aún el mismo doctor Alsina, que es hoy una falsificación de candidato, al cual podría darse el valor legal por el apoyo de la mayoría”.

Esta última parte de la carta desató la furia de los alsinistas; ellos sostenían, con un rigor no exento de lógica, que el general Mitre por un lado rechazaba una candidatura calificada “de contrabando y producto de una liga inmoral”, pero que si en cambio ese mismo candidato hubiera revestido las formas aparentes, es decir si se le diera “el valor legal por el apoyo de la mayoría” habría merecido su aprobación. “No transige con la inmoralidad, pero no tiene inconveniente en aceptar esa misma inmoralidad”, decían.

Clamaban además porque Mitre había dicho por un lado que aseguraría su absoluta prescindencia y por el otro proclamaba que pondría toda su “influencia moral” para combatir esos candidatos, proclamando que tenía suficiente poder como para matar o prestigiar candidaturas, según su gusto. “¿En qué quedamos? ¿Es prescindente o no?”, decían.

Con la carta de Tuyú Cué el partido liberal, que de hecho estaba al borde de la división, homologó su fractura, porque Gutiérrez, tomándose del texto de la carta, proclamó que “nunca podré comprender como el doctor Alsina pueda ser candidato de un partido liberal en la acepción noble, elevada y verdadera de la palabra. Alsina representa ante el mundo social la ignorancia y el atraso; ante el mundo político la mezquina intriga de los círculos; ante el carácter individual la ambición insolente, ante las tendencias del gobierno la tiranía; ante la unión nacional el localismo ciego y ante las instituciones liberales la usurpación de la soberanía popular. Usted lo ha dicho textualmente: representa como Urquiza, la liga inmoral de poderes electorales usurpados...”

Cuando el martillo caía con tanta fuerza como la que propinaba Gutiérrez en esa declaración, podría sospecharse que el clavo molestaba demasiado en el zapato o, parafraseando al manchego, que si ladraban era porque la cabalgadura avanzaba.

Debió esperarse casi un siglo para que Bertrand Russell lo condensara en la ironía de una frase que hubiera sido de aplicación a los sucesos de entonces: “Las opiniones no deben ser sostenidas con fervor. Nadie pone énfasis para proclamar que 8 por 7 son 56 porque se puede saber que es así; el fervor es necesario solo cuando se recomienda una opinión dudosa que se puede probar que es falsa”.

Entre Mitre y Gutiérrez se habían ocupado de demoler a todos los candidatos que no fueran Elizalde. Hasta Sarmiento, situado en un primer momento entre los hombres potables por el Presidente de la República, caía también fulminado por el rayo de Tuyú Cué al analizar el manifiesto proclamado por el sanjuanino (que era para las elecciones de ese tiempo el programa de gobierno): “es una coz”, sentenció con desprecio Mitre.

Como es de imaginar, a esta altura de los acontecimientos Adolfo no podía permanecer en silencio, sin levantar los cargos con los que Mitre le colgara, por lo menos, la sospecha de una conducta reprobable.

Lo hizo con energía, mediante una carta extensa en la que rechazó las acusaciones y atacó al Presidente sin cuartel, dando lugar a que poco después el diario La República se tomara de ambos textos para fustigar a Mitre y acusarlo de falta de consecuencia con sus propias opiniones.

El diario trajo el recuerdo del intercambio de cartas entre ambos protagonistas después de la derrota de Cepeda (no puede dejar de sospecharse que esas perlas las susurrara el mismo Alsina al oído del periodista) y el diálogo que siguió al encuentro entre los dos, el que ya hemos relatado.

En esa ocasión, Mitre había dicho (por escrito) “acabo de decir a mis amigos los Elizalde que me avergüenzo de llevar charreteras dadas por ellos y que la mancha de indigna cobardía que se han echado encima sacrificando al miedo la ley y los principios no se la borrarán jamás”. (Se referían esas palabras a la ocasión en que la Legislatura pidió a Valentín Alsina la renuncia al cargo de gobernador para satisfacer al vencedor Urquiza). Ahora salían a relucir retornando como un bumerang al campamento de Tuyú Cué.

El aire se había enrarecido por completo y las imputaciones volaban en todas las direcciones con las salpicaduras del caso. La República ahora apelaba a la lógica y decía que Alsina negaba los cargos de haber efectuado ligas con otros gobernadores de provincias, por lo cual la imputación sólo tenía el valor de una mera acusación (lo cual no carecía de lógica).

El diario le reprochaba a Mitre haber usado distinta vara para medir a Alsina y a Elizalde; las dudas sobre aquél las tomaba como verdades; las sospechas sobre el último las desechaba. “¿Por qué no dirigía sus anatemas contra Elizalde, cuya candidatura parecía impuesta por el Brasil?” decía no sin una cuota de venenosa ironía. (La imputación no era descolgada; el Brasil había proclamado en forma ruidosa que Elizalde era el mejor candidato y el más confiable. En este caso, el ministro de Mitre recibió, sin pedirlo, el abrazo del oso).

Además batió el parche e hizo su agosto, preguntándose por que razón Mitre dio por descontado que existía “liga” entre Alsina y Luque (gobernador de Córdoba) sólo porque un amigo político de ambos (y no Luque) hubiera proclamado en un banquete su candidatura en esa provincia. ¿Podía detectarse alguna conducta inmoral en ese acto? Con ese mismo patrón de medida -decía el diario- habría tenido que medir al doctor Elizalde, cuya candidatura había propiciado la prensa del Brasil en forma unánime: “¿Hubiera debido deducir el general Mitre, por este solo hecho, que Rufino de Elizalde había realizado alianza o pacto con el Gobierno Imperial?”

Los golpes de La República caían como cañonazos enemigos en el campamento de Tuyú Cué.

Pero a todo esto ¿qué contestó Alsina?

Adolfo empujó la pluma con rapidez para contestar la carta de Tuyú Cué. El día 24 de

diciembre estaba fechada la respuesta en la que reprochaba a Mitre, lo ante todo, haberlo presentado a la opinión pública como un mandón que todo lo sacrificaba para escalar a la Presidencia.

Aprovechó para deslizarle una dosis sutil de ironía: con elegancia no exenta de ponzoña daba por supuesto que la respuesta no irritaría al general, ya que era conocido como hombre para quien la democracia no lucía solo en los labios y por tanto sabría recibir las críticas como un bienvenido ejercicio de ese derecho.

Después, el esgrimista de salón dio paso al peleador callejero y aparecieron los mandobles y la queja se mezcló con la burla. “Luis XIV decía -porque podía decirlo- 'el Estado soy yo' ¿cree Ud. poder decir 'la verdad y la infalibilidad soy yo'?”

Alsina sugería que el general estaba inmerso en las intrigas del grupo que lo rodeaba y que su pensamiento estaba influenciado por una corte confabuladora, que incluso había llegado a deslizar alusiones a su vida privada: “...desgraciadamente alrededor de su carpa la atmósfera de la pólvora se halla infestada por el aliento de la chismografía”, dice con sarcasmo viperino.

Dirigió la estocada hacia Mitre y el filo llegó a Elizalde: “...los que combaten mi candidatura son los mismos que la nutrieron al mismo tiempo que yo hacía esfuerzos para sofocarla al nacer: [día llegará] en que ofrezca pruebas de que he tenido virtud bastante para rechazar proposiciones de ligas, de pactos y de alianzas que otros, a quienes Ud. coloca sobre mi, habrían aceptado”.

Adolfo pasa a continuación a referirse al encumbramiento que hacía Mitre de Elizalde y le recuerda con paradójales detalles el episodio que protagonizaran ambos después de Cepeda y que ya fuera referido. “¿Quién le hubiera dicho entonces que en el transcurso de pocos años Ud. confiaría a ese mismo doctor Elizalde la cartera de Relaciones Exteriores y le presentaría a los ojos de la República como el candidato para sucederle, en mejores condiciones morales?”

Se ha dicho con la certeza de una verdad teologal que la carta de Tuyú Cué sepultó la candidatura de Adolfo y frustró su carrera a la presidencia de la Nación.

No fue así; ese juicio tal vez provenga de una lectura ligera del final de la respuesta que el caudillo enviara a Mitre. Si se tomara la despedida dentro del contexto general de la carta esa conclusión sería diferente: “Su carta ha sido el golpe de muerte para mi candidatura. Que la mía sea la lápida que yo mismo coloque sin violencia sobre su tumba”. En realidad la carta de Tuyú Cué no sepultó la candidatura de Alsina ni éste cesó en sus trabajos electorales; tampoco la respuesta fue una lápida para Mitre.

Ambas esquelas deben ser interpretadas con rigor, exigiéndose el analista para lograr que la conclusión que extraiga de su lectura se ajuste a los hechos tal como ocurrieron.

El “testamento de Tuyú-Cué” fue un obstáculo en la carrera presidencial de Alsina, pero solo fue uno más de los tantos que debió sortear. A pesar del “testamento” pudo haber sido igual presidente, pero el juego de las alianzas posibles (con Urquiza o con Sarmiento) y no la carta de Mitre desde el campamento se lo impidieron.

Todo ello sin dejar de recordar que alcanzar la vicepresidencia, a un hombre joven como era entonces Adolfo, fue todo un éxito político.

Para ser justos, Mitre le hizo mayor daño a la candidatura de Alsina con otras acciones que pasaron más desapercibidas que el célebre “testamento”. Alsina no alude a ellas cuando responde, tal vez porque tuvieran menos espectacularidad, aunque sus efectos fueran más graves: las intervenciones militares o asonadas en Córdoba, Santa Fe y Corrientes.

Al intervenirse Córdoba se privó a Alsina del apoyo de Luque, leal aliado y por lo tanto de sus votos; al destituir las autoridades de Santa Fe (Oroño estaba en sintonía con Alsina) y Corrientes se suprimieron los respaldos incondicionales a Urquiza ¿cómo habrían funcionado los Colegios Electorales con su composición genuina y no con la impuesta por los procónsules? Sin que el célebre “testamento” limitara sus movimientos, Adolfo continuó buscando la “combinación” necesaria para ser electo presidente, pero en sus cálculos debió dar por perdidos los apoyos de esas provincias.

2) Las elecciones

Todas las elecciones de esa época transmitían un encanto electrizante, pero las de 1868 contagiaron más todavía. Los dos grandes clubes sociales de la ciudad, del Progreso y del Plata debieron modificar sus estatutos para prohibir que en la sede se trataran temas políticos, los que por la vehemencia con que eran manejados por los socios amenazaban con paralizar el funcionamiento institucional, dividirlo o disolverlo.

Así al menos había ocurrido con otras instituciones simpáticas y muy populares, salidas la mayoría de ellas de las murgas y comparsas que abundaban en los corsos de Carnaval.

Paradigma de esta situación fue el club de Los Negros, que debió cerrar sus puertas en forma definitiva porque cada vez que por su frente pasaba una manifestación de partidarios de Alsina o de Mitre sus adeptos salían a los balcones para testimoniar la identificación incondicional que sentían por ella. Como era de suponer, los adversarios que

permanecían en el interior del club reagrupaban fuerzas para rebatir esa euforia y a las discrepancias que al principio comenzaban con bromas y discusiones, el entusiasmo (y a veces algo de alcohol) les aumentaba el tono hasta que salían a relucir los estoques y la sede social se convertía en un campo de batalla. Así ocurrió al menos con algunas pintorescas entidades, que sucumbieron por efectos de la pasión dominante, como los clubes Habitantes de la Luna, La Africana y Habitantes de Carapachay.

También es verdad que la disputa Alsina-Mitre alcanzó a otros sectores sociales, algunos conformados por personas de una edad en la que era razonable esperar una mayor serenidad, al menos por los años que llevaban a cuestas. Así ocurría al menos con el famoso Banco de las Camelias, de traza circular, situado en la plaza del Parque y que habían hecho construir para su solaz un grupo de alegres viejitos.

En él se daban cita en forma diaria un grupo de personas mayores, cuyo principal entretenimiento era intercambiar bromas entre sí y acercar algún piropo elegante y respetuoso a las niñas que se aventuraban por sus alrededores. En medio del ambiente caldeado del momento, las jovencitas habían pasado al olvido en esas tardes cálidas del verano porteño y la política de los partidos ocupaba un lugar dominante. Los caballeros que allí se citaban pronunciaban arengas encendidas a favor de uno u otro jefe, ensayaban discursos, cautivaban a los transeúntes con el brillo que da la oratoria a las personas mejor dotadas para ese arte y concluían su exposición en medio de sonoras ovaciones.

Pero la política atrapaba también en otros lugares; ciertos negocios eran el punto de concentración de parroquianos que se identificaban con uno de los dos hombres; la librería de Casavalle era una de ellas y no le iban por debajo la sastrería de Rey, la mercería de Infiestas, la fotografía de Pozzo, y sobre todo las tiendas, donde hasta algunas señoras expresaban su punto de vista, en general proclive a Mitre. Las más notorias eran la de Iturriaga, Emilio Jiménez, Carlos Romero, Bolar, el cabezón Sosa, Durañona, Calderón y Casal por ejemplo, o las sombrererías de Manigot y Pedro Moreno.

Algunas escribanías eran también centro de concentración de partidarios; las más notorias eran la de Bustamante, Blaquier, Berraondo, Chaila y Hueyo, así como los remates, oficinas de moda que crecían al impulso de la prosperidad que flotaba en el campo, como los de Balbín y Plows o de Bullrich, por ese tiempo establecido en la calle Piedad.

Los recordados “escritorios” de los Unzué, los Grondona, los Zemborain y los Alcobendas. O las célebres boticas, centro de convergencia de partidarios: las de Amoedo, Giovannelli, Cranwell, Torres, Rencke. Y por supuesto, a la salida de los teatros la tertulia continuaba con animado fragor en las confiterías de la Armonía, París o de los Catalanes.

Al decir de muchas familias de abolengo, no faltaron los San Pedro que negaron a Jesús: es que en las casas de pro era común el apoyo a Mitre, sobre todo por parte de la dueña de casa, verdadera matrona que convertía la residencia en un club partidario. Los hijos de esas familias, en cambio, se habían enrolado en las filas de Alsina, atraídos por el coraje del caudillo, su perenne soltería que lo rodeaba de un hálito de romántica superioridad, la voz poderosa y el calor cautivante de su oratoria.

Adolfo debía hacer malabares para sortear la gente que con habitualidad se situaba en la puerta de su casa aunque solo fuera para tocarlo al pasar. Era frecuente que entrara o saliera de su casa de la calle Potosí acurrucado en el fondo del coche para no ser visto y crear la impresión de que el carruaje se desplazaba vacío.

Por entonces en Buenos Aires era común el envío de misivas, ya sea para transmitir un mensaje o para anticipar una visita, lo que era frecuente si se tiene en cuenta que no existían los medios de comunicación que vinieron con el tiempo y los domicilios estaban situados unos cerca de otros.

Alsina recibía comunicaciones constantes, muchas de los cuales encerraban el clásico "pechazo"; ante la marea de cartas, había optado por no contestar ninguna, de manera que se acumulaban notas y billetes que jamás tendrían respuesta.

Tampoco era cosa fácil entrevistarlo; como buen caudillo daba a su tiempo la preferencia que él deseaba y podía abandonarse largo rato en un boliche del arrabal y desdeñar una recepción de contornos sociales relevantes.

Sus amigos ya conocían esta disposición y aceptaban con naturalidad ese estilo; Estanislao del Campo trató en varias ocasiones de entrevistarlo con suerte adversa. Sabía que no era eludido, ya que además de partidario era amigo próximo al caudillo, pero reprochaba sin pelos en la lengua al jefe: "uno le escribe y no contesta; cuando llega a contestar no se le entiende y cuando uno lo va a ver, no está".

En cierta ocasión tuvo suerte: Adolfo estaba en casa, pero manteniendo una conversación "secreta" con el ñato San Román, hombre leal, que piloteaba la situación en una parroquia de la ciudad. La conferencia entre ambos duraba mucho y después de una paciente espera de una hora y media, del Campo no aguantó más y le envió una tarjeta de visita, con unas cuartetas al dorso:

*Esperan los infelices
y ya cansados están,
del vis a vis de narices*

de Alsina y San Román.

Fiel a la espontaneidad que tenía, Adolfo leyó la esquila, soltó una carcajada, hizo pasar al amigo y extendió a tres la tertulia.

En coincidencia con la elección presidencial, terminaba el mandato de Alsina como gobernador de Buenos Aires; la Provincia podía exhibir su notable obra en materia de educación: el año terminaría con 13.335 alumnos y 193 escuelas en todo su territorio. Pero ninguna noticia superaba las expectativas que suscitaban las distintas alternativas que se barajaban en la elección presidencial.

El trámite era complicado, porque no se lanzaban fórmulas como las que conoció nuestro país con posterioridad, sobre todo a partir de la fundación del radicalismo, que fue un partido nacional. Al promediar la segunda mitad del siglo XIX no se hablaba de “fórmulas” sino de “combinaciones” porque en general no existían los partidos organizados de conformidad con estructuras nacionales y cada candidato dependía de los votos que obtuviera en el Colegio Electoral de cada provincia ... y de la suerte.

Para que ese postulante a presidente después tuviera un vice debía efectuar una “combinación”, como se decía entonces. De este modo, era probable que si un candidato lograba el apoyo de los electores de una provincia, debiera “combinar” con alguien potable a esos mismos electores, para que la figura del vice no fuera un obstáculo irritativo que frustrara su pretensión.

Si algún aspirante contaba con un número importante de votos, todo indicaba que tomaría contacto (en general mediante intermediarios confiables) con un rival para sugerirle la suma de los electores que tenían ambos, dando forma de este modo a la famosa “combinación”. En este aspecto el número tenía especial relevancia; quien contaba con más votos podría insinuar al otro una concordancia en la que él encabezara la fórmula, aunque tampoco debían desdeñarse otras posibilidades.

Por ejemplo, que el otro tuviera en el Congreso el espaldarazo de los legisladores de las provincias cuyos Colegios no lo votarían en una primera instancia, pero que, al revés, esos legisladores desecharan toda posibilidad hacia el candidato que encabezaba el dúo y había votado el Colegio de su provincia; de este modo la conjunción sería impracticable y la composición debería hacerse entre otros nombres. De manera que el mecanismo resultaba complejo, intrincado y la “muñeca” o el “olfato” de cada uno para manejar la situación tenía sobresaliente relevancia, porque las combinaciones posibles eran muchísimas y quien se equivocara, a pesar de tener un caudal conveniente, podía quedarse sin nada.

Ya la sabia Constitución de 1853 había establecido un principio de equilibrio entre el interior y Buenos Aires; los electores del interior eran más, pero por sí solos no se animarían a elegir presidente. Como es obvio, mucho menos podían hacerlo por su cuenta los porteños y en esta aparente contradicción radicaba la potencia del sistema: de manera forzosa debían conciliarse los intereses de ambos sectores y presidente y vice debían ser una amalgama entre el interior y Buenos Aires. De esta forma otro ingrediente debía sumarse para hacer viable la “combinación”: el binomio debía estar integrado por un porteño y un provinciano (o a la inversa).

Esto en rigor de verdad sólo servía para ayudar, porque las figuras gravitantes del país tenían presente los años de secesión de Buenos Aires y ni porteños ni provincianos querían regresar a ese período que solo se cerró a los tiros.

Fue curioso, pero sintomático: después de Mitre y hasta el ascenso del radicalismo ningún porteño fue presidente por un período íntegro; tanto los Saénz Peña como Quintana no terminaron sus mandatos y Pellegrini lo fue solo hasta completar el que correspondía a Juárez Celman. Durante casi medio siglo prevalecieron los presidentes provincianos.

Se ha dicho, no sin cierta ligereza, que ante la imposibilidad de llegar a la presidencia, Alsina pactó con Sarmiento de modo que los votos de Buenos Aires fueran al sanjuanino y los del interior que respondían a éste se volcaran al gobernador porteño para que ocupara la vicepresidencia. Los acontecimientos no ocurrieron con esa inercia lineal; fueron mucho más complicados, engorrosos y por lo tanto diferentes.

Por de pronto, la carta de Mitre había tenido un mérito no pretendido por su autor; impulsó a Alsina a explorar una alianza que con anterioridad no hubiera sido previsible: la unión con el general Urquiza. Y por cierto, ¿quién hubiera dicho una década atrás que el hombre elegido por la logia Juan-Juan para asesinar a Urquiza entablaría con él una relación que le aseguraría su amistad y su apoyo? ¿Y que entre ambos habría de nacer una relación sólida y confiable?

Es verdad que ya desde finales de 1867 se habían ocupado personajes próximos a ambos en acercar las posiciones de los dos jefes. Al final, pareciera que Urquiza quedó persuadido de dar el primer paso. El jefe entrerriano ya había ingresado al procerato, estaba más cerca que nunca de la estatua. Realizar el gesto inicial lejos de significar una mengua de su autoridad implicaba un acto de grandeza y superioridad; era, por otra parte, la declaración formal de que los viejos días de la Revolución del Once y los exabruptos de la Logia Juan-Juan habían quedado olvidados y sepultados.

Lo hizo en los primeros días de 1868 y con un pretexto baladí: el canónigo Martín

Avelino Piñero, senador nacional por Córdoba, publicó con un seudónimo un folleto titulado *Candidaturas Presidenciales*. El general se lo envió por medio de su sobrino a Alsina, pidiéndole en una carta muy cordial su opinión sobre el mismo. La respuesta de Alsina no se hizo esperar y junto a la afectuosidad del texto es fácil advertir la existencia de una notable habilidad política, que diera origen a una relación entre ambos cada vez más estrecha, convertida al final en amistad sincera y en el intento de armar una candidatura compartida. Yendo al fondo de la cuestión -y esto es muy importante recordar- Adolfo desaconsejaba a Urquiza postularse a la presidencia.

Mientras Alsina y Urquiza, por medio de la cansina vía epistolar buscaban una combinación, la búsqueda de una conjunción entre los otros candidatos había entrado en el terreno del vértigo porque los plazos apremiaban y la hora de la verdad se acercaba. El 12 de abril se había votado para electores en todo el país y el 12 de junio debían reunirse los Colegios Electorales. Les quedaban a los aspirantes apenas 60 días para terminar de armar sus combinaciones y esperar que la Fortuna les sonriera; por de pronto el resultado de aquellos comicios no había arrojado un ganador neto.

Como era de esperar, Alsina arrasó a todos los rivales en Buenos Aires pero se frustraron sus expectativas en el interior: Luque había sido destituido en Córdoba y los electores prometidos se evaporaron. Oroño, un aliado leal en Santa Fe, fue depuesto por una intervención federal y los votos de esa provincia se perdieron para Adolfo y Urquiza. Sólo contaba como seguras las 28 papeletas de Buenos Aires.

Urquiza tenía los de Entre Ríos y Salta, que reunidas alcanzaban los 26 votos, porque debió resignar los electores de la fiel Corrientes, donde una revuelta volteó al gobernador e impidió luego la reunión del Colegio. Pero la mano de Mitre si bien fue eficaz para achatar las perspectivas de los rivales; no alcanzó para ayudar a los amigos: Elizalde solo logró los votos de Santiago del Estero, Tucumán y Catamarca, donde tallaba la influencia de los Taboada, mitristas consecuentes. Sarmiento arribaba a los 50, con los votos de las provincias cuyanas y La Rioja, cuyos electores habían sido prudentemente “trabajados” por el general Arredondo.

Fue curiosa la promoción de Sarmiento, urdida por el general Mansilla, por entonces un oficial destacado que peleaba en los esteros paraguayos.

Mansilla provenía de una familia de antiguo cuño rosista y por lo tanto, próximo al partido federal. Se supone que concibió la figura de Sarmiento como un puente entre los liberales y el autonomismo, ya que el sanjuanino representaba como ninguno ese papel por su origen liberal y su enfrentamiento con Mitre. Dato interesante: Sarmiento había conseguido una intensa adhesión de los federales rosines después de enfrentarlo y haber

sufrido la ruidosa expulsión del liberalismo nacionalista. “Bienvenido un enemigo de Mitre”, dirían aquellos, perdonando los orígenes de don Domingo, tanto o más antirrosista que el mismo presidente.

Así concebida la candidatura de Sarmiento, la estrategia de Mansilla habría sido la de neutralizar las aspiraciones de los ministros mitristas (Rawson y Elizalde), frenar la irrupción de Urquiza y de paso apoyar a los autonomistas porteños, cuya cabeza visible era Adolfo Alsina.

Pero las elecciones fueron sugestivas: ninguno de los cuatro alcanzó la mayoría propia en los Colegios Electorales; la combinación era inevitable y, como ha sido dicho, los aspirantes se abocaron a ella en un impulso frenético, que no ofrecía margen al error.

Pero hagamos una pausa para que la crónica de los sucesos resulte más comprensible a pesar de la trama complicada que la envuelve. Se hace necesario retroceder al mes de febrero -el día 2, para ser más precisos- en que el Club Libertad de Buenos Aires debió decidir entre Alsina y Sarmiento el orden de promoción de ambos candidatos a la máxima magistratura del país. La reunión, dice Leopoldo Lugones, se realizó en una barraca de la plaza Monserrat, aunque otras versiones la sitúan en inmediaciones de Miserere. Julio A. Costa escribió que fue en la barraca que el senador Luis Martínez explotaba ocupando media manzana entre el callejón “del Pecado” y las calles Belgrano y Lima; en fin, cualquiera fuera el lugar exacto, lo que no ofrece dudas es que la reunión se llevó a cabo.

Había concurrido un público nutrido y con el entusiasmo del momento y notable elocuencia, que pudo superar el bullicio de una concurrencia bullanguera, Rufino Varela propició la candidatura presidencial de Sarmiento.

Con similar fervor hizo lo propio Pastor Obligado con la de Adolfo Alsina, que fue recibida con los famosos e inolvidables “¡Viva el doctor!”, juramento espontáneo y entusiasta de los adeptos.

El relato de los hechos toma aquí un curso risueño. Después de algunos discursos vibrantes -el de Estanislao del Campo a favor de Adolfo fue uno de ellos- el presidente de la Asamblea sometió la cuestión a votación, a pesar de que era de toda evidencia que la decisión que se tomara no tendría efectos vinculantes, aunque sí una sensible repercusión psicológica y política.

Presidía un sujeto de sobresalientes condiciones histriónicas, cuya profesión de martillero puso a prueba en ese encuentro; se llamaba Félix Amadeo Benítez y dio curso, al principio, a una moción que propiciaba la emisión de los votos mediante cédulas firmadas

por los asistentes. Pero la proposición, obra quizá de alguien que no tenía los pies sobre la tierra, debió ser desechada al poco tiempo porque la mayoría de la concurrencia era analfabeta.

Benítez, con un golpe de efecto y evidente “cancha”, solucionó el problema: ofreció al público los retratos de Alsina y de Sarmiento, que colocó uno a su izquierda y otro a su derecha. “Los que estén por Sarmiento, que se ubiquen bajo su retrato; hagan lo mismo los que están a favor del doctor Alsina”, exclamó con voz potente, de quien está acostumbrado a estimular pujas en las subastas.

Cuenta la leyenda que todo fue un ardid del mismo Benítez para lograr que la mayoría se volcara a favor del sanjuanino, porque situó el de Sarmiento a la sombra y el de Alsina al sol, que en ese mediodía de febrero caía de forma implacable sobre el suelo.

Aunque simpática, la leyenda es poco creíble en cuanto a sus causas; los asistentes eran hombres sufridos y de valía, muchos de ellos acostumbrados a jugarse la vida en la acción, antiguos soldados de la Guardia, que habían sabido ponerle el pecho a las balas y las tacuaras. Resulta difícil imaginarlos amancebados por la canícula, cambiando el voto por una efímera comodidad.

Lo cierto es que Benítez, de inmediato advirtió que la mayoría se inclinaba por Sarmiento y (como obedeciendo a una orden) antes de que se produjeran cambios de ubicación bajó el martillo que llevaba siempre consigo y exclamó, como si estuviera cerrando la oferta por un lote de novillos “¡Ganó Sarmiento!”

Una visión desapasionada de los acontecimientos permite conjeturar que Alsina aprobaba esa decisión de la Asamblea y la premura de Benítez -que era un ladero suyo- para convalidar la elección de Sarmiento así lo permite suponer. La opinión es unánime respecto de que una sola palabra de Alsina hubiera cambiado el resultado de la Asamblea y si nos guiamos por las elecciones que tuvieron lugar después, el 12 de abril, así hubiera ocurrido: Alsina arrasó a Sarmiento en toda la provincia. ¿Iba a ganarle Sarmiento una poblada en su propio pago?

¿El resultado de ese encuentro hace suponer que hubo una combinación Sarmiento-Alsina, según la cual recíprocamente se daban los votos? (Alsina los porteños y Sarmiento los provincianos).

Tampoco fue así; es probable que Adolfo quisiera preparar el ambiente entre su tropa para asegurar que en caso necesario se resignara a aceptarlo como vice de Sarmiento. Se sabía que la incondicionalidad de sus partidarios era refractaria a cualquier acuerdo que no tuviera a su jefe como protagonista principal. Que una asamblea hubiera

resuelto que debía ocupar el segundo lugar era un dato que permitiría a su gente pasar el trago amargo con más resignación.

También debe tenerse presente que Alsina jugaba, como buen político, a dos puntas: no había perdido las esperanzas de ser presidente de acuerdo a los contactos que mantenía con Urquiza, pero quería guardar como una carta de triunfo el recurso de acompañar a Sarmiento como vice, si los números no le alcanzaban para ganar.

Las conversaciones con el caudillo federal se intensificaron con el correr de los días y como el hielo se había roto a partir del gesto que hiciera el general Urquiza, no fue dificultoso para ninguno de los dos reanudar el trato.

Sobre todo después del 12 de abril, con los resultados electorales en la mano y cuando ya Alsina declarara que “se bajaba” de las pretensiones presidenciales, la correspondencia con Urquiza fue diferente. A partir de ese momento el minué resultó una obra de arte; aceptó la combinación, pero continuó sugiriendo a Urquiza, ya desde la posición más cómoda de candidato a vice, que no disputara el primer lugar, que desistiera de su postulación.

Es obvio que tanto uno como otro sabían que en forma secreta Alsina permanecía abrigando esperanzas presidenciales y que en el fondo esperaba que Urquiza lo apoyara a él para presidente, ahora que habían establecido una coincidencia sólida. Analizada esta situación con la proyección que dan los años puede afirmarse la tesis de que ninguno de los dos fue desleal con el otro y conjeturar que a Urquiza le resultaba agradable la persona de ese gobernador y caudillo, joven y corajudo, arriesgado y mujeriego, que le recordaba en algunos aspectos su propio pasado juvenil.

Ya estaban en el mes de mayo y el trámite debía acelerarse porque se acercaba la fecha de apertura de los Colegios Electorales. Urquiza contestó enseguida y en el mismo tono afectuoso que había imperado entre ambos, pidió una definición. “¿Estaría Adolfo Alsina dispuesto a participar en el arreglo 'Urquiza-Alsina'?” La estocada iba a fondo; ya no habían más pasos de minué que demoraran la decisión. El tiempo urgía y los bifés debían ponerse todos en la parrilla de una vez por todas.

La respuesta la adelantó Terrero -oficiaba de agente de Alsina- que anticipó una carta que llegaría a Entre Ríos en forma inmediata: Adolfo aceptaba integrar el binomio, pero no quiso vender humo y con honesta franqueza le señaló al general que no debía contar con un solo voto de Buenos Aires.

Le explicaba en la respuesta que la opinión pública y los electores en particular, no aceptarían el acuerdo y le hizo la confidencia de un secreto: no podría volcar el peso de su

poder y prestigio de que gozaba para torcerlos, porque sería un esfuerzo vano y un gasto estéril.

Días después Urquiza publicó un folleto que hizo distribuir como una circular, en el que compilaba el intercambio de cartas con Alsina, con Mitre y con agentes oficiosos. En contra de lo que han afirmado muchos, no sorprendió en absoluto al gobernador de Buenos Aires con el folleto. Al contrario; antes de publicarlo, con gentileza de caballero, Urquiza le hizo conocer el texto y Adolfo respondió no sólo aprobándolo sino ponderando la elevación de los conceptos que contenía.

Como la circular hacía conocer la combinación que había alcanzado con Alsina, los diarios y la opinión en Buenos Aires pusieron el grito en el cielo. “¡Traición!” clamaban algunos, como si el gobernador, al aliarse con el general considerado el enemigo número uno de Buenos Aires, estuviera claudicando ante un tirano. Como suele suceder, los más indignados eran los mitristas, que veían peligrar su estrategia a favor de Elizalde con esta jugada de su rival. “¡No puede aliarse con el enemigo!”, gritaban con furia, tal vez silenciando el párrafo siguiente, que no pronunciaban en voz alta: “porque eso nos perjudica a nosotros”.

Varios partidarios de Alsina se retobaron y otros consideraron que era el momento de hacerse a un lado; Avellaneda y Mariano Varela, por caso, renunciaron a sus Ministerios. Wilde, que dirigía el Boletín Oficial, se insolentó y fue despedido. Mitre escribió “Alsina es el pato de la boda con sus famosas cartas urquicistas”.

Pero Adolfo no perdió la calma. Como corresponde a un caudillo, se aguantó el chubasco sin temblar y acreditó que las agallas que se le conocían no las llevaba de adorno.

Algunas de esas deserciones le molestaron; la que más le dolió fue la de Avellaneda y durante años estuvo disgustado con su joven ex ministro.

Durante varios años, esos dos hombres, hijos de la persecución política y el odio de las facciones, estuvieron distanciados, sin dirigirse la palabra siquiera. Pero ambos sabían de qué madera estaba hecho el otro; conocían la integridad de sus pensamientos, la honradez de sus intenciones, los fines que perseguían, aún cuando Avellaneda se hubiera dejado llevar por un arrebató juvenil y se apartara del gobierno y de la amistad de Alsina. Conmovido en sus sentimientos que lo ligaban al martirologio de su padre, no aceptó el acercamiento de su jefe al caudillo federal.

Habían terminado mal una relación y ninguno se sentía menos digno que el otro para dar el primer paso en el camino de la reconciliación. Que las buenas gestiones llevadas a

cabo años después -la gestión de Rocha fue determinante- hubieran restablecido esa amistad interrumpida fue no solo una buena ocasión aprovechada para el país, que se reencontró con dos hombres de valía, sino para ellos mismos, que durante un largo tiempo habían vivido privándose del goce de una amistad franca.

Fiel a su estilo, Alsina no se escondió ni intentó apaciguar los ánimos; uno de los párrafos transcritos en el folleto fue de los que más escandalizó al público: cuando le prometió a Urquiza el apoyo poderoso de Buenos Aires para su gobierno, si éste no se apartaba de los principios liberales que garantizaban la felicidad del pueblo. Cuando las protestas llegaron a colmarlo, tomó la pluma y con palabras que rebosaban virilidad ratificó como para que no quedaran dudas: “lo escribí con mano tranquila y con mano tranquila hago esta misma ratificación”: nada de borrar con el codo.

Julio A. Costa decía que los mayores problemas de Alsina provenían de sus mejores amigos, que no aceptaban ninguna combinación que no fuera encabezada por él. Como ya hemos dicho, esto explicaría la parodia realizada en la barraca de Martínez para justificar la declinación de su candidatura a presidente y la premura con que Benítez proclamó el triunfo de Sarmiento.

Pareciera que las cosas ocurrieron de ese modo, aun cuando Carlos Octavio Bunge la presenta de una manera distinta: “Por ello las relaciones políticas que pretendió entablar con él [con Urquiza] el Dr. Adolfo Alsina le acarrearón tantos antagonismos. La alianza pasajera entre los provincialistas del interior que reconocían por jefe a Nicolás Avellaneda y los autonomistas que encabezaba el gobernador de Buenos Aires hubiera podido dar otros resultados si el doctor Alsina no hubiese mezclado al general Urquiza en sus fantásticas combinaciones”. Pero el juicio es superficial y no consulta los objetivos que perseguían los dos estadistas, sin perjuicio de señalar que la referencia a Avellaneda es extemporánea. Avellaneda era todavía una promesa, distante del estadista ejemplar que con los años fue; por entonces (1868) no era el jefe de las “fuerzas provincialistas del interior”.

En realidad el juicio de Bunge hace agua por donde se lo mire. Respecto de Urquiza, nunca había prometido Adolfo más que su apoyo; en ningún momento sugirió o dejó en la nebulosa la posibilidad de que el respaldo se tradujera en algunos votos en el Colegio Electoral. Al contrario; de plano descartó esa posibilidad y en forma leal se lo hizo saber; no hubo doble discurso ni artimaña alguna.

¿Que Alsina le prometió el apoyo de Buenos Aires si Urquiza era gobierno y no se apartaba de los principios liberales? ¡Por supuesto que sí! Pero eso dista mucho de constituir una “fantástica combinación” ¿acaso un mínimo sentido del patriotismo no lo

exigía?

Y en todo caso ¿qué hubiera sido recomendable? ¿Que Buenos Aires le diera la espalda a Urquiza si llegaba a ser electo presidente para dejar a salvo el resentimiento porteño? Y qué era mejor para un país unido, que cierra sus cicatrices ¿rechazar una fórmula que integrara al Gobernador de Buenos Aires con el caudillo federal como vicepresidente o una ruptura?

El acuerdo Urquiza-Alsina fue conveniente para ambos, como ha sido dicho y nada despreciable para Adolfo a quien la amistad con el caudillo entrerriano le aseguró la vicepresidencia, sin depender para ello de Sarmiento, como se verá enseguida.

Por otra parte, como quedó demostrado, es suficiente con mirar los votos y el origen que tuvieron respectivamente los que lograron Sarmiento y Alsina para ver que ellos son el resultado del arrastre que cada uno de ellos tuvo en la contienda.

Cada uno fue acompañado por sus partidarios en forma independiente y no como resultado de una fórmula compartida y si Alsina obtuvo más que el propio Sarmiento fue, precisamente por los votos que le dio Urquiza.

Adolfo había ganado en Buenos Aires y todos los electores (menos dos ausentes) lo votaron para vice; Sarmiento obtuvo un número menor. En definitiva en el cómputo de los Colegios Electorales de todo el país, la combinación Sarmiento-Alsina, en forma conjunta obtuvo solo 61 votos; el Presidente en forma individual sacó 79 y el vice, de la misma manera, tres más, es decir 82.

Pero, como decíamos, no obtuvieron esos votos juntos sino por separado. Los electores de Córdoba, por ejemplo, votaron de manera unánime a Sarmiento, pero sólo tres lo hicieron por Alsina para vice y al revés, éste logró todos los votos de Entre Ríos para vice y aquél no cosechó ninguno para presidente. Salta entregó sus 10 votos para vice a Alsina y no votó a Sarmiento. Santa Fe eligió a Urquiza, pero no como Salta y Entre Ríos llevando a Alsina de vice, sino sosteniendo a Paunero y éste salió segundo en Córdoba (recordemos que Alsina solo sacó 3), pero los del general Paunero lo fueron acompañando a Sarmiento, no a Elizalde, con quien se había combinado. Esta extraña composición del resultado electoral demuestra lo anticipado: no se votaban fórmulas sino “combinaciones”, de las cuales la más sólida (aunque no la triunfante) resultó ser la de Urquiza con Alsina, como se explicará a continuación.

La alianza de ambos estadistas debe situarse en el plano que en efecto tuvo: lealtad en la negociación, patriotismo en los objetivos y astucia en la ejecución.

Alsina alcanzó con notable habilidad concretar una genial jugada y Urquiza confirmó

la grandeza de miras que lo guiaba, más cercana a la historia y al monumento que le erigió Buenos Aires en Palermo que a la más mundana ascensión presidencial. En algún momento sirvió también para poner a prueba la valentía de Alsina, capaz de asumir las responsabilidades de decisiones que chocaban a la opinión de Buenos Aires.

Ambos jefes actuaron con la cara descubierta y las cartas sobre la mesa; ni Alsina engañó a Urquiza ni Urquiza trameó a Alsina. ¿Qué ganaron con la combinación? Mucho. Alsina se aseguró la vicepresidencia con el apoyo de Urquiza; sin los votos de Entre Ríos y Salta (que se los debió a Urquiza) no habría alcanzado la mayoría en los Colegios Electorales, y en ese caso la decisión definitiva habría pertenecido al Congreso, donde hubiera triunfado Paunero que contaba con más apoyos.

Urquiza buscaba dos cosas. Una de ellas, si fuera posible aunque remota, la obtención de algún respaldo electoral para su candidatura a presidente. La segunda: sabía de sobra que no era aceptado en Buenos Aires; si resultara electo, la Capital ya no estaría en Paraná como en su anterior presidencia; ahora tendría que bajar a Buenos Aires y ya no dispondría del cómodo refugio en San José. Contar con el apoyo de Alsina, nada menos, le podría asegurar la gobernabilidad y la posibilidad de que, poco a poco, la ciudad terminara por aceptarlo.

Permítaseme agregar otra razón más. La combinación con Alsina le sirvió al vencedor de Caseros para asegurar su pasaporte a la historia. Alsina fue el iniciador, después Mitre y los dirigentes que formaban opinión en Buenos Aires, fueron girando su posición respecto de Urquiza: de la animadversión inicial terminaron por admirarlo; dejó de ser el “aprendiz de tirano” o el “nuevo déspota” para convertirse en el estadista que aseguró la libertad y afirmó la unidad del país. El mismo Sarmiento tejió con él una amistad sólida; lo visitó con admiración y dicha juveniles en su famoso palacio, intercambiaron bromas impensables antes y no pudo ocultar dolor y furia cuando fue asesinado.

La combinación Urquiza-Alsina había preparado al general el camino a la aceptación primero y después al bronce, lo que no fue poco y al menos por este solo hecho cabría reconocerle a Alsina el mérito de haber sido el precursor.

Había otro dato más, que debía influir sobre Alsina: la primer presidencia de Urquiza, la siguiente de Derqui y la última de Mitre se habían caracterizado por la participación activa que cupo en las mismas, por diversas causas, a los vicepresidentes: Salvador María del Carril, el general Pedernera y Marcos Paz. La presidencia de Urquiza le hubiera permitido sentirse un protago nista más activo y de hecho es probable que se imaginara al general pasando largas temporadas en San José o en Santa Cándida y por lo tanto delegando el mando en Alsina, que durante esos períodos se hubiera desempeñado como

presidente.

En cambio el infatigable Sarmiento no dejaría aflojar la rienda y ya lo había expresado con la brutal franqueza que lo caracterizaba: “Si Alsina es el vice, sólo estará para tocar la campanilla en el Senado”; de hecho ni lo hizo participar de las reuniones de gabinete.

Adolfo Alsina se hubiera sentido más protagonista acompañando a Urquiza, pero hombre de acción y arrastre popular, con los pies sobre la tierra y poder político efectivo, no aceptó que el presidente lo relegara a formar parte de la decoración del Senado. Leal y honrado, no generó conflictos con el gran hombre cuyo mandato compartió y sobrellevó las desavenencias con altura; pero no se limitó a tocar la campanilla; continuó siendo el caudillo de Buenos Aires.

Capítulo VIII

Luces y sombras

1) Luces

El binomio triunfante asumió con solemnidad el mandato recibido. Faltaba sin embargo un detalle cargado de sentimientos que se puso de manifiesto en el acto del juramento.

Presidía el Senado de la Nación el doctor Valentín Alsina y tomó el juramento de rigor a Sarmiento. Cuando le llegó el turno al vice, don Valentín se quebró; no era un hombre cualquiera sino su propio hijo el que alcanzaba la magistratura con más votos que el propio presidente. Quedaron atrás aquellos años en que la rebeldía juvenil de Adolfo los había separado.

El viejo unitario tuvo claro que ese sería su último acto importante, el postrer gesto político de una vida que estaba llegando a su fin, con una carga adicional de emociones: muy pocos seres humanos podrían darse el gusto de entregar la posta nada menos que al mismo hijo. Pero sabía también que era la despedida, la representación final de una existencia llena de sueños y sinsabores en que los honores y la tragedia no habían estado ausentes.

¡Qué lejanos estaban ahora Montevideo, el exilio, el sitio, el asesinato del abuelo Maza, la proscripción y la pobreza!

Era el actor que se presentaba por última vez en el proscenio y se despedía entre ovaciones del público para dejar en su lugar nada menos que a alguien “de su sangre y de su nombre”, como diría cien años después una poesía de Borges para referirse a su propio abuelo. Groussac entregó una imagen formidable de padre e hijo, confeccionada con la agudeza a veces implacable de su pluma: “era el hijo algo desbaratado del pulcro don Valentín”.

La voz de Alsina padre cedió y una opresión en la garganta le impidió continuar hablando. Mármol, con la sensibilidad del poeta, advirtió de inmediato la situación y propuso que el vicepresidente del cuerpo, Ángel Elía, de Entre Ríos, tomara el juramento de ley a Adolfo.

La realidad era que la llama se había apoderado de los participantes y tanto legisladores como barra se conmovieron por una escena infrecuente. Hasta Sarmiento, racional e impasible cuando no era alcanzado él mismo por los destellos del fuego, agachó la cabeza, confundido y triste. Nunca podría participar de un halago similar con el presumido y díscolo Dominguito, ilusión y delirio de su vida, perdido para siempre en el frente paraguayo.

Pasados los juramentos y ya puesto a gobernar, Sarmiento cumplió con lo que había anunciado; no dejó que Alsina participara en forma activa de su gobierno y de hecho nunca lo convocó a las reuniones de gabinete. Pero claro, se sabe que Sarmiento era visitado por el genio, no por la muchedumbre; era confidente del talento, pero mantenía distancia considerable con la popularidad.

No por eso Alsina declinó de su deber ni se sustrajo a su misión; tampoco fue rencoroso o desleal con el presidente. Aportó el capital político que tenía y que era indispensable para proveer a la gobernabilidad (como se diría ahora) y acrecentó durante el ejercicio del cargo el peso político que se le reconocía en Buenos Aires sin sustraerse al riesgo que importaban las luchas electorales.

Recién al término de su mandato, cuando ya se olía la pólvora de la revolución mitrista de 1874, se decidió Adolfo a hablar del tema. Y lo hizo en el Teatro Variedades, con estilo coloquial y encendido, para cubrir algunos espacios que podrían haberse vaciado mientras ejercía el cargo cuyo mandato terminaba. En medio del delirio de sus partidarios, empleó palabras llenas de afecto para decirle al auditorio, entre otras frases cargadas de emoción, que el cargo de vicepresidente, aún cuando fuera muy honroso para el ciudadano elegido, era un puesto sin poder de decisión, en el que las faltriqueras del político que lo ejercía carecían de todos esos recursos que sirven para crear una corte y fabricar favoritos.

A pesar de ello, en ese momento, con el Teatro Variedades colmado, la lucha electoral en ciernes y el partido alineado como en los mejores momentos, echarle la culpa al cargo para saltar reclamos de algún correligionario reticente o resentido fue un buen recurso, que el orador usó con el tono seductor y llano que le hiciera arrancar aplausos después de cada párrafo.

2) Sombras

A poco de instalarse en el poder Sarmiento, en la provincia de Buenos Aires se advirtió que la Constitución que se había dado en 1854 no contemplaba la realidad.

Había sido redactada cuando las tensiones con la Confederación impulsaron un texto destinado a asegurar su autonomía y preservar el orgullo localista. Y aún cuando la Carta de entonces acogiera la sugerencia de Mitre y por lo tanto reconociera la pertenencia a la Nación Argentina, no había sido redactada en función de la Constitución Nacional de 1853. Ahora la Nación estaba unida, y nada justificaba que tuviera una Ley Fundamental extraña a la norma máxima que todos habían jurado.

Por esa razón en 1870 se convocó a una convención provincial constituyente que deliberó hasta 1873, año en que dio forma definitiva al cuerpo legal de la provincia.

A pesar de la vehemencia con que se ejercía la militancia en esos años, los partidos dieron una muestra notable de patriotismo. Concientes de que debían abocarse a la confección de un instrumento legal supremo, la lista de candidatos se realizó en forma consensuada, facilitando la participación de las figuras más notables aun cuando no fueran integrantes de los partidos.

Por favor, remóntese el lector a la fecha de esa convocatoria. Apenas dos años antes se habían celebrado elecciones nacionales que fueron vibrantes en la provincia de Buenos Aires; el alsinismo y el mitrismo se habían sacado chispas y los ataques personales no estuvieron ausentes. Mitre intentó fulminar desde Tuyú Cué la candidatura de Alsina y éste no ahorró palabras en las acusaciones a aquél. Tampoco Elizalde y Gutiérrez se quedaron atrás a la hora de anatematizar al adversario.

Apenas un puñado de años antes, un joven diputado Alsina había destrozado las expectativas que concebía el general Mitre para federalizar toda la provincia. Y también fue durísima la campaña electoral que culminó con la gobernación de Adolfo.

Ahora esos mismos hombres, no vacilaban en anteponer los intereses de la provincia a los propios, impedir que quedaran fuera del recinto personalidades sobresalientes y confeccionar ¡una lista única! Con gestos como ese, queda claro porqué la Argentina alcanzó los niveles superiores que se le reconocieron en el mundo.

Esa muestra de grandeza y superioridad obliga a evocar un párrafo con que el periodista Indro Montanelli se refería a la colosal majestad de los romanos: “Las clases altas de Roma eran conservadoras, pero con mucha sal en la calabaza. No se avergonzaban de defender sus propios intereses de casta y no fingían, maquillándose con consignas [progresistas] como hacen tantos príncipes e industriales hoy día.

En cambio pagaban sus impuestos, hacían diez años de duro servicio militar, morían a la cabeza de sus soldados y cuando se trataba de elegir entre sus propios intereses y el bien de la patria, no vacilaban”.

Adolfo era vicepresidente, pero también el jefe del partido autonomista; él tenía una responsabilidad indiscutible en la confección de la futura Constitución Provincial y por lo tanto fue constituyente encabezando la corriente que lo tenía por jefe. Como no podía ser menos, el General Mitre orientó al sector que él representaba en la lista común a todas las tendencias y pronunció el discurso inaugural, aplaudido por todos los asistentes, Alsina incluido: el antagonismo no excluía la elegancia.

Junto a Alsina y Mitre, estuvieron, entre otros convencionales, de la Riestra, Eduardo Costa, Elizalde, Luis V. Varela, Vicente Fidel López, Argerich, Quintana, Aristóbulo del Valle; y también tres futuros gobernadores de Buenos Aires: Tejedor, Rocha, D'Amico.

Todas verdaderas eminencias cuyas deliberaciones fueron un torneo de inteligencias que dejó el sello de su sabiduría en los debates que se desarrollaron.

Adolfo tuvo una actuación destacada en la Convención. Si bien se discutieron con elevado nivel aspectos doctrinarios, y las diferentes posiciones se asumieron en función de ideas, no fue una casualidad que el debate tuviera como contendientes a los hombres sobresalientes de los dos partidos. En ese sentido fue como si el ámbito hubiera servido de escenario para demostrar que el bipartidismo no era una mera discrepancia de hombres y métodos; que detrás de los partidos y de sus dirigentes no existían solo confrontación y recriminaciones; interpelaciones y reconvenciones.

Por cierto ambos partidos se proclamaban liberales, pero los autonomistas decidieron diferenciarse de los mitristas y asumieron la posición de un liberalismo más conservador. La ocasión más clara para esa definición apareció al tratarse la cuestión religiosa y fue el momento en que Alsina pronunció uno de sus discursos más elocuentes, interrumpido en muchas ocasiones; algunas por Mitre, Elizalde, Rawson, que lo objetaban, pero mucho más por la barra, que lo aclamaba después de cada párrafo.

Es que en los trabajos de Comisión los mitristas habían colocado a Inglaterra en el ápice del ejemplo, demostrando una vez más la influencia con que gravitaba en esta tierra su estilo de gobierno y el pulso de sus estadistas. Ello sin contar la influencia que aquella ejercía en los modales sociales, las reglas de urbanidad, y hasta en el empleo de palabras que debía introducir con correcta pronunciación todo argentino que presumiera de distinguido.

Cuando el tema religioso se discutió en el cónclave, decíamos, el mitrismo intentó

acentuar el principio de separación de la Iglesia con el Estado. Releyendo el debate surge a las claras que se trató de un enfoque de estricta ideología, llevado al seno de la asamblea con absoluta honradez intelectual y que de ningún modo menospreciaba el dogma ni la jerarquía eclesiástica. Pero hoy se hace evidente que el propio nacionalismo advirtió que el público, en su inmensa mayoría católico, observaría con reticencia esos cambios, por lo que adoptó una posición tibia.

También la respuesta autonomista se fundó en razones de clara ideología, pero la cintura política del caudillo se puso de manifiesto con toda nitidez, haciendo de una convicción firme una bandera oportuna y ventajosa. Alsina comenzó declarando que se pronunciaba como auténtico liberal, y por medio de un largo discurso en el que sumó a un riguroso análisis lógico un gran ingenio argumental, sostuvo la tesis opuesta.

“¿No era Gran Bretaña la meca de todos los hechos importantes traídos como ejemplo?” decía Adolfo derramando sorna. “Bueno, en el Reino Unido, en la culta y civilizada Inglaterra por todos admirada, símbolo indudable de un país libre, el rey es el jefe oficial y reconocido de la Iglesia Anglicana desde los tiempos de Enrique VIII”. ¿Dónde estaba la separación que aquí se pretendía? Y lo que resultaba más paradójico: “¿desde cuándo Gran Bretaña, adalid de un cisma, podía ser traída como ejemplo en el tema religioso?”

El discurso de Adolfo fijaba con precisión una posición clave en el terreno de las convicciones, pero además resultó pronunciado en estilo accesible para el público que colmaba los palcos con entusiasmo. La barra contestó con euforia y llegó al delirio cuando el caudillo, que de pie acentuaba más su figura enorme, hizo sonar con voz grave su sentencia final: “desde el punto de vista social serán impotentes todos los esfuerzos por separar por medio de las manos del hombre lo que unieron los brazos de Dios con vínculos indisolubles”.

La oratoria del caudillo, demasiado barroca para la época actual, era sin embargo elocuente para ese tiempo. Decía de él Amadeo que más aún que Pellegrini se parecía a Gambetta, por el ímpetu viril, la vocación republicana, el corazón dadivoso. Como el célebre tribuno de Francia, conoció los altibajos que impone la marea de la popularidad. No resultaría absurdo trazar un paralelo entre el ostracismo de Gambetta, cuyo nombre se omitía en los albores del Segundo Imperio como una mala palabra y el exilio forzado en Montevideo de la familia Alsina. Pero los vientos habían disipado las nieblas; ahora era vicepresidente, cabeza de partido y uno de los convencionales más escuchados de la Asamblea: la marea, como en el mar eterno, otra vez estaba plena.

Mientras en la Convención se discutía el tema religioso, una tragedia de importantes

contornos ocurrió en enero de 1872. Fue la masacre de Tandil, ciudad que resultó asolada por una horda compuesta por medio centenar de gauchos que se abatió sobre el poblado y asesinó a “gringos y masones” al grito de “¡Viva la religión! ¡Abajo los extranjeros! ¡Muerte a la masonería!”

Se comprobó después que en el Tandil no existían masones, por lo que las únicas víctimas fueron los extranjeros y es probable que los paisanos que cometieron los crímenes -por supuesto todos ellos analfabetos- jamás hubieran sentido hablar de la masonería ni supieran de qué se trataba.

Las personas masacradas eran en su mayoría vascos lecheros de la región francesa, un italiano organillero y algún matrimonio inglés que explotaba un almacén.

También buscaron en forma denodada -por fortuna sin suerte- a un gallego carretero que trabajaba un campo y habría de ser el fundador de una estirpe con vasta proyección en la sociedad y en la política argentina, poseedora además, de la principal pinacoteca del país: don Ramón Santamarina.

En la edición del diario La Prensa del 7 de septiembre de 1941, aparece un relato sobre la tragedia de Tandil y la muerte de Tata Dios, el inspirador de los criminales.

La narración recuerda que menudearon las versiones conspirativas y los chismes, corriéndose la voz de que la mano asesina había pertenecido a la misma persona que protegía e instigaba a Tata Dios, para evitar que hablara. Esas versiones apuntaban a un estanciero Gómez, en uno de cuyos puestos vivía el instigado, y a José Figueroa, Juez de Paz y hombre influyente, que junto a Gómez dominaban la política local en nombre del mitrismo. El resultado fue que la “masacre de Tandil” dio ocasión para que se conjeturara que los influyentes del mitrismo habían estado detrás del operativo. Dicho en homenaje a la verdad en ningún momento esa versión superó los umbrales del chisme y dicho también para honrar la verdad, ni Alsina ni sus partidarios utilizaron la baja de ese rumor para golpear al adversario.

La Convención fue sacudida además por un hecho ocurrido en diciembre de 1871, el que en su momento ejerció una gran influencia anímica sobre los convencionales.

Roberto M. Sánchez, un joven estudiante sanjuanino que cursaba abogacía en la Universidad de Buenos Aires, se quitó la vida después de haber sido aplazado en Derecho Romano. El hecho provocó una profunda conmoción e influyó en los convencionales al extremo de introducirse los artículos 33 y 207, el primero de los cuales hacía referencia a “las universidades y facultades científicas” y el segundo instituía los Reglamentos Universitarios y fijaba las atribuciones de las Facultades; ni Alsina ni Mitre objetaron el

texto final, como tampoco discreparon cuando para favorecer la inmigración que ya comenzaba a gravitar con contundencia se legisló sobre el estado civil, despojándolo de todo condicionamiento confesional.

Pero esa Convención estaba llamada a padecer sacudones constantes. El 11 de abril de 1870 fue asesinado en el Palacio San José el general Justo José de Urquiza, en ese momento gobernador de Entre Ríos y uno de los artífices indiscutidos de la unidad nacional.

La noticia cayó como una bomba en Buenos Aires y causó sorpresa y estupor. Como suele suceder siempre con la muerte, las virtudes se agigantan y se disipan las objeciones; antiguos adversarios del general clamaron contra su desaparición. Se reclamaba justicia, o mejor aún, una acción justiciera, que es una manera encubierta de pedir venganza.

Sarmiento, antiguo y encarnizado enemigo suyo, recordó la reconciliación de ambos y el abrazo que los había estrechado en símbolo de aproximación. Muchos de los que habían reprochado a Adolfo Alsina su acercamiento al caudillo entrerriano en las recientes elecciones pasaron a admirar su gesto; de cualquier forma gracias a él, Urquiza había sido blanqueado en Buenos Aires.

La indignación de Sarmiento creció con los días. Le pidió al ministro del Interior, Dalmacio Vélez Sarsfield que elaborara las bases para decretar la intervención federal, ya que la Legislatura entrerriana había elegido a López Jordán gobernador en reemplazo del muerto.

-¡No puede votarse gobernador al que esconde el puñal del asesino! -gritaba Sarmiento haciendo honor a su carácter sanguíneo.

Pero el doctor Mandinga, pese a todos sus recursos jurídicos, no encontraba argumentos constitucionales para habilitar la intervención y el gabinete, que se reunió por decisión del Presidente, quedó estancado por las opiniones enfrentadas. Como la decisión del Poder Ejecutivo estuviera paralizada por el gabinete, se convocó a una junta de notables, recurso varias veces empleado con acierto por los gobernantes.

El 18 de abril se reunieron los notables; participaron entre otros todos los miembros del gabinete, el gobernador de Buenos Aires, Emilio Castro (que como Presidente del Senado había sucedido a Alsina y después fue elegido por un período en elecciones que dominó el alsinismo) el vicepresidente, Adolfo Alsina, el general Mitre, Oroño, Keen, Mármol, Quintana, los miembros de la Corte y Tejedor, (que aún no era ministro de Sarmiento). Los notables apoyaron la intervención militar.

Varias razones se sumaron para la toma de esa decisión. La principal fue de

naturaleza práctica: se consideró muy probable que la cuestión tuviera que resolverse por las armas. Por las dudas mandaron a los "pesos pesados" del ejército, que ya habían mostrado quienes eran en el Paraguay: Iwanowski, Viejobueno, Nelson, Gelly y Obes, Levalle, Álvaro Barros, Bernal, Vidal, Chiquitúa Campos; la flor y nata. La otra razón tampoco fue retórica: se temía que por contagio hubiera una expansión del fenómeno subversivo a otras provincias del país si se toleraba la insurrección entrerriana.

Había una tercera, pero esta era de carácter internacional. Poco tiempo antes, el coronel oriental Timoteo Aparicio, que estaba refugiado en Entre Ríos, había cruzado con un centenar de uruguayos el río y puesto en marcha un levantamiento contra el gobierno colorado. Urquiza de inmediato cerró la frontera para no involucrar a sus fuerzas en un conflicto externo y prohibió que un importante contingente de soldados blancos, a las órdenes del general Eustaquio Medina, que también estaba asilado en Entre Ríos, se sumara a Aparicio, que ya había tomado Tacuarembó y seguía soliviantando la campaña oriental.

La muerte de Urquiza destrabó el freno que retenía a las milicias blancas en la Argentina y López Jordán les facilitó el pasaje a su patria. Con el respaldo de Medina, la rebelión tomó más volumen y se acercó a Montevideo, donde el presidente Lorenzo Batlle intentaba resistir el cerco con pocos medios militares a su alcance. Pidió ayuda a Buenos Aires por la vía diplomática, pero el canciller de Sarmiento no era más Mariano Varela, un político. Ahora se desempeñaba en el ministerio el doctor Carlos Tejedor, severo en sus juicios y apegado a la letra y los conceptos del derecho por encima de todo; rechazó el pedido.

Adolfo Alsina era también abogado, pero por encima de todo político. Se sintió habilitado por la Junta de Notables de la que había participado e incitó al general Gainza, Ministro de la Guerra y hombre que le era leal, para que enviara cañones, fusiles y munición en socorro del sitiado presidente Batlle.

-Gainza, es necesario darle una mano a don Lorenzo. Si los notables advirtieron el peligro que la rebelión de Jordán se extendiera a las otras provincias, imaginemos si infecta al exterior.

Gainza, que de por sí tenía ganas de darle una mano al presidente de Uruguay se apoyó en el poder político de Alsina y tomó el riesgo. ¿Habrá influido en la jugada de Adolfo el recuerdo del famoso sitio de Oribe, que debió padecer en su infancia, cuando en las mañanas de la Nueva Troya lo despertaba el ruido del cañón?

Quienes estudiaron este tema no coinciden; aceptar una respuesta sería como efectuar una adivinanza, porque nunca se conocerán las intenciones íntimas, pero Alsina

abrió sin vacilaciones, como era su costumbre, y pasando por encima del propio Sarmiento asumió la decisión del auxilio.

La ayuda argentina llegó a tiempo; el día de Navidad se libró en las afueras de Montevideo la batalla de Sauce, que fue una verdadera carnicería. Los blancos fueron derrotados y el presidente Batlle pudo continuar su mandato; la jugada de Alsina y Gainza había salido bien.

Como es de suponer, la nueva Constitución jurada en 1873 no alcanzó a regir la renovación del gobernador de Buenos Aires que se llevó a cabo en 1872. Los alsinistas levantaron la candidatura de Mariano Acosta, una figura de reconocido prestigio.

El mitrismo lo de Eduardo Costa, también ciudadano ponderado por su erudición y capacidad oratoria, que llevó a cabo una campaña electoral moderna, destinada a ser imitada por muchos años: recorrió los pueblos de la provincia en tren, hablando en las estaciones desde la plataforma del vagón en que viajaba, según recuerda Saldías. Sin embargo, el sacrificio fue vano, porque Alsina conservaba intactas las fuerzas electorales en que se apoyaba e impuso a su pupilo Acosta en forma neta. No se registraron impugnaciones de importancia al comicio, cuyos elegidos fueron consagrados sin manchas que enturbiaran su legitimidad. Emilio Castro no se valió del cargo que investía para amañar el acto electoral, ni Alsina utilizó los favores del gobernante para asegurar el arrastre del partido. Era la tercera elección de gobernador consecutiva en que vencía el autonomismo.

A pesar de ser vicepresidente, Adolfo seguía llevando vida de caudillo. Pocas veces se dejaba atrapar por el despacho; era frecuente que hiciera como durante su gestión de gobernador y atendiera los asuntos de Estado desde el escritorio de su casa de la calle Potosí, cuyas puertas “estaban siempre abiertas para el sol y para la gente”.

Solía concurrir con frecuencia al boliche de un tal Freixas, saborear un trago de caña con el codo apoyado en el estaño y departir con algunos asistentes. A veces se mantenía callado, con la mirada fija en algún punto del salón y la concurrencia, que atribuía el mutismo a alguna reconcentrada cavilación, no osaba interrumpir su abstracción. Pero el pensamiento de Adolfo no se había incrustado en un tema de Estado: “¿Cómo diablos se llama el paisano de bombachas negras y corralera colorada que está apoyado en esa mesa? Sé que viene del Bragado, pero ¿cómo carajo se llama?”

Con la melena peinada hacia atrás, su aspecto insolente y el desplante con que se atrevía siempre a todo, era lógico el dicho de uno de sus biógrafos: “tenía el tipo del compadrito lindo”. Si bien era hombre de coraje y su valentía llegó a ser mítica, estaba poseído por un alma desbordante, de esas que se salen de madre como ciertos ríos, pero

solo para fecundar otras almas, tal vez selladas por la esterilidad. Lo cierto era que por donde él pasaba nadie quedaba indiferente; admiración, afecto o encono brotaban de los pechos, agitados como las aguas del estanque que ha sido penetrado por la piedra.

Mientras Adolfo y el alsinismo tenían sobrados motivos para sentirse satisfechos, la rueda del tiempo seguía girando. La Argentina había emprendido la marcha fantástica hacia la riqueza: don Juan Berisso alcanzó la cifra imponente de 300.000 cabezas de ganado faenadas para su grasería y debió trasladar las instalaciones a Ensenada, dando el primer paso para convertir la zona en un polo activo de mataderos y frigoríficos. El gobierno de la provincia inició la construcción de la famosa cárcel modelo de la avenida Las Heras, pero la inseguridad no pasaba por el delito común: ese año se contabilizaron 35 malones en Buenos Aires.

Después de esa compulsión electoral que afirmaba a Alsina como exponente máximo de la provincia, se produjo el segundo alzamiento de López Jordán, que invadió desde el Brasil donde estaba refugiado y levantó tropas adictas en el Uruguay. Sarmiento se enfureció con sus generales y les reprochó con acritud: “¡si se hubieran hecho las cosas como yo decía, a esta hora la invasión estaría vencida!”

Pero la vehemencia no suele ser buena consejera y sin previo aviso se embarcó para asumir en persona la conducción de las operaciones. Con el apuro y el malhumor no recordó siquiera (o no le interesó) pedir permiso al Congreso para alejarse de Buenos Aires; menos aún recordar que debía delegar el mando en Alsina, como dice la Constitución. Detalle que no debería haber pasado por alto, sobre todo si hubiera tenido en cuenta que su popularidad era mínima y el arrastre del caudillo constituía el sostén de su gobierno.

Siendo diputado nacional, Adolfo por mucho menos había hecho un planteo serio contra Mitre, cuando éste fue a presenciar una cuadrera a Ranchos; ahora además había sido desdeñado por el presidente, que lo ignoró.

Ofendido y molesto, le entregó al Congreso la renuncia al cargo de vicepresidente, la que fue rechazada de inmediato; era su primera renuncia y la primera respuesta del Parlamento. Pero fue un llamado de atención al Presidente que recordó de pronto la importancia de no chocar con el vice y que éste no se resignaba a tocar la campanilla del Senado.

En realidad el malestar de Adolfo con estas actitudes de Sarmiento venía incubando desde antes y el presidente no había hecho nada por conciliar. Cuando en 1871 la fiebre amarilla hizo estragos en Buenos Aires una comisión popular se ocupó de atender las urgencias trágicas, con el comportamiento heroico que cupo a sus miembros. Por

supuesto, como pasa siempre, las familias más pudientes emigraron de la ciudad; algunas fueron a sus campos, si no estaban amenazados por el malón; otras se recogieron en Córdoba; la mayoría se refugió donde pudo. El presidente eligió trasladarse a Mercedes y viajar casi todos los días a su despacho en la Capital, mientras Alsina permaneció firme en Buenos Aires. Se supone que Sarmiento prefirió la incomodidad de ese pequeño viaje y demoras en la toma de decisiones antes que delegar en Alsina el mandato presidencial.

Cuando promediaba el año 1872, la victoria del general Rivas en San Carlos sobre las tres mil lanzas de Calfucurá no alcanzó a frenar el bullicio político del país.

Todavía faltaban dos años para que concluyera el mandato de Sarmiento cuando, para fastidio del presidente, se empezaron a barajar los nombres de los candidatos propuestos para sucederle. En realidad no era para menos; el desplazado tenía la sensación de que se estaba programando su sucesión cuando aún estaba con vida y los herederos, además de disputar con voracidad el acervo, le eran hostiles o indiferentes.

Tal vez la situación podría haberse postergado, pero para eso hubiera sido útil contar con la buena voluntad de Alsina, a quien había agraviado en forma gratuita.

Para Adolfo habría sido fácil demorar la puja, porque con solo reservar su postulación hubiera obligado a los demás aspirantes a hacer lo propio ya que nadie en su sano juicio desea candidatearse antes de tiempo.

En ese torneo presidencial por primera vez aparecieron los nombres nuevos de Tejedor y Quintana, que salieron al ruedo con decisión; pero no fueron los únicos.

Junto a ellos, los pesos pesados que todos conocían y predecían como pugilistas de fondo: Adolfo Alsina -el político más popular de Buenos Aires- y Bartolomé Mitre -sin discusiones la eterna figura nacional. Pero ironías de la vida: ninguno de los cuatro fue electo.

Es de interés (y actualidad) recordar que no se levantaron contra Adolfo impugnaciones constitucionales a pesar de que en el momento de asomar su candidatura ejercía la vicepresidencia de la Nación. En rigor, el tema no parecía despertar las dudas que con el tiempo suscitó - en épocas contemporáneas ha sido objeto de debates doctrinarios - referidas a la posibilidad de que el vice aspirara a suceder al presidente sin violar la cláusula que prohibía la reelección.

A fin de cuentas Del Carril, uno de los juristas de más nota del país y según se dice el redactor junto a Gorostiaga del texto de 1853, se postuló en su oportunidad para suceder a Urquiza (de quien era vicepresidente) y años después Pellegrini, ejerciendo la vicepresidencia de Juárez, declinó la futura y posible candidatura (también lo hicieron Roca

y Cárcano) para descomprimir las presiones que ahogaban al gobierno. Casi un siglo después Perón, siendo vice de Farrell, fue electo presidente de la Nación y la Asamblea Legislativa convalidó la asunción y rechazó la impugnación deducida por Balbín.

Una excepción fue La Nación, que el 10 de enero de 1874 publicaba un artículo que prendía incendios contra los alsinistas y caldeaba más los ánimos, culpando al Obispo Aneiros, al gobernador Acosta y al coronel Gainza de utilizar sus investiduras a favor del partido Autonomista. Transcribía también una declaración del Club Constitucional (el comité mitrista) dirigida al "pueblo de Buenos Aires" y el columnista por propia reflexión tachaba la candidatura de Alsina acusándola de inconstitucional.

En función de caldear los ánimos, La Prensa, que había sido fundada en 1869, no se quedaba atrás, aunque con argumentos menos jurídicos: "las armerías de Buenos Aires están vacías", clamaba con violencia el 1° de febrero de 1874, pocos días antes de que se fundara Mar del Plata; "...no se encuentra un solo fusil ni un solo cuchillo. Han sido armadas las turbas desenfrenadas y desde anoche están acuarteladas para ser arrojadas a las calles como las hordas de Alarico".

La Tribuna no podía ser menos: pronosticaba la guerra civil para el día siguiente de las elecciones. No señalaban, en cambio, (porque como es obvio se trataba de un tema menor), que policías al mando del sargento Chirino seguían los pasos de un ex protegido de Adolfo Alsina: el matrero Juan Moreira, próximo a perder la vida por vía de la misma violencia que había guiado sus actos. Protección no equivalía a impunidad.

Las elecciones estaban desdobladas; las presidenciales serían en abril, pero antes, el 1° de febrero, se tenía que votar en Buenos Aires, que era en realidad la frutilla del postre. Ganar la provincia era casi como asegurar el triunfo en la presidencial y en última instancia, si se perdía ésta pero se ganaba Buenos Aires se conseguía oxígeno como para esperar la revancha. Las armas se velaban, pues, en Buenos Aires.

Adolfo tuvo un gesto que merece destacarse. Cuando fue lanzado su nombre como candidato a presidente sostuvo que no correspondía ejercer la magistratura que tenía y al mismo tiempo postularse como aspirante: sin demoras envió la renuncia al Senado.

Fue la segunda renuncia de Alsina y como la vez anterior, el cuerpo la rechazó de plano. Los senadores destacaron la honradez del gesto, pero pusieron de relieve que el honor de Alsina impedía que una sospecha pudiera deslizarse en su contra; nadie dudaba -ni aún los adversarios- que no habría de utilizar los atributos del mando que le daba la vicepresidencia para favorecer su postulación.

Adolfo había elegido retirarse de la función en el mismo momento en que la lucha

por la sucesión presidencial arreciaba con más entusiasmo y el mitrismo se ilusionaba con la reelección de su jefe. Con todo, a medida que se acercaba la fecha de los comicios, el panorama tendía a quedar más despejado.

Tejedor, con disgusto de sus seguidores, se bajó de las aspiraciones a favor de Alsina, pero aunque el apoyo ayudaba a cerrar filas en Buenos Aires, traía poco aire del interior. Allí Tejedor respiraba el oxígeno que le proporcionaba el general Arredondo, jefe de las fuerzas de frontera cuya influencia política en varias provincias era notable.

No contaba en cambio con el respaldo de Sarmiento a pesar de ser su canciller, porque la naturaleza cascarrabias de uno y la hosquedad del otro conspiraban contra un feliz entendimiento. Como es obvio, el presidente tampoco sostenía la candidatura de Adolfo, a quien acechaba sin disimulos.

Vulnerable a la cizaña, el gran sanjuanino perdía los estribos cuando se insinuaba que su peso político dependía del vicepresidente. El Mosquito, la célebre publicación satírica que tuvo dibujantes de la talla de Stein, conociendo el paño hacía de las suyas. Una de las caricaturas que más irritó al presidente lo presentaba llevado en una carretilla por Alsina como si fuera un bebé con cara de viejo rezongón que, ofuscado, vociferaba incoherencias. Enceguecido por las burlas, solía repetir Sarmiento a sus interlocutores que bajo ningún punto de vista admitiría al compadrito en la presidencia.

En el Buenos Aires de la segunda mitad del siglo XIX habían aparecido dos figuras nuevas, producto de la urbanización de la vida campera y la adecuación del paisano a los aires del arrabal.

Eran estos el compadre y después, por extensión y de manera casi peyorativa, el compadrito. El primero era el clásico guapo; silencioso, sin ostentación de bravura, pero valiente y de incondicional lealtad. El segundo era más bien una caricatura del anterior; ansioso por lograr fama, vestido con pompa y modales aparatosos, el pelo estirado con ungüentos, ansioso por que se le reconociera “canchinfl”, siempre dispuesto a hacer alarde de coraje y pavonearse con el cuchillo.

Por supuesto, Adolfo era lo opuesto de esta estampa: escrupuloso en la ropa blanca, pero desaliñado en su indumentaria; el pelo apenas organizado con algo de agua florida, la barba suelta e irregular. Octavio Amadeo nos dejó unas líneas hermosas de su perfil. “Nunca la palabra 'varón' estuvo mejor empleada que en este ejemplar tan masculino de la especie, que no tenía las protuberancias del genio: en él todo era normal, pero de una normalidad exuberante...”

Antes de calificarlo como compadrito, le hubiera bastado a Sarmiento leer el ensayo

filosófico que presentó Adolfo en la colación de grados que tuvo lugar en 1850 en Montevideo, para saber que el autor de ese escrito era un hombre culto y de sólido rigor intelectual para desterrar toda idea de asimilación al compadrito.

Pero estudiando el tema con profundidad, no quedan dudas de la intencionalidad deliberada de Sarmiento tan distinta de la de aquellos que solo percibían las formas exteriores del caudillo.

Paul Groussac trazó una pintura inconfundible del caudillo porteño: “alto, musculoso, de facciones enérgicas y modales sueltos, [era] el hijo algo desbaratado del pulcro don Valentín. Tan poco se parecía a su padre en lo moral como en lo físico -dejada aparte, se entiende- la característica de talento y caballerosidad que en ambos resplandecía. Toda la sustancia virtuosa que en el proscrito de Rosas fuera honradez y clara razón, tal vez algo pasiva, resultaba en el descendiente intrepidez varonil y arrojo impulsivo, no desprovisto, por cierto, de oportunista habilidad”.

Como en las elecciones anteriores, los candidatos pasaban revista a las fuerzas con que contaban en todo el país. Varias provincias del interior eran adictas al autonomismo; algunas, donde la influencia de Arredondo se hacía sentir, rechazaban a Mitre, pero no se comprometían con Alsina; las restantes (donde las malas lenguas decían que el general Gainza no dejaba entrar a Arredondo) se inclinaban hacia Adolfo. Mitre protestaba -y con razón- contra el padrinazgo que ejercían los gobernadores por encima de los electores, decidiendo en función de su peso político el destino de la elección, sin permitir un verdadero pronunciamiento popular, que descontaba le era afecto.

Mucho se ha escrito sobre el fraude y la violencia que eran comunes en las elecciones de aquel tiempo. Sin embargo tampoco sería justo acentuar los matices sobre el incumplimiento de las reglas electorales más puras que, tal como ilustran los ejemplos, alcanzaron los mejores niveles siempre como consecuencia de la evolución y el progreso paulatinos.

Para las costumbres sencillas y austeras del público argentino de la segunda mitad del siglo XIX, las jornadas electorales constituían un motivo de regocijo, una suerte de festival, donde la virilidad daba pruebas de su presencia a través del colorido alegre y valeroso de los protagonistas.

La república de entonces no sólo funcionaba en el deber ser de las normas de derecho sino de manera principal gracias a la calidad de los dirigentes que constituían una verdadera clase sobresaliente, que resultaba insustituible.

¿Acaso eran distintos Sarmiento de Mitre, Avellaneda de Alsina, Roca de Pellegrini?

Podrían serlo por sus diferentes estructuras psicológicas o por la disparidad de sus físicos, pero todos ellos en forma individual y colectiva asumían la república por sí mismos, como propia, en nombre del prestigio y la tradición que encarnaban.

Frente a la estatura de ese desafío ¿qué importancia tenían las grescas y el fraude, la prepotencia electoral y la vehemencia varonil que se desplegaba en los atrios, si la virtud republicana emanaba de los propios protagonistas que se involucraban con esos defectos sin abdicar de sus deberes? ¿o no era que los vicios electorales hacían una vez víctima al que después resultaba victimario?

Por otra parte, la protesta de Mitre, aunque exacta, no dejaba de ser parcial, porque Santiago del Estero y su zona de influencia -que a veces abarcaba Tucumán y alguna otra provincia- le era adicta sin retaceos merced al arbitrio incondicional de los Taboada, mitristas reconocidos.

Al retiro de la candidatura de Tejedor siguió la de Quintana, quien se sintió falto de sustentos suficientes. La puja quedaba en el orden nacional circunscripta a los dos hombres fuertes de Buenos Aires: Alsina y Mitre; el elegido debía ganar en Buenos Aires y después ver que respaldos le llegaban del interior.

A pesar de todo, Adolfo Alsina había consolidado su posición política en algunas pocas provincias. Corrientes, la fiel y aguerrida Corrientes, fue una de aquellas.

Con fuerte presencia del mitrismo se había fundado el partido Liberal, todavía hoy referente decisivo de su vida política. Pero Alsina, que tenía el respaldo de los federales urquicistas, herederos de los "lomos negros", no se mantuvo quieto. Es cierto que los federales se dispersaron después del asesinato de Urquiza y el caudillo entrerriano era el vehículo que apoyaba por medio de sus seguidores a Adolfo, pero la relación entre ambos sectores se empezó a intensificar en forma directa y leal, de manera espontánea y amistosa.

En realidad las conversaciones entre Alsina y los más encumbrados dirigentes federales de Corrientes comenzaron en forma inmediata a la Navidad de 1871, cuando el coronel Wenceslao Martínez viajó a Buenos Aires para entrevistarse con el Vicepresidente de la Nación. De inmediato se estableció un lazo de confianza recíproca, que culminó en 1873, cuando se fundó el partido Autonomista en la provincia mesopotámica, con el mismo Martínez y don Francisco Meabe a la cabeza de la fuerza. Los correntinos se identificaron con el caudillo porteño y de hecho las generaciones posteriores consideraron a Alsina el verdadero inspirador del autonomismo, que proveyó de grandes y prósperas gobernaciones a la noble provincia.

Pero las tratativas entre Adolfo y Martínez no fueron sólo doctrinarias; como correspondía a la mejor tradición criolla coincidieron en acordar una salida pacífica y negociada para la sucesión de Gelabert, el gobernador de Corrientes cuyo mandato terminaba en 1875.

Es evidente que en la cabeza de Alsina ya bullía la idea de la conciliación, porque aconsejó a sus amigos integrar una fórmula compartida con los mitristas. De ese modo, resultaron electos por una mayoría que no tuvo casi oposición don Juan V. Pompín, de extracción liberal como gobernador y el doctor José Luís Madariaga (Autonomista-Federal) como vice. Pompín murió un año después y el mandato fue completado por Madariaga sin que se registraran conflictos de intereses. A partir de esa elección el partido se llamó "Autonomista" a secas y pasó a reconocer como su dirigente máximo don Manuel Derqui, hombre sencillo y silencioso, pero muy eficiente.

Como senador nacional le cupo intervenir en el célebre debate de 1890 sobre las "emisiones espurias", tema que se había convertido en la bandera de Aristóbulo Del Valle y Leandro Alem. Con su estilo cansino y modesto, arrolló, para sorpresa de toda la Cámara y alegría de su Presidente (que era nada menos que Pellegrini), al abanderado de la oposición que además tenía fama de ser un orador excepcional.

Pero a pesar de las seguridades que le daba Corrientes, lo que lograba reunir no alcanzaba a Alsina para dar pelea. Fue en ese momento que de una manera casi casual, apareció en la Exposición de Córdoba la candidatura de Avellaneda, a quien los medios que practicaban el sarcasmo como estilo, se empeñaban en caricaturizar a sus anchas. "Chingolo", "Taquito" (por su escasa altura) fueron algunos de los moteos con que se lo esmerilaba, olvidando su extraordinaria estatura moral, el brillo de una oratoria penetrante y culta, la firmeza de sus seguras convicciones católicas y la sólida formación intelectual que se puso de manifiesto en una extensa producción escrita a pesar de los cortos años que viviera.

Sin duda la elocuencia de Avellaneda contribuyó al vuelo triunfal de su candidatura.

Acostumbraba a dejar a salvo el mérito de sus rivales y hasta en algunas ocasiones, haciendo gala de una hidalguía fuera de lo común, solía hacer el encomio de ellos. Jamás empleó en contra de sus adversarios la detracción o el agravio.

En los cuarteles del mitrismo se pensó en Avellaneda con desdén, subestimando su proyección y suponiendo que se trataba de un globo de ensayo. Como era pública la divergencia entre Alsina y Avellaneda, que venía de los tiempos en que el segundo renunciara al ministerio provincial, no imaginaban una posible reconciliación. No pensaron tampoco en la cintura de Adolfo, siempre hábil para sacar adelante situaciones

complicadas y erigirse en árbitro cuando era dado por caído.

-Yo no seré el candidato, pero pensando en el país, elijamos al mejor aliado posible y además, que sea el mejor de todos -confesaba Adolfo a sus íntimos.

La realidad es que los mitristas daban por descontado que Avellaneda y Alsina continuarían distanciados como lo estaban desde hacía varios años cuando este último, siendo gobernador, concretó su astuta alianza con Urquiza.

Lo que no tuvieron en cuenta es que en 1874 contrajo enlace Dardo Rocha y a la fiesta concurren invitados, entre otras personalidades, Adolfo Alsina y Nicolás Avellaneda. Durante los brindis, el novio reunió en medio del salón a los dos y los indujo a reconciliarse, lo que fue rubricado por un abrazo espontáneo de ambos y el aplauso estruendoso de todos los invitados. Los diarios del día siguientes lucían sugestivos titulares: “El doble casamiento de la noche anterior”.

Adolfo advertía que sus posibilidades estaban comprometidas en el orden nacional y, ya reconciliado con Avellaneda, optó por darle los electores con que contaba a su ex ministro para asegurar el éxito de éste o por lo menos impedir que ganara Mitre.

El 15 de marzo, mientras el barrio de Belgrano se deleitaba con la irradiación de cien faroles de luz de gas colocados desde Cabildo y Juramento, Alsina anunció en forma pública la renuncia a la candidatura presidencial “porque ella no tiene el apoyo necesario para que triunfe”. Y desplegando desinterés y grandeza comunicaba su decisión de volcar los votos del autonomismo a favor de Avellaneda.

El caudillo se expresó sin alardeos ni falsa modestia, mandando de paso un mensaje a algún rebelde que no quisiera aceptar la decisión: “¿Qué hacer en este caso? ¿Dejarme arrastrar por la codicia del mando o mejor dicho por el deseo insensato de no perder mi calidad de candidato? De ninguna manera: el patriotismo, el amor a las instituciones, mis compromisos como hombre de partido y la imborrable gratitud que debo a mis amigos me colocan en el caso necesario de desaparecer de la escena política como candidato”. Más claro...

No todos los autonomistas comprendieron y compartieron el desprendimiento de Adolfo; Aristóbulo Del Valle y Leandro Alem, dando inicio a una asociación personal que los uniera en el delirio político y el éxtasis revolucionario en los pronunciamientos del '90 y '93, se proclamaron “autonomistas puros”, rechazaron el acuerdo con Avellaneda y declararon que la decisión “hacía peligrar el ejercicio del derecho electoral, base del sistema republicano de gobierno”.

Este apego febril a la castidad electoral, enunciado con semejante énfasis por Alem,

lo pinta de cuerpo entero como un pasionario. En realidad, era un hombre que actuaba con la buena fe de los fanáticos, que suelen justificar sus actos como el resultado de un sacrificio noble y condenan a los fuegos eternos cuando esos mismos hechos los cometen los adversarios, aún cuando éstos fueran más inocentes. Porque no obstante esta proclama a favor de la probidad en los comicios, no tuvo remordimientos para asumir como diputado, a pesar de que las elecciones del 1° de febrero que lo habían consagrado fueron impugnadas por fraudulentas y acusados todos los electos.

Más grandeza exhibió El Nacional el 17 de marzo (dos días después del Manifiesto de Alsina) que anticipó a sus suscriptores que admiraba el desprendimiento de Alsina, pero que a partir de ese momento su prédica solo estaría destinada a combatir la candidatura del general Mitre. Poco después el periódico volcó sus columnas no solo contra Mitre sino contra el propio Alsina y los autonomistas acuerdistas.

Pero el cambio de rumbo tiene su explicación; El Nacional había cambiado de propietarios y entre sus nuevos dueños se contaba Del Valle, quien ya empezaba a mostrarse fiel al estilo brillante pero jacobino que lo acompañó hasta su muerte.

Por cierto todo el autonomismo se convirtió en un hervidero. Un grupo reducido se fue con Alem y Del Valle. Pero las cosas no quedaron ahí; el choque más serio todavía no se había producido y habría de ocurrir después del triunfo de Avellaneda, cuando Alsina fuera designado ministro.

Pero no sólo vinieron las pálidas. Una emocionante carta firmada por más de trescientos correligionarios de Salta llegó a manos de Adolfo pocos días después.

Los salteños, conmovidos por el gesto de Alsina, no escatimaban palabras de regocijo y, confesando su lejano origen unitario, le recordaron la similitud que encontraban con el patriotismo de su padre, muerto cinco años antes, siempre dispuesto al renunciamento abnegado.

Para Adolfo fue demasiado; al hombre de coraje y acción se le nublaron los ojos de lágrimas y le pasó a Sánchez la carta: "Amigo, lea. Esto vale más que la Presidencia de la República".

3) A favor de Avellaneda

Pero debía evitarse que el desánimo se apoderara de los amigos. Un partido desinflado no está en condiciones de dar pelea y Adolfo había declinado de la candidatura a presidente, no de la lucha y el liderazgo. Ahora el caudillo tenía los cachetes coloreados por el fuego sagrado.

Una corriente nerviosa, como si en lugar de adrenalina se transportara electricidad por el cuerpo se apoderó de los partidarios. Citó a los clubes parroquiales para que esperaran su visita y en solo dos noches, pronunciando arengas y discursos en cada uno de ellos, recorrió con la incansable tenacidad de un jefe indiscutido la totalidad de las circunscripciones porteñas.

El entusiasmo había vuelto a prenderse en las bases y el caudillo era ovacionado en cada comité; en la Concepción, por ejemplo, la conmoción tenía tal arrebató que el corpulento negro Aldabez, puntero incondicional, se abalanzó sobre Adolfo, lo abrazó y besó en la mejilla, lo cargó en brazos él solo y gritó con voz estentórea: “¡Viva el corajudo comandante del 4 de Guardias Nacionales!”

La parroquia de la Concepción fue solo una muestra; el ánimo del partido cambió por completo y se hizo necesaria una reunión general.

El Club Estudiantil -que equivalía al Comité de la Juventud- cerró filas y lo propició como candidato a Gobernador. Alsina agradeció conmovido: “Si no me lo hubieran propuesto, juro que yo mismo lo habría solicitado”, les dijo con adúlona galantería.

Como prueba de la adhesión que fermentaba en todas las parroquias y darles contramoquillo a los que habían desertado, se lo designó Presidente del Comité encargado de sostener la candidatura de Avellaneda. Y el 5 de abril, mientras Buenos Aires se aprestaba a inaugurar la primera instalación de cloacas y aguas corrientes, una muchedumbre llenó el Teatro Variedades (como hemos señalado), cita obligada de las más importantes manifestaciones públicas, para proclamar la candidatura de Avellaneda a la Presidencia.

Desde que pisó el teatro, Alsina fue ovacionado por la multitud; la algarabía que lo rodeaba obliga a evocar una expresión de Pellegrini cuando poco antes de la rebelión de 1890 les dijo con ironía a los amigos reunidos en la casa de Juárez Celman: “¡Qué pena es estar en el gobierno y no en la oposición para poder andar en estas puebladas!”

Alsina ahora diría algo parecido pero sin sorna, mientras se le erizaba la piel por el afecto que le tiraban: “¡Lo único que les envidio es no poder encontrarme como ustedes, en esas manifestaciones de opinión donde el alto como el humilde forman un solo grupo!”

Pero para ser exactos, el paroxismo empezó ni bien hizo su entrada al teatro. Las reglas de urbanidad fueron vencidas por el público que se volcó en tropel sobre Alsina; volaron por el aire los sombreros primero y los ponchos después; menudearon los forcejeos entre los asistentes para adquirir el derecho a abrazarlo y los que primero llegaron lo alzaron en andas y en vilo lo trasladaron al escenario. Los aplausos fueron

tapados por el griterío y las voces por el estruendo de los vítores: “¡Viva don Adolfo Alsina!”, “¡Viva el doctor Alsina!”

Adolfo se sentía en verdad radiante cuando era confundido en un abrazo interminable entre las filas populares y lo expresó como pudo al comenzar el discurso: “Familiarizado con todas las impresiones fuertes de la vida, confieso que esta es irresistible para un corazón agradecido como el mío”. Los gritos, los aplausos y los abucheos a Mitre continuaron y la oratoria del jefe era interrumpida al término de cada párrafo por una ovación estruendosa.

Alsina terminó la disertación trazando una semblanza del partido Autonomista: “[Es] el partido de acción en Buenos Aires y se halla vinculado a todos los acontecimientos que se han desarrollado en la República desde la caída de Rosas. Este partido en los comicios, en la prensa, en los campos de batalla, lo hemos visto firme y sereno, consagrado a esa obra imperecedera de salvar las instituciones, de salvar a Buenos Aires cuando era amenazado por las intrigas del doctor Costa, para consolidar la unión nacional”.

Los correligionarios estallaron en el aplauso final, pero no se conformaron con la pieza entregada. Todavía faltaba lo mejor, algo que fue inédito en las concentraciones políticas y pareciera que en nuestro país nunca hubiera sido repetido. A poco de concluir la arenga, pulularon los corrillos, la euforia se hizo más contagiosa y el público de pie empezó a reclamar que el caudillo les hablara de nuevo.

Como un bis que se pide al artista cuando concluye la función, el grito de “¡otro, otro!” atronaba el salón, y como el concertista que debe acceder por cortesía al reclamo del público, Alsina saludó y pronunció a continuación un segundo discurso, tan extenso como el anterior y que cosechó las mismas adhesiones que el primero.

¿Hubo un pacto electoral entre Avellaneda y Alsina? Con la caballerosidad que le era propia, años después diría Avellaneda que solo había sido “una abnegación” de Alsina: “Nada me ha pedido y nada le he dado”, dijo con serena tristeza.

Alsina, por su parte mostró grandeza y generosidad; en el Manifiesto que dirigió a la República expuso con sencillez su espíritu: “La única base que he convenido con el doctor Avellaneda es constituir unidos, sus amigos con los míos que quieran acompañarme, un gran partido nacional que atraiga a su centro los elementos dispersos de los otros: que gobierne con la Constitución en la mano y que, fuerte por su origen, sea capaz de consolidar la paz, fomentar el progreso y garantizar la libertad de todas y cada una de las provincias argentinas”. Ese fue el Partido Autonomista Nacional.

Lo más probable es que hubiera habido un entendimiento implícito entre ambos, del

que no quedaron pruebas porque se sustentó en la palabra de dos hombres que confiaban en forma recíproca entre sí. Ha relatado un testigo que cuando se estaban llevando a cabo las negociaciones, un escribiente tomaba apuntes del acuerdo; el relato continúa diciendo que en un determinado momento Avellaneda se dirigió a Adolfo diciéndole: “Doctor, esto no podemos ponerlo por escrito; debe quedar como acuerdo de caballeros.”

Alsina miró fijo a su interlocutor, pensó un instante y por toda respuesta tomó la hoja que se estaba redactando y sin una palabra la rompió. El compromiso no tenía el sentido de un pacto; fue el primer paso en el camino hacia la conciliación nacional y los ribetes mezquinos del “toma y daca” -si hubieran existido- quedaron hechos añicos como el papel en que empezaron a registrarse.

Si en realidad hubo un acuerdo ¿en qué consistió? Lo más probable es que se tratara de un arreglo que contemplara los intereses de los dos sectores con el propósito de lograr que esa alianza perdurara en el tiempo a través de un gran partido nacional. En el acuerdo inmediato, Alsina puso el vicepresidente, que fue Mariano Acosta, quien se desempeñaba como gobernador de la Provincia en elecciones que había ganado el alsinismo (por segunda vez consecutiva el autonomismo imponía el vice, que por coincidencia era un gobernador, como lo había sido, en el período anterior, el propio Adolfo).

Alsina se reservaba para sí la cartera de Guerra y Marina, donde trabajaría con más gusto y confianza del que tuvo como vicepresidente durante el gobierno de Sarmiento (pero en rigor de verdad nunca aceptaron Alsina ni Avellaneda que la designación de aquél fuera el resultado de esa alianza electoral). Era el cargo adecuado para Adolfo; con el dominio definitivo de los mandos militares solo debía convencer al Congreso y marchar sobre la frontera con milicos y colonos. El fin del desierto estaba cerca.

El impulso que adquirió la candidatura de Avellaneda sorprendió al mitrismo y en general al público de Buenos Aires; en las elecciones provinciales del 1° de febrero se observó un vuelco a favor de Mitre, apartándose por un momento de la seguidilla autonomista, aunque a decir verdad, ambos partidos se atribuyeron el triunfo.

La interpretación del sentimiento porteño fue relatada tiempo después en términos elocuentes por Pellegrini: “Era tan profunda la convicción del pueblo de Buenos Aires después de Pavón de que a él sólo le correspondía gobernar la república, que nadie se cuidaba de la opinión del interior. Se recibió después con estupor la noticia de que el interior tenía una opinión propia, contraria a la de Buenos Aires y que era mayoría. Pero Avellaneda comprendió que, si bien las provincias podían hacer un presidente, la opinión de la capital era necesaria para hacer gobierno, y asegurado su triunfo, buscó el concurso del partido autonomista y desde ese día el localismo porteño y el localismo provincial se

confundieron en un gran partido, el primero verdaderamente nacional.”

Era en rigor, la extensión oficial del acta de nacimiento del Partido Autonomista Nacional, que ya de hecho había comenzado a funcionar con la presidencia de Sarmiento, dando inicio al largo gobierno conservador que se extendió hasta 1916.

Así lo dijo con rigor no exento de pasión Julio A. Costa: “el partido autonomista ha sido el partido de gobierno más largo de la historia argentina y es el más orgánico porque es biológico, porque está en la psiquis humana, adherido a la independencia personal de los hombres. Fue grande por sus hechos: porque salvó el ser político y la autonomía de Buenos Aires en 1862; porque hizo en la provincia la reforma agraria y la abolición del contingente; porque fue en la Nación el sostén del orden y del gobierno regular, únicos cimientos conocidos de la libertad y porque hizo la conquista del desierto, la conciliación de los partidos, la capital de la provincia y la capital de la república”.

El 12 de abril se votó en todo el país a los electores presidenciales.

Continuando el ciclo que les parecía firme desde el 1° de febrero, el mitrismo se atribuyó el triunfo en Buenos Aires; ganó en Santiago del Estero (donde dominaban los Taboada) y en San Juan (donde influía Arredondo); en total 79 votos acompañaron la fórmula Mitre-Torrent. En las restantes provincias triunfaron Avellaneda-Acosta, con indignación del nacionalismo que atacó el acto electoral aduciendo que el resultado había sido la imposición arbitraria de la voluntad de los gobernadores.

El mismo año que fue elegido Avellaneda nacieron Winston Churchill y Leopoldo Lugones; ocurrió además un hecho sobresaliente: Chile reconoció que la Patagonia argentina era una continuación histórica y jurídica del Virreinato del Río de la Plata. Las elecciones de diputados nacionales que concluyeron con el triunfo de los alsinistas partidarios de Avellaneda fueron también impugnadas por el mitrismo, que se adjudicó la victoria y tachó el escrutinio de fraudulento. En la provincia de Buenos Aires, como decíamos, se habían llevado a cabo el 1° de febrero de 1874 elecciones para elegir diputados nacionales; fueron las llamadas “elecciones de conciencia” y las que, a la postre, abonarían el camino para la Revolución de ese año.

Respecto de ese comicio, en general ha prevalecido el convencimiento de que, después de varias compulsas en las que venciera el autonomismo, había triunfado el mitrismo por un amplio margen en la campaña, que se estrechó en la Capital cuando se reconoció al alsinista Bernet vencedor en Balvanera.

El procedimiento legal que estaba vigente establecía que se entregaran a la Legislatura los registros de la campaña a medida que llegaran, para que ésta a su vez las

remitiera a la Junta Electoral, encargada de practicar el escrutinio definitivo. Los ánimos subieron de tono en razón de que durante todo el mes de febrero la compulsiva -según hacían trascender los diarios- daba resultados favorables al mitrismo y parecía que el autonomismo reconocía su derrota; Mitre en ese momento era ya considerado como el futuro presidente de la República.

Sin embargo la sorpresa fue mayúscula cuando en los primeros días de marzo trascendió que los datos proporcionados por la Legislatura eran diferentes y que en los pueblos donde se había informado el triunfo de las fuerzas de Mitre, ahora se imponía el alsinismo. Al final, lo que para el partido nacionalista era una victoria por el doble de los votos de su adversario autonomista se convirtió en una derrota, que aquellos atribuían a una falsificación de las actas y adulteración de los resultados. Las palabras “bochorno”, “fraude”, “escándalo”, se pusieron a la orden del día y La Nación Argentina electrizaba a sus suscriptores con las noticias que imprimía.

Si en realidad hubiera ocurrido de ese modo, habría que darle la razón a Stalin, cuando varias décadas después declarara con brutal cinismo que lo importante de un comicio no era la cantidad de votos obtenidos sino quien contaba las boletas.

Como testimonio quedó en el retrato de época el joven Carlos Pellegrini tomándose la cabeza a la entrada del Club del Progreso mientras exclamaba “¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué hemos hecho!”

El Gringo había prometido cortarse la mano si se falsificaba la elección, pero pragmático y consecuente se lamentó, pero aceptó el diploma cuestionado; si los escrúpulos lo hubieran vencido la provincia habría perdido uno de los legisladores más descollantes o al piloto de tormentas le habría faltado una mano para empuñar el timón en la crisis del 90, cuando la Argentina necesitaba a todo trance “llegar a la orilla”.

Dicho sea de paso, tampoco los tuvo Alem, que aceptó el diploma sin rubores ni escozores de conciencia, con la misma frescura con que antes había proclamado su incondicional adhesión a la pureza electoral.

En realidad ningún diputado, fundado en la inmaculación de las elecciones, desestimó el diploma obtenido y Alsina volcó todo el peso de su autoridad para evitar que algún distraído por un escrúpulo moral declinara del mandato para el que había sido elegido. El que más trabajo le costó fue Monseñor Aneiros, que encabezaba la lista de legisladores por el autonomismo; el Arzobispo se sentía incómodo en su doble función de pastor y diputado en elecciones muy cuestionadas, pero después de una reunión reservada con Adolfo retiró sus objeciones y también se incorporó a la Cámara; a fin de cuentas Alsina había sido el defensor de la religión en la Convención Constituyente de la

Provincia.

En repudio de lo que definieron como un alevoso fraude, Eduardo Costa y Norberto Quirno Costa convocaron a un acto en el Teatro Variedades al que concurrió un público numeroso que después marchó en manifestación por Florida hasta la Plaza del Retiro. Al paso de la multitud los vecinos se asomaban a los balcones, arrojaban flores, le expresaban su adhesión y el indignado rechazo al fraude.

Pero eso pasaba por el centro de Buenos Aires donde el respaldo a Mitre era abrumador. ¿Y en las orillas? Ese era el verdadero baluarte de Alsina, donde campeaban los guapos y relucían los facones; allí la cosa se presentaba distinta y ninguno pensaba que se había metido la mula.

Lo cierto es que como transportada a través de un embudo, la decisión electoral tuvo un itinerario irrefrenable. Las planillas llegaron a la Legislatura y a través suyo se trasladaron a la Junta Electoral; ésta a su vez las pasó a manos de la Comisión de Poderes de la Cámara de Diputados tal como las había recibido, sin producir un juicio de valor sobre los resultados, ni efectuar un escrutinio que diera a conocer los guarismos de cada partido. En consecuencia la Cámara debió examinar los diplomas de los diputados y también el acto electoral en sí mismo, para lo cual se basó en los datos de la Legislatura, que habían resultado favorables al alsinismo.

Por fin el 11 de julio la Comisión se expidió declarando válidos los diplomas alsinistas de Buenos Aires. Adolfo, con la astucia que se le reconocía, había puesto todo su esfuerzo en la elección de los miembros de esa Comisión de Poderes y con una composición unánime, también unánime habría de ser el pronunciamiento a favor de los diplomas autonomistas.

Empero, no abandonaron las formas. Varios distritos de la campaña bonaerense, donde las actas presuntamente falsificadas daban un número favorable al alsinismo en forma abrumadora, fueron desestimadas por la Comisión -en forma aparente para dar satisfacción a la opinión pública- pero el resultado final, a pesar de esos cortesés ademanes, consagró vencedor al alsinismo, allanando el camino para la incorporación de sus diputados.

De cualquier manera se debió esperar hasta el 18 de julio para que la Cámara se expidiera sobre los diplomas propiciados por la Comisión. Ese día la barra quedó ocupada desde temprano por hombres que, a juzgar por su indumentaria, desde lejos se sabía pertenecían a Adolfo Alsina. El clásico chambergo de ala requintada y calzado hasta los ojos; el saco corto y de paño negro, algunos con trencillas de terciopelo; el pantalón ceñido hasta la altura del botín elástico y de taquitos francés.

Por si faltara alguna otra credencial, el atuendo se completaba en muchos casos con un clavel colorado detrás de la oreja, sostenido en la patilla del personaje.

Tampoco estaban ausentes los que les seguían en rango, es decir los matones de barrio, personajes “de melena esponjada y relumbrosa, que apestaban a sus vecinos con su tufo a bebida y olor de tabaco negro”. Cada tanto, recuerdan los testimonios de época, algún salivazo dirigido con rigurosa puntería, hacía impacto en la cabeza de un diputado opositor, con preferencia si era calva.

Después de un airado debate se votó: 44 votos lo hicieron a favor del cómputo hecho por la Comisión de Poderes y 18 en contra (de éstos, dos alsinistas). El camino para la elección de Avellaneda quedaba desmalezado. Para la revolución mitrista, también.

1) La revolución

Pocas veces un acontecimiento revolucionario fue tan anunciado como el pronunciamiento mitrista de 1874.

Para ser justos, debería reconocerse que el general Mitre no era partidario del movimiento y que si decidió colocarse a la cabeza del mismo, se debió a la solidaridad moral que lo ligaba a sus amigos, firmes partidarios de ir a las armas.

No fue en realidad el triunfo de Avellaneda el que llevó al ex presidente a asumir el mando de la revolución sino la anterior decisión del Congreso, que convalidó los diplomas de los diputados alsinistas y llevó al patricio a comprometerse con sus partidarios en una reunión que se celebró en su propia casa.

Observada con la frialdad que confiere el paso del tiempo, la revolución nació muerta. En realidad el plan revolucionario debía ejecutarse después del 12 de octubre, cuando ya Avellaneda hubiera sido ungido presidente de la Nación, pero una serie de acontecimientos imprevistos, en los que el olfato de Sarmiento no estuvo ajeno, obligó a los conjurados a lanzarse con anticipación.

Si el plan revolucionario era de por si complejo y de difícil ejecución, el apresuramiento con que debió ser adelantado, en tiempos en que las comunicaciones eran precarias y las distancias enormes, aseguraba su fracaso.

A estas dificultades se sumaron otros datos, que animaron una imagen romántica de la revolución, con sucesos destinados a perdurar en la memoria; algunos revestidos de un hálito ejemplar, otros teñidos de una sangre innecesariamente derrochada. De cualquier manera, la Revolución de 1874 obró como una bisagra de la historia y después de muchos hechos de armas ocurridos durante nuestra violenta organización como nación, los

vencedores no impusieron a los vencidos el rigor de la muerte como complemento de la derrota.

Más aún, los fusilamientos, que en un caso había ordenado el coronel Machado continuando una tradición que toleraba disponer de la vida de los vencidos, fueron considerados delitos de derecho común y consignados al juez ordinario.

La revolución había estallado a fines de septiembre; apenas unos días antes el coronel Álvaro Barros había asumido la gobernación de Buenos Aires por el desplazamiento de Acosta a la vicepresidencia. Se produjo en la madrugada que va del 24 al 25 y el detonante fue el editorial de La Prensa, que fundara cinco años antes José C. Paz y escribiera esa noche con el alcance de un verdadero manifiesto. Pero fue presidida por el signo del desorden y su ejecución resultó caótica.

El mensaje de La Prensa trató de unificar la proclama, pero fue inútil. Por un lado marchaban los civiles que se sentían llamados por el toque de un clarín inexistente; por otro costado concurrían las fuerzas del ejército que estaban “habladas” y

Capítulo IX

Revolución y ministerio

Pocas veces un acontecimiento revolucionario fue tan anunciado como el pronunciamiento mitrista de 1874.

Para ser justos, debería reconocerse que el general Mitre no era partidario del movimiento y que si decidió colocarse a la cabeza del mismo, se debió a la solidaridad moral que lo ligaba a sus amigos, firmes partidarios de ir a las armas.

No fue en realidad el triunfo de Avellaneda el que llevó al ex presidente a asumir el mando de la revolución sino la anterior decisión del Congreso, que convalidó los diplomas de los diputados alsinistas y llevó al patricio a comprometerse con sus partidarios en una reunión que se celebró en su propia casa.

Observada con la frialdad que confiere el paso del tiempo, la revolución nació muerta. En realidad el plan revolucionario debía ejecutarse después del 12 de octubre, cuando ya Avellaneda hubiera sido ungido presidente de la Nación, pero una serie de acontecimientos imprevistos, en los que el olfato de Sarmiento no estuvo ajeno, obligó a los conjurados a lanzarse con anticipación.

Si el plan revolucionario era de por sí complejo y de difícil ejecución, el apresuramiento con que debió ser adelantado, en tiempos en que las comunicaciones eran precarias y las distancias enormes, aseguraba su fracaso.

A estas dificultades se sumaron otros datos, que animaron una imagen romántica de la revolución, con sucesos destinados a perdurar en la memoria; algunos revestidos de un hálito ejemplar, otros teñidos de una sangre innecesariamente derrochada. De cualquier manera, la Revolución de 1874 obró como una bisagra de la historia y después de muchos hechos de armas ocurridos durante nuestra violenta organización como nación, los vencedores no impusieron a los vencidos el rigor de la muerte como complemento de la

derrota.

Más aún, los fusilamientos que en un caso había ordenado el coronel Machado continuando una tradición que toleraba disponer de la vida de los vencidos, fueron considerados delitos de derecho común y consignados al juez ordinario.

La revolución había estallado a fines de septiembre; apenas unos días antes el coronel Álvaro Barros había asumido la gobernación de Buenos Aires por el desplazamiento de Acosta a la vicepresidencia. Se produjo en la madrugada que va del 24 al 25 y el detonante fue el editorial de La Prensa, que fundara cinco años antes José C. Paz y escribiera esa noche con el alcance de un verdadero manifiesto. Pero fue presidida por el signo del desorden y su ejecución resultó caótica.

El mensaje de La Prensa trató de unificar la proclama, pero fue inútil. Por un lado marchaban los civiles que se sentían llamados por el toque de un clarín inexistente; por otro costado concurrían las fuerzas del ejército que estaban "habladas" y cerrando el arco conspirativo los buques de la flota que se habían complotado. La pericia y autoridad del general José María Paz podría, con gran fatiga, haber conciliado esas voluntades dispersas, pero esa no parecía ser la cualidad de su tocayo José C. Paz.

La señal revolucionaria se verificó esa noche, al término de la velada que se representó en el Teatro de la Victoria y como las principales familias porteñas tenían algún miembro de ellas comprometido con el pronunciamiento, la ansiedad -en especial la de las damas- fue indisimulable.

A la salida del teatro los asistentes, como era habitual, se dirigieron a los numerosos cafés que existían en la recova del Paseo de Julio, donde menudearon los saludos cómplices, las guiñadas sugestivas, los sombrerozcos en clave. Por supuesto la policía (y en general todo el mundo) se daba cuenta y estaba al tanto de lo que ocurría, muy parecido a la continuidad de la ópera que habían presenciado momentos antes.

Sin realizar un excesivo trabajo de inteligencia, ni penetrar en el secreto de los conspiradores el Jefe de la Policía, don Ernesto O'Gorman, tenía entre sus dedos todos los hilos de la conjura. Ellos solos dieron al gobierno las pruebas apropiadas para que éste preparara la contraofensiva y el golpe perdiera el efecto sorpresa sin cuyo concurso los movimientos revolucionarios carecen de una de sus principales armas.

Como estaba establecido, el 12 de octubre debía asumir Nicolás Avellaneda como quinto presidente a partir de la Constitución de 1853. Con antelación suficiente, el señor Andrés Egaña, a instancias de Alsina, dio un magnífico baile en su honor.

El motivo explícito era el de tributar a Avellaneda un homenaje de clase -un

verdadero plebiscito social, como se dijo en ese momento- que pusiera de manifiesto la buena disposición de Buenos Aires hacia el flamante mandatario. El que estaba implícito era el de demostrar que la conspiración no despertaba temores.

El 5 de septiembre se llevó a cabo la fiesta en lo de Egaña con todo boato.

Respetando las costumbres de entonces, la reunión se inició con una recorrida de los principales asistentes a modo de saludo por los distintos salones.

De ese modo se vio a Sarmiento -como correspondía, ya que era el Presidente en ejercicio- paseando del brazo de la señora Carmen Nóbrega de Avellaneda, mujer del presidente electo, de la manera impuesta por la etiqueta. Y a éste, llevando del brazo a la señora de Egaña. Más atrás, sobresaliendo su cabeza de león muy por encima del presidente, Adolfo Alsina, que daba el brazo a doña Remedios Oromí, esposa del vicepresidente electo Mariano Acosta.

Ya en los frecuentes mentideros políticos era común escuchar la noticia de que Alsina sería el futuro Ministro de la Guerra, como también era constante el rumor que hablaba de la revolución en marcha.

Uno de los invitados había sido don Ernesto O’Gorman, persona de gran prestigio personal y social que desde hacía varios años se desempeñaba con reconocida imparcialidad política al frente de la policía de la ciudad. La invitación a O’Gorman tenía pues, dos propósitos: uno, el de disfrutar en la tertulia de su agradable compañía; el otro era para que de su boca neutral saliera una opinión autorizada sobre la presunta asonada.

Durante toda la noche, O’Gorman recibió de numerosos asistentes la misma pregunta, acerca de la inminencia y posibilidades de la futura revolución. Sin apartarse de su estilo discreto y profesional, el Jefe de Policía no eludía la misma respuesta “En esta ciudad, yo garantizo que no habrá alteración del orden ni movimientos revolucionarios.”

El plan había funcionado en forma satisfactoria; nadie se fue con dudas: en la Ciudad de Buenos Aires, baluarte mitrista, la revolución no tenía perspectivas. No lo decía el gobierno, lo hacía público nada menos que el Jefe de Policía, de cuya ecuanimidad nadie podía dudar.

Los momentos más tensos de la revolución se vivieron más adelante: cuando se peleó en La Verde ya había pasado el 12 de octubre; el presidente era Avellaneda, de talante manso y carácter opuesto al de Sarmiento, y el Ministro de la Guerra y encargado de reprimir la revolución, Adolfo Alsina. La clemencia natural del presidente le permitió a Adolfo manejar el conflicto dentro de límites políticos, con la ubicuidad que le era reconocida y sin la carga adicional de sentimientos explosivos, tan frecuentes en

Sarmiento.

Demás está decir que el plan revolucionario fracasó en todas sus fases; Mitre pudo soliviantar la campaña, pero solo para tener un ejército numeroso en hombres, pero sin armas: las que debían desembarcarse en el Tuyú nunca llegaron del Uruguay, donde habían sido compradas.

2) Los indios

No sería el único disgusto de Mitre: una gran sorpresa recibió cuando se encontró con que los guerreros de Catriel se habían plegado a la revolución. Era la primera vez que los indios se involucraban en las controversias de los partidos y las luchas políticas que eran su consecuencia y con seguridad el hecho no habría de causar buena impresión en la opinión pública.

Después de varias jornadas de marcha por la campaña bonaerense Mitre consiguió despedir a la tribu que volvió grupas hacia sus toldos, pero el daño político ya estaba consumado: todos los medios de prensa habían recogido la noticia y el público, acostumbrado por décadas a asociar al indígena con el malón y los saqueos, no podía ver sino con repugnancia que se echara mano a las lanzas pampas para un levantamiento político.

Se impone una explicación sobre la participación de Catriel, porque la intervención de los indios a favor de la revolución tiene bastante miga.

Dos años antes, en 1871, los caciques Chapitruz, Calfuquir y Manuel Grande, que vivían en las inmediaciones de Tapalqué hostigaron a Catriel como resultado de una rencilla doméstica, creando una situación tensa, que ponía en riesgo la calma de la zona. El general Rivas, jefe del acantonamiento de Azul y por lo tanto responsable del área, se decidió a tomar el toro por las astas antes que el chismorroteo se saliera de madre. Cipriano Catriel era indio amigo, tenía una idea clara de la relación con los cristianos, se había ganado la confianza del jefe militar y éste no dudó en apoyarlo frente a las tribus que le eran hostiles, despachando fuerzas suficientes al mando del coronel Francisco Elía. Los caciques debieron doblar la espalda, pero el rencor los abrasaba y el deseo de revancha los perseguía noche y día, sobre todo después que concurrieran a Azul a requerir la intervención de la justicia y fueran apresados y retenidas sus familias.

De esta situación se derivaron dos consecuencias: la primera, Chapitruz, Calfuquir y Grande entraron en relación con Callfucurá y lo alentaron a realizar las temidas invasiones y atacar al general Rivas, hecho que finalmente ocurrió en la batalla de San Carlos de Bolívar en marzo de 1872, donde las fuerzas nacionales impusieron su superioridad

operativa y táctica derrotando en forma completa a los indios. La segunda fue que Catriel pasó a ser un deudor directo de Rivas y al producirse el levantamiento de 1874, este jefe se sintió en condiciones de requerirle el apoyo de sus guerreros a la causa revolucionaria.

La intervención de los indios en la revolución dejó una marca perdurable en la política argentina. El cacique principal de la tribu aliada era Cipriano Catriel, que había acordado con el general Rivas un programa de asimilación a la vida civilizada, a cuyo efecto éste le proporcionó tierras en las inmediaciones de Azul y medios para la subsistencia de la comunidad.

Cipriano Catriel era un personaje especial, al que no le faltaba ninguna de las inclinaciones que favorece el vicio y gozaba de todos los placeres que provee la civilización, sin asumir ninguna de las virtudes que estimula el trabajo honrado.

Vivía en el pueblo, donde se alojaba en casa de material, una de las mejor construidas en el pago, y dormía en cama con colchón. Tenía cuenta corriente en el Banco de la Provincia y sabía extender cheques. Era hombre moldeado en madera noble; siempre leal y -cosa rara en los indios- de palabra sostenida y firmeza en las ideas. También tenía pasión por el juego, le agradaban las bebidas fuertes, el baile y la compañía de mujeres de vida ligera. Se sospechaba de la integridad con que manejaba los recursos afectados a su tribu y era corriente pensar que a ésta solo llegaban las migas que caían del mantel del cacique, aunque esta situación nunca fue comprobada. A tal individuo sólo le faltaba involucrarse en las pujas de los partidos y en septiembre de 1874 la revolución mitrista le cayó como anillo.

Los que han estudiado a fondo la composición de esa tribu piensan -con una visión somera- que el mejor exponente no era Cipriano sino su hermano, Juan Andrés Catriel (en otras crónicas aparece con el nombre de Juan José), de vida menos rumbosa pero con notable ascendiente en la comunidad.

Se diferenciaba en varios aspectos del cacique principal; no tenía inclinación al juego, bebía con reciedumbre pero en forma ocasional, era de contextura fornida y -según decían algunas voces sin demasiada confiabilidad- estaba desprovisto de la codicia del hermano (al contrario, el ingeniero Ebelot sostenía que era coimero).

No le agradaba la compañía de mujerzuelas, aunque no era fiel a la monogamia; de hecho mantenía cuatro esposas y se las arreglaba para que cada una cumpliera una función que no invadiera la jurisdicción de las otras. A diferencia de lo que suele suceder en los serrallos, no estaba amancebado con la favorita de turno a expensas de la dignidad y rango de las otras; la más antigua podía ser excluida de sus deberes sexuales, pero no perdía autoridad para manejar la casa y las otras mujeres; para atender la crianza de los

hijos de todas y supervisar la cocina y la indumentaria del marido.

Vivían todas juntas, bajo el mismo techo, en curiosa armonía y sin que se provocaran escenas ni conflictos, lo cual para el análisis de un hombre blanco de esta época constituye todo un misterio.

Su última esposa era una galleguita joven, de pelo rojizo, que viajó desde su patria sola, con apenas trece años, para ser recogida por unos parientes lejanos que vivían en Azul y a cuya casa no llegó nunca. Antes fue interceptada por el príncipe de la tribu y llevada a convivir con la prole y las otras esposas a su casa, aunque sin abusar de la niña, que con mucha cautela, para no irritar a los Catriel, fue requerida con sobrado tacto por los parientes y las autoridades.

A pesar de las gestiones, Juan Andrés (o Juan José) Catriel no la devolvió nunca y tiempo después la galleguita, que ya estaba habituada a las costumbres de los indios, se sintió apegada a la nueva casa, deslumbrada por el ascendiente social que había alcanzado en la tribu y respetada por las otras indias acasaladas, que a diferencia de lo que ocurría siempre con las cautivas, no la celaban. Terminó enamorada del cacique y convertida en su última esposa.

Cuando la tribu de los Catriel, hambrienta y desesperada, se rindió a las fuerzas legales después de la infructuosa alianza que hizo con Namuncurá, fue respetada por el nuevo orden, pero ella permaneció al lado del marido con las demás esposas en su agonía y continuó viviendo junto a las otras viudas del cacique hasta que fueron muriendo en forma sucesiva ya bien entrado el siglo XX.

Juan José mantenía una buena relación con los cristianos pero no los envidiaba ni imitaba. Descreía del plan de Cipriano, que puso a los guerreros en el camino de una revolución a la que eran ajenos, y los celos enfermizos que sentía hacia su hermano se convirtieron en odio durante el curso del alzamiento. A su regreso a Azul, Cipriano fue asesinado por Juan José mediante una conspiración que preparara durante su ausencia en connivencia con varios capitanejos y la tolerancia de los militares que respetaron el derecho de los indios a aplicar su propia ley y sus métodos justicieros.

Lo cierto es que no toda la tribu estaba de acuerdo con el compromiso que Cipriano había tomado con Rivas y muchos indios se pasaban a las fuerzas nacionales. A este respecto es ilustrativo leer los partes que el coronel Julio Campos le elevaba al ministro Alsina imponiéndole del curso de la campaña contra las fuerzas de Mitre, en especial los datos que obtenía de la marcha del ejército revolucionario por medio de indios bomberos que estaban ansiosos por mostrarse colaboradores con el gobierno nacional.

El 18 de noviembre Campos volvió a escribirle a Alsina, para informarle que "...he recibido el resto de la indiada de Catriel que se me ha presentado después de tener un combate entre ellos que ha dado por resultado la fuga de Cipriano Catriel y Avendaño con siete indios perseguidos por los mismos salvajes..."

No quedan dudas, de acuerdo a este parte de Campos, que Cipriano había caído víctima de la conspiración de sus mismos hermanos de sangre y su suerte estaba echada, acompañado solo por los leales que lo siguieron en su infortunio.

Pero los indios que se pasaron a Campos sirvieron de pretexto para que después se alimentara la especie de que "Juan José pertenecía al ejército de Alsina", como más adelante se transcribe de una información periodística local.

En realidad, como el mismo coronel Campos señalaba, existía una tradición nunca revocada que imponía trasladar a la órbita de los indios las causas que concernían a ellos. Los cristianos debían lavarse las manos en ese terreno y dejar que aquellos arreglaran cuentas de acuerdo a sus propios códigos, sin interferencias de la ley y la justicia del hombre blanco. La versión de que fue "el ejército de Alsina" el que asesinó a Catriel ha sido desmentida por los hechos comprobados. Aún las contradicciones que se advierten en el relato de algunos episodios, exoneran al gobierno de responsabilidad en el magnicidio tribal.

Walther, por ejemplo, dice que el coronel Campos puso en libertad a Cipriano (desarmado, como no podía ser de otra manera) y que no lo entregó a la tribu para ser juzgado, a pesar de que el propio Campos recomendara este procedimiento. De cualquier manera la decisión final había pertenecido a los indios y no al "ejército de Alsina" como se dijo con manifiesta ligereza y visible intriga.

A pesar de todo, los mitristas vieron la mano del gobierno en la instigación del crimen y atribuyeron al alsinismo haber incitado a Juan José en el fratricidio para vengarse de Cipriano, que había apoyado a Mitre. Pero la imputación era arbitraria y el propio Alsina la desdeñó por absurda, sin perder tiempo en desmentirla. Adolfo no contó nunca con el menor de los Catriel, quizá porque traicionar y asesinar a un hermano no constituye la mejor tarjeta de presentación.

Más aún: cuando el entonces coronel Levalle ocupó la comandancia de Azul, cumpliendo órdenes del propio Ministro Alsina, exigió a Juan José Catriel los comprobantes de las raciones que se entregaban a la tribu. Levalle, hombre recto, advirtió que a simple vista las vacas no alcanzaban el número acordado; pesó las bolsas de azúcar, yerba y tabaco y comprobó que no representaban las cantidades que figuraban en los partes oficiales.

Indignado, mandó llamar al proveedor, quien se encogió de hombros y se limitó a presentar el recibo, en el que Juan José había estampado una rústica cruz a modo de firma. Convocó de inmediato al cacique en presencia del proveedor, pero el indio se molestó con la sospecha y considerándose ofendido se negó a continuar con la indagación.

Se sabía que existía una componenda corrupta entre los agentes encargados de entregar las raciones y algunos caciques, pero ésta superaba a las habituales; Levalle, Alsina y los colaboradores más cercanos (Ebelot, entre otros) comprobaron la felonía e incluyeron a Juan José entre los indios de menos confianza.

Por cierto, la versión contra el alsinismo fue iniciada en un diario de Azul, aumentada por la imaginación de algún payador y por la superstición, que en esa época hacía las delicias de la sobremesa y el fogón.

Una carta, que con visibles intenciones de Romeo un tal Avelino Rodríguez dirigiera a su prima, que había quedado en Orense, relataba pormenores de un velorio del pueblo en el que el finado no tenía paz por haber muerto en duelo criollo.

Entusiasmado por esos prodigios que sólo se veían en esta pampa, y pensando en deslumbrarla con su proximidad a los fenómenos extrasensoriales, agregó un relato escuchado de boca de una vecina en el mismo velorio, según el cual dos hombres se habían sentado a su lado en un banco apenas iluminado por las velas del lugar.

“Cuánto hace que no lo veo”, dijo uno de ellos, según relataba el abismal corresponsal. “Es que fui enterrado vivo y ahora sólo puedo salir para estos lugares” fue la respuesta tétrica del otro, siempre según escribía el primo del Azul.

En la misma carta, Avelino, ansioso por impresionarla, dice que tenía datos de que el comandante Otamendi (del ejército de Alsina) entregó a Cipriano a sus hermanos para que lo juzgaran y después de vendarle los ojos, mientras salían chispas del suelo “el cacique Juan y Marcelino lo lancearon y le cortaron la cabeza”.

En las Memorias de don Bernardo Lalanne, que se publicaron en Olavarría en 1940, refiere el memorioso vecino que “el cacique Cipriano era partidario de Mitre y tomó las lanzas de su tribu a favor de la revolución; su hermano, que era alsinista, hizo lo propio con el bando opuesto”. Según ese relato, Cipriano cayó prisionero “del ejército de Alsina” y fue condenado a muerte, lo mismo que su lugarteniente Avendaño y otro amigo de menor rango llamado Moreno. El mismo Juan Andrés (o Juan José) lo decapitó en las inmediaciones del molino La Clara y después los indios “tiraron las cabezas en el zaguán de la viuda de Avendaño”, para encontrar reposo final en urnas que se colocaron en la bóveda que los Avendaño tenían en el cementerio de Azul.

La muerte de Cipriano quedó rodeada de un hálito romántico y todavía en 1909 el payador Rufino Calderón lo recordaba con un verso cargado de intención:

*Se revolvió como fiera pidiendo lo desataran;
"demen la lanza" pidió, pero no le dieron nada.
A lanzazos lo chuzaron y al final lo despenaron;
¡Y de trofeo sangriento la cabeza se llevaron!*

La versión que atribuye la muerte de Cipriano a una venganza política del alsinismo tiene poco sustento. No mucho más que la carta supersticiosa de un primo al que le gustaba estremecer a su parienta de Galicia con leyendas de aparecidos, el relato de un vecino que repasó lo que había escuchado y las coplas de un payador.

Todas ellas se desintegran con los pasos siguientes del cacique Juan José, desdeñado por la gente de Alsina por corrupto, que acabara plegándose a los demás indios del desierto afectando la provincia gobernada por el alsinismo y al propio Adolfo, que era el Ministro de Guerra de la Nación, a quienes no dudó en enfrentar.

Una observación distante y objetiva, permite ver que aún primitivo y vicioso, Cipriano Catriel tenía otra dimensión del momento político y adivinaba con acierto el curso de la historia. Sabía que el hombre blanco habría de terminar imponiendo la superioridad de su número y de su inteligencia; el manejo de técnicas desconocidas para su pueblo y el empleo de máquinas de guerra superiores a la chuzas de los jinetes pampas. Conocía bien el uso del dinero, la aplicación del telégrafo, el avance de la medicina y el valor de los depósitos bancarios. En una palabra: Cipriano Catriel sabía que era mejor pactar con los cristianos mientras el poderío del indio pesara y el precio de la paz tuviera un valor importante para los huincas. Después sería demasiado tarde.

Con una visión romántica pero más estrecha, Juan José satisfizo, como el demagogo, las bajas pasiones del instinto; alentó la alegría perecedera que se apoyaba en la infinitud del desierto y la libertad predatoria de la raza. Fue ovacionado por la tribu, que veía con agrado el retorno a la inmensidad de la pampa, al maloneo y la depredación, que con trágico error consideraba atributos de la libertad; pero la alegría duró poco. La zanja del ministro Alsina puso fin a las grandes invasiones y cuando Levalle se instaló en Carhué, terminó para siempre la aventura de la tribu. La osadía de Juan José Catriel, que había comenzado con el crimen de su hermano, terminaba sumiendo a la tribu en la agonía y la dispersión.

Como es de imaginar, esta versión realista y descarnada no fue aceptada por el

mitrismo, que tenía sobrados motivos para sentirse obligado a justificar la irrupción de la tribu en la revolución. Durante un tiempo considerable perduró la disputa: el gobierno reprochando a los mitristas el empleo de los indios en la revolución; a su vez el mitrismo imputando al alsinismo la instigación a Juan José para que, en venganza, asesinara a su hermano.

3) Cambio de mando

Regresemos a la revolución; frente al levantamiento militar de 1874, Sarmiento reaccionó con furia. Constituyó un "comité de crisis" que colocó bajo la presidencia de Alsina, designado comandante de armas de la provincia (olvidaba, por lo visto, que "ese compadrito" no merecía sucederle). Es posible que el genial Sarmiento persiguiera dos propósitos: asegurarse que un adversario declarado de Mitre condujera las operaciones militares de represión y que éste proviniera de la provincia de Buenos Aires, ámbito en el que habría de jugarse la suerte de la rebelión.

Alsina, que ya estaba alejado de Sarmiento y se sentía con el espíritu ajeno al gobierno, rechazó en principio la nominación y sólo la aceptó para presentar un frente unido ante las armas alzadas. Sin embargo, a poco de comenzar su trabajo, optó por alejarse. Fiel a su estilo personalísimo, Sarmiento no pudo con el genio y tomó medidas por sí mismo, que no eran compartidas por aquél. Mientras Sarmiento tuviera poder, las cosas habrían de ser así: manejadas según su arbitrio.

Por su parte Alsina no era hombre de ocupar un cargo para convertirse en marioneta, por lo cual el distanciamiento resultó inevitable. Sin asumir pues, responsabilidad en la conducción militar durante el gobierno que fenecía, Adolfo esperó la llegada del 12 de octubre y que se produjera el cambio de manos en el gobierno.

Ese día, cuando Avellaneda asumía la Presidencia, Sarmiento sumaba sentimientos encontrados; era feliz por un lado: había conseguido que se impusiera un hombre aceptado por él. No lo era tanto en otro aspecto, decisivo para su personalidad y carácter; terminaba su gestión y la revolución no había sido vencida y aunque era previsible suponer que el tiempo jugaba en contra de los rebeldes, por lo menos a él le había sido negada la posibilidad de festejar la victoria (y cobrar venganza).

Alsina irradiaba una actitud diferente; se había impuesto Avellaneda en mérito a una liga cuyo tejido no había sido ajeno a su inspiración y él no habría de ser extraño al gobierno que se iniciaba.

El partido Autonomista formaba parte de ese gobierno que había iniciado la gravitación por muchos años de esa fuerza política que con el aporte de las corrientes del

interior ahora era nacional. Es verdad que algunos temas seguían sin resolverse; la revolución de Mitre era uno de ellos, pero había que asumirlo sin ansiedad, con energía, aunque sin angustias.

Sarmiento en cambio habría de ser dominado por la ira en el momento de entregar los atributos a Avellaneda; Adolfo, más sereno, habló en el Congreso de la rebelión sin perder en ningún momento la seguridad que tiene quien confía en la victoria: “La rebelión que ha estallado y que estáis en el deber de dominar pronto para economizar sangre y dinero -decía dirigiéndose a Avellaneda- presenta dos caracteres especiales en la historia de nuestras pasadas discordias”.

Se refería Adolfo a que este pronunciamiento no había sido obra de caudillos vulgares seguidos por masas ignorantes; el jefe de la asonada era un intelectual, un hombre de Estado, alguien que había dado tanto lustre a la chaqueta del guerrero como a la pluma del escritor. Por otra parte, si bien se trataba de un motín militar, no podía echarse de menos que la derrota sufrida en la elección presidencial por el mitrismo, (el “partido constitucional”), había sido la causa verdadera del estallido, apoyado por tribus de indios armados.

Acá vuelve a verse al estudiante de filosofía aventajado, que defendiera su diploma en Montevideo: “[se trata de] un estallido escandaloso, para derrocar un Presidente y un Congreso, [aduciendo que son] de hecho. Pero la revolución contra un Poder, porque es de hecho, solo nos daría un poder de hecho también, desde que, victoriosa aquella, él no emanaría de la voluntad de los argentinos sino del capricho de quien hubiese reunido mayor número de soldados o sido más hábil en las estrategias de la guerra”.

El caudillo de la plebe en el sentido romano, como dijera Groussac, levantó la bandera liberal contra los prohombres que la llevaban como estandarte de partido y siguiendo la línea de los clásicos, afirmó que sólo era legítima la revolución contra una tiranía, porque ella conduciría a la libertad. “Toda revolución que se alza contra un gobierno que no es tiránico o ante la inminencia de su irrupción carece de justificación” diría con la fuerza de una sentencia.

El discurso de Alsina también recorrió el camino de la sorna y la barra del Congreso aplaudió a su jefe sin cesar: si la revolución se llevaba a cabo contra un gobierno que se consideraba de hecho porque surgió del fraude ¿qué poder le sucedería a aquel que se denunciaba como ilegítimo? ¿no sería acaso otro poder también de hecho, impuesto por el sable de un jefe victorioso?

Alsina se manejó con evidente astucia política: habló dirigiéndose a Avellaneda, pero el destinatario de los dardos fue el Congreso, donde tenían su banca diputados mitristas a

los cuales apuntaba los cañones y que por razones obvias tendrían que embolsar en silencio la reprimenda o asumir que pertenecían a la componenda rebelde.

Aconsejó al flamante presidente actuar con energía, pero con la Constitución en la mano; aplicar los castigos que correspondían a traidores y rebeldes, pero recorriendo las leyes y sin apartarse del derecho. Le aseguró el respaldo del Congreso, habló en su nombre e hizo que éste se sintiera obligado. Colocado entre la espada y la pared, aquel no podría negar su concurso ni retacear su apoyo cuando el presidente se lo requiera: “el Congreso Argentino en circunstancias análogas jamás negó al Presidente de la República los recursos necesarios para restablecer el imperio de la ley”, dijo.

Ante esas razones ¿qué legislador podía sacar los pies del plato? Los diputados contrarios que no estaban ausentes ese día, los que estaban moral y de hecho comprometidos con la revolución, tuvieron que escuchar en silencio y masticar bronca, pero nada más.

Del Congreso, Avellaneda pasó a la Casa de Gobierno, donde Sarmiento, repleto por el cúmulo de sentimientos encontrados que lo abrasaban, le impuso las insignias del mando. Pero el notable sanjuanino no habría de dejar la presidencia sin dar otro testimonio más de su estilo combativo. Arrojó no dardos, que pueden suponerse penetrantes pero sutiles, sino hachazos, a su mejor estilo.

Pegó con dureza a los revolucionarios y recomendó, no sin cierta imprudencia al flamante presidente que no vacilara en utilizar la energía y el poder que le había dado el mando: “ordenad y os obedecerán”, dijo casi gritando, un poco por pasión y otro poco por sordera. Y la arenga culminó con aquella célebre referencia a Avellaneda: “sois el primer presidente que nunca empuñó una espada ni disparó una pistola”.

Ese mismo día el presidente constituyó su gabinete y Adolfo Alsina fue designado Ministro de la Guerra. Era el 12 de octubre de 1874; las escuelas, que fueran obsesión del presidente saliente y fijación del entrante, habían producido sus frutos generosos: en seis años las aulas habían pasado a recibir de 10.000 alumnos ja 100.000! El analfabetismo iba camino a la extinción.

Una complicidad feliz del destino: como si el país quisiera acoplarse a la transformación científica del mundo, la Universidad de Buenos Aires había reorganizado sus carreras y en 1874 abrieron sus aulas las Facultades de Ciencias Exactas y Ciencias Naturales; los Ameghino y los Moreno habrían de tener campos de acción que superarían el marco seductor pero limitado del empirismo y la experimentación.

Pero el país seguía conservando su perfil agreste: el famoso “matrero” a veces

acompañado por leyendas románticas y otras por la crónica fiera de su desaprensión, continuaba la lucha contra la civilización y el derecho. Juan Moreira, un guapo que había sabido ser hombre de Alsina -incluso don Adolfo le había regalado una lujosa faca- tomó el camino del atropello y el delito.

Tentado por el vicio, la vida escabrosa pero seductora de la marginalidad, desestimó algunos “perdones” que le fueron concedidos en mérito a sus antecedentes leales. Al final, la condena a su recurrencia en el robo y el asesinato fue más fuerte y justa que los buenos servicios del pasado y una partida policial le dio muerte en Lobos, cuando intentaba escapar de un prostíbulo donde mantenía una relación intensa con “la Pajarito”, una pupila del lugar.

4) La revolución reprimida

Para debutar en el cargo, el flamante Secretario de Estado debió atender nada menos que la revolución en pleno desarrollo; con Sarmiento fue jefe de las fuerzas militares encargadas de la represión legal por decreto presidencial; ahora lo sería por ejercicio natural de su función de gobierno; el cargo se lo imponía. Por supuesto, no perdió el tiempo y dirigió los pasos en la dirección que de antemano tenía imaginada.

A los dos días se embarcó en el tren que lo llevaría a Mercedes para conferenciar con el coronel Luis María Campos, por entonces jefe del Ejército del Oeste, a quien ordenó movilizar la formación en dirección a las posiciones que ocupaban las fuerzas sediciosas.

Pero en una guerra civil los secretos no existen, o por lo menos son mucho más difíciles de ocultar; de inmediato se enteró el general Rivas del movimiento de Campos y contramarchó hacia el sur, movilizando las tropas desde el partido de 25 de mayo. El Ejército del Oeste se movió entonces en base a jornadas de paso forzado y después de varios días su vanguardia divisó el grueso de la formación revolucionaria que por todos los medios procuraba evitar un encuentro decisivo antes de la llegada del general Mitre, aún en Montevideo.

Rivas estacionó algunos piquetes con suficiente protección para contener la vanguardia oponente y permitir que el grueso de su tropa se marchara. La práctica diversionista rindió frutos y un vivo tiroteo entretuvo a las avanzadas de Campos lo suficiente como para permitir que con un movimiento precipitado los rebeldes se alejaran del teatro.

En tanto, Alsina no descansó. Tomó contacto con el coronel Julio Campos, que tenía ya dispuesta la movilización del Ejército del Sur a su mando, y le ordenó converger hacia la zona donde debían dirigirse también las fuerzas del Oeste, que mandaba su hermano Luis

María, que acababan de ser evitadas por las tropas enemigas.

Cuando se encontraron en Dolores ambos ejércitos, el de Luis María Campos -el célebre Chiquitúa, héroe del Boquerón- con el de Julio Campos, dieron aviso de inmediato al Ministerio de la Guerra y Alsina marchó en tren para ponerse en forma personal a la cabeza de los ejércitos de la Nación.

Mientras Alsina presidía el Estado Mayor en Dolores y cabildeaba con los jefes militares, se recibieron noticias que daban cuenta que el coronel Ocampo se había desprendido con una fracción del ejército de Rivas y marchaba hacia Las Flores, donde debía levantar varios establecimientos de campo con los cuales engrosar la fuerza rebelde (y de paso ocupar ese vital punto ferroviario).

De inmediato Adolfo ordenó que el comandante Hilario Lagos se separara al frente de los regimientos 2 y 3 de caballería de línea, 2 de infantería y dos batallones de Guardias Nacionales, surtidas esas formaciones con algunas piezas de artillería, para batir a Ocampo. Pero la táctica revolucionaria siguió igual; apenas se sintió la aproximación de las armas de la Nación los revolucionarios desistieron del propósito que los animaba y cambiaron el rumbo a paso vivo, evitando todo contacto.

Ya se sabía que Mitre había desembarcado en el Tuyú y de inmediato incorporado al ejército de Rivas a cuya cabeza se había colocado. Dispuesto a cerrarle el paso, el Ministro de la Guerra desprendió ahora al coronel Julio Campos con el Ejército del Sur en su persecución, con orden de no darle respiro y forzarlo a llevar marchas vivas con el propósito de exigir a los hombres y a la caballada.

Por su parte el Ejército del Oeste, con el propio Alsina a su frente, marchó hacia Las Flores, tratando de cerrar el avance por ese hueco y recuperar las formaciones que había destacado con Lagos.

Julio Campos, cumpliendo la orden recibida, se movió desde Tapalqué en dirección a Las Flores siguiendo la pista de los rebeldes y tratando de evitar la incorporación de otros cuerpos de indígenas, como se rumoreaba con firmes sospechas.

Todo indicaba que si la tropa de Mitre no rehuía el combate, las fuerzas leales le podrían dar una encerrona al juntarse el Ejército del Sur con el del Oeste.

Previendo esa posibilidad, Alsina envió a Campos estrictas instrucciones: 1) Si el enemigo huía de la Blanca hacia afuera, las fuerzas propias deberían desplazarse hacia Azul y de inmediato dar cuenta a la superioridad; 2) Si Campos juzgaba que la dirección del enemigo disfrazaba sus intenciones y el propósito en verdad perseguido fuera dirigirse al Centro o al Norte de la provincia, en ese caso debía perseguirlo, aventajarlo si fuera

posible y en ese supuesto, acecharlo en una posición favorable.

(De manera confidencial le hacía saber que era fundamental separar la indiada del ejército rebelde, a cuyo fin Campos se encontraba facultado sin más límites que su buen sentido para pactar lo que fuera conveniente con el salvaje).

Para Alsina era de mucha importancia instalarse en Las Flores, pueblo que consideraba vital porque era punta de riel. Pensaba que podría ser un buen objetivo de los revolucionarios y si ocupaba esa plaza no solo les privaría de un designio central, sino que dispondría, además, del uso del telégrafo, lo que le permitiría estar en contacto permanente con Buenos Aires. Como ya existía en ese momento una interesante red ferroviaria que hacía posible llegar por tren al norte o al oeste de la provincia, en caso de que Mitre amagara un encuentro con Arredondo haciendo subir la tropa a los vagones, retener Las Flores era vital para el gobierno.

Con los movimientos realizados, el gobierno había cerrado todas las vías de salida a las fuerzas rebeldes, pero a cambio de esto, Mitre logró sacarle varias jornadas de ventaja al Ejército del Sur, dirigiendo su marcha -como imaginaba Alsina hacia el centro de la provincia.

El ministro supuso entonces que los revolucionarios abrigaban la intención de abalanzarse sobre Chivilcoy o con más audacia aún, marchar hacia el norte, tratando de juntar fuerzas con Arredondo, si es que este jefe lograba quedar con las manos libres (y victoriosas) en el interior.

Como Chivilcoy, por su estación de ferrocarriles también era un objetivo tentador y el propósito del Ministro era atorarle toda posibilidad de acercarse sin fatiga a Buenos Aires, lo comisionó a Levalle con una división para que asegurara 9 de Julio y 25 de mayo, que pasaron a ejercer las veces de escudo sobre aquella ciudad. De este modo, si en los planes de Mitre y Rivas estuviera tomar contacto con el ferrocarril, debían con carácter previo dar batalla franca, algo que deseaban evitar, como era evidente.

Las fuerzas de Mitre deambulaban por la provincia sin destino aparente, tal vez a la espera de una insurrección milagrosa en la ciudad de Buenos Aires, donde el vaticinio de O'Gorman parecía grabado a fuego.

Eran una masa enorme de hombres y bestias que se dirigían de un punto a otro, bajo condiciones rigurosas, carencias manifiestas, desinteligencias frecuentes y desánimo creciente. No tenían uniforme similar ni equipo adecuado. Las armas que portaban eran viejas, la munición escaseaba y el parque era mínimo, porque los fusiles eran de calibre y tipo diferentes.

Casi todas las armas eran propiedad de quienes las llevaban, y abundaban las escopetas, tan usuales en los campos, pero que solo podrían ser usadas para tiros a corta distancia. La mayoría de los hombres sólo calzaban las armas de puño que tenían en su casa y aportaron de inmediato a la causa revolucionaria. Casi todos los paisanos, reclutados de apuro en las estancias cuyos dueños se habían sumado al golpe, se armaron como pudieron; formaban pequeños escuadrones de caballería provistos de tacuaras en cuyo extremo ataban con tientos la hoja de alguna tijera de esquilas, de modo que el engendro imitara una lanza.

Pero la empresa puso a prueba el temple de Mitre, el inocultable arrastre que ejercía sobre sus seguidores y la fe que le tenían los hombres, que no dudaban en afrontar privaciones y muerte bajo su divisa. Sin embargo no dejaban de ser una fuerza nómada, que carecía de posibilidades. Tarde o temprano iba a ser sometida por las fuerzas leales cuya marcha respondía a una planificación militar en regla y que si bien padecía los efectos del esfuerzo, estaba bien equipada y avituallada de manera conveniente.

La división que mandaba Levalle con órdenes de defender 25 de mayo y 9 de Julio para proteger Chivilcoy, adelantó al comandante Arias con una fracción de setecientos hombres -la mayoría Guardias Nacionales- integradas por los batallones "Lobos", al mando del valeroso comandante Francisco Bosch y "Saladillo", que conducía el decidido comandante Daniel Solier. A su vez, dos compañías de caballería del 6 de línea se enviaron a las órdenes del comandante Trifón Cárdenas con el fin de batir al coronel González, a quien se suponía en 9 de Julio.

En estas circunstancias se produjo un hecho que habría de tener consecuencias favorables para la causa del gobierno, partiendo de una desobediencia. Alsina, que en forma periódica regresaba a Buenos Aires para no descuidar las otras obligaciones del ministerio, despachó a un joven y leal colaborador de su confianza: se llamaba Carlos Pellegrini.

Debía trasladarse a Chivilcoy con órdenes precisas para el comandante Arias, que éste debía observar de inmediato. Sin embargo, mientras estos hombres -ambos en la flor de la juventud y la audacia- parlamentaban en esa punta de riel, las noticias que llegaron a oídos de Arias lo persuadieron de la inconveniencia de cumplir las órdenes que le transmitía Pellegrini y continuar en cambio con el plan original.

Pellegrini se encontró plantado entre la espada y la pared: o se dejaba convencer por Arias y desobedecía las instrucciones expresas del ministro o las obligaba a cumplir y se perdía la ocasión que con toda elocuencia le pintaba el comandante al extremo de convencerlo. El dilema era de hierro, sobre todo porque Pellegrini intuía que la idea de

Arias era acertada.

Al final optaron por una solución política, precursora de las condiciones que varios años después lo hicieran acreedor al militar a ocupar cargos relevantes y al otro a trepar a las cumbres de la admiración. Tanto como para disimular la mentira, se le informaría a Alsina que al llegar su emisario a Chivilcoy aquél ya había partido y nunca le pudo transmitir las órdenes; de este modo, con una jugada de elevado ingenio pero dudosa fidelidad, ni Pellegrini desobedecía ni Arias desacataba.

Arias siguió los pasos de Cárdenas y llegó a 9 de Julio, pero se encontró con que una vez más el enemigo había eludido la pelea; las compañías de su camarada estaban intactas. Las agregó a sus fuerzas y el 23 de noviembre marchó hacia La Verde, donde se decía que González había sumado sus medios a los del coronel Caro y podrían ambos juntos presentar combate (información con la que convenció a Pellegrini).

Pero la casualidad suele jugar partidas más curiosas que la voluntad del hombre y Arias se encontró, después de acampar, con que frente a él estaba estacionado la totalidad del ejército de Mitre, esta vez dispuesto a dar batalla.

Las tropas gubernamentales ascendían a setecientos soldados y las fuerzas rebeldes la superaban varias veces. Con la lógica de los números en la mano, Mitre lo comisionó al coronel Carpio Caro para parlamentar con Arias y pedirle la rendición, garantizando a las tropas leales trato digno y respeto por sus personas.

Mitre conocía a Arias desde sus tiempos de cadete; lo sabía honesto y valiente, pero tal vez sobreestimó su propio prestigio; Caro regresó con las manos vacías.

Las tropas del gobierno, al mando de un oficial bisoño, rechazaron las condiciones generosas que le había ofrecido un ejército mucho más numeroso y conducido por generales de tradición y gloria.

Pero Mitre no quiso darse por vencido; a las 4 de la mañana del día 24 encomendó al oficial de más prestigio, al que era famoso por su severidad y rectitud, el coronel Borges, para que hiciera un último intento de pedir la rendición a Arias, ofreciendo la paz en condiciones respetables.

La respuesta fue definitiva y uno se pregunta si en realidad, dadas las condiciones, hubiera sido posible esperar otra cosa: Levallé con toda la división bajo su mando iba a marchas forzadas para alcanzar y reforzar a Arias; detrás, estaban los dos ejércitos de línea en operaciones al mando de los Campos y junto a ellos, como para ratificar el hambre de victoria, el propio Alsina. ¿Quién podía pensar en rendirse?

Por si faltara agregar algo a ese paisaje, las tropas de Arias estaban armadas con los modernos Rémington y municionadas a satisfacción, se encontraban acantonadas en posición favorable y sabían que enfrente había una muchedumbre valiente y sacrificada, pero no un verdadero ejército. ¿Cómo podría rendirse Arias?

El combate comenzó con una carga de los revolucionarios a las 7 y media y terminó tres horas después con la retirada hacia Junín de las tropas de Mitre, desechas por la formación sólida y bien pertrechada del comandante Arias, ascendido por Alsina en el mismo campo de batalla al grado de coronel. Mientras las tropas rebeldes se alejaban entristecidas por la derrota y las bajas sufridas, llegaban a La Verde la división al mando de Levalle y una hora después la vanguardia que comandaba Lagos.

Para ese momento, ya Arias conocía su ascenso y las fuerzas de Lagos y Levalle se le subordinaron para emprender en conjunto la persecución de las tropas que habían sido vencidas. Les dieron alcance en Junín el 2 de diciembre y luego de un breve parlamento los revolucionarios se rindieron; por lo que respecta a la provincia de Buenos Aires, el golpe estaba terminado.

Se ha dicho que fue la casualidad la que puso a Arias frente al grueso del ejército revolucionario. En realidad lo ocurrido no fue debido a la fortuna; el plan de Alsina consistía en ir persiguiendo a las fuerzas revolucionarias y estrechando el círculo alrededor de éstas; el encuentro en algún momento debía verificarse, como lo prueba el hecho de que Lagos y Levalle estaban a punto de tomar contacto con Arias.

Como el Ministro de la Guerra no quería perder de ningún modo, por las dudas ya había dado orden al coronel Ayala, acampado en Rosario, para que comenzara a mover su ejército hacia la provincia de Buenos Aires. Nada debía quedar librado al azar; en la hipótesis poco probable de que fuera Mitre quien, sorteando las encerronas del ejército nacional, intentara desplazarse hacia el interior para buscar a Arredondo, también debía estar preparada una fuerza leal que lo interceptara.

Pero todo esto ya fue innecesario; la revolución en la provincia estaba vencida y Mitre capituló en Junín con la sola condición de que se le permitiera asumir en forma exclusiva la responsabilidad por la rebelión. Daba una muestra más de su grandeza y valor y explicaba por qué sus partidarios lo seguían con absoluta fe.

También Arias actuó con imponencia: rechazó la espada con la que Mitre quiso expresar su capitulación y contribuyó con ese gesto a hacer más llevadero el trance amargo por el que debían pasar los derrotados.

Quedaban para el Ministro de la Guerra aún dos espinas clavadas por la revolución:

una era el ejército de Arredondo, que muy pocos días después sería vencido en la batalla de Santa Rosa por Julio A. Roca. La otra era la rebelión de las cañoneras, que habían zarpado de Buenos Aires levantando la consigna revolucionaria.

Alsina en vísperas de La Verde se aplicó de lleno en Buenos Aires a atender la marina de guerra y ponerla en condiciones de someter a los sublevados.

Lo que encontró hubiera desanimado a alguien con menos temple que él; la flota tenía dos joyas, que eran las dos cañoneras, plegadas al levantamiento. La Paraná estaba al mando del capitán Erasmo Obligado y la Uruguay, varada en un banco del río y con los rumbos abiertos para hacerla inoperable por el gobierno.

La flota disponía además, de un vapor interesante, el Pampa, pero había garreado y chocado contra el muelle de Las Catalinas, por lo que quedó fuera de servicio.

Adolfo convocó a los hombres principales de la marina: los Cordero, Py, Lafuente, Laserre, y deliberó con ellos. Podía aguardar hasta que la rebelión estuviera vencida por completo en tierra y esperar que la cañonera rebelde se agotara por sí misma, pero ese no era el deseo del Ministro. Quería sofocar la rebelión, derrotar a los sublevados en todos los teatros y el agua era uno de ellos. Les ordenó a los oficiales que tomaran todas las medidas técnicas necesarias para poner en condiciones los buques hasta que estuvieran en posición de navegar.

Con energía Alsina se encerró en la Capitanía del Puerto tres días y dos noches, dispuesto a no salir hasta que la pequeña flota del gobierno estuviera lista; se mandaron elementos a fabricar al Parque de Artillería y se encomendó a los ingenieros del Ejército que tornearan las piezas necesarias; se suspendieron los francos y se extendieron los turnos de trabajo. Todo el mundo puso manos a la obra y en ese breve plazo los buques estuvieron aptos para hacerse al mar.

Alsina estaba furioso; lo sacaba de quicio encontrar tan postrada la flota y encima la cañonera Paraná, sabedora de que no podía ser ofendida por ningún medio al alcance del gobierno, irrumpía con frecuencia a las puertas de Buenos Aires tanto como para provocarlo con su presencia pavoneándose en sus propias barbas.

Esa impotencia, en un hombre que no vacilaba en responder a cualquier tipo de bravatas lo alteraba, y en la exasperación, se empeñaba más y más en poner punto final al contratiempo. Lo que más irritaba al ministro era ver los navíos tan abandonados y que toda la recomposición debía llevarse a cabo partiendo de cero.

Para colmo, cuando tuvo la pequeña flota en condiciones, un pampero que sopló sin tregua tres días provocó una bajante en el río que impidió salir a la flota. Al fin ésta pudo

zarpar dividida en dos divisiones: una comandada por Py a bordo del “Almirante Brown” y otra por Bartolo Cordero, al mando de la Uruguay, que había sido rescatada del banco de arena.

Cuando se rindió la Paraná, ya el general Arredondo había sido batido por el coronel Roca; de ese modo, al decir de Enrique Sánchez, “la revolución de septiembre, hija de un mal momento del partido nacionalista, había tocado a su fin”.

Capítulo X

Política y conciliación

El conflicto más severo dentro del partido de Alsina ocurrió después de triunfar Avellaneda en las elecciones y cuando iba a ser designado Ministro de la Guerra.

El grueso del autonomismo, que había cerrado filas a su lado lo había designado candidato a gobernador de Buenos Aires.

No se sabe a ciencia cierta si la medida fue concebida a favor o en contra de Alsina, a juzgar por las alternativas con que estuvo concebida y promovida la nominación.

No obstante, el caudillo se encontró con que los partidarios suyos no lo querían más en un puesto subalterno, aunque éste fuera de primera magnitud como lo era el Ministerio nacional; los “muchachos” querían verlo otra vez en la gobernación de la provincia.

Con ese estado de ánimo, el partido eligió en medio de una gran algarabía a Adolfo Alsina candidato a gobernador.

Más allá de la satisfacción que el hecho podía acarrear al hombre, una leve sospecha no puede desvanecerse por completo. Llevarlo a Adolfo a la provincia otra vez, para él implicaba un retroceso. Como estadista ya había superado los límites de la gobernación y ahora era considerado en las distintas provincias una figura nacional.

Cuando disputó la presidencia de la Nación en 1868, una de las reservas que se dedujeron para cerrarle el paso era su condición de jefe de partido y de gobierno provinciales. Durante seis años había hecho un esfuerzo ciclópeo para proyectarse en toda la república sin descuidar la base política de Buenos Aires. Después de la experiencia vivida ¿volver a ser gobernador?

Su posición no podía ser comparada con la de Urquiza, que había vuelto a la gobernación después de ser presidente; el caudillo entrerriano ya era en ese momento una figura nacional. Alsina recién ahora empezaba a ser y después de dos aspiraciones

frustradas comenzaba a ser aceptado como un estadista que honraría a la Nación. No había costado poco lograr ese reconocimiento y el precio no había sido barato: dos elecciones en las que debió resignar sus pretensiones a favor de Sarmiento y Avellaneda.

Era el precio que había tenido que pagar para convertirse en jefe de partido y adalid de una gran corriente de opinión. Enfrentar a Mitre, cuando éste estaba en el pináculo no fue empresa menor y para vencerlo tuvo que erigirse en el paladín de la autonomía provincial.

Pero esa misma promoción lo limitó: era el jefe indiscutido del partido, pero ello lo abroquelaba en su territorio, que era a la vez su escenario y su cárcel. Llevarlo ahora como gobernador de nuevo, más allá de la felicidad que pudiera producir a las almas inocentes y de buena fe que querían tenerlo siempre cerca y a la vanidad de caudillo, que no es consideración menor, daba qué pensar ¿era a favor o en contra suya la promoción? ¿no sería una travesura para limitarlo a caudillo provincial y cortar la expansión nacional?

Por cierto la sinceridad de algunos sectores quedó fuera de toda duda, como el “Club de los Estudiantes”, centro político del partido Autonomista aglutinador de los jóvenes universitarios, que lo proclamó candidato en una entusiasta reunión.

Hombre inflamado e impulsivo, Alsina no pudo sustraerse a la emoción y, animal político por excelencia, tampoco resistirse a la seducción del halago: consintió volando. Además les escribió una imprudente carta de aceptación.

La correspondencia de Alsina a los estudiantes sorprendió a sus íntimos: “¡Qué satisfacción para mí cuando veo que la iniciativa parte de una asociación de jóvenes a quienes no puede animar sino sentimientos puros y aspiraciones desinteresadas!

Modificad, en el sentido del decoro mismo, los hábitos que ha dejado [en mí] una lucha apasionada y larga”, les dijo.

“¿Este hombre quiere o no ser gobernador?” dudaban sus seguidores.

Al mismo tiempo otros sectores, algunos no tan líricos como los estudiantes, se empeñaban en propiciar su promoción a gobernador y lo incitaban a asumir el compromiso.

Adolfo coqueteó con la candidatura pero no la tomó en serio, conciente que su carrera no podía volver atrás. Buscó uno de sus amigos más confiables -la elección recayó en Carlos Casares, su compañero de fórmula- y con gran disgusto de muchos partidarios declinó de la postulación. Su destino estaba en el Ministerio de la Guerra; por supuesto no podía engañarse a sí mismo: debía vencer el desierto. Esta ecuación sencilla era resistida

por un grupo importante del partido al que no le faltaba razón en algo: si había aceptado la nominación ahora, al desistirla, se estaba desdiciendo.

Tampoco el tema era tan lineal como se lo presentaba; la candidatura a gobernador le había sido ofrecida (y aceptada) en el mes de septiembre, cuando el nombramiento como ministro aún no existía. Éste fue efectuado por Avellaneda (como es obvio) recién cuando asumió, que lo fue el 12 de octubre.

Podrían haber existido en las numerosas conversaciones que sostuvieron ambos dirigentes entendimientos tácitos o expresos indicadores de que Adolfo sería el futuro ministro, pero en política se sabe que nada hay firme hasta que se concreta: un ministro no es ministro hasta que jura.

Al asumir el ministerio de la Guerra (a partir del 12 de octubre) las cosas habían cambiado y Alsina encontró más lógico concentrarse en su nuevo cargo antes que volver a ser Gobernador.

Analizando los hechos con frialdad más de un siglo después, pareciera que Alsina obró de manera calculada, jugando a dos puntas, lo cual sería hasta cierto punto lógico en un político enamorado del poder.

Es decir: cuando resignó la candidatura a favor de Avellaneda se quedó sin nada. Suponiendo que hubieran existido las “conversaciones”, la cartera en el gabinete nacional era una mera expectativa, porque faltaban dos “pequeños” detalles: que Avellaneda ganara las elecciones y después que pudiera cumplir con la designación en el ministerio.

Ante ese escenario incierto, la candidatura a gobernador era un reaseguro doble: por un lado le estaba haciendo una señal a Avellaneda, en el sentido de que -en caso de ganar las elecciones- si no cumplía su compromiso de designarlo ministro debería vérselas con él desde la Gobernación de Buenos Aires, no desde el llano.

Y por el otro, si no era ministro nacional, al menos sería gobernador del primer estado argentino.

Recién declinó la candidatura a gobernador cuando juró como Secretario de Estado en Guerra y Marina. Tanto como para dar satisfacción a los numerosos partidarios que (de buena fe) se negaban a aceptar su renuncia, le dirigió una carta al Presidente de la Nación consultando su opinión ante el diferendo partidario.

En realidad así se llamó la carta y en el epistolario de Avellaneda figura con ese nombre: “Una Consulta”. La respuesta de Avellaneda, en su brevedad, tiene el vuelo florido que adornaba la prosa elegante que se le reconocía siempre: “Usted se debe a la

gran tarea proyectada: suprimir la frontera interior. El hombre y la tarea se han encontrado”.

Alsina mostró la contestación de Avellaneda y renunció a la candidatura, ya con carácter definitivo. En su lugar promovió a Carlos Casares, amigo de absoluta confianza del caudillo; el lugar de éste a su vez lo ocupó el doctor Luís Sáenz Peña, que se convirtió en candidato a vicegobernador. El partido en general aceptó la decisión, con la excepción de los eternos disconformes: Alem y Del Valle. Este sector, desprendimiento opaco del autonomismo, formó el partido Republicano que en su momento promovería a Aristóbulo Del Valle a la primera magistratura provincial, con flaco suceso.

En realidad tampoco el general Roca vio con buenos ojos esta jugada. Alsina había perdido algunos peones, pero su posición en el tablero era de dominio; sus alfiles salían de caza casi sin riesgos y las torres le permitían atisbar los movimientos del oponente.

¿Alem y Del Valle se habían ido? No importa; sus jugadas sólo servirían para identificar a los desagradecidos, que después de haber comido de la mano del caudillo se fueron de su lado para señalar tantas discrepancias como si nunca hubieran sido hombres suyos, decían los amigos de Adolfo. Roca, hombre astuto y conocedor instintivo de la naturaleza humana habría de percibir que esos desprendimientos partidarios podían molestar, pero para nada interferir la carrera del Ministro.

Podría él tener tras de sí la República entera, pero si Buenos Aires seguía dócil a la mano de Alsina no tendría chances, menos ahora que Adolfo dominaba la provincia y además el Ministerio le coronaba la proyección nacional que con paciencia había buscado. Ni hablar si además, desde el ministerio lograba asegurar la frontera del desierto.

Por de pronto la influencia de Alsina era enorme respecto de Avellaneda, que lo escuchaba con lealtad y sentía verdadero afecto por el caudillo. Olegario Ojeda, que por ese tiempo mantenía una copiosa correspondencia con el general Roca (sobre todo después de Santa Rosa), lo advertía con precisión: “Voy viendo realizarse mi temor de que en todas las cuestiones capitales se incline siempre la balanza del lado de las conveniencias del partido de Alsina y, más bien dicho, de la persona de Alsina”.

Ojeda, observador y consejero atento, imaginaba que la escisión de Del Valle y la posible deserción de Barros no eran sino maniobras del mismo Alsina para asegurarse el gobierno y la oposición: “imagínate lo que será el gobierno de Avellaneda con Alsina de Ministro, Del Valle gobernador y Barros Jefe de las Milicias. Sería Alsina todo el gobierno, tanto nacional como provincial”

Días después, volvía a la carga: “...yo veo cada día mayores peligros en la continuidad

de Alsina en el ministerio. El ejército no pertenece al general que lo manda tanto como al Ministro que le da los grados y paga sus sueldos”.

Ojeda, que en general era un observador agudo, terminó cayendo en una trampa que él mismo se colocó, imaginando que la disputa de Del Valle y Alem con Alsina era solo una cortina de humo.

Con todo, pese a que no contaba con todas las fichas a su favor, las maniobras para encumbrar a Roca no cesaban, aunque los proyectos estaban condenados a estrellarse contra la figura del Ministro de la Guerra y la lógica de la política: Sarmiento sanjuanino; Avellaneda tucumano; dos presidentes seguidos habían surgido de las canteras del interior ¿no sonaba ya la hora de un porteño? Alsina lo era y Roca en cambio había nacido en Tucumán; por si fuera poco Adolfo habría de derrotar a Mitre en la revolución de 1874 y a partir de ese momento encontrar sus manos libres para desplegar la acción contra el desierto. Y además ¿no había querido la sabiduría de la Constitución de 1853 imponer sutilmente la alternancia entre porteños y provincianos?

No hay dudas de que el joven militar no podía disimular su impaciencia olfateando que su ansiada candidatura se encontraba comprometida y las ilusiones que acariciaba amenazadas por el éxito seguro del competidor que era, además, su superior jerárquico.

Roca sostenía una correspondencia febril con sus amigos Ojeda y Juárez Celman, frecuentándolos con cartas y confidencias. El 30 de enero de 1876 se confiesa con su concuñado y por fortuna la carta ha dejado la prueba imborrable de su ansiedad y sus planes: “...ha logrado una posición envidiable como Ministro de la Nación y dueño de la más poderosa provincia. Creo que estoy destinado a hacerle una guerra a muerte [a Alsina]”.

La guerra comenzó ha hacerla cuestionando la zanja y la estrategia de Alsina para dominar el desierto, pero no tuvo que llegar a mayores: el caudillo murió el 29 de diciembre de 1877, cuando aún no se había largado la carrera presidencial que lo tenía por favorito y seguro vencedor. Para cerrar el paso de Roca sólo quedó Tejedor, que no tenía la dimensión ni el carisma de Adolfo; pero el ascenso del general, empinado y duro, tuvo el carácter irrefrenable de las empresas que llevan consigo la fatalidad del éxito.

Con todo, antes de su muerte pudo Alsina encarar dos metas trascendentes: la zanja para asegurar la frontera (y ganar una extensa superficie de “tierras sin indios” como se decía entonces) y la conciliación, para cerrar el desencuentro con el mitrismo.

La conciliación fue una fórmula feliz, y por supuesto, un acierto político de Alsina que le permitió tener las espaldas cubiertas para hacer su tarea en el desierto, entre otras

cosas.

Para explicarla es necesario recordar que cuando promediaba la gobernación de Carlos Casares el clima político había vuelto a enrarecerse, sobre todo en la provincia de Buenos Aires. Los mitristas practicaban la abstención electoral y en forma paralela conspiraban a vista y paciencia de todo el mundo.

A esa altura ya se sabía que Elizalde, Gelly, Cazón, eran los responsables civiles y el prestigioso general Rivas el conductor militar. Mitre era el "jefe moral", pero existía consenso entre todos los protagonistas en que debía dejárselo al margen para no comprometer su prestigio.

Ocurría algo impensable en nuestra época; el partido mitrista actuaba en forma pública gozando de todos los beneficios de la libertad, pero ocupaba su prédica no sólo en erosionar al gobierno sino en instigar los ánimos para una revolución. En estos días ello sería incomprensible, y con toda seguridad, algún fiscal de oficio o por "sugerencia" del poder impulsaría las acciones judiciales para detener a los instigadores o complotados y hacerlos responsables de la conspiración. No ocurría así en ese momento y el gobierno debía convivir con un partido que como tal actuaba, pero excitando al público al empleo de las armas para derribar el orden constituido.

El ruido de revolución sonaba cada vez con más insistencia y la amenaza no permitía encarar a fondo la tarea específica en las fronteras porque el dinero, los recursos humanos y la preocupación, estaban absorbidos por la prevención del golpe. Incluso cada vez que el gobierno adoptaba alguna medida en relación con el desierto el periodismo opositor y los representantes en el congreso y la legislatura de los sectores adversarios desataban una verdadera batahola.

Al mismo tiempo y tanto como para hacerle más complicado el panorama a Alsina, el grupo político que se había separado del autonomismo con Del Valle y Alem a la cabeza había adquirido cierto volumen y se convertía en una amenaza para los planes de Adolfo. En rigor de verdad, el predominio de Alsina venía ejerciéndose desde hacía más de diez años; tres gobernadores (en realidad cuatro, si se suma Álvaro Barros al período inconcluso de Acosta) habían ejercido su mandato a la sombra del poder del caudillo y a esta altura la máquina electoral empezaba a dar señales de cansancio.

Tampoco al olfato político de Adolfo podía serle desconocida la impaciencia de Roca, que con juventud y prestigio ganado con justicia venía abriéndose paso con vigor.

En pocas palabras: ni en la provincia, donde crecía Del Valle y perturbaba el mitrismo, ni en el interior, donde cosechaba adhesiones Roca, el terreno estaba libre de

malezas.

Muchos comenzaron a intuir el eclipse del caudillo y a tomar distancia por las dudas: dos veces frustrada su candidatura presidencial, las manos atadas en el desierto donde la frontera interior seguía siendo tan insegura como antes. Prever el ocaso de Alsina no era una ensoñación alocada para algunos; más bien el vaticinio racional de la inteligencia. Los perennes amigos del éxito tuvieron siempre un sentido muy desarrollado del oportunismo para hacerse a un lado a tiempo y buscar otro palenque; esta no fue una excepción.

Quienes así pensaban no tomaron en cuenta dos cosas. Primero, que todo estadista debe pasar la prueba del éxito y la contraprueba de la adversidad; el político completo debe sentir alguna vez la tristeza del destete. Segundo, la cintura del personaje y su extraordinaria habilidad para dar vuelta situaciones difíciles con la misma naturalidad que el mago emplea para sacar un conejo de la galera.

Los amigos fieles, en cambio, pudieron solazarse con su jefe: “sólo podrán vencerlo los que tallen con la muerte”, decían con cadencia atrevida los laderos del arrabal y abonaban su lealtad en el filo del cuchillo. Sabían que era hombre de ley, incapaz de dejar en la estacada a un buen amigo. Algunas anécdotas lo pintan de cuerpo entero: en cierta ocasión llevaban preso a un mal juez; el caudillo se adelantó solo y lo tomó del brazo, acompañándolo hasta la prisión; escoltó al amigo y lo respaldó en su infortunio, como el Cireneo que ayudó a Jesús a llevar la cruz en su camino al Gólgota. Nadie olvidó ese gesto. ¡Vaya si Adolfo Alsina no era amigo de ley!

Los desleales quedaron chasqueados; cuando nadie imaginaba la audacia de la jugada, el prestidigitador hizo saltar el conejo del sombrero: se reconciliaron las fuerzas del mitrismo revolucionario con el autonomismo oficialista; Alsina dejó atónitos a los agoreros y dio un golpe de timón espectacular. El boxeador que ya consideraban groggy no solo había levantado la guardia sino que desde el centro del ring recuperaba la ofensiva.

Si bien es poco probable que las cosas sucedan porque sí y se necesita trabajo y paciencia para prepararlas o buscarlas, un aficionado a la astrología sería capaz de conjeturar que las estrellas se colocaron en situación especial para favorecer el encuentro entre los dos jefes indiscutidos de Buenos Aires; ello sucedió a raíz de la muerte de Rosas, ocurrida en Southampton el 14 de marzo de 1877.

Los parientes y allegados que le quedaban a Rosas en Buenos Aires desafiaron la maldición política y propusieron un responso en la Iglesia de San Ignacio. El mundo político quedó sacudido por lo que consideró una osadía y salieron a relucir las viejas imputaciones, el recuerdo de crímenes y abusos. Los antiguos unitarios habían recobrado toda la fuerza de antaño y al mismo tiempo que repudiaban el rezo en San Ignacio,

propiciaron una Misa en la Catedral por las almas de los difuntos caídos a manos del régimen.

Casares se sumó en forma oficial: la Provincia dictó un decreto refrendado por Quesada (Del Valle había sido desplazado del ministerio de Gobierno a causa de su alejamiento del autonomismo, a pesar de haber sacado hasta el último minuto, todas las ventajas que le daba el cargo) en el que prohibía “toda demostración pública en favor de la memoria del tirano Juan Manuel de Rosas cualquiera sea su forma”.

En consecuencia “prohíbense los funerales para que se ha invitado para el día martes en el templo de San Ignacio”.

El gobierno nacional adhirió con la firma de Avellaneda y Alsina; la guiñada a Mitre, uno de los antiguos unitarios y paradigma de la resistencia, se había hecho.

La celebración en la Catedral el 24 de abril congregó a todo el espectro político y en especial a los herederos de los que habían sido opositores a Rosas; en esa misma trinchera se abroquelaron los adversarios de ahora. Mitre y Alsina se encontraron en la nave principal del templo y (se supone que ya se habían hecho los sondeos previos para preparar el encuentro) se confundieron en un emocionado abrazo que fue apoyado por los recientes adversarios, aliados en el pasado antirrosista, que rodeaban a ambos: los Varela, Tejedor, Gainza. La conciliación se había puesto en marcha.

La ciudad volvía a lucir sus entorchados de universalidad y progreso, antítesis de la somnolencia a que la sometiera Rosas: el 15 de enero, el Club Industrial Argentino, inauguraba la primera Exposición Industrial, que por su reducida dimensión cupo en las instalaciones del Colegio Nacional. Y para seguir la estela de las naciones más importantes, llevó a cabo un censo de sus habitantes: Buenos Aires identificó a 296.574 personas ¡ya había casi 300.000 almas, como en las ciudades importantes del mundo!

Aunque la fecha de inicio de las relaciones se ha fijado en el día de la misa, no sería disparatado conjeturar que la idea de la conciliación hubiera prendido en la cabeza de Alsina mucho antes; el 4 de julio de 1876, por ejemplo.

Ese día la Legación norteamericana realizó un agasajo a las autoridades y al cuerpo diplomático para celebrar un nuevo aniversario de su gesta patria.

Concurrieron Avellaneda y todo el gabinete nacional, pero el presidente y su Ministro de la Guerra lo hicieron juntos en el mismo coche. Se retiraron del mismo modo, acompañados por el doctor Bernardo de Irigoyen, que se sumó a ellos cuando estaba por concluir el ágape. Confiados e impacientes, se marcharon sin esperar a que llegara la custodia presidencial.

Subieron al carruaje estacionado en la puerta y a los pocos metros, una muchedumbre mitrista irrumpió en escena vociferando improperios contra el presidente, insultos de todo calibre y amenazas físicas; mientras vivaban sin cesar a Mitre, detuvieron el vehículo y subieron de tono los ataques.

Adolfo, fuera de sí, asomó la cabeza por la ventanilla y con la voz atronadora de que estaba dotado increpó a los manifestantes más cercanos, pero el tumulto no cesó. Al contrario; acicateados por los de más atrás, que confundían ira con miedo, rodearon el coche y los más audaces se aproximaron con gestos amenazantes. Un cardumen de tiburones comenzó a aletear alrededor de la presa y como si hubieran olfateado sangre, se acercaron cada vez más a los pasajeros, insultando y amagando desde corta distancia, a cara descubierta y con las armas en la mano.

Con el pelo enmarañado, transpirando y la ropa desacomodada, Adolfo descendió sin pensarlo más y encaró a la muchedumbre: “¡Pero qué carajo quieren ustedes!”, les gritó en la cara, blandiendo el brazo con el puño cerrado. Los agresores titubearon y Alsina se volvió hacia el interior del vehículo para hacer descender a Avellaneda y don Bernardo, que con obediente silencio habían dejado en manos de Adolfo copar la situación. Aprovechó éste la vacilación de los manifestantes e introdujo a ambos en el zaguán de una casa de la calle del Parque.

Considerándolos a resguardo, se volvió hacia la multitud. Tenía el semblante descompuesto por la indignación y la ropa al viento, pero se mostraba tal cual era, desprovisto de empaque y olvidado de la jerarquía de su investidura. Casi se diría que estaba en su elemento, tuteándose con el riesgo y el coraje dispuesto al entrevero.

Se dirigió de nuevo hacia la muchedumbre, que lo rodeaba apuntando con sus armas, con la melena revuelta y la barba insolente hacia delante, abriéndose la camisa con furia y dándose golpes violentos en el pecho. Con el orgullo del varón desafiado los retaba a los gritos, como un sargento de caballería que arenga la preparación de una carga: “¡Tiren ahora, cobardes hijos de puta! ¡Tiren si son hombres, carajo!”

La misma multitud que los estaba maltratando se petrificó en el acto, como tocada por la acometida del caudillo. Las masas suelen ser sensibles a la valentía y vulnerables a la admiración que despierta la virilidad; esta tenía por capitán a Mitre y no podía ser menos.

La hostilidad de instantes antes cesó de inmediato y un murmullo de admiración corrió entre los asistentes. En las muchedumbres, el coraje y el pavor son expresiones colectivas impuestas por el contagio y se vuelcan en un sentido u otro con igual contundencia repentina, movidas por impulsos inexplicables.

A todo esto la guardia presidencial ya estaba en marcha, alertada por los contornos del incidente que había causado honda impresión en el público que se encontraba en las inmediaciones y asistía anonadado a la violencia del hecho. El suboficial que la comandaba, ofuscado por el desencuentro que fuera aprovechado por los manifestantes, había desenvainado el sable y con él hizo lo propio todo el piquete. A la voz tonante del sargento los soldados, con el arma en la mano, se dispusieron a pasar con los caballos por encima de la multitud y lo hubieran hecho, si la voz de Adolfo no hubiera tronado una vez más: “¡Sargento, haga envainar los sables!”

Un hombre que jamás había titubeado ante el peligro, era conciente que una carga de caballería sería un golpe exagerado e injusto, sobre todo para posibles inocentes, que solo habían acompañado a los cabecillas o que estaban allí de puro curiosos. En el fragor del momento y la bronca que se advertía en la cara de los soldados los planazos hubieran caído a todos por igual.

El efecto que causó su aplomo frente al peligro golpeó fuerte en los asistentes. Quienes unos instantes antes llevaban piedras y armas en la mano quedaron hechizados por la imponencia del caudillo, dispuesto a defender al Presidente a cualquier costo. Un núcleo poderoso lo rodeó con admiración y prorrumpió en vivas a su nombre, con el mismo fervor con que momentos antes lo denostaba.

Dominado el conflicto, Alsina volvió al zaguán que había recogido a sus amigos y tomándolos del brazo los guió a pie por una de las aceras hasta doblar en la esquina hacia Florida.

No lo hicieron solos; la misma multitud que los atacara, ahora los acompañaba apretujándose por acercárseles, en medio de aclamaciones y vivas. Pero lo sucedido fue suficiente para que Alsina se diera una idea del ánimo colectivo y la tirantez que podía originarse en cualquier momento. Por de pronto el episodio provocó un gran impacto en el Presidente Avellaneda, que anotó: “Un partido fuera de la Constitución es como un cañón en la calle”.

El ambiente continuó siendo inestable en los días siguientes.

Menudeaban las amenazas a varios funcionarios, pero con Adolfo existía un empecinamiento especial. No pasaba día en que no llegara un aviso -a veces lo traía un portavoz de buena fe- por medio de esquelas, la mayoría anónimas. La situación era de molestias crecientes y los más allegados al Ministro trataban por todos los medios de convencerlo para que disminuyera su exposición.

Esfuerzo infructuoso, porque Alsina se mofaba de las intimidaciones y hacía todo lo

posible porque quedara en evidencia que no sentía temor alguno. Sólo se apartaba de un estado de ánimo impasible cuando las advertencias se referían a algo vinculado con la seguridad pública: “Deje que vengan esos caballeritos a ver que quieren” solía decir risueño, entre sincero y burlón a un atónito Sánchez, que se empeñaba en cuidarlo. Al mismo tiempo daba órdenes para que las ventanas y las puertas de su casa permanecieran abiertas, a fin de que desde el exterior pudiera vérselo sin dificultades, no sea cosa que a alguien se le diera por pensar que tenía miedo o quería esconderse.

Pero los avisos no se referían sólo a atentados a su persona; la insidia llegaba a sugerir que determinados cuerpos del ejército habían sido trabajados por la sedición y se intrigaba acerca de la lealtad o confiabilidad de algunos jefes.

Tampoco esta cizaña horadaba la confianza del tribuno, que solía repetir con absoluta convicción que eran desgraciados aquellos gobiernos que confiaban sólo en las bayonetas despreciando la opinión pública: “Un gobierno se sostiene apelando a las fuerzas populares”, decía con la convicción del que recurre a ellas sin engaños ni ardidés demagógicos y sabe que ellas no habrán de defraudarlo. “Los gobiernos levantados por las fuerzas de las bayonetas caen después heridos de muerte por esas mismas bayonetas”, solía decir con sincera convicción.

Su secretario fue elocuente al describir el momento: “Adolfo Alsina, el hombre más popular de la República, buscaba en las filas del pueblo lo que pudo encontrar en los batallones de línea”, que eran del todo leales a su persona, debió agregar.

Y el ejemplo del caudillo repotenciaba a los adherentes; cada noche de alarma, en los clubes parroquiales un número creciente de vecinos se daba cita para armarse y sofocar desde el nacimiento cualquier intento de revolución.

Por supuesto, iban a los comités, además, porque sabían que Adolfo salía a caminar solo por las noches y caía de improviso a algún club partidario para ver “como andaban las cosas”; la función de gobierno no le hacía descuidar la atención de la “propia tropa” que estimulaba y alentaba con su presencia permanente.

Concurrir al club partidario era para el caudillo una manera de hacerse ver y tener a la gente preparada para cuando llegara el momento de la acción.

Pero los allegados vivían preocupados por su temeridad. Una mañana recibía un anónimo anticipándole que esa misma madrugada estallaría la revolución; más tarde, otra esquila le advertía que si concurría esa noche al teatro sería asesinado. Por supuesto, Adolfo las rompía y nada le impedía concurrir esa misma velada a la función teatral.

“No me han de hacer nada” decía con serenidad; “el que haya tomado a su cargo

este trabajito es fuera de dudas que me ha de conocer bien”, agregaba más tarde con suficiencia. “Estas cosas son el resultado de la exaltación del primer momento; después que pasan viene la reacción y todos cuidan su número uno”, remataba con cierto misterio, como si conociera tan bien el paño que ningún golpe debiera sorprenderlo.

Una de esas noches, en que una amenaza le había aconsejado no concurrir al teatro, llegó a su casa Carlos Casares, preguntando por él.

“Está en el teatro” fue la respuesta de Sánchez al Gobernador de Buenos Aires; como era obvio no se iba a perder una función por culpa de una baratija como era una amenaza de muerte.

“Bueno, suba a mi coche y búsquelo; dígame que después de la función venga a casa del Presidente a reunirse con los dos” y agregó Casares al oído de Sánchez, como en un susurro secreto: “se confirman los avisos de esta mañana”.

Sánchez se trasladó al Colón y en forma discreta ascendió hasta el palco de Adolfo. El Ministro estaba disfrutando con embeleso de la interpretación y recibió la mirada inquieta del secretario con una sonrisa bonachona. Para no turbar el silencio del momento salió al pasillo, donde el fiel colaborador lo impuso de las alternativas que lo habían llevado hasta allí.

-¿Dónde está Carlos ahora? -preguntó con determinación.

-En casa del presidente -le respondió el secretario.

-Bueno, en el palco de enfrente está el coronel Arias; cruce hasta allí y dígame que se sume a la reunión lo antes posible. Yo iré en algo más de media hora; bajo ningún concepto me pierdo la escena que sigue.

El cónclave entre Avellaneda, Alsina, Casares y Arias terminó después de la una de la madrugada. Adolfo se retiró para su casa; salió pensativo y no advirtió que Sánchez dormitaba en un rincón de la sala esperándolo.

Se decidió a caminar. El buen secretario se despabiló de golpe, pero cuando llegó a la puerta de calle, Alsina ya doblaba por la esquina de Piedras y Moreno; a grandes zancadas trató de alcanzarlo sin éxito, porque el Ministro tenía el paso vivo de un soldado de infantería. Frente a la Iglesia de San Juan advirtió que Alsina se abría el paletó, llevaba la mano a la cintura y detenía su marcha recostando la espalda contra las rejas del templo.

-¿Era usted el que venía? No lo había conocido -preguntó entre sorprendido y desencantado al llegar Sánchez a su lado. -Tantas cosas le dicen a uno que al sentir que me seguían con precipitación, me paré a esperarlo y mostrarle esto -dijo Alsina sopesando en

su mano el viejo revólver que solía calzar con el cinto. Y riéndose culminó meneando la cabeza. -Tantas zonceras se escuchan todo el día que al final uno termina portándose como un zonzo.

Cuando llegaron a su casa de la calle Potosí hizo abrir todas las ventanas a pesar de la hora avanzada y volvió a repetir: “Vamos a ver; esperemos a esos caballeros”.

Las anécdotas acerca del valor personal de Alsina son incontables. Pocos días después del incidente en el atrio de San Juan, el caudillo, que acostumbraba a pasear solo, se encontró con que viniendo por Maipú fue seguido por un individuo durante unas seis cuadras. Adolfo estaba fastidiado por la perseverancia del tipo, que se detenía cuando lo hacía Alsina y apretaba el paso cuando aquel apuraba la marcha. De pronto, casi al llegar a Corrientes, con un pretexto banal el Ministro se detuvo y esperó a que el tenaz perseguidor pasara a su lado.

Pero el infeliz tuvo mala suerte; engolosinado, al pasar frente a Adolfo le dijo con estúpida sorna: -¿Qué, me tiene miedo?

-¡Ahora vas a ver si te tengo miedo, imbécil de mierda! -contestó Alsina y se abalanzó sobre el desafortunado propinándole tantos bastonazos mientras pudo sostenerlo con la mano izquierda. Cuando el atrevido alcanzó a zafar de la garra de Alsina echó a correr con desesperación por entre el público.

“Así tampoco se puede gobernar”, pensó Adolfo y sumando ese incidente a los anteriores no dudó más en dar luz verde a la auspiciosa idea de conciliar las fuerzas con el partido opositor, que desde la clandestinidad hostigaba cualquier acción de gobierno.

El 1° de mayo siguiente, con prosa impecable, Avellaneda inauguró las sesiones del período parlamentario e hizo nítidas señales a la oposición mitrista en la clandestinidad: “No hay gobierno cuando la conspiración puede erigirse a su frente.

He aquí mi plan: una política para todos con iguales derechos; los gobiernos abandonando el campo electoral al movimiento libre de los partidos y la justicia amparando el orden público”. Más claro imposible.

No se fijaron pautas escritas porque los acuerdos eran entre caballeros y en esa época hidalguía y política marchaban juntas, sin traiciones alevosas ni cambios de bando sospechosos como ocurre en nuestros días. El 9 de mayo José María Moreno recibió en su casa a Avellaneda y Mitre; el 11, Carlos Casares organizó el plato fuerte en una comida que dio en su residencia, a la que invitó a Alsina, Mitre, Eduardo Costa y Tejedor.

Era un tiempo feliz y nada justificaba que las tensiones arruinaran las perspectivas

halagüeñas que se vislumbraban: ese año desde Buenos Aires había partido el primer embarque de carne congelada, anticipo del próximo esplendor. La agencia noticiosa Havas inauguró el primer servicio telegráfico entre la Argentina y Europa y se estaba preparando la Exposición Industrial de Buenos Aires. ¿Qué tal?

Gobierno y oposición debían disfrutar los beneficios que proveía el progreso, no agarrarse a tiros.

Es verdad que no todo eran rosas: el cacique chileno Meliqueo incitaba en la pampa a los aborígenes argentinos a desobedecer al gobierno, pero eso no era sino una prueba más de que había que asegurar el desierto librándolo de la amenaza de los malones (y sus consecuencias políticas), lo que no podría conseguirse si subsistía el peligro de una rebelión mitrista. Esa era otra razón más para Alsina: si no se acordaba con Mitre ¿cuándo tendría las manos libres y una oposición mansa en el Congreso como para imponer sus planes?

En casa de Casares se trazaron los esbozos (en la de Moreno se dio el primer paso): hubo coincidencia en reincorporar a Mitre al ejército y con él a todos los militares que intervinieron en la revolución de 1874; algunos, como Gelly y Obes y Rivas, estaban incluidos con Mitre en el escalafón de reincorporados. Los demás debían solicitarlo en forma individual; no se reconocía ese derecho a los que se encontraban procesados por delitos comunes, lo cual después dio lugar a una dispar interpretación en el caso de Arredondo, como será explicado.

Nadie sugirió incursionar en el reparto de posiciones, que menoscabarían al Presidente de la Nación y al jefe de la oposición. Por su parte Alsina dejó para el final el tema que más lo apremiaba: la cuestión fronteras. Adolfo resumió su plan en forma minuciosa y de buena fe señaló todas las expectativas que tenía en el proyecto.

En general se estuvo de acuerdo y solo se presentaron dudas en aspectos menores y sin significación; Mitre aplaudió el boceto y prometió el apoyo incondicional de su sector. Este tema también quedó resuelto.

Esa misma noche el general Mitre se instaló en La Nación para redactar el manifiesto que publicó el diario al día siguiente dirigido a “sus amigos políticos”. Les informaba que se había inaugurado una nueva etapa, en función de la cual exigía poner fin a las conspiraciones y reorganizar el partido para situarlo en “la lucha dentro del terreno de la constitución”. Mitre era Mitre; lo que se había acordado iba en serio.

De manera inmediata vino la réplica: el Ministerio de la Guerra dispuso devolver los grados a los militares excluidos, pero un roce amenazó el acercamiento cuando se llegó a

Arredondo, que había sido condenado por un delito común y en consecuencia no estaba alcanzado por la amnistía derivada de la conciliación.

Sin embargo las circunstancias obligaron a los autonomistas a tragar el sapo: Alsina convenció a los más díscolos del Congreso y la amnistía fue ampliada; se perdonó a Arredondo y el crimen de Iwanovski quedó impune. Esa muerte no se pagaría en la tierra; las urgencias políticas y los intereses superiores que estaban en juego hicieron que el juicio se transfiriera a Dios, para que emitiera sentencia en la otra vida. Había sido un acuerdo de caballeros y debía ser cumplido. ¿Quién dijo que política y justicia marchan juntas?

Por supuesto, no todo el mundo quedó conforme con la conciliación: Sarmiento se enfureció por la devolución de grados a Mitre, pero Avellaneda, siempre amigable, cedió de buen grado a las instancias de Alsina y trató de conformar al sanjuanino con la sagacidad de un pícaro, complaciendo un sueño que lo desvelaba desde siempre. Sirvió, además, para neutralizar su voz en el Congreso (Sarmiento era senador): junto a la restitución de grados a Mitre se elevó al Senado el diploma que designaba general a Sarmiento, su sueño dorado. Enojado sí, pero en silencio.

Tampoco quedaron conformes los “jóvenes” que estaban saliendo del autonomismo con Del Valle y Alem a la cabeza para formar el partido Republicano, y como la desgracia une a los que penan por la misma causa, se acercaron a Sarmiento, lo proclamaron jefe y se prepararon para la lucha electoral en la provincia.

Estando a Sánchez, que no tenía por qué mentir, esta actitud dolió mucho a Adolfo. No obstante, en la prudente biografía que traza de su jefe, se deja dominar por el enojo: “La actitud del doctor Alsina también tenía que ser desfigurada groseramente por aquellos que, olvidando las consideraciones que le debían y oyendo solo la voz de pasiones mal comprimidas, también le llamaron traidor y tránsfuga.

¡Adolfo Alsina tránsfuga! Si algo tenía que realizara su carácter noble y caballeresco era precisamente que por sus amigos iba hasta la inmolación de su propia persona”.

Esta afirmación no es vana ni figurativa: siempre un caudillo se caracteriza por no dejar a sus amigos a merced de su suerte y, como los cuerpos especiales de comandos en los ejércitos, que no vuelven a casa sin el camarada herido o muerto, tampoco el caudillo abandona a un seguidor, fuera éste un mal juez o Juan Moreira.

Quizá eso sea lo que los hace diferentes y tal vez por eso tantas personas estén dispuestas a jugarse por él.

Es probable que el fastidio de Sánchez proviniera del hecho de que, conociendo las intimidaciones y confidencias de los disidentes con Alsina, supiera que todos ellos fueron sus

protegidos y beneficiarios y el ataque insidioso equivaliera a “lanzarle en medio del pecho el dardo envenenado de la ingratitud”.

Es tan difícil dudar de la sinceridad de Sánchez como del dolor que esta deserción provocó en Adolfo. Hombre acostumbrado a la pelea con adversarios, nunca se lo vio titubear frente a las amenazas y tampoco ante los ataques de la prensa opositora; “pero la verdad sea dicha, jamás fue atacado de una manera tan brusca como lo hicieron sus falsos amigos del día anterior”, decía con pena el fiel Sánchez.

Pero la conciliación había sido armada por los pesos pesados; no era cosa que unos muchachos disconformes, inspirados por un genio fantástico como Sarmiento la echaran abajo. Con rapidez se llevó a cabo una nueva comida en lo de Casares y Adolfo propuso que nacionalistas y autonomistas presentaran un mismo candidato a gobernador y se confeccionaran nóminas mixtas en la lista de legisladores.

Todos estuvieron de acuerdo; no era cosa que un plan armado por los maestros se cayera por obra de unos estudiantes sin disciplina.

Se confió en Adolfo la elección del candidato, a través de un mecanismo de doble instancia, pero que siempre hacía derivar la nominación en las manos del caudillo.

Se sabía de sobra que las simpatías del jefe se volcaban por Cambaceres, pero con gran pena, Alsina tuvo que pensar en primer término en Manuel Quintana, cuyo nombre no levantaría resistencias en el mitrismo; había que elegir el candidato de la unión, no del alsinismo. Por desgracia, después de varias alternativas, el futuro presidente de la Nación declinó el ofrecimiento a gobernador por razones personales, cuidándose muy bien de que se supiera que ninguna razón política había influido de manera negativa en su decisión.

La fórmula consensuada al final fue Tejedor (de origen autonomista)-Moreno (de extracción nacionalista), dupla que resultó consagrada en las elecciones del 2 de diciembre en proporción de 3 a 1 contra Del Valle-Alem. El triunfo se verificó a pesar de que los republicanos de Alem habían cerrado el padrón antes de la conciliación, aprovechando la circunstancia de ser el mismo Del Valle el ministro político de la provincia. Como tantas veces ha ocurrido a lo largo de la historia de nuestro país, los “puros” fueron puros mientras el agua pudiera llevarse para su molino; a partir de allí empezaban a enojarse con todos, invocando esa misma pureza que habían desdeñado cuando tuvieron el poder cerca de sus manos.

Avellaneda, que se había erigido en garantía moral de la buena fe empleada en el acuerdo, abrió el gabinete nacional para dar cabida en él a los mitristas. La conciliación no podía ser más expresa y sincera.

El periodismo reaccionó de la manera esperada; los diarios de mayor peso aplaudieron la conciliación; El Nacional, con la inspiración de Sarmiento la repudió con energía.

El Mosquito, la publicación satírica por excelencia, hizo su agosto. El dibujo de Stein representó a los tres artífices del acuerdo, Alsina, Mitre y Casares, caricaturizados con aspecto desenfadado y expresión mefistofélica. El cuadro no podía ser más grotesco: tres sujetos en ademán zafado parecían burlarse del pueblo adoptando con el cuerpo posiciones desvergonzadas y lúbricas. Más atrás, como si espicara a semejantes impúdicos, el presidente Avellaneda, entre cómplice y espantado. Como “Los Tres Mosqueteros” aún no habían alcanzado la difusión que llegaron a tener y por otra parte la obra de Dumas tenía un sonido demasiado heroico, Stein transfirió al grotesco de tres obscenos una imagen evangélica: los bautizó “La Augusta Trinidad” y con ese nombre mordaz quedó incorporado al léxico político corriente.

La fiesta de la conciliación concluyó con una gran asamblea cívica que se celebró en la Plaza de Mayo el 7 de octubre para devolver los atributos a Mitre. No se olvidó ningún gesto de caballerosidad: el club alsinista concurrió en pleno al comité nacionalista y ambos partidos, encabezados por sus presidentes, Gainza y Cazón, con hojas de olivo en las solapas para simbolizar la paz alcanzada, se dirigieron encolumnados hacia la Plaza, en cuyo centro se había levantado un escenario. Allí Alsina aguardaba la llegada de la muchedumbre; cuando se adelantó en el palco “con aspecto desenfadado de compadrito lindo”, como dijo Amadeo, el público perdió la medida.

Estaba en su apogeo; alzó la cabeza encanecida y levantó más aún la frente altiva y bondadosa para pronunciar un gran discurso, emotivo y elocuente, muy distinto al que lo catapultara con motivo de la federalización. Aquí “las frases fueron breves y rotundas, la respiración cortada, como si el orador hubiera llegado corriendo a la plaza para dar una importante noticia al auditorio”, señaló con elegancia Octavio Amadeo. Diría un augur de audaces premoniciones que sintiendo el doble presentimiento de la cercana muerte, Alsina dijo su mejor discurso y Buenos Aires le tributó su mayor ovación.

Ofreció a Mitre la restitución del grado para “arrancar de la historia una página triste, entregándola al fuego de una gran pasión: el amor por la libertad”, dijo el “hijo algo desbaratado del pulcro don Valentín”, de quien heredara las virtudes cívicas “sin la adustez del cuáquero ni el empaque rivadaviano”.

El público, conmovido, aclamó al caudillo y esperó la palabra de Mitre, el otro gran protagonista. El estadista no bajó el nivel de la oratoria: “acepto, aunque hubiese preferido pedir un fusil en vez de ceñir la espada de general, para formar como soldado en las filas

del pueblo". Avellaneda, que con un celebrado discurso concedió la bendición oficial a la conciliación, no estuvo a la zaga de los oradores que le antecedieron.

Las balas que se habían disparado pocos años antes fueron reemplazadas por flores, que se arrojaron con profusión en forma recíproca; la fiesta fue coronada con un gran banquete esa misma noche en el teatro Ópera.

Se había impuesto la pacificación, con la fórmula que los mismos responsables proclamaron en conjunto: "la conciliación y el acuerdo de los partidos y la concordia y el abrazo de los argentinos".

En las elecciones del 2 de diciembre el triunfo de la conciliación fue celebrado en forma masiva por el público y los diarios; los clubes del Progreso y Argentino, donde se daban cita autonomistas y mitristas dieron grandes fiestas para celebrar el éxito "de la paz", como se llamó al resultado. El Nacional, con la firma de Sarmiento, admitió la derrota republicana. Adolfo, en el ocaso de la vida, pudo disfrutar del triunfo pero no recogió los frutos de la victoria.

Como todo quedó resumido a la hidalguía de los señores que con caballerosidad armaron el acuerdo, no abundaron pruebas escritas de la magnitud de la conciliación, cuyos pormenores permanecieron reservados al colete íntimo de los protagonistas.

Pero en el ambiente quedó flotando el alcance: los nacionalistas recibieron ministerios y diputaciones; Mitre y los militares que lo habían acompañado, la restitución del grado y la vuelta al escalafón. La fórmula de la gobernación y la lista de representantes habían surgido del acuerdo. Alsina, el gran inspirador de la conciliación y la muñeca que había manejado toda la trama ¿no recibía nada?

Nada se dijo, por supuesto, como correspondía a conversaciones que mantenían en reserva verdaderos caballeros, pero era un secreto a voces que su candidatura a Presidente en 1880 era número puesto.

Capítulo XI

Guerra al desierto

El tema del desierto y la frontera -decisivos en la vida de Adolfo Alsina- estuvieron sujetos a las vicisitudes por las que debió atravesar el país a lo largo de su existencia.

Los españoles habían realizado algunas penetraciones profundas en el territorio sur; de hecho existieron exploraciones y cartas primitivas que con el tiempo fueron perfeccionadas por relevamientos más precisos, efectuados en base a aquellos.

Pero para los gobiernos patrios que les sucedieron, la Revolución de Mayo y las guerras de la Independencia acumularon el esfuerzo del país y de sus hijos con abandono manifiesto de las inmensidades aún no civilizadas. Ello no fue obra de la negligencia, ni puede ser objeto de críticas; la nación empeñó todas sus fuerzas en el objetivo primordial, que fue la defensa de la soberanía y en armar los ejércitos que la aseguraran en la epopeya emancipadora junto a la de otros países de Sudamérica.

Cuando la guerra terminó y el poder realista fue vencido sobrevino la larga etapa de las luchas internas, la división feroz entre las facciones en pugna y la obsesión política trasladó sus miras hacia otros objetivos: el desierto podía esperar.

Esto no quiere decir que la Provincias Unidas se desvincularan del tema; no solo no había sido abandonado sino que algunas de ellas -la Provincia de Buenos Aires en forma notoria- intentaron expediciones destinadas a penetrar las inmensidades de la pampa.

Pero de pronto, aparecieron los indios chilenos (araucanos, huiliches, mapuches) en la pampa. Ese hecho cambió la relación con el indio y durante cuatro décadas la dinastía de la Casa de Piedra, con Calfucurá y sus herederos como soberanos, dejó la impronta chilena en el desierto y con el poder de sus malones tuvo en jaque a los sucesivos gobiernos argentinos. Digamos de paso que arrasó y exterminó a los indios nativos de la Argentina, con lo cual su presencia tuvo un verdadero sentido geopolítico (para no decir

genocida, término que no se empleaba entonces).

Desde Carmen de Patagones, llegaban comunicaciones alarmantes: "...la gran cantidad de indios que está viniendo de Chile a establecerse crea una situación alarmante para la Provincia de Buenos Aires, que quizá nunca ha tenido una reunión igual de indiadas".

El gobierno debió aceptar esos contingentes inmensos de mapuches venidos de Chile y suscribir tratados con las tribus de Limonao, del peligroso Renquecurá, que había llegado desde el Pacífico con mil quinientas lanzas de pelea.

Pero de nada sirvieron los tratados, ni las costosas raciones que pagaba el erario argentino; la marejada indígena seguía creciendo y los malones se multiplicaban.

En 1870 se llevó a cabo una invasión tan esperada como temida, que conmovió al comandante de la división Costa Sud, el coronel Julio Campos: "la más grande que han hecho los indios desde el cincuenta y cinco a la fecha" (Campos no podía imaginar la magnitud de las invasiones que ocurrirían en 1875 y 1876).

A mediados de junio de aquel año de 1870, mientras Sarmiento inauguraba el Colegio Militar en Palermo, Calfucurá en persona conducía el malón que arrasó como una marea incontrolable la ciudad de Tres Arroyos. La Sociedad Rural Argentina publicó en sus anales el balance judicial del ataque a ese partido: doce muertos; veinticuatro cautivos, los daños en los negocios saqueados ascendían a \$ 330.000, seis estancias incendiadas y destruidas y la hacienda vacuna robada alcanzaba las 57.628 cabezas. La persecución posterior de Julio Campos produjo magros resultados; muy pocas cautivas rescatadas y solo 9.000 vacas recuperadas.

La situación continuaba siendo grave. Para colmo 1870 tuvo uno de los inviernos más frío; en Tandil nevó durante tres días y las sierras y el llano quedaron cubiertas por un océano blanco. El ganado, deshabitado a ese fenómeno, escarbaba en forma infructuosa el suelo buscando alimento, que recién obtuvo a partir de una fuerte lluvia, cuando estaba a punto de perecer de hambre.

La Provincia estaba consternada; a la inclemencia feroz del tiempo se sumaba el acoso de la indiada; el gobernador Castro (tal vez a instancias del mismo Alsina) propuso al gobierno nacional avanzar la línea de fronteras, acortarla para mejorar las condiciones de defensa y tratar por todos los medios de acercarse al río Negro. En coincidencia con el plan de Castro, el gobierno nacional obtuvo del Congreso la ley 385 por la que se le autorizaba a disponer de \$2.000.000 para correr la frontera Sud. Pero el proyecto volvió a estancarse cuando Calfucurá advirtió con sagacidad que los cristianos trataban de ocupar la isla de

Choele-Choel, que él consideraba un baluarte propio.

Por esa época se registraron innumerables malones de envergadura (los menores eran moneda corriente), no sólo en la Provincia de Buenos Aires. El general Arredondo, que comandaba la frontera del sur de Córdoba y San Luís dispuso enviar al coronel Baigorria al frente de una expedición punitiva sobre los ranqueles, pero aunque el contingente atacó en forma animosa las rastrilladas, poco después menudearon las invasiones de nuevo. En el informe que elevó en 1872 al general Gainza, Ministro de la Guerra de Sarmiento, le hizo saber que en 1871 debió padecer “14 invasiones en mi jurisdicción e incontables fuera de ella”.

Algunas versiones acerca de la irrupción simultánea de pampas y ranqueles sobre los campos trabajados sostienen una opinión más dineraria e interesada del fenómeno y quizá muy próximo a la realidad.

Lo atribuyen al “Reglamento de Comercio Chileno-Argentino” suscripto en enero de 1869. Su texto preveía un régimen de franquicias para la internación de ganado argentino en Chile, que debía entrar en vigencia hasta tres años después de la firma del Reglamento. Por lo tanto la francachela terminaba en la fecha establecida; después debía acudirse al ingreso de ganado a Chile por los medios legales.

Los ladrones pensaron que debían apurar el ingreso de hacienda robada lo más pronto posible a Chile; debían acelerarse los malones. Ello explicaría la feroz urgencia de los indios por malonear, incentivados por el premio de ingresar hacienda sin control a Chile a costa de la depredación de las estancias argentinas.

Según Schoo Lastra, el diputado chileno Puelma parecería abonar esta hipótesis: al tratarse en el Congreso trasandino el tema del contrabando de ganado proveniente de la Argentina, denunciaba que en los últimos meses “se habían robado alrededor de cuarenta mil animales”.

Lo cierto es que al momento de asumir Alsina el Ministerio de la Guerra la frontera del desierto comprimía la provincia de Buenos Aires y dejaba a las poblaciones cercanas expuestas a la violencia y el pillaje, para cuya parcial neutralización la Nación debía continuar pagando a las tribus enormes contribuciones. Ellas muchas veces no llegaban a destino por la rapacidad de algunos sujetos involucrados, algunas veces cristianos, otras caciques indios. Los tributos constituían, por lo tanto, además de una erogación costosa, una fuente constante de corrupción y conflictos.

En muchas ocasiones Alsina demostró que su enemigo era el desierto, no el indio que lo habitaba y al que por muchos medios trató de asimilar a las costumbres de la

civilización. Esta verdadera obsecación del hombre por esa pampa virgen y sorprendente ha llevado en muchas ocasiones a intentar descifrar el enigma de la frontera y las posesiones de “tierra afuera”.

Pero, ¿qué era el desierto para Alsina?

Gracias a Aurora Arias de Rocha, compiladora histórica de Olavarría, podemos recoger el pensamiento íntimo de Adolfo Alsina, expresado el 11 de abril de 1876 mientras supervisaba sobre el mismo terreno las operaciones de ocupación de la frontera, en marcha hacia Salquicó.

Fiel a las ideas que siempre había expresado, el Ministro creía en el soldado colono, que además de garantizar la seguridad del territorio recuperado era capaz de cultivarlo con provecho. Adolfo en persona vigilaba la confección de zanjas y terraplenes protectores, la instalación de sementeras, la construcción de fortines y la fundación de poblaciones. “En cuanto a mí confieso que, absorto, contemplaba allí la naturaleza y no me explicaba porqué era una idea arraigada que pampa quería decir una gran sabana de tierra, donde la vista no encuentra un solo objeto en que fijarse. La pampa, inmensa y solitaria como el océano, pero más silenciosa y quieta, tiene signos y movimientos invisibles para el extranjero, tan expresivos como puede ser la palabra, para el que está iniciado en sus misterios”.

Es que para Adolfo el desierto era el enemigo enigmático, al que se debía vencer de verdad para que la civilización penetrara. No era suficiente ni honesto derrotar al indio en la pelea o terminar con la perversidad de los malones. El desierto era la encarnación de esa antítesis quimérica que tantas veces atraparía a la nación en falsas opciones por las que se mataba o moría: porteños y provincianos, unitarios y federales, rosistas y antirrosistas y ahora indios o blancos.

Un Alsina pensativo y nostálgico llegó a imaginar que si los indios se resistieran al empuje del proyecto de la Nación y eligieran no adaptarse, aún después de vencidos, las fuerzas misteriosas que actuaban sobre el cristiano podrían resultar un impedimento para incorporar a la civilización las tierras dominadas por el salvaje.

“Nuestra campaña se basa en vencer al desierto que es nuestro enemigo y no en perseguir a los indios para destruirlos”, no se cansaría de repetir en todas las ocasiones posibles en el Congreso de la Nación. (Mensaje del 25 de agosto de 1875).

Alsina conocía y comprendía el salvajismo indio con todo el drama que caía sobre la frontera, pero no creía que fuera aceptable desde el punto de vista moral auspiciar como contrapartida un salvajismo blanco. “Si se consigue que las tribus hoy alzadas se rocen con

la civilización, que va a buscarlas; si se les cumple con los tratados; en una palabra si ellas, que solo aspiran a la satisfacción de las necesidades físicas, palpan las mejoras en su forma de vivir puramente material, puede asegurarse que el sometimiento es inevitable. El Poder Ejecutivo, aleccionado por una larga experiencia, nada espera de las expediciones a las tolderías de los salvajes para quemarlas y arrebatarles sus familias como ellas queman las poblaciones cristianas y cautivan a sus moradores. Estas expediciones destructoras que rechaza el espíritu de la civilización moderna, solo conducen a irritar a los salvajes, a hacer más crueles sus instintos y a levantar más aún la barrera que separa al indio del cristiano”.

Pero el desierto físico, como su confín con la civilización, no tenía una demarcación exacta. Había cristianos atrevidos que se animaban “tierra afuera”, explotando un campo o abriendo pulperías y también indios “amigos” que levantaban sus toldos detrás de la línea de fortines que cuidaban la frontera. Esa mezcla no era lineal y exenta de choques; el blanco metido en el desierto comerciaba con el indio, a veces lo explotaba, contrabandeaba con él y en muchas oportunidades era víctima de su ira o sus desbordes, en ocasiones por causas justificadas. El capitanejo que plantaba su aduar en las inmediaciones de las poblaciones criollas a menudo era temido, siempre segregado y él mismo refutaba la integración.

No puede señalarse un solo acto de Adolfo en el que no estuviera presente el respeto por la vida y en la “cuestión india”, la supervivencia del propio indígena. “Hay que atraerlos y convertirlos, a la paz, a la vida estable y al trabajo continuado”, decía con absoluta convicción.

Desde que asumiera el Ministerio de la Guerra impartía las instrucciones necesarias para que las líneas telegráficas llegaran a la frontera. Había puesto en marcha un plan de avance por medio de trancos sucesivos y consolidados y como estadista moderno que era, tenía confianza en las negociaciones y en el tendido de fortines comunicados entre si por medio de las descubiertas. “Por lo que a mi respecta, confieso que solo me inspira tristeza la lucha cuerpo a cuerpo entre el cristiano y el indio...” solía decir.

Encomendó a los jefes militares que tentaran a los indios con ofrecimientos de tierras para afincarse en ellas, pero los pobladores cristianos que estaban instalados desde hacía años veían esos gestos del comandante de frontera que le “entregaba” tierras a los indios para ganarse su alianza y cumplir con el plan de Alsina, como un acto de desprotección hacia ellos mismos.

En realidad algo de razón no les faltaba; no era fácil convivir en las proximidades de una toldería: las mujeres perdían la libertad de trasladarse solas a efectuar una visita porque el cruce ocasional con un puñado de guerreros no le aseguraba la intangibilidad de

su cuerpo a la codicia sexual del grupo; los hombres se quejaban porque además de arriesgar mujer o hijas solían encontrar el ganado carneado, si el animal se cruzaba en su camino cuando el indio tenía apetito.

El que más sufría sin duda era el gaucho, enemigo cerril del indio, su adversario de sangre, irreconciliable con el salvaje, como bien cantara José Hernández superando con su monumental obra los propios designios poéticos que concibiera.

Quizá en ese odio irracional y feroz haya existido un componente sociológico: el gaucho ocuparía el último escalón de la consideración social si no hubiera existido el indio, cuya vida y amenaza creía que le aseguraban a aquel la pertenencia al mundo cristiano. Conservarse diferenciado del indio, ser su enemigo y contrincante, le garantizaba un lugar entre los blancos y una escala superior al salvaje en la consideración de la sociedad.

Quizá Borges, con esos ojos débiles para percibir las formas externas de las cosas, forzado siempre a escudriñar en los pliegues profundos del alma, haya sido uno de los que mejor captó a ese protagonista de la frontera, que siendo adversario del pampa, se sentía tan libre como él para galopar a los confines sin escrituras, alambrados ni mensuras.

*...Se batió con el indio y con el godó,
murió en reyertas de baraja y de taba;
dio su vida a la patria, que ignoraba,
y así, perdiendo, fue perdiendo todo...*

Y Alsina, para quien el gaucho formaba en las fuerzas en las que tenía confianza y que en su conversión en habitante del suburbio poblaba sus filas, respetaba como nadie a ese varón intrépido y en extinción que “perdiendo, fue perdiendo todo”, como diría, más de un siglo después, Borges. No podía ser indiferente a ese hombre sufrido y a veces mal llevado, que era chasque o centinela, fortinero o soldado, baqueano o guerrero, rastreador o estafeta. Adolfo tenía conciencia de las dificultades que debía afrontar un plan que intentaba concertar intereses tan dispares. Tendido en el suelo, entre mapas, telegramas y papeles nos lo recuerda Enrique Sánchez con un compás en la mano, midiendo distancias, confrontando datos, iluminando la cara con una amplia sonrisa cuando algún detalle o una fórmula feliz le permitían concebir un hallazgo: “Anote, amigo, anote antes que se me vaya de la cabeza y me olvide”.

La tarea no era sencilla; conciliar las aspiraciones del poblador, el estanciero, el gringo, el gaucho y el indio. Pero el Ministro era un estadista y un caudillo, sumatoria que suele encontrarse con gran escasez en un mismo individuo. Sensible a las necesidades,

desgastaba su organismo en la búsqueda de avenimientos que hicieran posible avanzar más sin escatimar esfuerzos con los sectores más postergados como eran el gaucho y el propio indio.

Cuando se piensa en el gaucho o en el indio; en el desierto o la frontera, una y otra vez Catriel aparece como referencia indispensable. Ya el viejo Catriel, padre de Juan y abuelo de Cipriano, Juan José y Marcelino, había empezado el acercamiento con el hombre blanco en 1857, intuyendo que la mejor fortuna de su raza sería hacerse amigo de ese adversario al que era imposible vencer.

Cuando murió el sagaz jefe de la tribu, el trono pasó un breve tiempo a Juan y después fue a manos de Cipriano, que había abrevado en sus enseñanzas la sabiduría heredada. Pero después del cruel asesinato de éste y de su secretario Avendaño, la dinastía pasó a manos de su asesino, Juan José, que fue ungido por la propia tribu cacique general.

Quizá haber tolerado este aberrante premio fue el mayor error del alsinismo, no solo porque alentó la especie de que era premiado Cuneco (como le decían a Juan José sus guerreros) en lugar de recibir un castigo, sino que permitía suponer que había sido muerto su hermano por adhesión al mitrismo y que la mano de los hombres de Alsina no era extraña al crimen.

Lo cierto es que en abril de 1875, cuando todavía no se había puesto en marcha la conciliación, un decreto de Avellaneda (dictado a instancias de Alsina) convalidó la elección que había hecho la tribu, reconociendo a Juan José como cacique general, con orden a la Contaduría del Ejército para que lo incluyera en la lista de pagos. El siguiente error de Alsina fue creer que Juan José estaba cortado por la misma tijera que su hermano, mientras que en realidad, como dice Alberto Sarramone, "...representaba el viejo espíritu indio envidioso y desleal con los cristianos".

Después del levantamiento revolucionario de 1874, la comandancia de Azul había tenido un cambio de guardia. Rivas, dado de baja por su participación en aquel alzamiento, fue reemplazado por el coronel Levalle. A la autoridad militar de que estaba investido, sumaba Levalle el prestigio personal que derivaba de su conducta e inteligencia natural. A un ojo agudo como el de Alsina, acostumbrado a medir a los hombres con el repentino cruce de una mirada, no pasó desapercibido el calibre de este militar y a su buen tino encomendó las tratativas con la tribu.

Soldado obediente, Levalle cumplió con lo ordenado, a pesar de que le causaban fastidio las largas tratativas, la falta de palabra de los jefes indios, el desmentido frecuente de recibos que ellos mismos habían otorgado, la mezcla de reclamos triviales con planteos

importantes y la ausencia de discernimiento entre unos y otros. Pero la misión que le encomendaba ahora su ministro era más complicada: debía convencer a los indios catrieleros de trasladar la tribu "tierra afuera", abandonando las proximidades del Azul.

Se ha dicho con frecuencia que los adelantos técnicos ayudaron al hombre blanco en su confrontación con el indio y la invención del Rémington ha constituido para muchos el elemento principal. Sin embargo existieron otros dos que revistieron más importancia que el rifle: el telégrafo y el ferrocarril.

La llegada de estos últimos adelantos (primero llegaron los hilos telegráficos) a Azul produjeron una intermediación de los pobladores con Buenos Aires y las tratativas con la indiada se tornaron más imperiosas. Alsina volvió a echar mano de Levalle para apurar este trabajo. La vinculación entre estos dos hombres derivó en una sólida y franca amistad que solo interrumpió la muerte de Alsina.

En realidad la tarea de convencerlos de mudar la toltería no era sencilla, aunque la oferta bien podría considerarse como de mucha utilidad para el indio. Se le cambiaban las hectáreas que poseían en Azul sin título (el Potrero de Nievas), por una superficie cinco veces mayor, escrituradas a su nombre en lugares más alejados, pero también provechosos para el indígena.

Bueno, tampoco se suponga que el proyecto era alejarlos a la línea del infinito. Los campos estaban situados en las proximidades de Salquicó, donde estaba ubicado, a la vera del "camino de los chilenos", el mismo Fuerte General Lavalle Sur. (El Fuerte Lavalle Norte lo habían levantado en cercanías del actual partido de General Pinto).

La zona ofrecida a la tribu estaba próxima al mencionado arroyo de Salquicó, que corre por la llanura hasta convertirse en tributario del río Salado, entre las actuales ciudades de Olavarría y General Lamadrid, más cerca de la primera que de la segunda.

Por esa rastrillada o camino de los chilenos (hoy traza de la ruta 60) solían venir las invasiones pampas y era el camino preferido para marchar con el ganado robado en el malón. A la tribu de Catriel se le ofrecían las tierras en propiedad definitiva con algunos cargos: uno y elemental era que lo trabajaran con las herramientas y semillas que le donaría el propio Estado. La otra era encomendarle funciones de "observadora", es decir atender la rastrillada de los chilenos y dar cuenta de las anomalías que se detectaran, ya sea malones que se acercaban o arreos que se llevaban.

El Fuerte Lavalle Sur estaba situado en tierras que pertenecieron a la familia Arzuaga y la estancia Salquicó fue base de un primitivo poblado que llegó a tener destacamento de policía, escuela y telégrafo. Es probable que fuera la base del poblado que en el plan de

Alsina, se procurara entregar a la tribu como cabecera de las tierras que recibía.

Con un pensamiento pesimista podría decirse que era como empujarlos fuera de la civilización (¡30 leguas!); con una visión positiva, era posible afirmar que se trataba de algo conveniente para la tribu, porque obtenía títulos legítimos, lotes identificados y superficies que variaban según la jerarquía de cada jefe de familia, empezando por el cacique general, que recibía una importante estancia.

Pero el proyecto no gozaba de simpatías en la tribu, que estaba apenada por el traslado. Estando a la opinión imparcial del ingeniero Ebelot -y también a la agudeza de su juicio- al pampa no lo atraían las escrituras ni se sentía feliz con el derecho de propiedad. Al contrario, lo angustiaban el parcelamiento y los deslindes, los mojones y los alambrados; como su enemigo el gaucho, sentía que el teodolito y las mensuras eran la muerte de su libertad, el fin de una etapa en que la inmensidad de la pampa podía recorrerla a lomo de caballo, sin más freno que su instinto, sin más tutela que su pericia con la lanza o el facón y sin otro respaldo que el coraje para proteger la vida.

Pero Levalle era hombre de empuje y no habría de detenerse para cumplir una orden. Redactó un convenio que sometió a la consideración de Catriel y de su Consejo, el que era más una imposición que un contrato bilateral.

¡Vaya imposición! Las tierras que les entregaban estaban situadas a unas treinta leguas de Azul (donde vivían instalados en superficies “prestadas”), y se radicaban, en cambio, en extensiones cuyo precio hoy supera los dos mil dólares la hectárea.

El tratado era muy bueno para la tribu. Catriel recibía una estancia de una legua cuadrada; los jefes secundarios, cada uno una chacra de 170 hectáreas y los indios sin jerarquía, quintas de 35 hectáreas cada uno, por supuesto con sus respectivos títulos de propiedad, herramientas de labranza y semillas. También recibirían raciones, al menos durante un tiempo y los guerreros podían conchabarse en el ejército, con uniforme, sueldo y posibilidades de ascenso.

Como ha sido dicho, las tierras estaban ubicadas en una zona de frontera; la indiada tenía misión de observadora, que equivalía a ser algo así como un centinela avanzado. Pero lo más crítico era que la ubicación las situaba en las proximidades del Fortín Lavalle, con lo cual los indios suponían que el cumplimiento de las obligaciones a su cargo estaría vigilado por los soldados y eso les molestaba.

Las negociaciones fueron complejas, porque la indiada discutía todo: desde la ubicación de cada parcela, la elección del sitio, el reparto de los lotes. Ni que hablar de la instalación de la futura ciudad, que estaba destinada a constituir una colonia pastoril y

agrícola, con templo, escuela y oficinas públicas para su beneficio, pero el salvaje lo veía como un futuro establecimiento policial, se imaginaba en perpetua subordinación o lo que era peor aún, sujeto a las tareas manuales, que aborrecía.

A pesar de todo, los indios, renegando, terminaron por aceptar los términos y el contrato fue firmado por Catriel (en realidad él no lo hizo, sino otra persona a ruego, por no saber hacerlo).

Resulta curioso observar como a la tribu de Catriel se le daba un trato tan deferente. Esta circunstancia también contribuyó a alentar la especie de que el alsinismo estaba en connivencia con Juan José a quien trataba de beneficiar para pagar el favor político que significaba haber matado al hermano.

No obstante, la conclusión, tan simple como de dudosa certidumbre, carece de sustento. Lo más lógico era imaginar que al darles tierras a la tribu con carácter definitivo, lo que se estaba haciendo en realidad era privilegiar a los indios nativos por sobre los mapuches, huilliches y araucanos invasores.

En efecto, los catrieleros eran tehuelches septentrionales, indios originarios del territorio argentino, que lo habían habitado desde tiempo inmemorial y a los que Alsina, con su particular forma de ver y comprender el problema del indio y del desierto trataba de integrar a la civilización del país con una visión humana y progresista.

De lo que no caben dudas es que Alsina tenía una especial consideración hacia esta tribu, tan ostensible como fueran su desilusión y resentimiento después de la traición que ella le efectuara, al aliarse con los araucanos y participar de la gran invasión sobre las tierras civilizadas.

“¡Es la primera vez que toma parte una tribu amiga, situada doce kilómetros detrás de la línea de fortines!”, diría con sorpresa un amargado Adolfo Alsina desde el Ministerio de la Guerra, cuando le informaron la invasión de diciembre de 1875.

A la hipótesis de la preferencia hacia los catrieleros no le falta sustento por otras razones también.

Los tehuelches fueron víctimas manifiestos de los araucanos o mapuches, como era en realidad su verdadera denominación (y dentro de esa etnia, Calfulcurá y sus descendientes eran huilliches), que en general extinguieron a los varones nativos y preservaron las mujeres jóvenes, cuyos vientres convirtieron en fábricas de herederos. Como ya ha sido dicho, si la palabra genocidio hubiese existido en ese tiempo podría ser empleada ahora para definir el trato que los mapuches dieron a tehuelches, puelches y pehuenches. Por otro lado, el abuelo Catriel había acercado la tribu al hombre blanco;

Cipriano, que era amigo de Rivas, peleó a su lado contra el temible Calfucurá en la célebre batalla de San Carlos y la victoria de las fuerzas patrias debieron tributo al valor y pericia de sus indios. Alsina se había recibido del ministerio sin beneficio de inventario, con su haber y con su debe; esa deuda con los indios existía y debía ser saldada.

A pagar bien, entonces, de modo que cuando la civilización llegara por peso natural de la evolución a las futuras fronteras, el colono encontrara que la tribu ya estaba asimilada al suelo, era propietaria de las tierras que ocupaba, sus guerreros estaban bajo la disciplina del ejército y el suelo era cultivado de conformidad con los mismos métodos que podrían traer los nuevos pobladores. Es posible que fuera una visión demasiado idílica; tal vez, pero era la que tenía Alsina.

El tratado con los indios estaba firmado, pero el tiempo pasaba y no se concretaba la salida; Catriel solicitó un permiso especial y lo obtuvo, pero como la tribu seguía sin moverse, Levalle, que tenía muy mala opinión de Juan José Catriel, sospechó que estuviera jugando de mala fe, le avisó al Ministro y sugirió su presencia en la Comandancia.

Alsina, que no era hombre de esquivarle el bulto a las tareas, ni le gustaba permanecer atado al escritorio, para fines de noviembre llegó a Azul y de inmediato inició las conversaciones con los indios.

En el modesto salón donde tenía su despacho Levalle tuvo lugar el encuentro; Adolfo tomó asiento en el medio, a su izquierda lo hizo Catriel y a la derecha Levalle.

Enfrente se ubicaron de pie dos lenguaraces pues los indios (como suelen hacer ahora los empresarios nipones, que comprenden a la perfección inglés pero exigen hacerlo en japonés con traducción simultánea) preferían hablar en su lengua como un modo de afirmar la identidad de su raza, a pesar de manejarse siempre en español.

La conversación se prolongaba y Catriel efectuaba tantas observaciones a cada cuestión que el debate tomó el sentido de una extensa chicana que ponía a prueba la paciencia del ministro, hasta que el cacique pareció llevar el tema a sus orígenes: “cómo era posible que después de tantos años que ellos poseían esos campos donde habían nacido y criado a sus hijos ahora se los despojara de una manera inconsiderada”.

Según el diario El Imparcial de Azul en su número del 10 de abril de 1908, Alsina escuchó el reclamo con impaciencia y dispuesto a poner fin al regateo le contestó que esa resolución era firme e irrevocable, por lo que no tenían nada más que salir.

-Veremos... -dijo Catriel desagradado, mirando de reojo y en forma oblicua por primera vez a Adolfo.

-¡Veremos un carajo, tendrán que salir! -fue la contestación irritada y explosiva del Ministro, que perdió la calma.

Apercibido Catriel que no podía tirar más de la soga, solicitó en español pero con espeso acento indio, un plazo para poder levantar la cosecha, que Alsina, ya recompuesto, no tuvo inconveniente en conceder.

La ceremonia había concluido y Catriel, levantándose con mucho trabajo porque tenía muy inflamada la rodilla por la patada que le había propinado un caballo (otra versión sugiere que tenía un ataque de gota) se dirigió a su parejero para montarlo con ayuda de algunos parientes. Cuenta Ebelot, testigo silencioso y atento, que el cacique antes de partir le dijo con acento pastoso al coronel Levalle: “Desde hoy usted será en adelante mi hermano.”

¿Qué hubiera pasado si los indios hubiesen aceptado de buen grado la proposición de Alsina? Un precepto inexorable de la historia dice que lo único que no puede hacerse es conjeturar acerca del devenir de hechos que no ocurrieron, porque sería como hacer una profecía al revés. Sin embargo, a veces es imposible sustraerse a la tentación de intentarlo.

¿Qué hubiera pasado? Miles de indígenas se habrían convertido en propietarios, sin perjuicio de continuar manteniendo las costumbres tribales; accedido a la cultura y la ciencia de la época moderna, disfrutado de sus beneficios: el telégrafo, los embarques en ferrocarril, las escuelas y la medicina; tomado parte en las filas del ejército, practicado la agricultura y la ganadería, poseído una verdadera ciudad y lo que es más importante: la raza no se hubiera extinguido perdiendo la cohesión de sangre y tradición de la que era depositaria.

La oportunidad visitó sus casas, pero para desgracia de las sucesivas generaciones, el dueño no atendió los repetidos llamados a la puerta y escuchó, en cambio, el atávico llamado del desierto.

Alsina regresó al día siguiente a Buenos Aires, pero Ebelot, que profesaba una sagaz desconfianza hacia Juan José Catriel, dijo que “todo esto era pura comedia y Catriel, esa misma noche, haciendo a un lado su máscara, ha debido reírse [de Alsina y Levalle] con los embajadores del cacique Namuncurá, que estaban en el Azul y de visita entre sus guerreros”.

Dicho sea de paso, estos eran los embajadores que para entretenerse en el viaje, secuestraron una niña en Azul y se la llevaron a los toldos, aprovechando la inmunidad que les daba el rango diplomático que se les había concedido.

Pero más allá de la conmovedora y triste anécdota del secuestro de la niña, lo más

probable es que en efecto todo fuera una farsa y Catriel hubiera disimulado su verdadero plan que era asociarse a Namuncurá, Pincén y Rouqué para tramar los malones de ese fin de año.

No otra cosa sugiere una notita que publicara El Eco de Azul el 21 de octubre de 1875 en la que daba cuenta que se encontraba en ese pueblo un hermano del cacique Namuncurá enviado por aquel para acompañar al Padre Salvaire a las tolderías donde pensaba catequizar a los indígenas.

Mientras tanto, el gran malón se estaba armando como un irrefrenable huracán que comienza a prepararse en la tibieza de la noche, con apenas algunas brisas de aviso.

El día de Navidad se presentó al coronel Levalle el cacique amigo Manuel Peralta, diciéndole que tenía la seguridad de que había llegado un chasque de los señores chilenos para anunciarle a Catriel que al otro día invadirían con 3000 lanzas para proteger su salida. Peralta agregaba que éste había programado reunir toda la indiada ese mismo día.

Levalle atribuyó el informe más a un rencor chismoso de la tribu que a una información cierta, pero por las dudas, como buena lechuza cascoteada, despachó al comandante Nazario Iranzos para visitar la tribu de Catriel y husmear la verdad.

Cuando Iranzos llegó a los toldos se encontró con que Catriel acompañado por un muchachito recién llegaba del campo de Muñoz, a quien había ido a vender una majada.

El cacique se enojó con la sospecha y protestó con energía que todos esos infundios no eran más que falsedades para hacerlo quedar mal con Alsina, por lo que Iranzos, convencido de la sinceridad del indio, regresó a la Comandancia.

Levalle llamó de nuevo a Juanchumillán (cuyo verdadero nombre era Manuel Peralta) y, desconfiado de la sinceridad de sus datos, le comunicó la respuesta de Catriel, pero el cacique, lejos de amilanarse, ratificó la veracidad de su informe. El coronel no era de los que se dejaban tomar por sorpresa, de manera que en la duda ordenó al mayor Jurado que se trasladara a la Blanca Grande “por lo que pudiera suceder”.

Jurado, acompañado por un teniente, un asistente, un cochero y guiado por un bearnés de apellido Collongues se puso en marcha esa misma madrugada, en forma simultánea con una galera que partía en dirección a Bahía Blanca conducida por un tal Ceballos Calderón.

Más o menos una hora después llegaba al Azul a todo galope el asistente de Jurado que había logrado escapar a una emboscada de los indios, dando aviso que todos sus camaradas habían sido apresado por los sublevados.

La noticia cayó como un rayo sobre la población que a esa hora dormía y fue levantada de la cama por las voces de alarma que se difundieron de inmediato. El pánico comenzó a apoderarse de los habitantes, sobre todo al día siguiente, cuando se supo por un chasque que había destacado Levalle, que una indiada muy numerosa tenía casi cercado al pueblo y no existían fuerzas capaces de hacer frente a un número tan elevado de indios, que en ese momento se encontraba parlamentando entre ellos.

Un pelotón de soldados baqueanos que fue despachado en dirección a Olavarría logró pasar el cerco, para advertir en el pueblo de destino que la población estaba aterrorizada por la imposibilidad de resistir el ataque de los indígenas, que por fortuna para sus vidas se limitaron a alzarse con todos los bienes que encontraron disponibles por abandono de sus dueños. Los mismos soldados encontraron en el camino los restos del mayor Jurado y los restantes miembros de la comitiva que habían sido tomados el día anterior.

Quizás haya sido el de fines de 1875 y principios de 1876 el último intento de las tribus del desierto por disputar el terreno a los cristianos y animarse a confrontar a las fuerzas nacionales. Después, las órdenes decisivas del Ministro y la tan vilipendiada zanja pusieron freno a las grandes invasiones hasta convertirlas en imposibles y muy dificultosos los pequeños malones.

Pero en ese momento se estaba en las postrimerías de 1875 y los príncipes del desierto habían armado una notable alianza de la que participaban no solo los huiliches de Namuncurá sino también los ranqueles con las tribus de Pincén, más unas 2500 lanzas chilenas que vinieron en auxilio de sus hermanos. A esas portentosas fuerzas debían sumarse las tribus de Juan José y Marcelino Catriel, Baigorrita y Rouqué.

La invasión cayó como un rayo sobre 25 de Mayo y después asoló Tres Arroyos para seguir su estampida desoladora sobre el resto de la frontera. Por Azul la ráfaga pasó a partir del 25 de diciembre y al día siguiente asaltaron la estancia San Jacinto, propiedad de don Celestino Muñoz, el hombre al cual Juan José Catriel había visitado la víspera con el pretexto de venderle una majadita.

La galera que conducía Calderón hacia Bahía Blanca fue asaltada por los indios, como ha sido dicho, al cruzar el arroyo Nievas y asesinados todos los ocupantes; solo se salvó el bearnés Francisco Cambours que iba a caballo y consiguió tirarse al arroyo para ocultarse entre el barro. Pero al fin llegaron algunas noticias buenas: los catrieleros junto al hijo de Cachul fueron batidos por el coronel Maldonado cerca de Olavarría. Mientras, Levalle partió a la campaña con los Guardias Nacionales; dejó a cargo de la guarnición al comandante Forest y ordenó a Pinedo que saliera a juntar caballada.

La Nación del 1° de año (todavía la conciliación no existía) aprovechó para cargar las tintas contra el Ministro de la Guerra: “No hay armas de ninguna especie.

A la Guardia Nacional se le han improvisado lanzas de media tijera [de esquilas] atadas a una caña... Hasta el momento se han encontrado doce cadáveres. Las gentes se marchan despavoridas...”

El número de lanzas que participó en esta invasión varía según algunos autores; Walther afirma que eran 3500; Sieben eleva el número a 5000. De lo que no caben dudas es del territorio que fue asolado por los malones: Olavarría, Tandil, Azul, Tapalqué, Tres Arroyos, Juárez, Alvear; alrededor de 300 leguas cuadradas; más de 300 pobladores muertos y alrededor de 500 cautivos.

El ganado robado en el raid oscila según las fuentes entre 200.000 y 300.000 cabezas; a ciencia cierta no se sabrá nunca la cantidad que espolearon en dirección a las aguas saladas de Carhué, en cuyas lagunas las tropillas eran internadas para desentumecerles las tabas, previo a intentar el arreo hacia Chile, cuyo mercado era el destino final, como ya hemos tenido ocasión de referir.

El golpe de mano de los indios tomó por sorpresa a Alsina: “No había ejemplo de una invasión tan numerosa, a lo que se agregaba la circunstancia especial y completamente nueva de una tribu sometida que se subleva en el momento más inesperado, doce leguas a retaguardia de la línea de defensa y a cuatro de un pueblo importante [Azul], vigorosamente auxiliado por todos los bárbaros de la Pampa”.

Es evidente que el Ministro había tomado la simulación de Catriel como una traición no imaginada, menos si se considera que era el soberano de una raza arrasada por los mapuches que siempre fueron y se consideraron enemigos.

Acto seguido se planteó Adolfo la causa de la sublevación y aunque su reflexión fue misteriosa, no dejó de deslizarse una sugerencia política que no ha sido probada: “intereses bastardos pugnaban para que la indiada se conservase donde estaba [en Azul] y además Namuncurá, a fines de diciembre, sabía ya que la expedición se preparaba”.

Pero ¿quién se beneficiaba si Catriel permanecía en Azul? Desde ya que no sería la tribu; los intereses “bastardos” quedaron sin reconocer y más de un siglo después su identificación pertenece a la imaginación de cada intérprete. Quizá con la misma inconsistencia con que se levantaron voces para proclamar que Cipriano Catriel había sido asesinado por orden de los alsinistas, ahora se elevaban para insidiar que la mano de los mitristas estaba detrás de la gran invasión, o por lo menos para intrigar a los indios contra el traslado, tratando por lo menos de poner unas piedras en el camino de Alsina.

Los datos correspondientes a Azul han sido proporcionados por un autor admirado por su trayectoria, muy vinculado al desierto. Con seguridad los obtuvo por confidencias que le hizo el entonces comandante Leyría, subordinado de Levalle, quien le obsequió un caballo criollo enjaezado con prendas de plata; a este regalo se debe que Estanislao Zeballos -no otro es el respetado autor a quien se alude- hubiera escrito páginas hermosas describiendo con prolijidad el recado en líneas que dedicó a Leyría.

Dice con severidad Zeballos en su libro "Callvucurá": "El Azul, rodeado hasta las chacras como aconteció en 1855 [oportunidad en que fueran dispersadas las fuerzas que comandaban Bartolomé y Emilio Mitre], su campaña saqueada, las fuerzas de línea divididas y aisladas, en la impotencia... Y los bárbaros esparcidos sobre una zona de millares de leguas, ricas en ganados y poblaciones cristianas, desde Tapalquén a Bahía Blanca, retirándose con un botín colosal de 300.000 animales y 500 cautivos, después de matar 300 vecinos y quemar 40 casas ¡Tal era el cuadro a que asistía con horror la Nación entera".

Las palabras de Zeballos trasuntan el sentir general del país, que Alsina se sentía en el deber de interpretar desde el Ministerio que ocupaba. La situación creada por los malones ya de por sí era crítica; pero ahora esta gran invasión superaba todo lo imaginado y tolerable. Para un ministro que quería poner fin a las querellas que ocasionaba el desierto y preservar el indio en cuanto fuera posible, este malón inmenso no hizo más que exigirlo y obligarlo a apelar a las armas con más apuro que tiempo.

A pesar del factor sorpresa y el número desproporcionado, el ejército no se quedó de brazos cruzados pensando en salvar el pellejo. Hubo combates en las inmediaciones del Fortín Aldecoa el 30 de diciembre y el 31 se peleó en la Laguna La Bandurria.

Los soldados siguieron sin dar tregua a los indios: el 1° de enero alcanzaron a un grupo de guerreros en Sauce Corto y lo batieron.

Poco después empezó el inventario de daños, los que fueron cuantiosos: Olavarría, saqueada; al este, los fortines Barrancosa, El Perdido y el que comandaba Miñana, arrasados. El partido de Juárez, destruido en su totalidad; a la estancia San Ramón, de los Anchorena, la vaciaron por completo y se llevaron toda la hacienda y los cautivos que no alcanzaron o les interesó degollar.

En el establecimiento La Amistad, de los Alvarado, al sur de Chillar, masacraron a todos los que vivían en él y se robaron la totalidad de las existencias -en especial vacunos- haciendo un solo prisionero, un peón de apellido Córdoba que se les escapó por Blanca Grande, aprovechando el revuelo que causó el coronel Wintter cuando los cargó.

En realidad estas fugas eran contadas con los dedos de la mano, porque el indio trataba de despreocuparse del cautivo, despalmándolo para que no intentara huir; la operación consistía en cuerearle la planta de los pies para impedirle caminar con la carne viva. Esto ocurría en general con las mujeres y el relato de alguna desdichada que había sido rescatada -las pocas que se animaban a hablar, ya que la mayoría se sentía tan humillada y sumida en un absurdo complejo de culpa que quedaba muerta en vida- era en verdad estremecedor.

Por Tapalqué la destrucción abarcó toda la campaña, inclusive los ranchos de las afueras del pueblo; la estancia de un bearnés de apellido Marmisolle fue arrasada y algunos de los que allí vivían salvaron la vida guareciéndose en la iglesia junto a otros pobladores. En Tandil los saqueos llegaron a cuatro leguas del poblado, cautivando y degollando familias enteras.

Las penurias por las que debió atravesar la familia del pobre comandante Jurado no se limitaron al sacrificio del infortunado militar. Su joven y hermosa esposa, hija de un estanciero de Tapalqué, que sólo tenía 17 años, fue cautivada por el malón y arrastrada a sus aduares para servir la lujuria de algún cacique.

La imagen despavorida de chacareros y peones, llegando a los poblados jadeantes y con el caballo echando espuma, al grito desesperado de “¡los indios! ¡los indios!” circuló durante muchos años por la pampa como un alarido que testimoniaba aquellos momentos de terror que se vivieron.

Después del malón arreciaron los reclamos de venganza de las víctimas y un justo y sordo rencor corrió entre los pobladores y comandantes militares. Pero el drama no le hizo perder la frialdad a Alsina, quien reaccionó con la serenidad que se espera del estadista, sin indignación ni resentimientos que le hicieran torcer el rumbo.

Puso en claro que en realidad no todos los indios participaron de la invasión.

Muchos de ellos permanecieron en el potrero de Nievas; a la inversa, algunas lanzas desobedecieron a sus caciques y se plegaron al malón, como le ocurrió a Manuel Peralta, que debió ir con la familia a la Comandancia a pedir refugio porque había sido abandonado por sus guerreros.

Objetivo, Alsina envió un despacho oportuno al Juez de Paz de Azul: “Los indios que se encuentran allí, pertenecientes a Catriel son: o sublevados rezagados, que todavía no pudieron incorporarse a la indiada o por el contrario, individuos que no quisieron entrar en la sublevación. Averiguados bien los hechos considero que debe Ud. entregar los primeros a la autoridad militar y en cuanto a los segundos debe recogerlos y conservarlos en

seguridad, dando cuenta, pues dado el estado de justa irritación en que la gente se encuentra, esta medida es conveniente para ellos, sobre todo”.

Una vez más la traición de Catriel lo amargaba, pero la tribu, los originarios tehuelches, nativos de la pampa argentina, debían ser protegidos, respondiendo a un acto de justicia... y también de simpatía.

Zorro viejo, Adolfo no dejó de percibir el aire de codicia que empezaron a respirar los aprovechadores de siempre, que fueron a verlo para que se les entregaran en compensación las tierras que tenían los indios alzados. “Esto que piden equivale a convalidar un saqueo y convertir los campos en botín de guerra”, pensó. Ordenó de inmediato que ninguna propiedad resultara desplazada a favor de sujeto alguno, ya que “es a la autoridad civil a quien corresponde adoptar las medidas a fin de que las mismas permanezcan seguras bajo su custodia y se inventaríen con intervención de una comisión de vecinos respetables, pues las haciendas y demás objetos de la tribu sublevada deben responder a los robos y perjuicios ocasionados por ellas a los particulares”.

Como era de esperar, Alsina ordenó en seguida que las fuerzas militares se desplegaran en persecución de la indiada y Levalle, Maldonado, Freyre, Wintter entre otros, fueron detrás de la rastrillada acosando a las columnas depredadoras hasta darles alcance. Ya antes de recibir la orden del Ministro de la Guerra, las tropas habían salido en persecución de los malones, casi como un acto reflejo de cumplimiento del deber.

Wintter -que tuvo una actuación memorable- alcanzó con todas sus fuerzas a las lanzas de Catriel y Namuncurá que habían hecho un alto en el paraje denominado “La Tigra”, al sur del partido de Olavarría. Los indios se había detenido en el campo de don Joaquín Pourtalé para reunir el grueso de la hacienda robada y en esa tarea estaban cuando Wintter, reventando caballos, les dio alcance. Se peleó con toda furia en un combate terrible, en el que los indios fueron vencidos y tuvieron que abandonar numerosos vacunos, yeguarizos y lanares para poder salvar la vida de la mayoría de los guerreros. Los soldados continuaron la persecución durante veinte leguas, hasta el paso del llamado arroyo Sauce, pero recibieron orden de detenerse porque los caballos estaban exhaustos, habían comenzado a perderse algunos hombres rezagados por falta de monta y si los indios, con caballos más frescos, hubieran decidido hacerles frente los habrían aniquilado.

Las órdenes de Adolfo ratificaron las medidas adoptadas en forma instintiva por los comandantes y los acicateó para continuar sin vacilaciones la empresa.

Levalle cargó sobre sus hombros la responsabilidad de coordinar el contraataque y lo hizo con la parsimonia que lo hiciera célebre (“es un hombre calmoso pero derecho viejo”,

diría de él años después Fotheringham en una carta a Pellegrini), preparatoria de sus célebres cargas cerradas.

El 18 de marzo de 1876, los bomberos de Levalle le avisaron que en las inmediaciones de un paraje que por entonces se conocía con el nombre de La Gama (en lo que es hoy el partido de General Lamadrid) se encontraba estacionado el mismo Namuncurá, auxiliado por Juan José Catriel. Sin dudar un momento y a pesar del ínfimo número de soldados que lo acompañaban, Levalle resolvió atropellar a los salvajes sin esperar el auxilio de los otros comandantes a los que había dado aviso de su decisión.

La resolución derivó en un éxito rotundo, porque los indios, viendo la superioridad numérica de sus fuerzas, que era inmensa (Sieben señala que era de diez a uno), aceptaron el reto sin vacilar y de pronto se encontraron abrumados por la llegada de Wintter, Maldonado, Villegas y Freyre, que habían acudido en apoyo de Levalle.

El número de indios era todavía muy superior, pero los refuerzos, al mismo tiempo que renovaron el ímpetu de los soldados comprometidos en el combate, hicieron amainar el de los pampas, que ya no podían evitar la lucha. Sobre todo, a partir de este combate, que se conoció con el nombre de Laguna de Paragüil, los indios supieron que debían vérselas con un enemigo difícil de vencer, dotado de un gran poder combativo y colosal cohesión profesional: ese ejército iría tomando las riendas de la cuestión fronteras.

Es cierto que ya había existido una clara demostración del poder de la ciencia al servicio de las técnicas de combate. Namuncurá y Catriel volvían sobre Olavarría para atacarla de nuevo, pero no contaron con el aporte que haría “el hilo” (así solía definirse por entonces al telégrafo). Desde el Fuerte General Lavalle avisaron de la marcha de los indios, lo que permitió a los pobladores y militares organizar la defensa y otras acciones punitivas y comunicar la medida a los distintos cuerpos asistidos también por “el hilo”.

Paragüil marcó, para Walther, el principio del ocaso del imperio pampa y según Sieben “la tumba del dominio indígena en la parte austral de América”.

La alegría de Levalle fue inocultable. Así lo demuestra el parte que dirigió después del combate a Alsina (en realidad tuvo ocasión de decírselo también en forma personal, porque el ministro, impaciente e inquieto, había viajado hacia el Fuerte General Lavalle, donde en persona lo encontró el coronel): “Estimado señor ministro y amigo”, le dijo con afecto no disimulado. Sin embargo, Levalle se lamentaba de no haber podido organizar mejor la persecución de la indiada después de la batalla porque los indios, en su derrota, se habían dividido en dos grupos: uno que salía entre Libertad y Lamadrid y otro que lo hacía entre Aldecoa y Defensa.

Levalle explicó a Alsina por qué atacó a los indios en condiciones tan desfavorables, con caballos y hombres exhaustos: habían sido descubiertos y demorar la embestida les hubiera permitido a los pampas retirarse al amparo de la noche cerrada con todo el arreo robado.

El día siguiente amaneció con neblinas cerradas que impedían la vista más de cien metros; Levalle destacó varias comisiones de los tres regimientos de caballería con que contaba pero hasta el momento de dirigir el parte a Alsina no tenía informes definitivos, aunque se mostraba preocupado. El choque había sido contra mil quinientos indios de pelea y algunos bomberos le hacían saber que se avistaban con frecuencia grupos de indios que erraban por detrás de las líneas oficiales, con seguridad tratando de recuperar algo de las tropillas y majadas perdidas que el ejército había dejado en libertad para que volvieran a la querencia siguiendo su solo instinto.

Desde el punto de vista militar, la irrupción del Rémington constituyó una ventaja apreciable para las fuerzas de línea, porque después del disparo el soldado podía disponer de un siguiente tiro sin la pérdida valiosa de minutos que insumía el arma anterior para volver a cargar la munición.

De las guerras de posiciones estáticas salieron expresiones y costumbres que se incorporaron a los hábitos y dichos populares. La lucha de trincheras entre los soldados moros y españoles implantó la costumbre de no prender un cigarrillo más de dos personas, porque si se extendía a tres “traía mala suerte”. La desgracia no ocurría por obra de fuerzas ocultas; en realidad el moro era buen tirador y cuando se encendía un fósforo en la trinchera española levantaba el fusil, apuntaba e insumía ese tiempo para hacer blanco contra el tercer soldado que prendía el cigarro.

En forma similar, el indio escuchaba el disparo en el arma de fulminante, veía de donde provenía el humo y calculaba el tiempo que al milico le llevaría volver a cargar, para caerle encima en ese ínterin empleando la chuzo y obligando al militar a reemplazar el fusil por el sable. “El indio se viene al humo” solía decir el fortinero y el dicho se hizo extensivo para todos los casos en que uno de los contrincantes se abalanzaba sobre el otro con ciega determinación. A partir del rémington ya no existió “el humo” para orientar al indio en la pelea con el soldado.

A pesar de la oportuna provisión de rifles con que contaban las fuerzas nacionales, el parte de Levalle es ilustrativo para demostrar hasta que punto los renegados y mercenarios de la frontera comerciaban con el indio a expensas de su propia raza. En un agregado que realiza al final del parte le informa a Adolfo algo que éste esperaba: el escarmiento a los indios de Catriel, que recibieron en forma, no obstante haberse batido

con bravura y “haciendo fuego con muchas carabinas Remington y revólver; el caballo del coronel Plácido López recibió en la cabeza un balazo de Remington”.

Estando al relato elocuente de Zeballos, derrotados los indios, la llegada heroica de Levalle y sus hombres al Fuerte Lavalle no pudo haber sido más penosa. Lo hicieron a pie, con los recados al hombro, ante la vista conmovida del ministro Alsina, que los esperaba padeciendo indecibles aflicciones por el desaliento que le provocaba el no poder dotar a sus hombres del arma principal en el desierto: el caballo.

Con todo, el parlamento que tuvieron el jefe político y sus soldados en forma inmediata no tiene desperdicio. Alsina, triste y vacilante como no se lo veía nunca, expuso en el Fuerte Lavalle con honda pena la impotencia a que se sentía reducido por falta de recursos suficientes. Levalle escuchó en silencio pero habló en nombre de los camaradas que lo acompañaban:

“Señor Ministro: pienso que debemos marchar y morir si es preciso con las monturas al hombro, en cumplimiento del deber que hemos aceptado. Pienso también que es este el momento en que, los que somos patriotas y amigos de usted, demos una prueba de ello, acompañándolo con firmeza a buscar la victoria”.

Alsina quedó conmovido y deslumbrado por el respaldo y con emoción se levantó en forma precipitada del asiento para estrechar en un abrazo al soldado: “¡Iremos a Carhué!” gritó con fuerza sacudiendo el brazo con el puño cerrado y el reto fue contestado con festejado vigor por todos los oficiales presentes.

La reunión renovó el entusiasmo de Adolfo; volvió a Azul y consiguió por cuenta del gobierno cuatro mil quinientos caballos de buena calidad, vituallas para cuatro meses y elementos de labranza y semillas; útiles de zapa, bombas de agua y otros elementos necesarios para el trabajo rural. Un Levalle alegre recibió la noticia desde Fuerte Lavalle de esos logros promisorios.

Adolfo tuvo ocasión de referirle al Congreso, como se ha dicho, que la campaña era contra el desierto y no “contra el indio para destruirlo”. Había agregado que era posible que en algunas ocasiones fuera necesario emplear la fuerza, cuando la persuasión no diera frutos y el momento parecía haber llegado.

El plan de extender la frontera más hacia el sur y el oeste, con vistas a llegar hasta el río Colorado debía ser puesto en práctica y según se puede leer en La Tribuna del 21 de enero de 1876 (recordemos que ese era un diario oficialista) para marzo se pondría en marcha la campaña destinada a trasladar los límites hasta Carhué y Guaminí, la zona predilecta del indio, donde acostumbraba a hacer invernar las caballadas.

A diferencia de otros intentos que habían fallado al internarse las tropas por territorios desconocidos en los que faltaba agua y buenas pasturas, en esta ocasión el ejército no estaba improvisando. Pocos años antes la fuerza había destacado al coronel Czetzy, uno de los ingenieros de más renombre en el ejército, para recorrer el territorio indio y levantar planos del terreno lo más precisos posible. La posesión de esas cartas topográficas -de cuya eficiencia y certeza Roca descreía- permitió sin embargo al coronel Levalle llevar a cabo el cumplimiento de la orden de Alsina y penetrar con el ejército hasta los toldos mismos de los araucanos en el sagrario de Carhué.

Ya antes de ese momento Calfucurá, siempre despierto para anticiparse al enemigo, intuyó que esos relevamientos serían la ruina de su gente y despachó varias comisiones de indios para hostilizar el trabajo, al mismo tiempo que planteó quejas formales ante las autoridades argentinas, aduciendo que ese gesto implicaba una intromisión en la tierra donde él era soberano. Las protestas de Calfucurá son elocuentes para medir la gravedad del problema indio y hasta qué punto se intentaba cuestionar la soberanía nacional; sus escribientes dirigían notas a las autoridades argentinas de igual a igual.

Mientras en la frontera todavía salía humo de los saqueos, en Buenos Aires los rencores políticos hacían sentir sus deseos de aprovechar la desgracia para situarse mejor en la controversia de los partidos. El mitrismo veía en la invasión una oportunidad de cargar las tintas contra los autonomistas y hacer responsable al mismo Adolfo de las desgracias de las poblaciones. La Nación (12 de enero de 1876) no perdió la oportunidad de tomar en son de burla la promesa del Ministro de la Guerra de marchar sobre el desierto en marzo: “Todo esto no pasa de ser una gran farsa. Alsina no ha pensado ni piensa en semejante expedición y cuando alguien le habla de ella se limita a contestar como los zorros de la fábula: están verdes”.

Pero el mitrismo se equivocaba, o por lo menos batía el parche sobre un tema del que sería desmentido por los hechos. Ya Alsina se había ocupado de mejorar la provisión del ejército, el equipamiento y la caballada. Los cuadros de oficiales estaban formados con un criterio profesional, habían cesado las levas, la vestimenta se entregaba con regularidad y los uniformes demostraban la coherencia con que habían sido diseñados.

En pocas palabras: cuando se produjo la invasión india, el ejército ya estaba próximo a operar en condiciones de eficacia y los hilos del telégrafo anticipaban la regularidad de las noticias y la celeridad de las órdenes. Y el error político del mitrismo aumentaba porque el Ministro Alsina no era hombre de permanecer sentado detrás del escritorio dejando que el trabajo de campo lo hicieran sus subordinados: él mismo encabezó la expedición cuya puesta en marcha era tildada de imposible por sus adversarios.

Pero la consideración de proyectos trascendentales no le hacía apartar de la cabeza a Alsina el resentimiento hacia Catriel, cuya conducta le parecía una felonía después de los beneficios que le ofrecía a su tribu. En muchas de las órdenes que impartía estaba latente el deseo de propinar un escarmiento al traidor y esa obsesión duraría toda la vida del ministro.

Aún los jefes que no participaban en el “Plan Alsina” estaban informados de los pormenores del mismo. Adolfo dirigió una carta sugestiva a Roca, estacionado en su guarnición del sur de Córdoba: “Mi pensamiento es, en la provincia de Buenos Aires, avanzar por la extrema sur hasta Carhué; por el sur hasta la Laguna del Monte [hoy Guaminí] y por el oeste hasta Las Tunas [La Pampa], puntos que se encuentran en el mismo meridiano y el cual, prolongado, va a tocar la frontera del Río IV.

La Frontera Norte de Buenos Aires podría avanzar y ponerse en línea con las otras, apoyando su izquierda en Las Tunas y su derecha en Río V... el resultado inmediato es reducir a 110 leguas una línea que es hoy de 160”.

Roca respondió con palabras escurridizas el 1° de diciembre de 1875: “... indudablemente, realizados estos proyectos se habrá ganado al desierto una gran extensión de territorio y acortado la línea de defensa”. Pero evita comprometer un juicio profesional: “... son preguntas que me hago y a las que no me atrevo a responder de una manera decisiva, no conociendo prácticamente esas fronteras y apenas los puntos indicados por las cartas imperfectas que tenemos...”

Pero el Ministro no perdió el sueño por las dudas del subordinado, aunque fuera uno de los oficiales más distinguidos del ejército. “Este proyecto es el primer paso dado a fin de ocupar la línea del Río Negro”, informó a los jefes, al mismo tiempo que sonreía con satisfacción al leer el informe que le había llegado a sus manos: el tendido de los hilos telegráficos llegaba a los 771 kilómetros.

El plan que tenía y contaba con la aprobación y respaldo de Avellaneda no habría de sufrir alteraciones por la invasión de los indios ni por el desdén de Roca.

Ya al asumir el Ministerio había encomendado a Enrique Sánchez que buscara en todas las librerías de Buenos Aires textos que ilustraran sobre la pampa, sus senderos, el régimen de las lluvias y además las nociones que sobre fortificaciones existían en el mundo (prueba esta última de que ya anidaba en su cabeza la idea de hacer construir una línea defensiva en la frontera).

Hombre práctico, Alsina comprendió la insuficiencia de toda la documentación existente y quizá por esto recurrió a los topógrafos del ejército para que proveyeran datos

confiables y actualizados. Roca, escéptico respecto de las demarcaciones existentes, debía suponer de manera equivocada que el conductor político del Ministerio se manejaba con esos datos disponibles, a juzgar por su persistente desconfianza hacia las cartas geográficas con que se contaba.

Pero sobre la base de esos escasos elementos científicos Alsina pudo resumir las conclusiones a que había arribado. Sigue Sánchez:

1°) No le quedaron dudas de la necesidad de ocupar Carhué, la Laguna del Monte (hoy Guaminí), Trenque Lauquen e Italó, quedando dudas sobre la conveniencia de instalarse también en Puán.

2°) Comprobó también que a medida que se salía de la segunda línea la costa forma una curva entrante, lo que establecía que avanzando la línea se acortaba la distancia que debía ser defendida.

Cuando Adolfo estuvo en condiciones de decidirse sobre los puntos anteriores que nos acerca su biógrafo y amigo, una sola conclusión salta a la vista: Carhué. Esta era la llave del desierto, la perla del poder indígena, la clave del dominio sobre la frontera y la inmensidad de la Pampa. Si se tomaba posesión de Carhué el imperio araucano cesaría, desaparecería la amenaza constante de las invasiones y terminarían los grandes robos de ganado con destino a Chile. Si el finado Calfucurá hubiera podido penetrar desde el más allá los designios de Alsina, sus huesos enterrados mirando a Chile se habrían estremecido.

El legado a sus hijos y la manda testamentaria, estaban a punto de sucumbir: “nunca dejen que el cristiano se apodere de Carhué”, le había hecho jurar a Namuncurá.

El pago, en lengua mapuche significaba con exactitud lo que ese Ministro, corpulento y barbudo, al que le gustaba cabalgar al frente de sus tropas y no le hacía asco el peligro, había adivinado: carahué, “lugar estratégico”.

Con prolija determinación, Alsina planificó los pasos siguientes. La División Sur de Santa Fe, que mandaba el coronel Nelson, debía dirigirse a Italó; la División Norte, al mando del coronel Villegas, hacia Trenquelauquen; a la División Oeste, que respondía al teniente coronel Freyre, le ordenó enderezar a la Laguna del Monte; la División Costa Sur, mandada por el coronel Maldonado debía ir a Puán y por último la frutilla del postre: el coronel Levalle, a la cabeza de la División Sur, tenía reservado el objetivo central del plan: Carhué. El mismo Ministro se agregaba a esta columna, de todas la expuesta en mayor medida, ya que debía conquistar las aguadas más defendidas por el indio.

Tanto como para certificar la importancia del objetivo, esta división estaba dotada de importantes piezas de artillería a las órdenes de un teniente Parkison y la componían

veteranos del desierto, además de un grupo de indios amigos de Rojas.

En total, además de Alsina y Levalle, 11 jefes, 84 oficiales, 60 indios leales y más de mil hombres de tropa, entre suboficiales y soldados.

Alsina en persona, junto a Levalle, había supervisado en forma minuciosa hasta el último detalle. “Nada de sorpresas como otras veces”, era la consigna tácita entre todos los hombres. El desierto, que tantas veces se había tragado divisiones enteras bien equipadas y armadas, continuaba siendo el territorio misterioso e inexplorado que devoraba soldados y caballos.

El armamento era bueno y la moral de la tropa levantada, sobre todo después de los recientes entreveros en que pudieron batir al indígena con claridad.

Se había dado especial atención al aspecto sanitario; las vituallas y el ropero del soldado recibieron especial consideración, porque se sabía que el frío intenso del desierto (a veces descendía a menos de 12° bajo cero) y el sol abrasador en otras épocas del año eran causa de muerte más frecuente que las mismas chuzas.

La Revista Médico-Quirúrgica, un órgano de respetable opinión, solía quejarse de la falta de médicos en los cuerpos militares, así como de la carencia de medicamentos.

Alsina conocía esta falencia, pero las eternas estrecheces presupuestarias solo permitían disponer de cinco o seis médicos matriculados, por supuesto con muy mala paga. Se reemplazaba esa ausencia con estudiantes de medicina (pretendidamente aventajados) o con profesionales extranjeros, muchos de ellos provistos de un diploma inexistente cuyo otorgamiento quedaba librado a la buena fe del presunto médico, que por lo general había huido de su país de origen para escapar a la justicia.

Dentro de las limitaciones que existían, las Divisiones del desierto estaban dotadas de un médico y algunos enfermeros y una magra provisión de medicinas.

Roca en ese sentido tuvo una mejor cobertura en el presupuesto e hizo construir en el Parque de Artillería dos imponentes vagones con capacidad para transportar ocho camillas cada uno y desplegar carpas hospitalarias con capacidad para cuarenta personas. Fabricaron también camillas provistas de ruedas, que podían trasladar con menor esfuerzo a un herido hasta el hospital de campaña.

Antonio Alberto Guerrino, en su documentada obra “La Medicina en la Conquista del Desierto” arrima una reflexión del general Racedo: “El calor, el hambre, el frío, el insomnio, todo, todo es necesario resignarse a soportar cuando se quiere conseguir un triunfo sobre los salvajes”.

Es verdad que a las afecciones típicas del desierto -disentería, gastroenterocolitis, infecciones intestinales, stress, epidemias, accidentes- se debían agregar las venéreas, consecuencia de la promiscua relación que existía con las prostitutas, cuya presencia en los fortines se aceptaba. Pero en el balance se colocaba este riesgo y se asumía, de mucha menor envergadura que las heladas que caían sobre los cuerpos apenas cubiertos de los centinelas.

En ese tiempo la palabra inglesa stress no se utilizaba, sino la más común de perturbaciones nerviosas las que, entre otros efectos, conducían al hombre a encanecer de manera prematura (como le ocurrió a Levalle). Una carreta con medicinas -las más elementales, se entiende- acompañaba la columna y esa previsión fue todo un adelanto respecto de marchas anteriores.

Lo que no podía evitarse -y esa desgracia abarcaba desde el ministro al soldado más humilde- era la ingesta de aguas en mal estado o nocivas por su salitrosidad o amargura, alteraciones que se combatían con aderezos camperos, tan reñidos con la ciencia como con el paladar.

De cualquier manera nada quedaba librado al azar. Alsina no escapaba a la sentencia de Avellaneda: “Su destino está en la frontera; el hombre y la tarea se han encontrado”. Y nadie podría disputarle la presidencia de la Nación si culminaba la conquista del desierto, sobre todo de acuerdo a sus métodos y procedimientos, entre los cuales tenía prioridad arrebatar al salvaje los reservorios de agua para obligarlo a aceptar la civilización o marcharse de la pampa. Poco a poco, respetando la vida y las costumbres del bárbaro; asimilándolo, cubriendo los avances con la población y el trabajo de la tierra, como siempre había proclamado. Hacia el lejano sur se marcharía más adelante.

La palabra “sorpresa” había sido borrada del léxico de esa División; durante toda la marcha se debían destacar descubiertas en los 360 grados, con orden de reportar novedades de inmediato. En todo momento habría comunicaciones entre las columnas y las descubiertas mediante cohetes y señales luminosas, cuando no alcanzaran los trompas y los chasquis.

A las dos y media de la tarde del 13 de abril llegó el Ministro desde Azul, en una calesa descubierta. Calzaba botas gruesas, una bombacha de lanilla y por encima del paletó un viejo poncho de vicuña con huellas visibles de abundante uso y abuso.

Completaba la indumentaria una galera más vieja aún que el poncho, aunque bajo el brazo apretaba una gorra militar con la escarapela patria, que la sastrería del ejército le había entregado con otros distintivos del mando de que estaba investido.

Fue rodeado de inmediato por los jefes y Levalle le impuso de las últimas novedades, las providencias que había adoptado y el plan de marcha.

El Ministro estaba radiante como un escolar. Volvía a instalarse con las tropas, como en su juventud; a olfatear la pólvora de la munición transportada y la orina de los caballos, que formaba pequeños charcos de los que subía una tenue nube de calor; el estiércol humeante y sobre todo el olor del miedo, que suele sentirse antes de que comiencen las empresas militares. Miró a su alrededor, tal vez queriendo devorar las imágenes. Lo hacía feliz ver los potros bichocos y los corceles reservados; los indios amigos, silenciosos y distantes; y sobre todo la tropa, con los chinos cuyos cachetes ya estaban coloreados por la proximidad de la acción.

¿Cuántas veces había soñado con este día? ¡La marcha hacia lo desconocido, para vencer el desierto, misterioso y traidor! ¿Cuántos años hacía que no conocía el descanso?

Las guerras con la Confederación, la lucha por la autonomía de Buenos Aires, la gobernación de la Provincia, la vicepresidencia, el ministerio de la guerra...

¡Tantas cosas postergadas o desechadas para siempre!

No había podido formar una familia... ¿y a quién, que no fuera él, le importaba?

Esos inviernos interminables, regresando solo a casa sin más calor que el de las estufas que encienden los sirvientes, solícitos pero extraños. ¿Qué sería de la paica Sofía? A pesar que Buenos Aires era un poblado todavía pequeño no había vuelto a saber de ella; discreta y seguidora, noble y leal, le hubiera gustado ayudarla, porque lo merecía; por gaucha y por derecha.

De pronto se sintió cansado. Pero no habría de aflojar, ahora que estaba en el final del camino y a punto de probar la exactitud de sus teorías.

Si todo marchaba bien -no tendría por qué no ser así, siempre lo había ayudado Dios, como en Cepeda, donde era más fácil morir que vivir- dentro de unos días estarían en las aguadas de Carhué, donde nunca habían podido entrar vencedores los soldados. ¡Lindo desafío! Valía la pena el intento y los sacrificios para lograrlo.

El estallido de una voz lo sacó de sus cavilaciones. Era Levalle que estaba dando órdenes a la división para preparar la marcha. Como al descuido, miró el tres tapas que llevaba amarrado con una cadena de oro al cinturón y guardado en el bolsillo delantero del pantalón: eran las cinco de la tarde del 13 de abril de 1876.

Al día siguiente, 14 de abril, con posterioridad al toque de diana se mateó ligero y a las ocho y media de la mañana, después de una arenga de Levalle la División se puso en

movimiento con el coronel y él mismo a la cabeza. Había amanecido la jornada con una helada tempranera, tanto como para avisar que el calor se había ido y se preparaba un invierno crudo; y como para preparar el ánimo, en el horizonte se vislumbraban esos vahos que anticipan una nueva escarcha.

Momento histórico e inolvidable, porque comenzaba la marcha hacia el desierto y dejaban la frontera a sus espaldas. El fuerte General Lavalle, el último mojón de la civilización iba quedando atrás, cada vez más chico, oculto a veces por alguna loma del campo, parecía despedir a esos hombres que se internaban en la soledad desconocida. Algún chino querendón echaba como al descuido una mirada atrás, pensando en la moza que había dejado en el cuartel, quizás pronto requerida por otro varón mientras él tenía que vérselas con la indiada a sable limpio.

Soldado minucioso, Levalle había dictado la víspera una orden general, a cuyo tenor debían ajustarse todos los jefes y soldados. Nada de improvisaciones ni la frase tan común de “Dios es criollo”, para dejar librado al azar y la buena fortuna las cosas que podían prevenirse. Cada jefe era responsable de que sus hombres (y él mismo) fueran montados en los peores caballos de que pudiera disponer la División.

Los mejores pingos, debían ser llevados de tiro y sólo ensillados cuando estuviera próxima la acción. Diestros en las artes del campo, ningún hombre se tardaría en cambiar el recado para ponerlo sobre el lomo de un animal aguerrido. Prohibición expresa de llevarlo ensillado durante la marcha: el animal tenía que estar lo más descansado posible para cuando llegara el momento de la pelea.

Les ordenaba a los jefes que bajo ninguna circunstancia permitieran que se apartara de la formación o se retrasara algún hombre o un carguero y si por alguna circunstancia especial ocurría un accidente que afectara a los carros o los bagajes, debía reportarlo de inmediato a la superioridad para que ésta le brindara auxilio inmediato. La verticalidad del mando no iba a ser letra muerta; nada de pensar con cabeza propia e inventar supuestas proezas. Para resolver estaban los jefes.

Nada de tolerancia con las deserciones o robos. Un párrafo especial dedicaba a la caballada que era llevada como arreo y que por expresa indicación suya debía flanquear a cada cuerpo; tratarla con más delicadeza que a una novia era la consigna.

El resto del arreo, es decir los vacunos para carnear y los caballos de repuesto debían ser conducidos a retaguardia de la División, situados entre esta y la fuerza que cerraba la formación.

Como soldado astuto que era se cuidó muy bien de informar al Ministro las directivas

que había impartido respecto a la protección de su persona; concedor del hombre y de su carácter no quiso ser desautorizado. En forma discreta había dispuesto una formación especial que actuara como custodia personal de Alsina; eran treinta infantes veteranos y de absoluta confianza, capaces de dar la vida para cumplir una orden. Pero como buen caballero, formado en la rígida disciplina social que había recibido desde cadete, Levalle no omitió el protocolo, ni siquiera cuando cabalgaban por el desierto: “Pasando frente a ellos S.E. el Señor Ministro, los guardias deberán presentar las armas y batir marcha regular”.

A las once de la mañana la División se estacionó en el paraje “La Chinchilla” (donde hoy existe una estancia que lleva ese nombre) y armó campamento para carnear y comer. Habían andado cinco leguas y encontraron buena agua de manantial, leña abundante y pasto para los animales, por lo cual, después de un cambio de ideas se resolvió pernoctar hasta la diana del día siguiente.

Antes de salir el sol, toda la división se encontraba empeñada en vadear el río Salado, operación que originó demoras por las dificultades que tuvieron las carretas para pasarlo. Para mayor desgracia, la caballada del 5° se espantó y en su desbande arrastró la que pertenecía a Alsina, emprendiendo una gran carrera hacia las sierras de Curumalán. Recuperarla insumió un tiempo precioso, distracción de gente que debió destacarse para ese fin y la incertidumbre sobre el resultado, aún cuando se confiaba en la pericia de los soldados que galoparon para encontrarla y traerla.

De cualquier manera se perdieron más de doscientos animales, lo cual estaba dentro de lo previsto, pero no era de buen augurio que ocurriera tan pronto. El día fue perdido y a las seis de la tarde se acampó a orillas de una laguna de agua dulce, con base de tosca; “este presagio es bueno; esperemos que la racha cambie”, pensó Alsina.

La marcha continuó sin novedades los siguientes días, salvo un parte del coronel Maldonado informando que su vanguardia había tenido un encuentro con un grupo de indios a los que consiguió arrebatarles el arreo, sin poder impedir, sin embargo, que todos sus movimientos fueran avistados desde lo alto de los médanos por los bomberos que había comisionado la tribu.

Poco después se produjo el hecho más emocionante de la expedición. Llegó un oficial de la División Freyre, informando que desde el 1° de abril se encontraban en Guaminí, donde habían tomado posesión siguiendo las órdenes impartidas.

Desde esa fecha, habían sido sitiados por los indios y resistido las sucesivas embestidas que efectuaron con los escasos elementos con que contaban. La situación era desesperada, porque ya faltaban víveres y escaseaba la munición, hasta que, al final, de manera sorpresiva, los indígenas levantaron el cerco y se retiraron hacia las aguadas de

Carhué.

Una sonrisa había iluminado la cara de Freyre; si los indios se marchaban cuando ya no le quedaban fuerzas a los milicos, era porque Levalle se encontraba cerca. Sin demoras destacó a un oficial baqueano para que fuera en búsqueda de la División Sur y pidiera algunos refuerzos, sobre todo en munición; los víveres eran necesarios, pero habiéndose roto el cerco era posible salir a campo traviesa a buscar comida.

El dato también tenía otra lectura, que hicieron con rapidez Alsina y Levalle; si los indios sabían de la proximidad de la División que ellos comandaban, era porque con seguridad los estaban "bombeando" en forma imperceptible. Podían ocurrir dos cosas: que se replegaran abandonando sus toldos en Carhué o se decidieran a dar pelea. Para cualquiera de las dos cuestiones era preciso estar preparados.

El 23 de abril, es decir al día siguiente, la División se puso en marcha al mediodía, porque durante la mañana una lluvia persistente hizo suponer que deberían mantenerse inactivos. Pero a las once paró el aguacero, salió el sol y con rapidez se tomaron las medidas para partir. La División salió formando columnas en orden de combate; brillaba la alegría en todas las caras y el despliegue era acompañado por banderas tendidas al viento, clarines y cornetas y las bandas de música tocando a todo son. Ofrecían un espectáculo indescriptible del que Alsina, Levalle y Wintter, encabezando las formaciones eran las figuras centrales.

-Pensar, doctor Alsina, que vamos a clavar nuestra bandera en el mismo lugar en que hace tres días los hijos del desierto bailaban despreocupados sin pensar en nuestra llegada -dijo nostálgico Levalle.

-Vea Levalle, se acerca el momento en que el reducto principal del indio pase a manos de la civilización. Si logramos expulsarlo de Carhué, el desierto nos habrá entregado sus secretos y misterios para siempre. Este es el momento culminante de la campaña -contestó con mesura un Ministro que ya pensaba en transmitir la hazaña al Presidente... y en los pasos siguientes que se debían dar.

Habían tenido que soportar las tremendas escarchas, el agua en mal estado, los "músculos de la región torácica paralizados", las napas con profundidades oscilantes de una estación a otra, provocando la desaparición de manantiales y jagüeles marcados en las cartas. Cuando se internaron en el desierto, muchos hombres sucumbieron por beber agua y, apunta Zeballos, reemplazaban la que encontraban en los charcos por la caña paraguaya, con resultados también negativos. Álvaro Barros también puso el acento en las consecuencias que arrojaba la escasez de agua y la obtención de la misma en zonas pantanosas, de las que se salvaba el indio, "que tenía a su favor el conocimiento del país".

La alimentación era deplorable y cuando se agotaron (antes de tiempo) las vituallas que había conseguido con gran fatiga Alsina, el ejército recurrió a los moradores del desierto: guanacos, mulitas, avestruces; hasta el puma servía para calmar el hambre. En los fortines era frecuente el asado de yeguarizos..., pero sólo cuando se disponía de ellos. La mayor parte de las veces jefes y tropa debían conformarse con un puchero hecho con raíces que se arrancaban del suelo y unos pedazos de cuero para dar sabor al caldo.

La costumbre indígena de beber sangre de los animales recién sacrificados no prendió en el cristiano, al que repugnaban los pancitos de humores coagulados, transformados en gelatina.

El mate, recurso ineludible para estrechar el compañerismo y matar la soledad, sólo podía disfrutarse cuando se aprovisionaba a las divisiones con algo de yerba. Era frecuente verlo a Alsina con la calabaza en la mano, departiendo con el coronel Levalle alrededor de una hornacilla de campaña, conformados con las famosas “lavativas”, cebadas por un asistente esmerado con muy poco de yerba, mucha paja brava, yuyos y agua hervida, brebaje que era toda una delicia a falta de algo más digno.

Esos sacrificios eran los que debían padecer las resignadas espadas del desierto y además de esos inmensos tormentos, sufrir las intrigas políticas que procuraban desvirtuar la realidad.

Mientras las divisiones tomaban los puntos principales que custodiaban las tribus, La Nación del 5 de julio de 1876, expresaba la opinión del partido nacionalista: “En vez de avanzar hemos retrocedido, pues los indios son dueños de campos donde hacía treinta años no resonaba ya su alarido”. En la vereda opuesta y con conocimiento de la verdad, El Tribuno sostenía en un artículo destacado: “En la guarida de los salvajes, en el centro de sus operaciones, en el sitio predilecto para preparar y llevar a cabo sus bárbaras incursiones, sus planes de saqueo, degollaciones e incendios, flamea la bandera nacional, llevada hasta allí por el patriotismo e inquebrantable voluntad del Ministro de la Guerra”.

Mientras la prensa de Buenos Aires ensalzaba o denostaba la ocupación de Carhué según sus respectivas posiciones partidarias, en los confines de la pampa las fuerzas expedicionarias hacían su tarea y continuaban achicando el desierto; las palabras de Avellaneda tenían confirmación: “el hombre y su tarea” se habían encontrado.

Capítulo XII

En la frontera

El plan de Alsina para vencer al desierto ha sido considerado casi con unanimidad como un proyecto defensivo, lo cual es un error; el Ministro en reiteradas ocasiones había señalado -en especial en los minuciosos mensajes al Congreso- la teoría que se dio en llamar de “líneas sucesivas”.

En realidad lo que Adolfo expresara en muchas oportunidades -incluso en aquellas Memorias a las Cámaras- era que resultaba un gasto inútil en vidas y dispendioso en dineros, realizar una marcha hacia el río Negro con las espaldas descubiertas.

“¿De qué servía correr la frontera hasta ese río -la máxima expectativa de entonces- si la tierra que quedaba atrás estaba vacía?”, repetía hasta el cansancio.

Cualquiera se daba cuenta que los indios dejarían pasar al ejército con débiles resistencias (como pasó con la famosa campaña de Rosas), para después reagruparse y recomenzar los malones en el territorio que quedaba desocupado, a retaguardia del ejército y las fortalezas. Mientras ese territorio no fuera ocupado con tierras de cultivo y ganado; en tanto no se instalaran colonias de labradores o poblaciones fijas y estables, ese suelo continuaría siendo “el desierto”.

Las “líneas sucesivas”, según Alsina, (todas fortificadas) consistían en correr la demarcación un trecho, incorporar leguas cuadradas a la producción, asegurar la instalación de colonos, fundar pueblos, protegerlos, y cuando estuviera consolidado todo ese flamante territorio, dar otro paso adelante.

La experiencia que le diera a Adolfo la gobernación de Buenos Aires le permitía saber que alrededor del fortín y bajo la tutela de sus milicos se generaba la vida de una población y de hecho, muchos fortines fueron la base de importantes pueblos de la provincia. Esa al menos es la historia de las guarniciones que dieron origen a ciudades que

perduraron y acompañaron el progreso. También es cierto que varias de ellas solo dejaron el recuerdo melancólico de su existencia sacrificada: “en la arena del desierto sólo quedó la reliquia del cuadrilongo de su zanjeado, que aún perdura a través del tiempo en la superficie del suelo pampa”, dijo Carlos Grau con nostálgica y poética remembranza.

Parecía que Alsina, cuando ocupara la primera magistratura de la provincia, hubiera anotado todas las acciones que eran necesarias para vencer al desierto.

Entonces se ocupó de la legislación agraria, porque sabía que la propiedad de la tierra hacía (y hace) más denodado el esfuerzo del hombre para asegurar su dominio y que si se debilitaba la cadena de peligros que acechaban los emprendimientos en la frontera, los habitantes de la campaña acompañarían el esfuerzo civilizador.

Ahora que ocupaba el Ministerio de la Guerra podría poner en marcha el proyecto que lo obsesionaba y atraía desde hacía años como un imán del que no podía desprenderse. Es cierto que sus ideas no eran compartidas por muchos, incluso por íntimos amigos como Álvaro Barros y en cambio objeto de críticas, casi todas interesadas, de los opositores de afuera y de adentro, como el mismo Roca, subordinado y correligionario. Pero él era Alsina, y nunca había retrocedido ante adversidades y objeciones.

Seguía imperturbable con su objetivo; lector obsesivo, había adoptado el pensamiento teórico del general Brialmont: “Largo tiempo después de Vauban, el sistema de líneas fronterizas, a pesar del defecto que él presenta, fue considerado por la mayoría de los ingenieros como la expresión más completa y la más racional del arte de la fortificación”. Esa era la fórmula que había adoptado y todos los oficiales encargados de realizar las acciones de armas que fueran necesarias para establecer las líneas sucesivas estaban convencidos; por ahora era suficiente.

Así al menos lo decía en la Memoria Especial de su ministerio: “...[El Río Negro] debe ser la línea final de esta cruzada contra la barbarie, hasta conseguir que los moradores del desierto acepten por el rigor o la templanza los beneficios que la civilización les ofrece”.

¿Era defensivo ese plan? Tal vez conservador, prudente, paulatino, pero era un plan de avance, ofensivo, “hasta que los indios acepten la civilización por la templanza o por el rigor”, como dijera Alsina y proclamara el gobernador Casares después de la derrota de Catriel.

Mirado en toda su proyección, fue un plan ofensivo sin vueltas de hojas, que tenía por meta avanzar en el desierto y si el indio se resistía, darle pelea; no más de la necesaria, como para que acepte las condiciones “por la templanza o el rigor”.

Que ese plan hubiera pasado a la historia y autorizados expositores hubieran aceptado la calificación “defensiva” con resignada conformidad, es algo que entra dentro de los grandes titulares con que la posteridad termina por aceptar sin pensar ciertas hipótesis, desdeñando confirmar la exactitud del teorema. Más aún; el “plan Alsina” requería de algunos operativos militares, que solo en la medida que resultaran triunfadores tendrían por consecuencia que siguiera el proyecto.

Uno de ellos, entre los más importantes, era el de arrebatar a los indios de Namuncurá el nido principal: las aguadas de Carhué. Ya Calfucurá estaba obsesionado por el dominio de esta zona, en el que reputaba ajena la jurisdicción de la Argentina, algo que en la actualidad parece ser olvidado por ciertos indigenistas de ocasión.

Así al menos se había animado a manifestarle con la impertinencia de quien se cree soberano al Ministro Gainza, en una carta del 30 de enero de 1873: “espero de Usía se olvide de Carhué”.

La llegada a las aguadas de Carhué ocurrió en la madrugada del 23 de abril de 1876. Alsina estaba feliz; rebosando alegría le escribió antes de saborear el primer mate del día al presidente Avellaneda: “¡Ahora me explico el amor y hasta la veneración de los bárbaros por estos lugares, cuna para ellos de tradiciones inolvidables!” Ya más sereno, elevaba el parte de la acción al Ministro de la Guerra interino en su ausencia, haciendo una descripción todavía maravillada del lugar: “Desde el punto de vista estratégico nada puede concebirse que sea más admirable. Un arroyo correntoso, encajonado y de agua cristalina; la inmensa laguna que lo recibe y las lomas altísimas que cierran el horizonte en todas las direcciones, forman un campamento natural de cuarenta y cinco millones de varas cuadradas [3.500 hectáreas], donde pasar las noches las haciendas con toda seguridad, sin que sea necesario hacer otra cosa que cerrar artificialmente uno de los costados”.

Cuando se le armó la tienda de campaña, su primera acción fue redactar una Orden General saludando a las tropas de las divisiones Sur y Costa Sur (a cuya cabeza había marchado) por la avanzada estupenda que habían protagonizado: “sin penurias, sin peligros y sin avistar un solo enemigo”.

Gesto de notable modestia, cuando es habitual que un comandante “ayude” con su descripción a magnificar la empresa realizada. “No avistamos indios después de Paragüil”, decía con natural humildad.

Tal como Adolfo había pensado, el indio iba a rehuir las confrontaciones directas con las fuerzas militares y optaría por replegarse sin orden ni planes hacia el interior de la tierra; tal vez volver a Chile, de donde provenía. Reflexión atinada, como fue probado después durante la campaña del general Roca, cuando la expedición se limitó a un

despliegue estratégico de las cinco columnas, sin encuentros armados ni batallas significativas.

Años después, el doctor Avellaneda, que en ese momento estaba enfrentado con el Presidente de la Nación, diría con raro sarcasmo: “el general Roca debió marchar en su campaña al desierto para comprobar que no había indios en la pampa...” Vaya también esta conclusión de Avellaneda para quienes, dotados de un extraño sentido del patriotismo, están interesados en presentar a Julio A. Roca como un genocida.

Alsina pensaba en un gran arco que penetrara en el desierto varias leguas, cuyo interior tendría que estar protegido de manera eficiente para lograr que el campo fuera ocupado por particulares y el suelo explotado.

El arco (después sería la famosa zanja) se extendería desde los alrededores de la Fortaleza Argentina de la Bahía Blanca hasta Ita-ló (o Wita-ló), en los dominios ranqueles y por su dilatado contorno debían situarse como claves decisivas de protección Puán, General Belgrano (Carhué), Laguna del Monte (Guamini), Trenque Lauquén y al final, Italó. Y hacia esos puntos estratégicos fueron destacadas las divisiones del desierto, en una operación militar que cuesta mucho identificar como defensiva y que sorprende aún hoy por la extraordinaria sincronización de que hizo gala.

Alsina estaba feliz; tenía en sus manos alguna información importante: el 12 de abril, diez días antes de que él llegara a Carhué, Villegas había alcanzado Trenque Lauquén y labrado el acta de fundación del nuevo poblado, con el asentamiento de sesenta y ocho familias que marchaban junto a la tropa.

Pero Adolfo no se dio por conforme con el resultado logrado: -Necesito una contribución más. Acabe con las tropelías del cacique Pincén – el indio que no tenía una tribu numerosa pero compensaba su número reducido con una audacia sin límites. -Libérenos de él, que es el cacique más temido en el suroeste de la provincia.

Buenas noticias; el plan estaba funcionando con sincronización de relojería y demostrando, al propio tiempo, que la estrategia trazada por el Ministro no estaba errada. La tierra que se ganaba al desierto era de inmediato poblada. Era hora de dar el golpe de gracia.

Sin demoras, demostrando tener el dominio de todos los hilos en la mano, ordenó desde Carhué al coronel Maldonado que fuera a marchas forzadas hacia el sureste, con el propósito de tomar la laguna de Puán e instalar allí una comandancia general. Maldonado preparó la tropa para partir, buscó caballadas apropiadas, se avitualló de manera conveniente y movilizó hacia el objetivo dispuesto.

A mediados de junio pudo avisarle a Adolfo que la meta había sido alcanzada.

Pero ya tenía el frío encima y se preparó para instalar los cuarteles de invierno en un promontorio que se situaba en la cúspide de un cerro, cuyas espaldas estaban cubiertas por el río Sauce.

El lugar beneficiaba con una protección natural, pero el frío y el viento eran espantosos; Fortín Río Bamba fue bautizado en homenaje a la célebre batalla que protagonizara Lavalle en los culminantes momentos de la emancipación americana.

Al final, ése sería el asiento de la guarnición y base del futuro pueblo. Como correspondía a la función que habría de desempeñar en el plan de avance de toda la frontera, hasta allí se hicieron llegar los hilos del telégrafo, se construyeron depósitos, cuadras para los batallones, corrales, se instaló la ayudantía y se fundó una escuela.

La intención de Alsina de asegurar la zona cercana a la Comandancia y la Bahía Blanca no era vana. Conjeturaba -después se supo que con razón- que un corredor situado entre Puán y el mar podría ser utilizado por lo indios para cruzar la frontera y malonear.

Destacó partidas de baqueanos para que exploraran la zona y el informe que le trajeron confirmó sus sospechas: había huellas del paso de grandes tropillas y ya no le quedaron dudas de que los malones usaban ese atajo para atacar poblaciones y robar ganado. Pero su convencimiento no era compartido por varios subordinados; esas rastrilladas podían pertenecer a cristianos que se internaban en el desierto para conseguir hacienda mostrenca y sostenían que la indiada prefería las cercanías de Puán, pero por afuera del Sauce Grande, para internarse “tierra adentro” en sus correrías.

Alsina decidió jugarse a pesar de la opinión contraria de algunos colaboradores y aún sabiendo que arriesgaba mucho en una sola parada, después de haber acertado tanto con su plan de líneas sucesivas.

Ordenó al mayor Cerri que se situara al acecho con una compañía ligera para esperar el malón. Cerri cumplió la orden con disciplinada organización; se preparó para vivaquear consumiendo solo alimentos fríos, de modo de no delatarse y alertar a los indios con un fuego y la espera terminó dando buenos resultados.

Estaba cayendo el sol cuando un grupo de guerreros, acompañados por algunos muchachos y seguido por la chusma, apareció entre dos médanos; Cerri y los soldados les cayeron encima surgiendo detrás de una loma que los escondía y tomándolos por sorpresa les pegaron una sableada.

Alsina tenía razón; ése era el sendero que los pampas habían elegido para entrar y

que, descubierto por los soldados, dejaba de ser para siempre un recurso oculto y seguro.

“Este Ministro será un caudillo, pero además es adivino”, habrá pensado alguno de los subordinados que dudaban de su acierto.

Con la satisfacción de haber intervenido de manera directa en la campaña exitosa que habían llevado a cabo las divisiones bajo su mando, Adolfo volvió a Buenos Aires para colocarse otra vez al frente del ministerio. Pero para fin de año no aguantó más la rutina y se decidió a regresar a la frontera y de paso inspeccionar la marcha de las obras ordenadas. Realizó un esfuerzo ciclópeo; viajó 280 leguas en treinta días y lo hizo con todos los medios disponibles: ferrocarril, caballo, volanta.

Hasta los fortines más abandonados recibieron al ilustre visitante, que permanecía en cada uno de ellos alrededor de tres días. El calor de enero era insufrible y cuando le era posible, aún desafiando los riesgos de la noche, lo hacía bajo la luz de la luna eludiendo los rayos del sol. Quedó fuera de su visita Italó, quizá porque estaba demasiado lejos o tal vez porque Roca estaba demasiado cerca; a ese general joven y astuto lo tenía en consideración elevada, pero pensaba que sus ambiciones iban en proporción inversa a su estatura.

En el último fuerte permaneció cinco días y fue Trenque Lauquen. Desde allí se dirigió en volanta hasta Chivilcoy -punta de riel- y abordó el tren a Plaza Miserere, que ya llevaba el nombre de “Once”; la nostalgia le arrancó una sonrisa melancólica.

El recuerdo de aquella asonada valiente e idealista que protagonizara con tantos porteños le vino a la memoria. No habían pasado aún veinticinco años de esa revolución que encumbró a su padre y parecía un episodio de otra vida, tantas cosas habían ocurrido.

Escribiente del legendario general Paz, soldado de los Guardias Nacionales en el Sitio de Buenos Aires, en Cepeda, en Pavón. ¿Qué era de aquel mozo guapo y romántico, que soñaba con cambiar su suelo?

“Pobre Sofía ¿qué será de ella?” El corazón del caudillo estaba vacío para “el sarampión romántico”. Era evidente que “...en aquella boga de bellezas pálidas él prefería en las treguas del combate refrescar los labios con las rojas fresas del camino...”, diría de él un poético Octavio Amadeo. Pero algunas frutas no fueron muy frescas y en la ruda soltería que eligiera las exigencias estéticas o sociales no constituyeron los rasgos distintivos de su preferencia. En cambio su vida fue ocupada por la lucha de los partidos, la autonomía, la pelea al desierto y el malón. Alguien tenía que hacer este trabajo; le tocó y basta.

Ya era hombre maduro, ahora sentía los achaques de una existencia exigida y algunos

sueños se habían convertido en realidad; de otros mejor ni acordarse. Eso sí, tenía comprometida la vida con la patria; a diferencia de tantos contemporáneos no había tenido tiempo para soltarle rienda al corazón y formar una familia. Otros de su edad ya tenían hijos crecidos, mujercitas casaderas y varones que seguían sus pasos, para los cuales habían abierto el surco.

Pero él se dejó atrapar por el deber político, del mismo modo que absoluta fue su devoción a la función parlamentaria o de gobierno. Como hombre soltero y libre de obligaciones familiares, era proclive a las compañías femeninas; no rehuía los encuentros clandestinos, las mujeres de vida alegre y alguna que otra copa fuerte disfrutada entre risas con una dama que valiera la pena. Nunca fue jugador ni el vicio de las apuestas lo atrapó, pero trasnochador empedernido, el placer de las barajas no había estado ausente de su existencia.

La noche, con esa atracción singular que ejerce para disipar las tensiones del día lo seducía y el regocijo de las casas de mala nota, con pianos, humo de cigarros caros, cantos, copas y carcajadas, le parecían una continuidad de la actividad política y hasta un complemento de su ejercicio. Porque para Adolfo Alsina nada existía por encima del deber político; cuando pensaba en esto se encogía de hombros: para eso la gente confiaba en él y él tenía que pagar con la misma moneda noble.

Los resoplidos de la máquina, acompañados por una nube de vapor, indicaban que la marcha había concluido; esa visión retrospectiva había durado apenas unos segundos y el bueno de Sánchez ya se divisaba en el andén, prolijo y memorioso, tanto como para recordarle que después del esfuerzo no venía el descanso: había tarea esperando.

“¡Como para pensar en una familia!”; con una sonrisa resignada masculló para sus adentros. Alguna aventura varonil y basta; no sólo el desierto exigía atención; por si faltara algo, había que atender también a la gente, a la que, en definitiva, debía su encumbramiento.

Aún cuando los apremios del gobierno y la política eran muchos -estaba funcionando la conciliación- el desierto continuaba ocupando el primer lugar de sus pensamientos.

Catriel seguía en la mira y el ministro concentraba en sus manos todos los datos que rodeaban al cacique. ¡Le iba a cobrar cara esa traición! A mediados de 1877 le telegrafió a Maldonado que era conveniente caerle de sorpresa a los toldos de Catriel, “que se hallan en Guatraché”.

Fiel a su formación política, ninguna determinación guardaba en la penumbra de la incertidumbre o el secreto. Se ocupaba de dar cuenta detallada al Congreso; le informaba,

por ejemplo, “que a fines de octubre podré desplegar columnas ligeras sobre Catriel y Pincén, con orden terminante para que los persigan con vigor y sin descanso”.

Desde Puán, Wintter le contestaba al ministro el telegrama que habían recibido sobre Catriel, haciéndole saber que esa tribu ya no tenía ni víveres ni caballos y que algunos indios pasados les habían informado, además, que Namuncurá se retiraba.

Según los datos que corrían por el desierto como cardos rusos al viento, al cacique le quedaban sólo “un millar de lanzas de pelea” pero varios capitanejos no le eran fieles, actuaban por su cuenta divididos en grupos de cien o doscientas lanzas cada uno, sin capacidad ni orden para intentar alguna acción guerrera y poseídos por el pánico cuando debían enfrentarse al ejército.

“Mi creencia, señor Ministro -agregaba Wintter a Alsina- es que en pocos meses los indios todos estarán sometidos y VE tendrá la gloria de haber resuelto el problema de las fronteras”.

Los acontecimientos posteriores dieron la razón a Wintter. Meses más tarde -hacia fin de año- no quedaron dudas de que Namuncurá continuaba falseando sus compromisos con el gobierno. Adolfo, que seguía las tratativas por medio de telegramas informativos que recibía hasta dos veces por día, se fastidió con las mentiras del cacique. Una partida de ochenta indios de su tribu asaltó al proveedor del ejército y le robó una importante caballada destinada a los indios amigos de Patagones, dando muerte a algunos paisanos que trataron de impedir el malón.

Fue la gota que colmó el vaso. El cacique trató de parar la acometida confirmando los rumores que circulaban: “esos indios actúan por su cuenta; favor me haría que los encuentren y los castiguen como corresponde”, dijo con aire compungido Namuncurá. Pero ya era tarde; parecía que los datos que manejaba Wintter eran ciertos.

Impaciente, Alsina volvió a recorrer la línea de fortines. Esta vez lo acompañó Sánchez. A fines de octubre tomó el tren que llegaba a Azul -otra punta de riel- y desde allí, después de esperar dos días porque lo aquejaba un dolor de cabeza muy fuerte, se puso en marcha en una calesa rumbo a Olavarría.

Pasó primero por Tandil; la carta que dirigió al Juez de Paz dando cuenta de su viaje, lo pinta de cuerpo entero: “Sólo le comunico mi paso. Absténgase de todo agasajo que solo sirve para dos cosas: primero, da una imagen irreal al viajero, preparadas como estarán las cosas para que reluzcan; segundo, ocasiona un gasto inútil a las arcas del gobierno. Saludos, Adolfo Alsina”.

Continuó después de un día hacia Salquicó (allí acampó a orillas del río Salado) y a

principios de noviembre llegó a Carhué, donde se concentraron para esperarlo los principales jefes del desierto: Levalle, Villegas, Wintter, Freyre, Maldonado, García.

Alsina confirmó las instrucciones que había dado sobre Catriel, y Wintter, junto con García, se dirigieron con cuatrocientos hombres provistos de equipo ligero a Guatraché y Treicó, para sorprender al cacique en sus tolderías. Después, dando un rodeo, debían regresar a Puán.

El viaje había sido un verdadero calvario para Adolfo. Estaba bien de ánimo y salud cuando salió de Buenos Aire, pero ya llegando a Azul comenzaron las dolencias que continuaron todo el trayecto. Pero estaba empeñado en hacer esa inspección de la frontera y disfrutaba de los preparativos como un muchacho que está a punto de preparar su viaje de egresados.

“Tenemos que visitar esa primera línea, hace ya mucho tiempo que no la veo”, decía con entusiasmo a sus colaboradores. Pero zorro viejo, tenía en mente las otras acciones sobre las que nada había dicho a los íntimos: una era la orden que pensaba impartir para marchar en forma ofensiva sobre las tolderías. La otra, la que había conservado en el mayor secreto, in pectore, quedó al descubierto cuando solicitó al Ministerio que le mandaran un sextante de bolsillo y una brújula prismática que empleó con frecuencia después de conferenciar con el ingeniero Ebelot.

Fue con motivo de la expedición de Wintter y Teodoro García a Guatraché y Treicó que Alsina pudo poner en práctica por primera vez los elementos técnicos que había reclamado al ministerio.

Mandó llamar a un soldado del 11 de caballería que había estado cautivo de los indios en una de las tantas maloneadas de Catriel y que mientras fue prisionero adquirió suficiente conocimiento de la zona como para convertirse en baqueano.

Adolfo cabalgaba con el soldado a su derecha sosteniendo un mapa y las riendas con la mano izquierda; en una bolsa cruzada en bandolera lleva el sextante y la brújula, que usaba para rectificar o confirmar datos que le daba el soldado y en base a cuya acumulación iba corrigiendo los puntos que estaban marcados en el mapa.

Cuando regresaron al campamento, el Ministro llegó a la conclusión, en coloquio con el Estado Mayor, que el objetivo seguía siendo Guatraché paraje muy importante desde el cual con solo una jornada de marcha podría caerse sobre Treicó al amanecer, exactamente el punto donde Catriel había levantado sus tolderías. Con ese plan, que solo podía frustrarse si los movimientos del ejército eran descubiertos por los indios bomberos, partió García al frente del regimiento escogido, cuya principal fuerza consistía en la rapidez de

sus movimientos y el equipamiento adecuado.

Alsina en persona reglamentó la formación de los regimientos que debían actuar en el desierto, procurando que los cuerpos de caballería estuvieran en igualdad de condiciones con el indio en cuanto al peso que debían soportar hombres y bestias.

El mismo Alsina lo dice en su Memoria Especial sobre fronteras: "...Perseverando en mi propósito de aprovechar en la guerra con el salvaje todos los recursos de la civilización, he modificado recientemente la organización y el armamento de los regimientos".

Partiendo de la base de que un regimiento se compone de escuadrones, al primero de ellos y a la primera compañía del segundo los armaba con sable y revólver.

La segunda compañía, lanza y revólveres; el tercer escuadrón debía conservar igual organización que la vigente en ese momento: sable y carabina. En el mismo dispositivo prescribía que los revólveres fueran de seis tiros cada uno y el calibre de doce milímetros; los sables, "de primera clase, livianos y algo corvos". Las lanzas fueron construidas especialmente en el Parque de Artillería "y consultado, en lo posible, la resistencia con el poco peso del material empleado".

En cada regimiento, como hemos dicho, se conservaba un escuadrón de carabineros "especialmente para percepción del caso en que aquel, atacado por una gran masa de bárbaros, tuviese que echar pie a tierra para rechazar el empuje".

Los jefes del desierto de inmediato advertían el propósito de esta nueva organización, pero la Memoria iba destinada a personas legas, de manera que el Ministro era explícito, en especial justificando el retorno a la fuerza de coraceros, que ya estaba prácticamente abandonada.

"Varias tentativas se han hecho entre nosotros -decía Alsina en la referida Memoria- para conservar los cuerpos de coraceros y se ha fracasado. No sé a qué atribuir este resultado: si a lo pesado de las corazas o a falta de perseverancia de los Gobiernos para hacer su uso obligatorio, gustase a los Jefes o no gustase".

Se puede apreciar que el Ministro estaba convencido de las bondades de la coraza, porque abundaba en detalles: "Por lo que respecta a las que se han preparado en el Parque de Artillería, puedo garantizar que son a prueba de lanza y que su peso no excede de 6 libras".

Y continúa como un padre que se resigna a explicar los peligros que debe evitar un hijo: "El día en que tenga lugar un entrevero y nuestros soldados, terminado aquél, empiecen a registrar sus corazas y contar las lanzadas de que merced a ellas se han

librado, van a tomarle tal afición y tanta fe que no han de querer ser sino coraceros”.

Es impresionante lo que este ministro ha incorporado al combate con el malón: “... he de insistir en que nunca se han tenido en cuenta las condiciones especiales del indio para arreglar a ellas la guerra que debía hacerse (...) no se comprende como estando en nuestra mano hacer invulnerables a los soldados del Ejército... no lleven revólver hasta ahora”.

El Ministro no termina de estremecer por lo que sabe acerca del combate con el indígena: “Nuestro soldado, así que es tocado en la caja del cuerpo por la punta de la chuzo, se arroja al suelo instintivamente, del lado opuesto a aquel del que ha sido herido o amagado; en ambos casos, es hombre perdido, desde luego. El indio, por el contrario, recibe hachazos y estocadas, pero lejos de desmontarse se abraza al pescuezo del animal, corre en esa posición grandes distancias y muchas veces, expira sobre aquel. Resulta pues, que si la coraza resguarda al soldado el pecho y la espalda, los golpes irán a las piernas, pero no perderá el caballo por certeros y pujantes que aquellos sean. En cuanto al revólver, ha de ser tremenda, en un entrevero, la desmoralización de los bárbaros, cuando inopinadamente para ellos sientan que cada soldado, llevando el sable en la dragona, le arroja media docena de proyectiles”.

Sostenía también la conveniencia de mantener un escuadrón de lanceros, que pasarían a convertirse en los soldados más ligeros del ejército. “Serán destinados especialmente para la persecución, que podrán hacer en las mejores condiciones porque, como es sabido, la lanza es el arma que mayores ventajas ofrece para acosar y destruir un enemigo fugitivo”.

Esta etapa de la vida de Alsina es quizá una de las más elocuentes para definir el perfil del personaje. No olvidaba su época de soldado; él en persona estudió y dispuso el equipo de que debían estar provistos los batallones. Dando una precisa muestra de autoridad basada en el conocimiento, redactaba, como hemos visto, los reglamentos y prescribía la dotación y armamento de cada unidad de combate. Los jefes militares, todos soldados profesionales, aceptaban a veces con renegada resignación y otras con silencioso consentimiento las innovaciones técnicas y operativas que imponía el ministro, acumulación ordenada de los manuales de guerra extranjeros que frecuentaba y de la propia experiencia.

Así pues, con estos prolegómenos, Teodoro García se puso al frente de la vanguardia en dirección a Guatraché. Los cuatrocientos hombres que componían la unidad de combate llevaban una tropilla de dos mil quinientos caballos y su dotación estaba formada por 300 hombres de caballería escogidos de diferentes regimientos, 20 infantes del 8°

Batallón y 80 indios auxiliares, amigos y leales de las tribus de Pichihiuincá, Manuel Grande y Tripailao, el eterno enamoradizo. De esta operación, como era su costumbre, Alsina envió un informe minucioso al teniente coronel Eudoro Balza, Ministro de la Guerra interino mientras duraba su ausencia.

La respuesta que recibió no podía ser más elocuente. Bastaba con ver el firmante para adivinar la importancia de la contestación. Anticipándose a los resultados de la operación y dando muestras de la confianza que el Poder Ejecutivo tenía depositada en Adolfo, la misma no fue despachada por el ministro sustituto en la cartera de guerra sino por el propio Rufino de Elizalde, ministro nuevo, posterior a la conciliación y antiguo adversario suyo, quien lo hizo en nombre de todo el gabinete: “El gobierno aplaude la operación de que da cuenta VE en su telegrama de ayer y abraza la esperanza de que ha de tener un éxito feliz, lo que por otra parte desea en bien de VE y del gobierno”.

¿Y esto lo firmaba Elizalde? ¿No era un síntoma más de que la conciliación aseguraba la futura presidencia de Alsina?

Los días siguientes, desde el 9 al 12 de noviembre -mientras en Buenos Aires abría sus puertas el Monte de Piedad (el recordado Montepío)- la incertidumbre y el nerviosismo abrumaron a Adolfo.

Según refiere su secretario miraba con ansiedad el horizonte esperando divisar la polvareda del regreso, explorando con el catalejo el infinito, como si ello acelerara la vuelta de García. Con el mapa en una mano y los elementos de medición en la otra, repetía a cada momento el cálculo; de mal humor, fastidiado, rehuía la conversación y prefería estar solo.

No dudaba del éxito del ejército, pero ello ocurriría sólo si había una confrontación; por otra parte, sabía de sobra los inmensos imprevistos que existían en esa lucha tan particular. Una: podía ser avistada la columna de Wintter y García por los indios bomberos, con lo cual era probable que Catriel levantara la toltería y se marchara sin dar pelea.

La otra posibilidad era aún peor. Podría ser que se repitiera lo que tantas veces ocurrió al ejército al buscar el combate: los indios colocaban un grupo de guerreros en una lomada para atraer a los soldados; éstos “mordían el anzuelo”, se precipitaban en su persecución y la indiada desaparecía. Repetían varias veces la operación hasta que la tropa, exhausta y con los caballos agotados por el esfuerzo, quedaba indemne y eran atacada a mansalva por la indiada.

Es verdad que esto era difícil que ocurriera ahora. Los jefes actuales habían adquirido

experiencia suficiente como para no hacerle el juego al indio y reprimían las ganas de pelear cuando se daban condiciones como las señaladas, pero nunca se sabe cuando los pensamientos bullen en la cabeza de un hombre.

Ni que hablar de las noches. Adolfo no podía dormir y no miraba siquiera hacia el rancho en que vivían las consoladoras. Se paseaba, ida y vuelta por la plaza, deteniéndose y mirando largamente hacia el oeste, como si pudiera penetrar la distancia con los ojos y acelerar el regreso de la caravana.

Por fin el 13 de noviembre a las tres de la tarde llegaron dos indios de la tribu de Tripailao con funciones de chasques, trayendo el parte del comandante Teodoro García para el Ministro de la Guerra: victoria completa sobre Catriel.

Alsina de inmediato telegrafió a Avellaneda y a Casares: “Tengo la satisfacción de transmitir a V.E., textual, el parte que recibo en este momento del teniente coronel García y por el cual felicito a V.E. Adolfo Alsina”.

Estratega e inspirador de la acción desplegada, artífice de la composición del cuerpo expedicionario, responsable único de los víveres y el armamento con que aquel estaba equipado, era modesto como para no taparse con poncho ajeno: el mérito se lo dejaba solo a García. A fin de cuentas él y sus soldados eran los que habían arriesgado el pellejo en el entrevero con los pampas.

El parte de García no podía ser menos satisfactorio: en el encuentro habían perecido tres capitanejos y cincuenta y un indios de lanza; cuarenta y cuatro de los de pelea habían sido hechos prisioneros y alrededor de trescientos hombres viejos, criaturas y mujeres de chusma se habían entregado. El comandante pedía que le mandaran varios carros hasta el Hunco para traerlos de regreso y no someterlos a la tortura de una travesía a pie.

El recuento final fue mayor: 170 chinas, 135 muchachos y 72 indios de lanza prisioneros; los guerreros muertos en la acción fueron muchos más de los mencionados en el primer informe: superaron los doscientos. Entre los capitanejos caídos figuraban algunos conocidos: Tiburcio, Arriola, Chulia, Sigüe y Candido Leal, éste último un cristiano renegado que había traicionado a los soldados de Maldonado en Olavarría, durante la invasión de fines de 1875.

A Casares, su viejo amigo, le informaba con más detalles el golpe dado a “los Catrieles”: “el resultado obtenido no ha sido más completo porque una parte de la indiada andaba en las boleadas y porque Juan José Catriel no se encontraba en los toldos”, decía.

Sereno, feliz por el desempeño que cupo a las tropas escogidas con su intervención personal y provistas con el equipamiento que había ordenado, Adolfo volvió a pensar

como el hombre ecuánime y humanitario que era.

Esa misma tarde dispuso que salieran del fuerte, en dirección a las tolderías en las que habían sido capturados, varias comisiones de indios prisioneros a entrevistar a Catriel y a sus demás hermanos de raza. Había quedado impresionado por el estado en que encontró a los indígenas: desnudos, escuálidos por el hambre, algunos enfermos. La traición de Juan José Catriel había quedado atrás; no era el momento del rencor y en la victoria había que ser magnánimo. Los indios despachados llevaban un mensaje que el cacique no podría desechar: rendición a discreción de toda la tribu y garantía absoluta de la vida de todos los indios -en especial de Catriel- y subsistencia asegurada.

El mensaje también llevaba una advertencia, que tampoco el cacique podía echar en saco roto: si persistía en la vida de vandalaje habría de inmediato represalias.

Alsina explicaba los pormenores de esta decisión a Avellaneda, sabiendo que el corazón generoso del presidente aprobaría la medida tomada: “He creído, Señor Presidente, deber dar este paso por humanidad, para evitar que el resto de la tribu perezca de hambre o sea exterminada por un nuevo ataque”.

Sin embargo, conocedor de la naturaleza humana, descontaba que el hombre puede ser bueno por esencia, pero si se lo controla será mucho mejor. Astuto y cauteloso, había tomado las precauciones del caso: “Al dar esta comisión a los mismos indios prisioneros, me he garantido, eligiendo aquellos que dejan aquí en rehenes sus mujeres y sus hijos”. Bueno y humanitario, sí; tonto no.

Como hemos tenido ocasión de contar, la traición de Catriel solo trajo desventuras para su gente.

Dejándose guiar solo por el grito de la sangre y de los genes, había elegido la vida del desierto, la depredación y los malones junto a las tribus aliadas de Pincén y Namuncurá. Con esa actitud miope y primitiva había desandado el camino que eligieran, con sabia anticipación su abuelo, su padre y su hermano, a quien asesinará.

Arrastró tras su aventura a Marcelino, el hermano menor que lo admiraba, a sus mujeres y a toda la tribu. La vio desaparecer en la desintegración y el abandono, cuando su gente, famélica y desesperada, se entregaba a las fuerzas nacionales de manera incondicional, solo con la promesa (cumplida) de recibir a cambio comida y seguridad.

Tuvo al alcance de la mano la integración a la vida civilizada, recibir tierras en propiedad, el arraigo de la tribu y una perspectiva que no ha sido debidamente valorada.

Por supuesto, en el análisis histórico no puede hacerse la pregunta “de lo que

hubiera pasado si...” Pero con seguridad Catriel, en el riguroso silencio que se impuso a si mismo después de vencido, debe haber meditado sobre la decisión que tomó y el precio que le hizo pagar a sus hermanos de raza.

Pero ya era demasiado tarde; ni el reloj de la historia ni la velocidad de los acontecimientos podían detenerse. “La tribu y los despojos...”, como diría la poesía de Borges, ya estaba anclada en el pasado.

Capítulo XIII

La zanja

Se había avanzado hasta el corazón del imperio pampa. Namuncurá y los restantes caciques del desierto estaban en condiciones precarias; y esas inmensas aguadas donde estacionar la hacienda maloneada o los campos de buenas pasturas y corrales naturales para hacerlas invernar ya habían caído o estaban próximos a caer en manos de las fuerzas del gobierno.

Por el momento los indios estaban dispersos en lo que quedaba del desierto, errantes y desnutridos, hambrientos y acosados, pero habían demostrado que tenían capacidad para reagruparse, recibir auxilio de otras lanzas provenientes de Chile e intentar los malones que azotaron la frontera de 1875 y 1876. Se sabía de sobra que existía una comunicación frecuente, nunca interrumpida, entre los araucanos que maloneaban en el desierto argentino y las lanzas chilenas.

De hecho, el audaz Pincén había asaltado dos veces ese año el pueblo de Colón, dando una prueba más del peligro que encerraba el indio. Es cierto que no fueron más que ataques a la desesperada, impotentes por si mismos para producir resultados perdurables; no hicieron cautivas ni se alzaron con arreos importantes. Pero a nadie le gustaba despertarse por la noche en medio del ataque de un malón cuyas consecuencias no podían adivinarse. Tampoco en los campos de las cercanías le hacía gracia a nadie tener que atar con sogas a la cama la esposa antes de irse a dormir pensando que el pampa entraría a caballo hasta los dormitorios para apoderarse de ella.

Era posible que los señores de la pampa pudieran recuperarse. Ahora no era el momento de considerar la obra terminada. Todavía podían caer malones y -como tantas veces había sostenido Alsina- si no se poblaban de inmediato las tierras ganadas, el indio volvería a dominar el desierto, esta vez por detrás de las líneas de avanzada de las fuerzas militares, como ocurrió con Rosas.

Esto pasaba y debían pesarse, además, las consecuencias políticas que podrían traer otros malones como los que se habían verificado en 1875 y 1876. En ese caso, ¿no sería responsable el autonomismo que gobernaba la provincia y su jefe, que era además el Ministro de la Guerra?

Debían evitarse a toda costa las posibles invasiones. En realidad, ésa era la palabra: invasión.

Los malones frecuentes eran trágicos, pero no tenían la magnitud y los efectos de una verdadera invasión. Por otra parte, la biografía personal de las víctimas de cada incursión de menor envergadura no figuraba en los datos estadísticos que se manejaban, aunque ¡pobrecitas! Las que no morían en el ataque eran cautivas (la mayoría mujeres, por las que sentía un apetito descomunal el indio) y veían su existencia condenada para siempre, aún en la hipótesis lejana pero posible de que fueran liberadas.

En general, había una reacción irracional de condena por parte de la sociedad “blanca” hacia las pobres víctimas, inexplicable para la mentalidad de nuestros días. La triste realidad era que si una persona caía en manos del malón y era cautivada, podían sucederle varias cosas: si tenía escasa edad tal vez quedara asimilada a los indígenas y ser considerada (y considerarse) uno más de ellos.

La otra posibilidad era que por su edad no olvidara el pasado; en ese caso su sufrimiento era aún mayor. Si por alguna circunstancia era rescatada, en su propia casa sería condenada al ostracismo, desdeñada por sus hermanos, avergonzados sus padres, recluida en una de las últimas habitaciones de la finca. Nadie se hubiera atrevido a acercarse a esa mujer “poseída por los indios” que humillaba y avergonzaba a los parientes. Visto todo ello con los ojos de esta época, parece una reacción familiar indigna, porque conmueve los sentimientos de amor que anidan en el corazón de este tiempo: el repudio que padecía una pobre víctima que merecía comprensión y no exclusión. Sin embargo así funcionaban las cosas hace más de un siglo.

Pero aún cuando la vida de las víctimas era en sí misma una tragedia espantosa, la frontera vivía con la resignación de esos pesares y la desgracia de los individuos no hacía sino despertar un momentáneo sentimiento de dolor en la población urbana, pero no alcanzaban a provocar los sobresaltos que generaban las invasiones.

Éstas sí constituían motivo de preocupación, porque entonces la opinión pública tomaba conciencia real de la fuerza de los indígenas y la capacidad de poner en peligro la seguridad de todos, desafiando a las fuerzas del propio Estado.

El plan de Alsina era simple. Producido un vigoroso avance hacia el interior del

desierto, era preciso consolidarlo evitando futuras invasiones; es decir, haciendo imposibles las grandes incursiones, los inmensos arreos como los que se habían padecido y convirtiendo en muy dificultosos los pequeños malones.

Adolfo había dedicado especial atención a esta cuestión. Aún cuando desde hacía tiempo estaba convencido de la utilidad de las grandes fortificaciones, al ser designado Ministro acaparó todos los textos que trataban el tema. Leyó a autores muy antiguos como Vauban y algunos estrategas que en el siglo XIX habían sido continuadores de su pensamiento, como los generales Jominí, Duvivier, Noizet, Van de Velde y en especial el general Brialmont, cuya obra se constituyó en texto de cabecera.

Hubo otro libro de un autor argentino, que impresionó de manera viva al Ministro: fue un folleto de Honorato Oliva, que se publicó en la provincia de Salta en 1863. Fiel a su pasión por la lectura de todo tipo de textos que se vincularan al proyecto que tenía en mente, Enrique Sánchez le alcanzó ese impreso que no tuvo una difusión extensa, pero sirvió a Adolfo para ensamblarlo con los autores europeos más leídos.

Las técnicas más modernas, que ilustraban los tratados y los manuales de estrategia europeos, confiaban de una manera total en las murallas, que ya habían probado, desde los remotos tiempos del Imperio Romano, la eficiencia de las empalizadas para contener las incursiones de los enemigos.

Pero la pampa no era un lugar adecuado para una valla, tipo baluarte, a fin de contener los avances sorpresivos del indio; la defensa debía articularse tomando en cuenta el tipo de ataque que habría de recibirse y sobre todo, el propósito que perseguían los invasores. Si el objetivo principal de las invasiones era el arreo de ganado cuatrereado, debería impedirse el paso de las tropillas, ante todo.

Ya desde 1855, 1870, 1875 y 1876, las invasiones del indio tenían un escaso sentido militar, en el sentido de infligir un contraste severo al oponente. Todas ellas estuvieron presididas por el espíritu de lucro, es decir el robo de ganado; quizá también como una propina adicional, el premio del saqueo y el botín.

Igual que en las antiguas guerras que librara la humanidad, el indio podía aprovechar el suceso para llevar cautivas a su aduar y obtener en su beneficio los objetos que eran propiedad del cristiano que ultimaba. Alsina tenía claro este objetivo de los malones -grandes y pequeños- y acariciaba la idea de que la trinchera que se efectuara sirviera específicamente al desbaratamiento de este propósito.

Roca fue el primero en criticar este plan, pero su opinión, valiosa proviniendo de alguien que después demostrara quien habría de ser (sin perjuicio de constituir ya, en ese

mismo momento, una realidad tangible), debería ser descartada por el interés que lo guiaba.

Sabía que Adolfo era candidato sin obstáculos al que era difícil vencer. Por otra parte la brillante jugada de conciliar con el mitrismo le había asegurado la neutralización de ese sector, que de otra forma podría haber constituido un obstáculo serio a sus proyectos (y un potencial aliado para Roca, del que ahora quedaba privado).

Además, el triunfo del autonomismo en Buenos Aires le garantizaba a Alsina el principal baluarte en el Colegio Electoral. Y por si fuera poco, el prestigio creciente entre los jefes más modernos del ejército le confería el placet de ese importante sector.

Quedaba sin resolver el problema del desierto, pero hasta el momento todas las acciones emprendidas a partir de enero de 1876 le habían proporcionado un triunfo rotundo ¿Y si encima ahora tenía éxito con la zanja? Para un hombre astuto y previsor como Roca, no le quedaba sino manifestar escepticismo y situarse en la estrategia opuesta, desmereciendo el proyecto y apostando a su fracaso.

Pero las críticas de Roca, sea por el gran prestigio que había alcanzado ese general que obtuvo sus ascensos en el campo de batalla, o porque provenían de un hombre situado en el mismo sector político del Ministro, o bien porque a los opositores a Alsina les venía bien la crítica para sumarse a ella, comenzaron a levantar una opinión desmerecedora de la zanja.

Nada de esto perturbó al Ministro que, convencido de la eficiencia del mecanismo, puso manos a la obra para convertirlo en realidad. De cualquier manera se dio el tiempo necesario para contestar los argumentos de su subordinado, que habían tomado estado público cuando el diario La República los editó.

Sin dudar un instante rebatió una por una las críticas de Roca, en especial aquella que había sido comentada con manifiesta insidia en el Congreso, según la cual el avance de la frontera no era igual para todas las provincias, advirtiéndose que el empeño era mucho más vigoroso en Buenos Aires que en Mendoza, San Luís, Córdoba o Santa Fe.

El Ministro no trató de cubrir con una mano de cosméticos esa intriga; la observación era cierta y él la reconocía, pero en esta primera etapa la Nación acudiría a la frontera con el apoyo de las provincias interesadas, y se sabía que solo la de Buenos Aires estaba en condiciones de respaldar de manera económica y efectiva el plan.

Por otra parte, el proyecto de avance en líneas sucesivas o progresivas no concluía con el desplazamiento de la frontera de Buenos Aires; el traslado de ella hacia el sur era una cuestión de oportunidad y Alsina entendía que era conveniente esperar los resultados

de la empresa en el primer estado argentino para recién decidir el operativo a realizar en las otras secciones de la República.

Más aún; sostenía que la consolidación de la frontera bonaerense reduciría de manera categórica los gastos que demandaba su defensa y estas economías permitirían asignar esos recursos ahorrados para activar sobre las otras regiones.

De hecho el plan siguió adelante. Se formó una Comisión Auxiliar de Trabajos en la Frontera, que contrató al ingeniero Alfredo Ebelot, un francés con antecedentes impresionantes: no sólo por su conocimiento técnico, que lo ponía en inmejorables condiciones para proyectar y dirigir la obra, sino porque había prestado servicios de carácter militar y ejercido el periodismo, lo que le había permitido pulir una pluma que utilizaba con claridad y elegancia literarias.

Alguna versión que no carece de asidero pensando en la época en que ocurrían esos hechos, atribuye también la promoción de Ebelot a una influencia decisiva de la masonería. Si esta circunstancia fuera cierta, ella no haría sino ratificar el acierto de la logia en la sugerencia, porque al candidato le sobraban condiciones para el cargo.

Presidía la Comisión Auxiliar don Saturnino Unzué, un hacendado de mucho prestigio cuya estancia, situada en 25 de Mayo y denominada "La Verde", había sido escenario de la famosa batalla librada a fines de noviembre de 1874. Aunque parezca increíble, sólo para dar una idea de la fragilidad de la frontera, debe recordarse que hasta esa estancia llegaban -es cierto que en forma esporádica- los malones del desierto.

Integraban la Comisión otros hacendados de valía, como Daniel Arana (estanciero de Tres Arroyos, que había sufrido el incendio de su campo en la invasión de 1876) y Federico Leloir; también militares de peso tales como el célebre Toro Bayo (Ataliva Roca, hermano de Julio Argentino) y el coronel José Ignacio Garmendia (de destacada e ingeniosa participación a favor del Gobierno en la Revolución del Parque).

Esta Comisión estaba patrocinada por la Sociedad Rural Argentina y resultó ser una manifestación más del poderío político de Alsina, que como buen caudillo no dejaba afuera a ningún elemento fundamental aunque no le fuera adicto, entre otros un hermano del general Roca, opositor pertinaz a su proyecto.

También de la influencia de Carlos Casares, cuyo peso era decisivo entre los estancieros de Buenos Aires.

La constitución de una Comisión Auxiliar resultó un acierto político excepcional de Adolfo. Estuvo integrada por personalidades relevantes, cuyo prestigio ponía al abrigo de cualquier insidia el importante manejo de fondos que tuvo a su cargo.

La tarea fue criticada por la concepción en que se fundaba, pero nunca, ni los adversarios más encarnizados del proyecto, osaron deslizar una sospecha sobre el manejo financiero que la misma originaba, a pesar de las importantes sumas que debieron movilizarse en su ejecución.

La obra podía haber sido encarada en forma exclusiva por el gobierno y las contrataciones realizarlas de acuerdo a las normas corrientes de la administración.

Pero Alsina prefirió hacer partícipe de la empresa a la sociedad y que las decisiones técnicas, así como las contrataciones, los mecanismos de pago y hasta los precios que se pagaran, fueran resorte exclusivo de la Comisión. Ésta no tuvo a su cargo conseguir dinero ni efectuar aportes de ninguna especie; el dinero lo ponía el gobierno.

Pero el caudillo sabía que pelearían los valores de las contrataciones con ahínco, que realizarían los gastos practicando los ahorros que hubieran efectuado en sus propias empresas y más aún: se empeñarían en demostrar que la selección de sus nombres no había sido tarea vana, sino que conseguían para el Estado los mejores resultados con los mayores ahorros.

Alsina concebía la zanja como una línea que debía correr de sur a norte por la Provincia de Buenos Aires, partiendo de la Fortaleza Protectora Argentina de la Bahía Blanca casi en el mar, hasta Italo, ya en jurisdicción de la Provincia de Córdoba.

Intercambiando ideas con Ebelot, la zanja se proyectó para evitar los grandes arrees que se producían en los malones, a cuyo fin las dimensiones y la forma de las excavaciones revestían fundamental importancia.

El mismo ingeniero, imbuido del propósito que tenían las defensas, elevó al ministerio el informe preliminar de la forma que tendrían las obras. “La zanja destinada a defender el frente de la primera línea de fronteras contra las incursiones de los salvajes tiene tres varas de boca, dos varas de hondo, media vara de ancho en la parte inferior, habiéndose calculado el decline de los lados de modo de evitar el desmoronamiento de las tierras livianas entre las que, por lo general, corre la zanja y a hacer imposible, por la angostura del fondo, que un animal vacuno, caído adentro, pueda enderezarse para salir”.

Por supuesto, ésta era una de las claves para entender la zanja. La excavación podía ser superada con grandes dificultades por jinetes que cabalgaran sólo con el montado, pero si pretendían guiar otros animales, la tarea ya resultaba casi infructuosa.

Es verdad que a pesar de disponer de medios precarios y conocimientos mínimos de ingeniería el indio podía perforar la línea, pero eso le insumiría horas de labor, las necesarias como para que, desde los fortines levantados en todo su tendido sin solución

de continuidad, llegaron soldados dispuestos a arrebatarles el botín.

En su desesperación, el indio llegó a imaginar un ardid, que supuso eficiente para contrarrestar la zanja: llenaba la cavidad de aquella con ovejas, a las que cortaba el garrón y, amontonadas unas sobre otras en el fondo de la barranca, pretendía que constituyeran un relleno que hiciera posible el paso de la hacienda vacuna por encima.

En realidad esta treta funcionó muy poco. Ante todo era mucho el tiempo que llevaba juntar el arreo de ovejas que iba retrasado por la dimensión de sus patas con respecto al vacuno, que tenía un paso más vivo y llegaba bastante antes a la zanja.

Mientras tanto, la hacienda debía mantenerse unida, luchar contra el desbande y las estampidas, la tendencia natural del animal por volver a la querencia y después evitar que las vacas por terror o desconocimiento quedaran enredadas entre los lanares.

Además, aquellos animales que se espantaban y caían al fondo del foso no podían por sus propios medios salir de él. Aún en la hipótesis de que pudieran levantarse, lo más probable era que intentaran una escapada por la misma zanja; uno o dos jinetes podían cerrarles el paso, pero la operación volvería a repetirse y todo esto consumía tiempo, que era lo que no les sobraba a los salteadores.

Por supuesto, para llevar a cabo todo esto hacía falta sumar varios elementos: pericia (el indio la tenía), tiempo y tranquilidad, dos factores decisivos con que el salvaje no contaba. Y esa era la inteligencia de la zanja: podía pasar un pequeño grupo de indios montados en sus potros, podían inclusive atacar alguna población blanca y causar daños, pero el crimen no iba a quedar impune. Lo más probable era que los milicos alcanzaran a los atrevidos y les infligieran un castigo.

La construcción de la zanja no había sido tampoco obra de la improvisación y realizada con una técnica primitiva, a pura pala y entusiasmo.

Con una rigurosa programación, la tierra extraída de la excavación se utilizaba como parapeto; es decir, se la amontonaba del lado interior y superior de la fosa, y se sostenía por un paredón de césped de un metro de altura. Este ingenio lograba dos propósitos: por una parte hacía más dificultoso su cruce por el indio, ya que además de enfrentar un foso, debía superarse un montículo de un metro de alzada, tarea casi imposible, aún para un jinete desprovisto de ulteriores obligaciones. Por otro lado, al estar recubierta de pasto la cara interior de la elevación, se impedía que la acción del agua y de los vientos erosionara el parapeto, devolviendo la tierra extraída otra vez a la zanja.

Para asegurar que esa pequeña montaña estuviera compactada, el césped se cortaba en forma de adobes y se colocaba por capas horizontales, con el pasto hacia abajo y las

raíces para arriba, a fin de facilitar su buena instalación y favorecer el desarrollo de las fibras que fortalecerían la pared. La última capa se armaba con el pasto hacia la parte superior, para proteger toda la elevación contra el efecto directo de las lluvias y al mismo tiempo para que sirviera de barrera al polvo fino que se levantaba cuando había sequía y que podía afectar el terraplén antes de que quedara cubierto por la vegetación.

Poniendo de manifiesto haber efectuado un análisis minucioso del tema, decía Ebelot: "...cuando no se puede por la poca consistencia de la capa superior del terreno cortar el césped en forma de adobes, se construye la pared colocando los terrones con el pasto del lado de afuera, reforzando su base con tierra apisonada, dándole un pequeño declive para obtener la debida salida".

Por supuesto, en la lista de críticas también se agregaba el razonamiento tan común de dudar acerca de cuánto podría durar la zanja en condiciones de cumplir su cometido. Una campaña perversa de difamación deslizaba que el mantenimiento sería tan costoso como la zanja misma, pero la insidia también quedó superada por las pruebas: pasaron las lluvias de otoño, que fueron torrenciales, y si bien se notaron estragos en los campamentos y las estancias que sufrieron notables percances, la zanja superó la prueba solo con daños despreciables por su insignificancia.

Dicho sea al pasar, superó algo más que las lluvias de ese otoño; 130 años después, el curioso puede todavía divisar fracciones de la zanja a lo largo de su traza, como ilustra la fotografía que se acompaña en este libro, tomada en el año 2008 en las inmediaciones del pueblo San Mauricio, partido de Rivadavia. Sin mantenimiento, abandonada a la acción del tiempo y los elementos, todavía conserva su recia fisonomía y evoca las dificultades insalvables que debieron afrontar en el pasado los que desafiaron su inmóvil vigilancia protectora.

Esas lluvias sirvieron para probar además, que apenas en algunos pocos trechos la fuerza del torrente golpeó contra el murallón ocasionando pequeños deterioros, pero ello solo valió para poner en evidencia que en ciertos sectores del terreno las aguas necesitaban un cauce artificial, tarea que con el tiempo se logró (recién en el siglo XX) por medio de los canales que se construyeron por todo el territorio provincial.

En general -y este dato había alegrado a Alsina- las lluvias actuaron como si fueran un pisón y sirvieron para consolidar en forma más sólidas la pared y el terraplén mismo. Lo cierto fue que contra las presunciones (o deseos) de tantos pájaros de mal agüero, las precipitaciones no arrastraron la pared del murallón, ni llenaron el fondo de la zanja con terrones fangosos que desnaturalizaran el objetivo que la misma perseguía.

Otro tema que ocupó las discusiones sobre la zanja y que constituyó la miga de la

crítica central, fue el carácter defensivo que la misma tenía. Se sostenía que la adopción de esta fortificación implicaba la renuncia formal a toda acción ofensiva para vencer el desierto y se aseguraba que era la admisión tácita de la invencibilidad del indio en las tierras que ocupaba, como había dicho Mitre tantos años antes.

En realidad esto era una patraña, porque se ha visto que la zanja se construyó a posteriori de tomar los puntos neurálgicos del indio y sobre todo después de desalojarlo de Carhué, que era su principal reducto.

Si a pesar de la ofensiva arrolladora que se había realizado, los indígenas intentaban alguna gran invasión, la zanja la frenaría, pero ello no implicaba desistir de los pasos siguientes hasta dominar en forma definitiva el desierto, que era el verdadero enemigo de la civilización y no el indio mismo; y para esto no hacía falta desarrollar ninguna investigación: alcanzaba con leer la Memoria del Ministerio. Pero el latiguillo del carácter resignado y pasivo de la zanja perduró hasta nuestros días y aún hoy, de buena fe, muchas personas continúan efectuando esa equivocada afirmación.

Como suele ocurrir siempre, las críticas, aun aquellas infundadas y fáciles de rebatir se procuran un apoyo objetivo. En el caso de la zanja también ocurrió así.

Que el foso fuera un ingenio defensivo era algo obvio; desde el punto de vista estratégico, tal como fuera construido, tuvo la característica que se atribuye a todos los atrincheramientos protectores.

La unanimidad de los tratados sobre fortificaciones es coincidente en establecer que cuando el parapeto o terraplén, es decir la masa que sobresale de la boca de la fosa se levanta detrás de la excavación, se está ante un recurso defensivo, por cuanto puede ser sobrepasado por los custodios con facilidad y al revés, enfrentado con grandes pérdidas por los que tienen a su cargo la ofensiva. A la inversa, si el montículo hubiera sido construido adelante, es decir en la cara externa de la fosa, por los mismos argumentos pero utilizados en forma opuesta, la fortificación sería ofensiva.

Como es de imaginar, los críticos de la zanja omitían recordar que junto a ella había llegado el hilo telegráfico y con la adopción de ambos elementos se completaban los recaudos pensados por Alsina: seguridad de las defensas y consolidación permanente de las tierras ganadas al desierto. Con todo, la mayor refutación a las críticas que recibió la zanja salió de la misma boca del ministro: “No busqué ni originalidad ni poesía, pero hallé en él un medio eficaz para alcanzar un resultado grande y lo adopté”.

Por último: sin la zanja no se hubieran podido consolidar los puntos estratégicos ganados, y por supuesto quedado sin firmeza Guaminí, Carhué, Bahía Blanca, Puán,

Trenque Lauquen e Italo. De otro modo ¿desde dónde habrían partido con seguridad absoluta las divisiones de Roca para llegar a la Confluencia? Y si el indio no hubiera sido colocado en estado famélico y errático ¿habría tenido la exitosa campaña de Roca el desarrollo pacífico e imbatible que tuvo?

Pero todas las críticas y embestidas de buena o mala fe no lograron menoscabar la moral ni la disciplina con que Alsina había decidido llevar adelante un plan imperturbable y metódico: “la impaciencia que hoy se manifiesta reconoce causas completamente ajenas a la cuestión fronteras; y como el Gobierno lo sabe, llevará adelante la idea que le preocupa con ánimo sereno y paso firme, esperando que con el tiempo la justicia le será hecha por los mismos que hoy ponen todo su empeño en que el pensamiento fracase, en que la idea se desmoralice y en que todo termine por una retirada de nuestras tropas, cobarde y desastrosa”.

Las bondades de la zanja se pudieron apreciar de inmediato. Como se sabe, la construcción de la misma se fue realizando por secciones, en tramos aislados, que después debían unirse entre si, sin seguir una línea sucesiva. Pero aún en esos casos, los indios no intentaron en una primera instancia cortarla o superarla.

Por el contrario, se decidieron a correr serios riesgos para soslayarla. En una oportunidad trataron de pasar muy cerca de la División Costa Sur (eligieron un lugar por el cual aún no se había construido la zanja) pero avistados desde un mangrullo fueron de inmediato despedazados.

En otra ocasión quisieron evitar al mismo tiempo el campamento de Puán y la zanja, aventurándose por los vados del Sauce Chico, que cuando viene crecido suele ser incontenible. También este intento resultó un fracaso: el malón terminó exterminado por la acción de los elementos.

Ebelot, cuya opinión se convierte en la declaración de un testigo calificado, relata algunas anécdotas interesantes: en cierta ocasión, “una partida liviana de seis indios, sin otros caballos que el montado, logró pasar una noche por una brecha de la zanja”. Teorizó que quizás aún en condiciones precarias, ese grupo podría haberse dado maña, transpuesto la cavidad e incluso hecho pasar una tropilla robada.

En realidad, en el campo de la imaginación esa gimnasia del pensamiento merece ser aceptada y hasta es conveniente que el defensor se obsesione con todas las posibilidades que puede emplear su oponente para burlarlo. Pero en el caso de la zanja esa circunstancia sería remota, y aunque no debiera ser descartada, solo podrían tener éxito los intrusos con una gran cuota de suerte y la suma de todos los factores azarosos a su favor.

Continúa diciendo Ebelot: “La zanja hace sin dudas difícil la entrada y salida de unos cuantos jinetes que se atreven a penetrar sin otro elemento de movilidad que el caballo montado... Sin embargo, no puede esperarse que la zanja haga completamente imposibles esas entradas aisladas. Lo que hace imposible -y ahí está su importancia- es la entrada o salida de una caballada, mucho menos de un arreo, que no cruzan por donde cruza un jinete”.

Otro tema sobre el cual los detractores de la zanja no repararon en críticas fue la determinación de la traza que habría de tener y que por supuesto había sido objeto de un estudio especial.

Desde el punto de vista industrial, era lógico que fuera lo más recta posible, para reducir su extensión y la cantidad de tierra removida; pero al mismo tiempo debía evitar los médanos y las tierras arenosas, cuyo mantenimiento iba a resultar demasiado costoso. También, dentro de lo posible, eludir los terrenos demasiado duros, donde las excavaciones presentarían excesivas dificultades.

Esto último a veces no podía evitarse, como ocurrió en las proximidades de Puán, donde el foso alcanzó una profundidad de solo sesenta centímetros, a partir de los cuales el esfuerzo de los peones se convertía en infructuoso, ya que los picos empleados para el trabajo enrojecían por el esmero de golpear la piedra hasta el extremo de doblarse la punta. En este caso se resignó el empeño a una profundidad menor y se reemplazó la escasa hondura por una elevación proporcionalmente mayor del parapeto.

Por otra parte, no sólo debía considerarse la ingeniería de la obra, sino el propósito militar que perseguía: la protección de los puntos estratégicos, fuertes, poblaciones y en especial pasturas y aguadas, cuya posesión y defensa constituía uno de los objetivos centrales de aquella.

El zanjeo comenzó en el tramo que corre entre Trenque Lauquen y Guaminí (octubre de 1876) y desde el principio se advirtieron las enormes dificultades que debían resolverse y que sólo se superaron con un gran despliegue técnico, con inteligencia y notable perseverancia.

El choque entre la teoría y la realidad fue muy duro. A poco de empezar se debió cambiar el proyecto desplegado en el plano, que pretendía que la zanja pasara por los fortines: éstos estaban emplazados en los médanos más altos y conectarlos, además de obligar a que la zanja tuviera una traza zigzagueante, implicaba palear en la zona de mayores guadales, con un costo enorme de mantenimiento tanto inmediato como posterior.

Se optó por dejar los fortines a retaguardia del trazado, con lo cual se lograron dos objetivos: primero, se hizo más recto el foso evitando los médanos (con la consiguiente economía en el movimiento de tierra y en el costo del mantenimiento).

Y segundo, se logró encerrar campos riquísimos e importantes aguadas, vitales para la subsistencia de hombres y animales, que quedaron encerrados por la zanja, en zona protegida. (Sólo quedó fuera de su amparo la Laguna de Piedra, situada enfrente del fortín Paunero. Ebelot mismo, temeroso que pudiera servir de punto de reunión a las indiadas, aconsejó que se extremaran las medidas de vigilancia desde los fortines más próximos para evitar sorpresas).

Esos campos valiosos constituían un elemento esencial para el indio y le resultaban decisivos en la guerra del desierto, porque le permitían disponer de pasturas naturales para sus caballadas. Rectificando el bosquejo que se había concebido en el recorrido de la zanja, se consiguió protegerlos y evitó también la consumación de una ironía: que esas tierras, con inmejorables bebidas y notables pasturas, fueran utilizados por el indio y se privara al ejército del pastoreo de sus caballos de servicio.

En pocas palabras: de no haber corregido la traza se hubiera perpetrado un mamarracho, porque las fuerzas propias habrían quedado sin conexión, el fortín separado por la misma zanja de las tierras donde debían pastar sus animales y éstos, como los efectivos que se destacaran para protegerlos, a merced del malón. Y por si fuera poco un expendio enorme de dinero para asegurar su mantenimiento.

Nada de esto ocurrió y ello constituye una prueba más de que Alsina no improvisaba en el tema de la zanja ni en todo lo que hacía a la frontera. Es suficiente con leer una carta que le enviara a su íntimo amigo Álvaro Barros el 14 de septiembre de 1875, es decir mucho antes, para tener una idea clara de la minuciosidad del hombre. En forma concreta le pedía al amigo que le informara de una manera explícita tres aspectos que le preocupaban y sobre los cuales requería no sólo el dato estadístico sino la opinión del militar que desde Olavarría tenía una visión directa de toda la frontera.

En primer término, fechas, lugares de ingreso y detalles importantes de las grandes invasiones que habían tenido lugar en los últimos años (¿casualidad, presunción o palpito de la gran invasión de diciembre de ese mismo año?). En segundo término las fechas y las cantidades, junto a los resultados obtenidos por las diferentes expediciones que se habían hecho al desierto. Por último, los hechos de armas que se hubieran registrado con los indígenas y que merecieran alguna consideración, así como las fechas de los mismos y los detalles que rodearon la confrontación.

Barros le contestó a vuelta de correo y le mandó como obsequio un libro que él

mismo había escrito un par de años antes, marcándole las hojas en las cuales no sólo estaban los datos que Adolfo deseaba conocer sino además la opinión de eruditos sobre la materia que se exhibían de acuerdo a su ciencia y conocimiento.

Con la lealtad propia de un amigo, Barros se extendía en la respuesta incitando a Alsina a realizar una acción más ofensiva y audaz: “Te quedan tres años por delante; emprendé una acción ofensiva decidida, porque después vendrá a lo mejor un enemigo político nuestro a ocupar tu cargo y se llevará los laureles por haber vencido a los indios y garantizado la seguridad del desierto”.

Tampoco que Barros descreyera de las bondades de la zanja amilanó a Alsina, que siguió firme en su propósito de dividir el avance de la frontera en dos etapas bien definidas: la primera, consistente en tomar puntos estratégicos fundamentales; la siguiente, consolidar la zona ganada mediante una línea eficiente de fortificaciones, en la cual la zanja cumpliría un papel esencial. Recién después, cuando estos pasos estuvieran asegurados se intentaría una posterior acción ofensiva, “operando activamente o no, según las circunstancias lo aconsejen”.

Pero recién formulaba esta reflexión un Alsina sereno y contento, después que Wintter y Levalle hubieron alcanzado las aguadas de Namuncurá, como ha sido relatado, agregando en su informe al ministro interino con ese motivo: “...el éxito feliz con que cada una de las divisiones ha llegado al lugar que le estaba asignado, solo debe inducirnos a completar la obra, asegurando la nueva línea”. La seguridad a la que aludía Alsina era la zanja, que como hemos dicho se extendería entre la Fortaleza Protectora Argentina de la Bahía Blanca e Italó y abarcaba en su arco unos 440 kilómetros.

Es muy interesante analizar los pormenores de su construcción.

La adjudicación de los trabajos se efectuó por secciones, sin que el gobierno, por medio de la Comisión Auxiliar, se aferrara a un mecanismo exclusivo. La primer empresa concesionaria fue belga: la sociedad Van de Velde y Barrere, a la que se asignaron los trabajos a un costo de \$14 el metro lineal. Comenzaron en Fortín Leo, a 50 kilómetros de Bahía Blanca, apurándose la construcción de ese tramo porque Alsina estaba convencido que uno de los corredores que permitía la entrada de los malones estaban en esa zona (los acontecimientos posteriores le dieron la razón, como ha sido relatado).

Aunque el proyecto original preveía que la zanja se extendiera en todo el recorrido, la realidad indicó una cosa distinta: al sur del Fortín Leo y hasta Cuatros -una distancia de 40 kilómetros- no fue necesario construir su tendido, porque las barrancas del río Sauce Chico servían de valla natural, con el consiguiente ahorro. Se continuó la construcción 11 kilómetros más en dirección a Bahía Blanca, pero desde ese punto y hasta llegar a los

cangrejales cercanos al mar que eran intransitables, existía una “puerta” por donde se introducían todos los cuatreros (de allí su nombre), blancos e indios, que se procuraban en la zona el ganado ajeno.

Cerri por su cuenta y costo hizo construir otra zanja profunda que se prolongaba casi tres kilómetros, la que sirvió para cerrar por ese pasadizo en forma definitiva el desplazamiento de los ladrones.

En el tramo Trenque Lauquen-Italó la empresa adjudicataria fue José Rossi y Cía, a razón de \$12 el metro lineal. La diferencia de valor con la belga provenía de las mayores dificultades que debía enfrentar el tramo que partía de Bahía Blanca, ya que en Puán la tosca impedía profundizar el foso más de un metro, como más arriba se dijera.

El contrato firmado entre la Comisión y Rossi fue todo un modelo de simpleza, buena fe y claridad. En un texto breve se especificaron las herramientas que debía proveerse al empresario, se le impuso la contratación de 300 trabajadores cuyo sueldo, mantenimiento y traslado corría por su cuenta, estableció el monto que se le debía pagar por adelantado al comenzar los trabajos y se pactó que solo después de comprobada la satisfactoria ejecución de la tarea se le iba a abonar el saldo. La Comisión proveyó a la empresa de armamento moderno que entregó bajo inventario y puso a su cargo la protección del grupo de trabajadores.

El frente de Carhué (Fuerte General Belgrano) era de sólo ocho leguas y se lo consideraba defendido de manera suficiente, ya sea por la importancia y número de su dotación como por los fortines menores que brotaban a su alrededor como las púas de un erizo.

La construcción de este tramo de la zanja se dejó casi para el final y fue concluida en diciembre de 1877. Para Adolfo Alsina fue un sueño dorado que no pudo ver terminado; pero en verdad, como dice la oración a la Virgen, éste es un valle de lágrimas ¿quién dijo que los gustos se dan en esta vida?

Al igual que ocurrió en Sauce Chico, a pesar de las previsiones formuladas en el plano, un tramo importante de la zanja no fue construido porque se aprovecharon las defensas naturales que ofrecía el arroyo Pichi-Pul, de márgenes barrancosas; sólo cuando las laderas se volvían playas se hicieron las excavaciones.

Hacia la derecha de Carhué (dirección Oeste), también se economizaron tramos, porque la labor se limitó a cavar encadenando las lagunas de Epecuén con La Barrancosa y del Venado, en tierras excelentes, constituidas por materiales especiales para la pala. Desde la laguna del Venado hasta Guaminí hubo que excavar la zanja menos de 6

kilómetros para llegar a la Laguna del Monte, quedando de ese modo esos espejos naturales unidos, formando una defensa más contundente que la zanja misma.

Alsina, siempre meticuloso y observador reflexivo de los acontecimientos del desierto, tenía una preocupación obsesiva por otro lugar que consideraba la entrada de los malones. Era el que se situaba en un tramo de diez leguas entre Trenque Lauquen y Laguna del Monte: “Recogiendo nuevos datos y estudiando prácticamente el terreno me confirmo en la creencia de que [esta es] la puerta única por donde penetran los indios para invadir y regresar con arreo, sobre todo”. La construcción se apuró con toda diligencia en ese rumbo.

Hubo tramos que fueron construidos por administración y este fue uno de ellos: se contrataron 100 zapadores italianos con un sueldo de \$500 por mes (por la rapidez y eficiencia de este grupo el propio Ebelot lo eligió y condujo para trabajar en “la puerta de entrada de los malones”, como decía el Ministro). Eran silenciosos -cosa rara en peninsulares- y se entendían entre ellos incluso con medias palabras; su labor fue muy provechosa no solo por la rapidez y calidad de las tareas que llevaron a cabo, sino porque despertaron el espíritu de emulación en los soldados patrios por la atracción de la paga y porque vieron cómo un sueldo tan elevado era percibido por trabajadores a los que ellos debían proteger de las incursiones del indio y los peligros de la frontera.

Al poco tiempo el gobierno y la Comisión decidieron que podían hacerse importantes ahorros encomendando esos trabajos a los mismos guardias nacionales y de paso darles una satisfacción. Se estableció un régimen de conchabo voluntario que fue asumido en forma casi unánime por la tropa, con pagos que eran muy convenientes para ambas partes: a los soldados rasos se les abonaba un adicional de \$150 por mes y de \$300 si eran oficiales. También se emplearon -aunque en número poco significativo- algunos presidiarios. A la muerte de Alsina se habían construido 382 kilómetros.

Con la zanja en marcha y las posiciones estratégicas de avanzada asumidas por las divisiones en la forma descrita, quedaba por llevar a cabo aquello que Alsina sostuviera siempre: la instalación definitiva del hombre. La acción militar y las obras de defensa no serían suficientes si no “concurriera la población y con ella todos los elementos civilizadores ante los cuales la barbarie se aleja despavorida o se somete vencida”. Pero quizá lo más significativo y meritorio del plan del Ministro de la Guerra fuera el carácter global que tuvo el mismo. Al avance del ejército y la construcción de la zanja se agregaron otros elementos que no podrían considerarse por separado: la construcción de caminos, el tendido de hilos telegráficos y la erección de fortines.

Hacía tiempo que el ejército había convocado a sus filas a ingenieros militares

formados en las academias europeas y la presencia de esos expertos contribuyó a formar una verdadera escuela técnica, que produjo soldados dotados de una brillante formación profesional en materia de cartografía y topografía. A esa moderna dotación se encomendaron tareas relevantes ni bien las divisiones alcanzaron sus objetivos.

Fiel a su estilo político respetuoso de las jerarquías y las instituciones, Alsina enviaba permanentes informes al ministro interino, al Presidente de la República y a Carlos Casares, gobernador de Buenos Aires. Por todas estas vías el Congreso estaba al tanto de la marcha de las operaciones.

El Ministro podía decirles con orgullo difícil de disimular: “...no se perdió un solo instante desde que las Divisiones hicieron alto y toda la tropa que no se ocupaba en servicio de armas era destinada a trabajos de pala para levantar fortines y formar potreros al abrigo de una sorpresa”.

El desempeño del Ministro ahora sólo era objeto de apreciaciones laudatorias ¿resultado del éxito de la empresa o de la conciliación? No importaba; la opinión del público y de los hombres de peso había cambiado.

Sin perjuicio de destacar que las informaciones al Presidente y al ministro interino eran un trámite casi de obligada rutina, las comunicaciones a Casares estaban más que justificadas; primero porque era un amigo y segundo, la Provincia hacía honor a las explicaciones que el Ministro había dado para refutar a Roca y a los congresales que señalaban la injusticia de atender con carácter prioritario la frontera de Buenos Aires.

Casares, además de correligionario era íntimo del Ministro y estaba convencido de las bondades del proyecto que sostenía Adolfo; no en vano había propiciado la ley del 7 de noviembre de 1876 que disponía la división y venta de tierras fiscales para evitar los latifundios colosales (dicho sea en honor de la justicia, Alsina, Casares y Sarmiento, habían sido estadistas empeñosos en reducir mediante leyes apropiadas las extensiones que poseían los grandes terratenientes) sino que además, por medio de otra ley que se sancionó con fecha 17 de marzo de 1877, donó a la Nación la suma de seis millones de pesos fuertes para atender los gastos que demandaba la expedición a la frontera que entregó en seis cuotas mensuales de un millón cada una.

Adolfo habló con la contundencia de quien se considera un padre: “Así como he dicho antes que las sumas donadas [por la provincia] para caballos salvaron la expedición, puede decirse respecto de esta última, que con ella se consolidó la ocupación”.

Con palas y hachas en la mano y carabinas al hombro, los soldados se abocaron a la tarea de construir fortines, de acuerdo a los relevamientos cartográficos y planos que

levantó el coronel Jordán Wisocki por orden del ministerio. En todo el tramo de la zanja se construyeron 109, que se extendían 610 kilómetros desde Fortín Guerrero en inmediaciones de La Amarga, Río V, hasta Bahía Blanca, a los que deben sumarse las seis comandancias que se intercalaron entre ellos. Solo en la frontera sur se alzaron treinta fortines en una extensión de 52 kilómetros, lo que muestra con elocuencia el refuerzo que se procuraba en la zona que podía ser atacada desde Chiloé por Namuncurá. La segunda línea, que antes del avance era la primera, tenía una extensión de 810 kilómetros y estaba custodiada solo por 57 fortines.

A Wisocki se encomendó también la tarea de levantar los planos y la distribución de los fortines que cuidaban la frontera “dotados de pequeña guarnición, que les permitía protegerse recíprocamente, extender la vigilancia sobre el campamento y tener un pastoreo asegurado contra cualquier sorpresa”, como decía el informe que el coronel elevara al ministerio.

En cuanto al telégrafo, que era la otra carta que jugaba Alsina en esta parada, su aporte resultó decisivo. Se tendieron 93 nuevos kilómetros entre las tres comandancias de Carhué, Guaminí y Trenque Lauquen, lo cual permitía que todas estas guarniciones estuvieran comunicadas entre sí y además cada una de ellas con Buenos Aires a través del hilo que marchaba paralelo al ferrocarril hasta Azul y de allí seguía por el Potrero de Nievas, Olavarría, Arroyo Corto y Fuerte General Lavalle, para alcanzar desde allí las tres nuevas comandancias.

Queda por referir el tercer elemento con que contaba el plan del Ministro: los caminos. Alsina encomendó a los ingenieros del ejército Wisocki, Melchert y Host que planificaran caminos por los cuales circular dentro de la superficie incorporada y a su vez garantizar la conexión de las avanzadas con la retaguardia, para permitir que llegaran los abastecimientos y la provisión de recursos militares. Práctico y astuto, Adolfo les encomendó que buscaran los caminos que utilizaba el indio en sus incursiones, algunos de ellos rastrilladas secretas, empleadas en los itinerarios que usaba el malón para franquear la frontera.

Quizá el más importante de todos ellos fuera el llamado “Camino de los Chilenos” (hoy ruta provincial 60) cuyo tendido se extendía desde el Fuerte General Lavalle Sur en Salquicó, inmediaciones de Olavarría, hasta Carhué, con una extensión de 157 kilómetros y que fuera protegido con cinco fortines. También se relevaron los caminos que unían San Carlos (Bolívar) con Laguna del Monte (Guaminí), tramo de 170 kilómetros guarecido por cuatro fuertes y el que iba de Fuerte General Lavalle Norte, en Ancaló (General Pintos), a Trenque Lauquen, con una extensión también de 170 kilómetros, a cuya custodia se asignaron cinco fortalezas.

Esta incipiente red caminera tenía un tendido de casi mil kilómetros y sirvió para confirmar la tesis de Alsina: con protección, abastecimientos y comunicaciones, iba a poblarse la retaguardia y quedar asegurada la espalda de las avanzadas militares; así ocurrió.

Casi no necesita mencionarse que ni la ocupación de Carhué, la extensión de la frontera o la construcción de zanja, hicieron que los indios desaparecieran como por arte de magia.

De hecho continuaron algunos asaltos y crímenes (aunque en ínfima proporción) perpetrados por bandas indígenas que se dedicaban al maloneo y la rapiña.

Pero ellas operaban por su cuenta; eran grupos reducidos de marginales, que ya no respondían a órdenes de un cacique ni acataban la jerarquía de la tribu y para ser justos, tampoco diferían de otras bandas de “blancos” que operaban al margen de la ley.

Por las sendas de la pampa aún sin alambrear deambulaban los matreros, que algunas veces actuaban en grupo y vestían del mismo modo que los indios, que solían arroparse con atuendos de cristianos, casi rayanos en el disfraz.

Es verdad que ciertas veces una patrulla de escasos soldados era atacada por un grupo de indios y alguna diligencia asaltada por sorpresa cayera víctima de una emboscada; también era posible que algún establecimiento rural fuera maloneado.

Pero ello sólo eran actividades esporádicas, que debían ser objeto de tratamiento caso por caso y reprimidas solo de acuerdo a la magnitud del delito.

Algunas veces, con una cuota mayor de audacia, se atrevían a cortar los hilos telegráficos, pero en general se sabía qué indios andaban por la zona y era relativamente sencillo interceptarlos y aplicarles un castigo. Las fuerzas policiales tomaron a su cargo ese trabajo, que cumplieron en forma metódica y efectiva, hasta llevar seguridad definitiva a todas las comarcas.

Lo que desapareció para siempre -y ése fue mérito indiscutible de Adolfo Alsina- fue la presencia del indio como poder político, como un verdadero Estado dentro del Estado Argentino, que se permitía el lujo de desconocer su bandera, sus leyes y su soberanía. Desapareció el “Estado tapón”, que pretendía cortar la Argentina, acorralarla y permitir que por debajo del “tapón” los ciudadanos chilenos incursionaran con pacífica intromisión por toda nuestra Patagonia.

Calfucurá escribía a las autoridades argentinas con la pretensión de hacerlo de potencia a potencia. Incluso se recuerda como uno de los hechos más ofensivos para el

país aquella carta al ministro Gainza, diciéndole que “Carhué era suyo”. Ese fue el poder que destruyeron las acciones de Alsina y las embestidas militares de Levalle, Maldonado, Nelson, Freyre, Wintter, García, Cerri.

Queda una pregunta cuya respuesta no corresponde a esta obra: ¿estaba Chile detrás de los indios? Más allá de que fueran huiliches y mapuches chilenos; que hubieran venido desde atrás de la cordillera; que en cada invasión grande vinieran lanzas de Chile en su apoyo, que en su mercado vacuno las carnes subieran o bajaran de precio según el mayor o menor éxito de los malones en la Argentina, Chile, como nación, ¿estimulaba esta acción de las tribus?

Como ha sido dicho, no es este el propósito del libro, que sólo pretende describir a un gran caudillo y a un gran estadista. Pero no podrían cerrarse los ojos a la existencia real de los estados tapones en la geopolítica tradicional.

Acorralada la Argentina por un desierto en el que señoreaban los araucanos y sus aliados, al sur de este verdadero imperio tapón de la Casa de Piedra, Chile comerciaba en forma libre por toda la Patagonia y con la presencia de sus hijos que ingresaban en forma paulatina merced a la inacción argentina, la poblaba lentamente.

La genialidad de Roca -ahora vilipendiado por una literatura oportunista y mendaz, cuando no por un indigenismo ideológicamente interesado o una despreocupación alarmante- radicó en aprovechar la ocasión para realizar la magnífica marcha hacia el sur, asegurando nuestra soberanía hasta los mares australes, empresa de la que debemos sentirnos tributarios todos los argentinos.

Alsina hizo su parte, que fue enorme; Roca la suya, que garantizó la soberanía en el territorio que por historia y derecho nos pertenece; a la Argentina hacer justicia con esos hombres.

Capítulo XIV

La muerte

De acuerdo al plan del Ministro, la frontera estaba avanzada y segura. Los hechos posteriores lo confirmaron y la rendición de las tribus era una secuela inexorable. Había llegado el momento de iniciar las expediciones ligeras, que penetraran hasta los toldos donde se guarecían las indias aún no dispuestas a aceptar la civilización.

En los primeros días de noviembre de 1877 todavía se encontraba Alsina en el campamento de Carhué, ordenando las redadas y aguardando los resultados de las comisiones despachadas. Pero fue su última visita al desierto; el malestar aumentaba, los dolores de cabeza y estómago no cedían y se imponía al menos un reposo en casa, asistido por sus médicos de cabecera.

En cuestión de horas, su enfermedad se agravó; no podía sostenerse en pie y cada vez que intentaba erguirse el bamboleo de las piernas se lo impedía. Los ojos, penetrantes y bondadosos, estaban hundidos y el semblante tomó un aspecto alarmante; había comenzado el delirio y con él la huída del sueño. Con todo, orgulloso en sus desplantes varoniles, se negaba a ser asistido por los médicos del ejército y a la alarma de quienes le rodeaban contestaba sobreponiéndose al sufrimiento con una expresión apenas audible: “Ya pasará. No es nada”, a pesar de que la fatiga le hacía entrecortar la respiración y las palabras.

Por último, ante las insistencias de Levalle y Sánchez accedió a que lo viera el médico de la División Carhué, que lo único que pudo darle fue la universal quinina, con la que por lo menos intentó cortarle los chuchos y la fiebre.

Adolfo Alsina no era ya el roble imbatible que viajaba por los fortines, cabalgaba a la cabeza de las tropas, compartía el rancho y el mate con los soldados y hasta en forma ocasional, se entregaba a aquellos placeres rústicos con que solía combatirse la soledad varonil del desierto.

Pronto comprendió su pequeña comitiva que no podía marchar hasta Trenque Lauquen en una sola etapa como era la intención original y el día 19 engancharon el carruaje con el que habrían de dirigirse al Fuerte General Paz. Lo acompañaban el noble Sánchez y su ayudante de campo, el capitán Monterroso.

Ambos intercambiaron una mirada de preocupación y a la desazón de ellos poco después se sumó la del comandante Bosch, que los alcanzó en Puán.

Para colmo de males se había descargado una lluvia cerrada y los caballos chapoteaban como podían en el barro; pasado el mediodía el aguacero había cesado y llegaron al paraje "Cabeza de Buey". Entre todos los acompañantes decidieron hacer un alto. Adolfo no podía sostenerse en pie; intentaron hacerlo caminar sostenido por Sánchez y Monterroso pero fue inútil; las piernas no podían sostener al gigante.

Con gran pena, porque todos padecían la violencia de verlo así postrado, Bosch desplegó en el suelo un poncho para que el Ministro pudiera recostarse; Alsina no opuso resistencia, pero su boca apretada ponía en evidencia la amargura de sentirse vencido. Parecía que ya presentía el final y tampoco objetó un almohadón que le arrimaron con premura.

Era inútil continuar en ese lugar; nada podía esperarse de bueno y el enfermo podía empeorar. A fin de cuentas en el coche no aumentarían demasiado sus sufrimientos y todos -incluido Alsina- querían llegar a destino cuanto antes. A las 3 de la tarde reanudaron la marcha en dirección al Fortín San Carlos donde llegaron a la una de la mañana. El enfermo apenas probó unas cucharadas de caldo y fue llevado a un rancho para que intentara descansar; los subordinados hicieron guardia a su lado en silencio, acongojados por su estado y alarmados porque veían caer al más fuerte.

A las cinco de la mañana volvieron a partir en dirección al Fuerte General Paz, que tenía mayores comodidades y donde todos pensaban que podía permanecer unos días hasta reponerse algo. Pero también fue en vano. La fiebre ya no cesaba ni con dosis mayores de quinina y, después de cabildear, entre todos decidieron ponerse en marcha a las 4 de la mañana. A las 12 pasaron por Nueve de Julio donde repusieron caballos y siguieron a Bragado, poblado al que llegaron después de inmensos esfuerzos el 22 de noviembre a las 7 de la mañana. Le dieron las mayores comodidades disponibles y en medio de un delirio creciente estuvo acostado hasta la noche; a las 12 en punto partió el tren para Buenos Aires.

Pensativo y triste, Adolfo intuía que la comodidad del reposo en su propio dormitorio sería un alivio, pero sólo una temporal y reducida mejoría, que habría de ceder ante la inclemencia fatal de la enfermedad.

A través de la ventanilla sólo percibía la negrura de la noche; entre la inactividad y el delirio recordaba algunas de las expresiones que contenía el telegrama que enviara a Avellaneda, ni bien regresó la expedición de García al Fuerte General Belgrano y que él en persona recibiera a la una de la madrugada.

¡Qué lejana parecía ahora toda esa epopeya del desierto! Él mismo había redactado el texto del despacho apenas arribada la tropa, cuando todavía se estaban intercambiando bromas y saludos entre los soldados que volvían y los que esperaban con ansiedad y esperanzas. "¡Espectáculo imponente su entrada al campamento, a la luz de la luna, trayendo por trofeo cuatrocientos y tantos hijos del Desierto, hambrientos y desnudos!" le puso a Avellaneda en el telegrama.

Era un golpe de gracia a la tribu de Catriel, que estaba pagando la traición y el desagrado después de la amistad con que se la había tratado.

"¡Pensar que nos traicionaron para aliarse con los indios de Namuncurá, que antes los habían masacrado!", meditaba con amargura Adolfo. Triste el destino de esa tribu originaria de esta misma tierra, a la que el gobierno quería asimilar a la civilización, darle escuelas, tierras, semillas, herramientas de labranza, plazas y hasta oficiales propios en el ejército.

¿Acaso habría que estar a lo que escribiera La Tribuna? El diario había dicho que las indias mansas eran siempre "el caballo griego" introducido en los dominios de la civilización y que tarde o temprano olfateaban el viento del desierto y volvían a sus antiguas correrías.

La cara estaba rígida y la mirada parecía perdida en la oscuridad de la noche; se reclinó en la litera del camarote y entrecerró los ojos; por delante del semblante inexpresivo y triste continuaban desfilando los recuerdos.

Aunque no lo demostrara en su momento, ahora, sensible y débil, sentía el dolor de algunas expresiones de La Nación y La Prensa que se ensañaron con él imputándole la muerte de Cipriano Catriel. La primera decía que Alsina se estaba lamentando con sus allegados por haber despedido a Rivas, que era el militar que mejor conocía la indiada, tenía amistad con esa tribu hasta el extremo de haber contado con ella en la victoria de San Carlos y hubiera impedido la invasión de diciembre de 1875.

Pensativo y silencioso, Alsina iba repasando todos esos sucesos y con la emotividad que suele apoderarse de los enfermos, recordaba las injusticias que más le habían afectado. "Se equivocó Alsina cuando mandó lancear a Cipriano, un cacique que había sido leal a los cristianos...", sostenía La Prensa. "¡Cómo podían decir que mandé a Juan José a

asesinar al hermano!”, pensaba con amargura.

Pero ya no eran tiempos de reproches y entreveros bravos por afirmaciones que habían sido lanzadas para afectar las posiciones políticas del oponente; ahora estaba en plena vigencia la conciliación que él había gestado. Ya no caerían con imputaciones arbitrarias los diarios rivales, que ahora como buenos amigos veían la obra positiva de su trabajo y la ponderaban.

¿Alcanzaría él a disfrutar los alcances de la conciliación?

-Vaya pregunta.... ¡Quién pudiera contestarla! -dijo para sí mismo.

¿Llegaría el premio mayor por el que tanto había luchado y tantas experiencias felices postergado? ¿O antes llegaría la muerte, para llevarse sin apelaciones todo el sacrificio?

A pesar de estar a fines de noviembre sentía frío; no iba a pasar por flojo pidiendo otra manta; todavía creía ser el hombre que le pegaba una bofetada a un insolente y era capaz de un gesto bondadoso cuando el destinatario lo merecía. Pero ni bien concibió esta idea meneó la cabeza con resignada fatalidad; sabía que eso ya no era posible. Unos detrás de otros, continuaron amontonándose los pensamientos: -A propósito, ¿cómo se llamaba ese alférez que me cedió el porroncito de alcohol que le mandó la madre? Valdéz, me parece; buen muchacho, no voy a olvidarlo.

-Bueno, no me voy a olvidar de ninguno de los hombres que están penando en los fortines, con escasos alimentos, poco vestuario, y sin los vicios. Ni siquiera tienen quinina, alcohol, vendas limpias con que defenderse de tantas enfermedades y pestes. Ni bien llegue a Buenos Aires les mando a todos los fortines estas bagatelas.

Mientras el tren se sacudía con ese característico traqueteo aburridor, no imaginaba que la burocracia administrativa le iba a jugar una mala pasada. El Ministerio no disponía de partidas “para esas bagatelas”.

-¡¿Cómo que no hay?! -hubiera bramado con enojo poco tiempo atrás.

Pero la rutina de la administración es ciega ante las urgencias; si no se cuenta con partidas disponibles no se pueden hacer compras, por más necesarias que fueran.

En tanto el tren seguía su marcha monótona a Buenos Aires, Alsina pasaba revista, con la celeridad que trae la fiebre, entre la bruma del delirio y el sueño, a los últimos acontecimientos de la frontera.

Ahora que Catriel estaba casi vencido era hora de pensar en otros caciques.

En Pincén, por ejemplo; “ese cacique terrible”, que no tenía bajo su mando tantos ranqueles como podría deducirse por la gravedad de esos malones en los que ponía de manifiesto su audacia y valentía. Le había ordenado a Villegas que se pusiera en marcha contra él, que estaba, según sus informes, unas setenta leguas al Oeste.

Bueno, también se decía que Pincén había dejado los toldos a cargo de un hijo y se había hospedado en el reducto de Epumer.

Todo eso debía ser confirmado; por las dudas tendría que telegrafiar a Roca ordenándole ubicar con exactitud el paradero de Pincén y hacérselo saber de inmediato.

Habían regresado a la ciudad el 23 de noviembre y al día siguiente la fiebre era altísima; Arauz y González Catán, que eran sus médicos de cabecera (y las máximas autoridades en medicina del país), le prohibieron levantarse de la cama bajo ningún pretexto.

La enfermedad seguía haciendo estragos en ese cuerpo de roble; apareció un hipo constante que se sumaba al cuadro penoso del paciente. Como si se presumiera un final inevitable, las personalidades más destacadas del país comenzaron a desfilar por la casa; Casares (estaba acompañado por su joven ministro Pellegrini), Avellaneda, Gainza.

Casi ejecutando un reconocimiento caballeresco, sus antiguos adversarios, los hombres más eminentes del partido mitrista, concurrían a diario; pronto el pueblo de Buenos Aires comenzó a dar pruebas del cariño que sentía por su caudillo y gente de todos los barrios y condiciones sociales comenzó a afluir por la casa del jefe.

El diario El Nacional -no se sabe con qué propósito- lanzó un brulote espantoso: “El doctor Alsina finge estar enfermo para dedicarse a los trabajos electorales”.

La indignación de los buenos amigos no tuvo límites: en ese diario escribían los antiguos laderos de Adolfo, que habían alcanzado cargos y honores con su bonhomía y respaldo generoso: -Así pagan ahora, cuando el doctor está agobiado por la enfermedad -decían con furia.

A las dos de la tarde del día 26 de noviembre, la Bolsa de Comercio fue sacudida por una noticia que cayó como una bomba sobre los operadores: ¡había muerto Adolfo Alsina!

El rumor, que llegó a las redacciones de los diarios, pronto alcanzó las cumbres y el presidente Avellaneda se interesó al instante; lo hicieron también Mitre, Casares y la mayoría de los ministros; de inmediato subió el oro en la Bolsa.

Cuando trascendió la verdad, que todo había sido un infundio, una sensación de alivio recorrió los mismos lugares que había visitado el rumor. En la Bolsa, el oro bajó de

inmediato; como siempre, en muchos corazones pesaron los sentimientos; en otros tuvo más importancia la billetera. “Tan inútil como recitar un soneto de Petrarca en la Bolsa de Comercio”, diría con ironía años después Miguel Cané, para referirse a cierta clase de especuladores.

Ya estaban encima las elecciones en las que se ponían a prueba las listas compartidas de la conciliación y por primera vez en casa de Alsina nadie hablaba de ellas; estupor causaba advertir la indiferencia del jefe y la máscara de silencio que cubría su cara. De cualquier manera, ninguno hubiera osado llevar una preocupación adicional a quien había consagrado la existencia a las pasiones de los partidos.

El día 2 de diciembre la enfermedad cedió algo; más aliviado, se levantó de la cama y para sorpresa de todos los presentes demostró que durante sus peores momentos no había perdido la noción de la política. Dirigiéndose a Sánchez le ordenó: -Váyase al comité y me trae los datos sobre el resultado general de las elecciones.

Al cabo de una hora regresó el secretario trayendo un papel que alargó a su jefe. Adolfo lo devoró de inmediato y la cara del caudillo imbatible se iluminó por completo con una expresión indisimulable de felicidad: la conciliación había vencido por amplio margen; el pueblo no podía dudar de su obra.

Como si el resultado hubiera tenido el alcance de un elixir mágico, Alsina pasó una buena noche y al día siguiente se acentuó la mejoría; algunos espectadores optimistas comenzaron a exagerar la alegría y pensar en la derrota de la enfermedad. Para rematar la dicha, llegaba un telegrama del coronel Villegas, informándole que se le había infligido un formidable golpe a Pincén y ahora el cacique quería negociar.

Feliz con la noticia, Adolfo despachó a su vez otro telegrama a Villegas: “Aceptación inmediata del parlamento con el cacique”. Pero zorro y conocedor del indio y sus agachadas, no quería que éste después se desdijera de sus obligaciones aduciendo falta de representatividad de la comisión que negociaba en su nombre.

Le ordenó que la delegación de Pincén fuera numerosa, caracterizada y “bien compuesta”.

Agregaba las bases de la negociación; las mismas que se habían aplicado a las demás tribus: “Sometimiento sin condiciones; el gobierno sólo les garantiza la vida y la subsistencia”.

Sin perjuicio de estos límites, no dudó en respaldar al subordinado, ratificándole el poder negociador que le había conferido para que actuara con carta blanca: “cuando llegue la comisión, manéjese según las conveniencias del momento”. Pero a pesar del

ánimo siempre aguerrido y las tensiones que le ayudaban por momentos a sostener el espíritu, el mal avanzaba; con ataques y repliegues, es cierto, pero nunca desapareciendo del cuerpo enfermo.

En algunos momentos de alivio retomaba con algo de energía los temas que consideraba más urgentes. Volvió a la memoria el asunto de los remedios y vicios para los fortines, por ejemplo.

Recordó con bronca que no había partidas disponibles y para lograrlas se debía recurrir al Congreso; otra vez debates, explicaciones; tiempo, que algunos hacían perder sin saber siquiera las privaciones patrióticas que padecían los fortineros.

No existían en ese tiempo en el parlamento argentino las mayorías automáticas como se vieron mucho después, para bochorno de su misión constitucional, obedientes al poder de turno.

Alsina resopló con fastidio e impaciencia. “¡No me van a torcer el brazo!”, habría rugido en otro tiempo, pero ahora no tenía fuerzas ni para pegar un grito. Sin embargo, todavía le quedaba algo de capital y no dudó en usarlo: la casona de la calle Potosí, donde vivía. Nada de pedir préstamos a los Bancos para no devolverlos después, como hacían tantos; llevó siempre una vida de austeridad que despreció el lujo y la riqueza pero ¿deudor o incumplidor? Nadie podría señalarlo con el dedo.

Adolfo recurrió a una escribanía conocida y pidió un préstamo hipotecario ¿garantías? ¡La casa, por supuesto! ¿O no era suficiente? El hombre que sacrificó su vida por la provincia y el país tenía que hacer una quijotada más; ahora le pedían su propia casa como garantía del préstamo; nada menos que a él, que tuvo en sus manos la fortuna y la vida de tantos compatriotas y si el destino no le jugaba una mala pasada habría de ser Presidente de la República.

El Ministro, con un desprendimiento que podría ser casi una acusación para quienes ocuparon cargos relevantes un siglo y medio después, hipotecó la casa de la calle Potosí y con ese dinero mandó comprar los remedios y los vicios que había prometido a los fortines. En silencio; sin que nadie se enterara, sin alharacas ni demagogia, porque esas eran cosas de hombre y por eso mismo reservadas; no hay peor conducta que la del fariseo que se rasga las vestiduras con las limosnas.

Enfermo y todo retomó con determinación los hilos del Ministerio y se aplicó a conducir las acciones de la frontera por medio de telegramas. Al comandante García, en Puán, le mostraba su extrañeza por que no se hubieran presentado los indios de Catriel (siempre su obsesión) y le recomendaba que si no lo había ordenado antes lo hiciera: una

descubierta debía revisar la senda desde Guatraché a los toldos de Namuncurá para descubrir si había bosquecillos donde pudiera esconderse y descansar una división entera.

En cambio a Freyre, que deseaba salir en busca de las tolderías situadas a la vanguardia de Guaminí, le frenaba la mano para que pospusiera todo hasta que él mismo pudiera acompañarlo en la expedición. Pero poco después, como el bravo Freyre lo consultara sobre un proyecto que tenía en mente, se confesaba impotente para resolver: “Hasta este momento me siento incapaz para contraerme a todo trabajo físico-mental, tal es el estado de debilidad en que me encuentro”.

Levalle, en tanto, se negaba a aceptar las dolencias del Ministro y lo seguía bombardeando con despachos telegráficos para mantenerlo al tanto de todo; telegramas que, dicho sea de paso, hacían el deleite de Alsina. Por caso, el 7 de diciembre le reiteraba que a diario recibía comisiones de Namuncurá, pero que advertía con preocupación que el cacique estaba cada vez más desconfiado a raíz de los golpes propinados a Pincén y Catriel.

Contrarió a Adolfo la reticencia de Namuncurá, porque aspiraba a conseguir un entendimiento sincero con el cacique (“bueno, será cosa de él si la suspicacia lo traiciona”); a pesar de todo aspiraba a que las cosas retomaran el nivel anterior. Por las dudas, y tanto como para demostrar que las guarniciones no quedaban libradas a su suerte, le había mandado 500 caballos elegidos y le preguntó en que estado habían llegado.

Pero la enfermedad lo acosaba y también con Levalle se sinceró: “Así que me encuentre en estado de consagrarme a la operación de que hablamos, le comunicaré mi última palabra. Por ahora me encuentro completamente débil. Manténgame informado sobre Namuncurá”.

En ese tiempo, las respuestas de la medicina eran precarias y en general se prescribían remedios tan heroicos como elementales. Reposo y aire puro, dos cosas que no podían hacer mal; Arauz y González Catán lo recomendaron y Alsina, dócil y esperanzado, cumplió con la prescripción. El día 9 de diciembre se retiró a su quinta que estaba en inmediaciones de la Chacarita de los Colegiales, pero el 11 la fiebre retornó con fuerza.

El recuerdo que ha quedado de esos tiempos nos muestra a un Alsina sufrido, valiente, que convivía con la enfermedad sin reproches ni violencias: “Lo que más me molesta es esta fiebrequita que no se va”, decía con resignada aceptación a sus allegados. Por lo visto, con el aire de la quinta no alcanzaba; González Catán y Arauz decidieron que volviera a Buenos Aires, retorno que se verificó el día 13 de diciembre, para recogerse en la cama al día siguiente.

Los que se dejaban llevar por un entusiasmo voluntarista, trataban de encontrar explicación a las dolencias del Ministro culpando a los descuidos que le hacían fama y a la despreocupación por observar los medicamentos que le prescribían sus médicos.

Pero la realidad era otra: Alsina tomaba escrupulosamente los medicamentos y cumplía con obediencia todas las indicaciones; podría objetársele que no hacía caso a la hora del reposo, porque hombre acostumbrado a trasnochar, era común encontrarlo hasta altas horas de la noche levantado y trabajando. Pero no eran esas cuestiones las que dominaban su cuerpo sino una enfermedad rebelde a la que no podían vencer los remedios de la medicina de entonces.

Desde la cama, Adolfo seguía con ahínco las vicisitudes de la frontera. Como para alegrar su ánimo, Sánchez le trajo del Ministerio un telegrama de García, que daba cuenta de una intentona de los indios por pasar la primera línea cerca del flanco izquierdo de Puán.

-¡Abra los postigos, léame ese telegrama! -dijo exaltado y con semblante feliz.

-Dice el comandante García que el teniente Daza se encontró con una partida de 80 indios y los destruyó por completo -leía complacido Sánchez.

-Traiga papel de telegrama y tome nota de mi respuesta -respondía un Alsina con el espíritu renovado: "Cada día me confirmo más en la creencia de que es preciso dar el último golpe" contestaba el Ministro con la entereza de un hombre sano.

Pero nada escapaba a su preocupación permanente por la gran tarea "¿y si los indios que habían sobrevivido al golpe de Daza seguían hasta la segunda línea?" Lo único que faltaba era tener una sorpresa en las tierras seguras y si una banda grande alcanzaba los poblados de retaguardia, a nadie le interesaría saber que antes habían sido vencidos por el ejército.

Inquieto por esas posibilidades le telegrafió a Donovan, que estaba a cargo de la guarnición de Azul: "Dígame que medidas ha tomado para escarmentar, si penetran, los indios batidos por el teniente Daza. Le saluda, A. Alsina".

Ni lerdo ni perezoso, Donovan situó fuerzas en las sierras de Pillahincó y pudo confirmar que la preocupación de Alsina no era vana; los indios fueron avistados cuando se dirigían a los partidos de la Costa Sur, pero descubiertos, emprendieron la fuga.

La fiebre no le impedía razonar con acierto; podría decirse que ése era el mejor momento de Alsina, los instantes en que el hombre alcanza la rotunda convicción del acierto. Levalle le telegrafió alarmado, reiterando las sospechas que le había hecho llegar

con anterioridad: Namuncurá, desconfiado, estaba por levantar sus toldos de Salinas, según se lo había hecho saber un capitanejo que apareció por Carhué.

Pero Alsina, que tenía muchas noches de estaño y rocío, de baraja y carpeta, afiebrado y todo estaba en condiciones de adivinar la existencia de un bluff.

-Es un engaño; no va a mover las tolderías -le contestó convencido a Levalle.

Los hechos siguientes le volvieron a dar la razón: Namuncurá se mantuvo en Salinas.

Precavido, telegrafió de inmediato a Levalle:

-Había pensado restablecerme en estos días , pero viendo que esto no es posible, antes del 25 mandaré instrucciones.

El párrafo siguiente del telegrama muestra con elocuencia la tristeza de quien se siente desfallecer y sabe que no estará en condiciones de conducir las fuerzas en persona y quizá tampoco de impartir órdenes: “O, lo que es más probable, dejaré que el plan lo combinen y ejecuten los jefes de las tres divisiones”, agregó al final del texto.

Las conversaciones con Namuncurá no conducían a ningún puerto. Era preciso preparar una acción ofensiva, para derrotarlo y vencer de ese modo la amenaza que su presencia encerraba siempre. Persuadido del plan, Levalle lo puso al tanto de todas las alternativas, ahora que se sabía que antes de fin de año se debía marchar contra el cacique principal, que regía araucanos, huilliches y mapuches.

El 18 le informó al Ministro que detuvo las comisiones de Namuncurá para evitar que volvieran a las tolderías denunciando los aprestos de la división; en medio de los partes militares se hace un espacio para enviarle sus deseos de restablecimiento.

Alsina le contestó de inmediato:

-Apruebo su proceder. Gracias por sus buenos deseos.

Los días siguientes continuaron sin aportar novedades; la fiebre no cedía y por la noche se acentuaba. La calle era un solo clamor, que cada uno expresaba a su manera: en silencio, con oraciones, con gritos y con versos. El dicho más común era de quienes ya daban por descontado su éxito en el desierto y su victoria en la carrera presidencial:

-¡Enfermarse en este momento!

El afecto popular ya no hacía distinción de banderías:

-¡Permita Dios que este hombre se salve!

La Navidad de ese año fue silenciosa, como si entre todos hubieran acordado no perturbar el descanso del enfermo. Al día siguiente, llegó otro telegrama de Levalle que daba cuenta de una partida de indios de Namuncurá que había arrebatado al proveedor la yeguada que enviaba a los indios amigos de Patagones y la respuesta resignada del cacique. “Yo no puedo contener a esos malones”, había dicho de nuevo Namuncurá.

Alsina frunció el ceño; se tomó un respiro e inclinándose sobre el brazo izquierdo se preparó para responder a Levalle:

-Mal nos salió la cuenta dejando regresar la comisión del coronel y de Platero; la circunstancia de mandar verdadera chafalonía me está confirmando la mala fe de Namuncurá. Así pues, es preciso invadirlo: no me consta que haya movido las tolдерías de Chiloé. La operación se hará combinada por las tres divisiones, llevando V.S. la dirección. Me parece muy difícil que una columna que salga de Carhué con dirección a Salinas no sea sentida antes de las seis leguas. [Levalle lo logró, marchando por afuera de las rastrilladas y evitando de ese modo los indios bomberos]. De todas maneras, todo lo demás lo libro a ustedes. En la fecha ordeno al comandante Freyre y al comandante García, se trasladen a ese campamento”.

El esfuerzo fue demasiado para ese hombre que estaba dando las últimas órdenes. Completó su deber con las instrucciones que envió a García y Freyre; pero ya no tuvo fuerzas siquiera para firmar ninguno de los despachos (tuvo que hacerlo Sánchez por él) y cayó en estado de sopor.

El 28 siguió mal y como su estado fuera en realidad alarmante sus amigos Luis Varela, Juan Vivot y Gregorio Soler se quedaron por la noche a acompañarlo. El delirio se había apoderado de Alsina y los acompañantes escuchaban palabras incoherentes: “Levalle... Namuncurá... Guatraché... expedición... indios”.

A las dos de la mañana del 29 le atacaron fuertes dolores de estómago y se mandó buscar a Arauz, quien le recetó un calmante. Los ojos de Alsina estaban hundidos y la cara parecía desencajada; se agitaba en la cama y todo su organismo se veía alterado. Ni bien divisó a Arauz le dijo a los gritos:

-¡Manuel, esto es inaguantable, estoy desesperado, por favor, dame algo para dormir!

En silencio, el doctor Arauz le dio con gesto resignado una bebida que calmó sus dolores y lo hizo sudar hasta mojar la ropa de dormir y las sábanas. Estaba entredormido cuando se acercó su amigo Montes de Oca para darle un abrazo; al tenerlo cerca, Adolfo abrió muy grandes los ojos y le dijo con afecto usando el sobrenombre con que siempre lo

llamaba:

-¡Monstruo, dame algo para despacharme pronto!

A eso de las diez de la mañana formaron una junta médica Arauz, González Catán, Montes de Oca, Bosch, Pirovano y Herrera Vega, sólo para resolver que el enfermo estaba desahuciado. Un grupo de médicos homeópatas, invitados a dar su parecer, llegó en forma inmediata a la misma conclusión. La casa se había llenado de gente de las más diversas extracciones sociales y de los diferentes partidos políticos, pero el enfermo en su delirio, continuaba pensando en la frontera.

Cuando se acercó Sánchez le preguntó balbuceante:

-¿Contestó Levalle?

El fiel Sánchez se atrevió a una mentira piadosa:

-Sí señor. Acaba de contestar. Namuncurá fue sorprendido en sus tolderías y se encuentra prisionero; él regresa con el botín y le enviará un parte detallado.

Se decidió a agregar algo, pero debió hacer un esfuerzo enorme para que la voz no se le quebrara en llanto:

-Dice que el éxito de la operación es debido a las instrucciones que Ud. le envió, pues se ha ejecutado en un todo de acuerdo a lo que usted indicaba.

Adolfo, relajándose, reclinó la cabeza en la almohada y esbozó una sonrisa que se dibujó en un rostro feliz; con los ojos entrecerrados hacía un semicírculo con el brazo derecho que llevaba al pecho:

-Levalle... García... Guatraché... Freyre... Guaminí... ni uno solo debe haber escapado...

El artífice de la nueva frontera, el ministro que con sus métodos y paciencia había sabido conquistar el desierto, el caudillo que desafió las críticas cuando ellas llovieron sobre la zanja, hacía referencia en su delirio a la operación combinada entre las tres divisiones: García, desde Guatraché, se apoderaba del flanco izquierdo de Namuncurá; Freyre, desde Guaminí hacía lo propio sobre el flanco derecho del cacique y Levalle atacaba por el frente, encerrando las posiciones de Namuncurá de modo que “ni uno solo debe haber escapado”, como decía el Ministro agonizante.

Avellaneda se hizo presente al promediar la mañana. Sensible y emocionado, no pudo encubrir el dolor sincero que sentía por el viejo amigo:

-¡Qué circunstancias para morir! ¡Cuando estaba próximo a llenar todas sus

aspiraciones! Él iba a ser el futuro presidente.

Los más allegados pensaron en que recibiera los Óleos Sagrados; Luis V. Varela, su antiguo amigo y colaborador, se acercó con ternura a la cama y le susurró al oído:

-Adolfo, está el padre O´Gorman que quiere verte...

-Hacelo pasar.

El canónigo entró al cuarto diciéndole:

-Adolfo, vengo como sacerdote y como amigo, por si se le ofrece algo en algún sentido.

-Lo acepto como las dos cosas -dijo Alsina, haciendo un esfuerzo enorme para pronunciar esas pocas palabras.

Media hora después salía el padre O´Gorman emocionado y triste:

-Qué hombre tan entero... no le han faltado ni la serenidad ni la fe en ningún momento...

Poco después comenzó a delirar otra vez; hacía señales difíciles de comprender y repetía el nombre de sus oficiales del desierto, el de los caciques, el de algún paraje en que había fijado su pensamiento. Alcanzó a reconocer al coronel Garmendia, compañero suyo en infinidad de luchas electorales; lo miró sonriente y pudo decirle:

-Garmendia... viejo amigo... yo me voy...

A eso de las cinco de la tarde llegó el gobernador de Buenos Aires y Adolfo apenas pudo sonreír y se le escuchó un débil: "¡Carlitos!".

Pero el delirio continuaba, a veces con frenesí. En un momento dado lo llamó a Sánchez para encargarle un telegrama absurdo:

-Pregúntele a García cuando salió Maldonado de Puán. ¡Urgentísimo!

Poco después pidió agua, que con premura le alcanzó Varela; quiso ayudarlo a sentar para acercarle el vaso a los labios, pero con dignidad rechazó la ayuda:

-No... dejame... todavía tengo fuerzas...

Tomó el vaso en sus manos pero no alcanzó a beberlo.

Había muerto el más grande, como diría en su sepelio Nicolás Avellaneda.



¿De qué enfermedad murió el doctor Adolfo Alsina?

La versión oficial, la que se transmitió a través de los años y fue recogida de esa manera en nuestros días, la atribuyó a su afección nefrítica. Esos riñones que le habían sido insuficientes desde su juventud minaron el organismo de aquel hombre que era un gigante en todos los aspectos de la vida. En una época en la que no existían diálisis ni trasplantes, el trabajo defectuoso de esos órganos se llevaba la vida del paciente. Un autor documentado y serio como Guerrino adhiere a esta tesis.

Una versión oculta, sin sustento científico ni documental, la atribuye a una enfermedad venérea. La especie funcionó en base a la personalidad del caudillo: solterón, amigo de las traspasadas, de inclinación espontánea a las relaciones ligeras, daba el perfil apropiado para endilgarle un contacto fortuito en los fortines que cuidaban el confín de la pampa. Pero nunca superó el nivel del chisme y no existe, por otra parte, una sintomatología que permita suponer ese extremo. Tal vez el relato se haya alimentado en las dudas que originó la versión oficial y la propensión natural del ser humano a creer en las versiones escabrosas.

Hace un tiempo, un pariente suyo -tataranieta de Juan José Alsina, tío de don Adolfo- que es médico y lleva el mismo nombre del caudillo, se aplicó con ahínco a estudiar la patología de su antepasado a la luz de los datos que proporcionan los informes que se emitieron sobre su muerte.

Sus deducciones fueron contundentes sin dejar de reconocer el rigor de otras investigaciones apoyadas en los antecedentes del enfermo y el parte de los prestigiosos facultativos que lo atendieron.

Por otra parte, la teoría de la enfermedad repentina, extraña a la antigua patología renal, es sugerida por una frase que dejó escrita el ingeniero Ebelot: “Hasta sus rivales se enteraron con estupor consternado del fin inesperado de este temible adversario, casi al mismo tiempo que de sus últimas victorias”, dijo el técnico de la zanja.

Sin duda el estudio que efectuara el doctor Adolfo Eduardo Alsina es de tanta precisión que merece ser reproducido en su versión exacta:

Cuando los testimonios pertenecen a los facultativos personales de los protagonistas de la época en estudio suelen estar sesgados por la tendencia de estos a minimizar las dolencias de sus encumbrados pacientes por razones eminentemente políticas.

En el caso de Adolfo Alsina, a lo anterior debemos agregar la carencia de información

científica confiable si se tienen en cuenta las limitaciones de la práctica médica en la Argentina al promediar el siglo XIX.

Según las fuentes históricas, Adolfo Alsina padeció en época incierta una glomerulonefritis.

Dado que ésta parece ser la causa de su viaje a Europa en 1865, dicha enfermedad debió presentarse en años anteriores. Sin embargo este diagnóstico plantea razonables dudas: la primera descripción de dicha enfermedad corresponde al inglés Bright en 1828, unas pocas décadas antes del viaje antes mencionado y estaba referida a la glomerulonefritis post-estreptocócica. Esta forma clínica afecta básicamente a niños y solamente en un ínfimo porcentaje tiene complicaciones graves o produce la muerte del paciente.

Hoy se conocen distintos tipos de glomerulonefritis por mecanismos patológicos diversos y evoluciones diferentes, pero es obvio que los médicos de aquella época y en un país escasamente desarrollado como era la Argentina de entonces los desconocían y solamente los más informados sabrían de la llamada “enfermedad de Bright”.

Cabe preguntarse además, el porqué de Portugal como destino y no París o Londres u otros centros científicos prestigiosos.

Hay una explicación plausible: ante la carencia de tratamientos específicos era frecuente que los galenos prescribieran a sus pacientes medidas llamadas “higiénico-dietéticas” tales como curas de reposo, baños termales o helioterapia y en este sentido un país de clima benigno parece más apropiado que otro del norte europeo. Además ratifica la inexistencia de un diagnóstico definido que hubiera requerido una consulta con los más renombrados investigadores en las enfermedades renales de Inglaterra, Francia, Alemania o Suiza.

A partir de la hipotética glomerulonefritis la investigación histórica atribuye a Alsina el padecimiento de una insuficiencia renal o uremia que lo llevó a la muerte.

En este sentido debe recordarse que esta patología se encontraba por entonces en una etapa totalmente experimental a partir de los estudios de Prevost en 1820 y Claude Bernard en 1847; recién en 1860 fue posible la detección de la urea en sangre y ello a modo de ensayo.

Por todo lo anterior, el diagnóstico de la insuficiencia renal en esos años sólo era presuntivo y se basaba en las características de la orina.

El síndrome urémico es un cuadro clínico de evolución insidiosa y progresiva,

caracterizado por anemia, deterioro del estado general con pérdida de fuerza, sintomatología digestiva con náuseas y vómitos, pericarditis y edemas entre otros signos y síntomas. Una vez establecida, la insuficiencia renal es de sobrevida variable, dependiendo de la enfermedad renal de base.

Es claro que la actividad desplegada por Alsina en sus últimos años no hubiera sido posible de portar una insuficiencia renal avanzada en una era carente del tratamiento de diálisis que es hoy en día el único efectivo junto con el trasplante renal.

Además, si en verdad una insuficiencia renal terminal lo llevó a la muerte en diciembre de 1877, resulta altamente improbable que apenas dos meses antes se encontrara físicamente apto para emprender un viaje erizado de dificultades hacia la frontera, cuando le era posible dirigir la campaña desde un despacho en el Ministerio de Guerra y Marina.

Colateralmente, los rasgos físicos que nos han llegado en reproducciones de la época (incluyendo la máscara mortuoria en oportunidad de su embalsamamiento) no tienen nada en común con la llamada "facies renal" caracterizada por hinchazón o edema de las partes blandas del rostro y que es característica del paciente renal.

En verdad, las características del cuadro final (fiebre elevada, delirio, escalofríos, hipo persistente, dolor abdominal y ocasionales períodos de mejoría) nos orientarían más bien hacia el diagnóstico de una enfermedad aguda donde sobresale el "síndrome tífico" tal como lo refleja el testimonio de quienes lo acompañaron en esos días aciagos: confusión, excitación, alucinaciones, alternando con intervalos lúcidos.

Lo anterior se corresponde marcadamente con la fiebre tifoidea. Ello no obstante, un velo de silencio ha rodeado la labor de sus médicos de cabecera, los doctores Arauz y Gonzalez Catán, quienes no podían desconocerla si bien carecían de un tratamiento efectivo.

Esta enfermedad era común en Buenos Aires y en los fortines de la frontera en razón de las malas condiciones de higiene y la carencia de servicios sanitarios y por esta razón podríamos especular que si ella afectaba a tan ilustre paciente no era del todo aconsejable difundir semejante diagnóstico.

Es de remarcar que en un ejemplar de la Revista Medico Quirúrgica publicado luego del fallecimiento de Alsina donde se brindan detalles de su embalsamamiento, para preservación del cadáver durante las honras fúnebres, se hace mención a "las fiebres pútridas que lo llevaron a la tumba".

Si bien esta definición carece de rigor científico, alude claramente a aquellos cuadros

febriles originados en la contaminación del medio ambiente, entre ellos la fiebre tifoidea.

Por último, hay otra entidad patológica que no es posible excluir y es la leptospirosis.

Esta enfermedad también es frecuente en áreas insalubres y justificaría la hipótesis de una dolencia final vinculada con la insuficiencia renal ya que una de sus formas clínicas puede producirla.

Igualmente su diagnóstico en aquella época era imposible ya que recién en 1886 Weil la sistematizó como una entidad independiente, pero justifica el desconcierto de médicos renombrados enfrentados con este cuadro clínico unos años antes.

En resumen, la evidencia que disponemos indicaría que Adolfo Alsina falleció como consecuencia de una enfermedad infecciosa contraída en relación con su último viaje al teatro de operaciones y sus implicancias no son menores. No solamente comprometió su patrimonio en la tarea emprendida, en verdad ofrendó su vida misma para llevarla a cabo.

Tal como se expuso al comienzo de este análisis, las enfermedades que han afectado a los protagonistas de la historia suelen alterar de manera inesperada e irreversible el curso de la misma y en el caso de Alsina esta conclusión es particularmente relevante.

-.-

Poco después de la muerte de Adolfo Alsina se produjeron escenas conmovedoras.

Dice el fiel Sánchez: “Los hombres más enteros como los más sensibles, los viejos como los jóvenes, sus amigos como sus antiguos adversarios políticos, lloraban su muerte enternecidos y un profundo sentimiento imperaba en todos los corazones”.

Al 6 de línea le fue encomendada la misión de brindar los honores póstumos al Ministro de la Guerra. Como la aglomeración del público fue creciendo con el correr de las horas, el jefe de la unidad dispuso una guardia a la entrada de la casa para que permitiera el ingreso de una sola persona por vez. Ya hacia el anochecer la noticia de la muerte del caudillo era conocida en toda la ciudad. En forma automática, bajó el tono de voz de todas las conversaciones, aún las que se llevaban a cabo en privado.

Corría entre todo el pueblo de Buenos Aires la sensación de que el ruido pudiera turbar el descanso del guerrero de Cepeda y Pavón, del periodista, tribuno, estadista y jefe de partido; del hombre que había luchado sin descanso por la libertad.

Los viejos autonomistas no podían dejar de recordar en ese momento a aquel parlamentario joven, lleno de vitalidad, que con voz de trueno dijera aquellas palabras que

dieron origen al partido que defendía la intangibilidad de la provincia:

“¡Quién le hubiera dicho a Buenos Aires, Señor Presidente, que los últimos cañonazos de su ejército, disparados en Pavón a la turba colorada fugitiva, no serían otra cosa que la salva fúnebre, precursora segura de su muerte. Qué desencanto para los que queremos de buena fe que haya Nación Argentina!”.

Elizalde, Plaza, Gutiérrez, Irigoyen, Quesada, Lastra, acompañaron a Avellaneda y Casares para refrendar los decretos de la Nación y de la Provincia que disponían las honras fúnebres para el muerto ilustre. El Ejército Argentino expidió una orden similar.

A la una de la mañana empezó a llover en forma sostenida, sin ventarrones ni tormentas, como si el cielo se asociara al llanto de toda la ciudad; a las cinco de la mañana el doctor Blancas embalsamó el cadáver, adoptándose las previsiones finales para el sepelio.

Acompañado por una comitiva inmensa como no había conocido antes Buenos Aires, el ataúd de jacarandá tardó más de tres horas en llegar a la Catedral transportado a pulso por el público. Después fue conducido a la Recoleta por una cureña del ejército. Allí fue colocado al pie de la estatua de su padre, el doctor Valentín Alsina, como si por un instante se pudiera volver al abrazo en el bote, el exilio en Montevideo, la revolución del Once. Adolfo Alsina era figura nacional y su muerte llevó luto a toda la Argentina; sin embargo los rasgos permanentes del caudillo permanecieron incólumes, penetró en la historia como un gran jefe de partido, como el hombre que vivió y peleó por su provincia. Fue sin dudas, el caudillo y estadista de Buenos Aires.

La lista de personalidades que lo despidieron fue inmensa: el presidente de la República, el Gobernador de Buenos Aires, el general Mitre en nombre del ejército, Antonino Cambaceres por el Partido Autonomista, Navarro Viola, Mariano Varela, Montes de Oca, el general de Vedia, el doctor Arauz, Enrique Sánchez, López Suárez y Héctor Varela.

Lo sepultaron en el panteón de la familia, a escasos metros de la estatua de su padre y junto a su madre, a quien pretendiera defender en su infancia, cuando un insolente se burló de ella la noche que marchaban en busca de unos remeros que los llevaran a rescatar a su padre.

Aquella piedra recogida del suelo fue el anticipo de una vida arrojada; la muerte decidió que el caudillo siguiera cuidando de su madre en la eternidad, como hizo siempre con el pueblo que lo admiraba.